

Sermones de
ROBERT MURRAY
M. CHEYNE



SERMONES DE AVIVAMIENTO

Robert Murray McCheyne

(1813-1843)

Era invierno. Sentados cerca del fuego, dos hombres estaban cincelando piedra en una cantera vecina. De pronto, un desconocido se les acercó; bajó del caballo e inmediatamente pasó a conversar sobre el estado espiritual de sus almas. Sirviéndose de las flagrantes llamas de la hoguera como ilustración, el joven desconocido predicó verdades alarmantes. Con profunda sorpresa los canteros exclamaron: "Usted no es un hombre como los demás". A lo que el desconocía ---que no era otro que Roberto M. McCheyne--- respondió: "Sencillamente, soy un hombre como los demás".

Parece ser que, tanto la lectura de los sermones de McCheyne como su biografía, hacen brotar del corazón del lector la Misma exclamación de los canteros. Y es que, verdaderamente, Roberto McCheyne "no fue un hombre como los demás. Su ministerio, muy breve por cierto, vino a ser una de las luces más brillantes del evangelio en Escocia. Pureza doctrinal y fervor evangélico impregnaron por completo la predicación de este gran siervo de Dios. En McCheyne encontramos aquella característica tan sublime --- y no menos rara, por desgracia- de una armoniosa correspondencia entre predicación y vida. La vida de McCheyne, que «Alguien definió como "uno de los ejemplos más bellos de la obra del Espíritu Santo", vino caracterizada, por un alta grado de santidad y consagración.

Roberto Murray McCheyne nació en Edimburgo el 29 de mayo de 1813, en una época en que los primeros resplandores de un gran resurgimiento espiritual tenían lugar en Escocia. Entre los preparativos secretos con que Dios contaba para derramar sobre su pueblo días de verdadero y profundo refrigerio espiritual se hallaba el nacimiento del más joven de los cinco hijos de Adam McCheyne.

Ya desde su infancia Roberto dio muestras de poseer una naturaleza dulce y afable, a la par que todos podían apreciar en él una mente despierta y una memoria prodigiosa. A la edad de cuatro años, y mientras se reponía de cierta enfermedad, Roberto hizo del estudio del hebreo y del griego su pasatiempo favorito. A los ocho años ingresó en la escuela superior, para pasar años más tarde a la Universidad de Edimburgo. En ambos centros de enseñanza se distinguió como aventajado estudiante, de forma especial en los ejercicios poéticos. Se nos habla de él como de buena estatura, lleno de agilidad y de vigor; ambicioso--- aunque noble en su disposición, evitando cualquier forma de engaño en su conducta. Algunos le consideraron como poseyendo de forma innata todas las virtudes del carácter cristiano, pero, según su propio testimonio, aquella pura moralidad externa por él exhibida, nacida de un corazón farisaico, y al igual que muchos de

sus compañeros, él se afanaba en saciar su vida de los placeres mundanos.

La muerte de su hermano David causó una profunda impresión en su alma. Su diario contiene numerosas alusiones a este hecho. Años más tarde, escribiendo a un amigo, Roberto decía: "Ora por mí, para que pueda ser más santo y más sabio, menos como soy yo mismo, y más como es mi Señor... Hoy hace siete años que perdí a mi querido hermano, pero empecé a encontrar al hermano que no puede morir".

A partir de entonces, su tierna conciencia despertó a la realidad del pecado y a las profundidades de su corrupción. "¡Qué infame masa de corrupción he sido! He vivido uña gran parte de mi vida completamente separado de Dios y para el mundo. Me he entregado completamente al goce de los sentidos y a las cosas perecederas en torno a mí".

Aunque él nunca supo la fecha exacta de su nuevo nacimiento, jamás abrigó temor alguno de que éste no se hubiera realizado. La seguridad de su salvación fue algo característico de su ministerio, de modo que su gran preocupación fue, en todo tiempo, obtener una mayor santidad de vida.

En invierno del año 1831 inició sus estudios en el Divinity Hall, en donde Tomás Chalmers era profesor de Teología,

y David Welsh lo era de Historia eclesiástica. Junto con otros compañeros suyos, Eduardo Irving, Horacio y Andrés Bonar -quien más tarde escribiría su biografía- y otros fervorosos amigos, Roberto M. McCheyne se reunía para orar y estudiar la Biblia, especialmente en sus lenguas originales. Cuando el Dr. Chalmers tuvo noticia del modo simple y literal con el que McCheyne escudriñaba las Santas Escrituras, no pudo por menos de decir: "Me gusta esa literalidad. Verdaderamente, todos los sermones de este gran siervo de Dios están caracterizados por una profunda fidelidad al texto bíblico. Ya en este período de su vida, McCheyne dio muestras de un gran amor por las almas perdidas, y junto con sus estudios dedicaba varias horas a la semana a la predicación del evangelio, tarea que realizaba casi siempre en los barrios pobres y más bajos de Edimburgo.

Al igual que otros grandes siervos de Dios, McCheyne tenía una clara conciencia de la radical seriedad del pecado. La comprensión clara de la condición pecadora del hombre era para McCheyne requisito imprescindible para hacer sentir al corazón la necesidad de Cristo como único Salvador, y también experiencia necesaria para una vida de santidad. Su diario da testimonio de lo severo que era en el juicio que de sí mismo se hacía. "Señor, si ninguna otra cosa podrá librarme de mis pecados, a no ser el dolor y las pruebas, envíamelas, Señor, para que pueda ser librado de

mis miembros cargados de carnalidad. Incluso en las más gloriosas experiencias del creyente, McCheyne podía descubrir ribetes de pecado, y así nos dice en una ocasión: "Aún nuestras lágrimas de arrepentimiento están Manchadas de pecado".

Andrew Bonard escribió acerca de su amigo en los siguientes términos: "Durante los primeros años de sus cursos en el colegio el estudio no llegó a absorber toda su atención. Sin embargo, apenas empezó el cambio en su alma también se reflejó en sus estudios. Un sentimiento muy profundo de su responsabilidad le llevó a dedicar todos sus talentos en el servicio del Maestro, de quien los había redimido. Pocos ha habido que con tan entera dedicación se hayan consagrado a la obra del Señor como fruto de un claro conocimiento de su responsabilidad".

Mientras cursaba los estudios de Literatura y Filosofía sabía encontrar tiempo para dedicar su atención a la Teología y a la Historia Natural. En los días de su mayor prosperidad en el ministerio de la predicación, cuando juntamente con su alma, su congregación y rebaño constituían el dentro de sus desvelos, con frecuencia se lamentaba por no haber adquirido, en los años previos, un caudal de conocimientos más profundo, pues se había dado cuenta que Podía usar las joyas de Egipto al servicio del Señor. De vez en cuando sus estudios anteriores evocarían

en su mente alguna ilustración apropiada para la verdad divina, Y precisamente en el solemne instante en que presentaba el evangelio glorioso a los más ignorantes y depravados.

Sus propias palabras ponen mejor de manifiesto su estimación por el estudio, y al mismo tiempo descubren el espíritu de oración que, según McCheyne, debía siempre acompañarlo. "Esfuérzate en tus estudios", escribía a un joven estudiante en 1840. "Date cuenta que estás formando, en gran parte, el carácter de tu futuro ministerio. Si adquieres ahora hábitos de estudio matizados por el descuido y la inactividad, nunca sacarás provecho del mismo. Haz cada cosa a su tiempo. Sé diligente en todas las cosas; aquello que valga la pena hacerlo, hazlo con todas tus fuerzas. Y, sobre todas las cosas, preséntate delante del Señor con mucha frecuencia. No intentes nunca ver un rostro humano hasta que no hayas visto primero el rostro de Aquel que es nuestra luz y nuestro todo. Ora por tus semejantes. Ora por tus maestros y compañeros de estudio." A otro joven escribía: "Cuidado con la atmósfera de los autores clásicos, pues es en verdad perniciosa; y tú necesitas muchísimo, para contrarrestarla, el viento sur que se respira de las Escrituras. Es cierto que debemos conocerlos -pero de la misma manera que el químico experimenta con los tóxicos- para descubrir sus cualidades, y no para envenenar con ellos su sangre." Y añadía: "Ora

para que el Espíritu Santo haga de ti no solamente un joven creyente y santo,- sino para que también te dé sabiduría en tus estudios. A veces un rayo de la luz divina que penetra el alma puede dar suficiente luz para aclarar maravillosamente un problema de matemáticas. La sonrisa de Dios calma el espíritu, y la diestra de Jesús levanta la cabeza del decaído, mientras que su Santo Espíritu aviva los efectos, de modo que aun los estudios naturales van un millón de veces mejor y más fácilmente". ..

Las vacaciones para McCheyne, al igual que para sus íntimos amigos que permanecían en la ciudad, no eran consideradas como una cesación en cuanto a estudios se refiere. Una vez a la semana solían pasar una mañana juntos con el fin de estudiar algún punto de teología sistemática, así como para cambiar impresiones sobre lo que habían leído en privado.

Un joven así, con facultades intelectuales tan poco comunes y a las que se unía además el amor al estudio y una memoria extremadamente profunda, fácilmente hubiera descollado en el plano de la erudición de no haber puesto en primer lugar, y como meta más importante, la tarea de salvar las almas. Todos los talentos que poseía los sometió a la obra de despertar a aquellos que estaban muertos en delitos y pecados. Preparó su alma para la terrible y solemne responsabilidad de predicar la Palabra

de Dios, y esto lo hacía "con mu4a oración y profundo estudio de la Palabra de Dios; con disciplina personal; con grandes pruebas y dolorosas tentaciones; por la experiencia de la corrupción de la muerte en su propio corazón, y par el descubrimiento de la plena gracia del Salvador." Por experiencia podía decir: ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús! es el Hijo de Dios?"

El día 1 de julio de 1835, Robert Murray McCheyne obtuvo la licencia de predicar por el presbiterio de Annan. Después de haber predicado por varios meses en diferentes lugares y dado evidencia de la peculiar dulzura con que la Palabra de Dios fluía de sus labios, McCkeyne vino a ser el ayudante del pastor John Bonar en las congregaciones unidas de Larbert y Dunipade, cerca de Stirling. En su predicación hacía partícipes a otros de su vida interior, como su alma a medida que crecía en la gracia y en el conocimiento del Señor y Salvador. Empezaba el día muy temprano cantando salmos al Señor. A esto seguía la lectura de la Palabra para propia santificación. En las cartas de Samuel Rutherford encontró una mina de riquezas espirituales. Entre otros libros de lectura favorita, figuraban: Llamamiento a los inconversos, de Ricardo Baxter, y la Vida de David Brainerd, de Jonatán Edwards. En noviembre de 1836 fue ordenado pastor en la iglesia de San Pedro, en Dundee. Permaneció como pastor de esta congregación hasta el día de su muerte. La ciudad de

Dundee, como él mismo dejó escrito, "era una ciudad dada a la idolatría y de corazón duro". Pero no había nada en sus mensajes que buscara el agrado del hombre natural, pues lejos estaba de su corazón buscar el beneplácito de los inconversos. "Sí el evangelio agradara al hombre carnal, entonces dejaría de ser evangelio". Estaba profundamente perdido que la primera obra del Espíritu Santo en la salvación del pecador era la de producir convicción de pecado y la de traer al hombre a un estado de desesperación delante de Dios. "A menos que el hombre no sea puesto al nivel de su miseria y culpa, toda nuestra predicación será van solamente un corazón contrito puede recibir a un Cristo crucificado". Su predicación estaba caracterizada por un elemento de marcada urgencia y alarma. "Que Dios me ayude siempre a hablaros con claridad. Aun la vida de aquellos que viven más años es, en realidad, corta. Sin embargo, esta corta vida que Dios nos ha dado es suficiente para que busquemos el arrepentimiento y la conversión; pronto, muy pronto pasará. Cada día que pasa es como un paso más hacia el trono del juicio eterno. Ninguno de vosotros permanece quieto; quizá estás durmiendo; no importa, la marea del tiempo que pasa os está llevando más cerca de la muerte, del juicio y de la eternidad".

A su profundo amor por las almas se sumaba una profunda sed de santidad de vida. Escribiendo a un compañero en el

ministerio, decía: "Sobre todas las cosas cultiva tu propio espíritu. Tu propia alma debería ser el principal motivo de todos tus cuidados y desvelos. Más que los grandes talentos, Dios bendice a aquellos que reflejan la semejanza de Jesús en sus vidas. Un ministro santo es una arma terrible en las manos de Dios". McCheyne quizá predicó con más poder con su vida que con sus mensajes, y es que sabía bien, como nos dice su amigo Andrés Bonar, que "los ministros del Evangelio no sólo deben predicar fielmente, sino también vivir fielmente".

Como pastor en Dundee, McCheyne introdujo importantes innovaciones en la congregación. Por aquel entonces las reuniones de oración, sino desconocidas, eran muy raras. McCheyne enseñó a los miembros la necesidad de congregarse cada jueves por la noche a fin de unir sus corazones en oración al Señor, y estudiar su Palabra. También destinaba otro día durante la semana para los jóvenes. Su ministerio entre los niños constituye la nota más brillante de su ministerio.

A su celo por santidad de vida se añadía su afán por pureza de testimonio entre los miembros de su congregación. McCheyne era consciente de que la iglesia --como parte del cuerpo místico de Cristo debía manifestar la pureza y santidad de aquel que había muerto para ofrecer una iglesia santa y sin mancha al Padre. De ahí su celo por la

observancia de disciplina en la congregación. Y así, en un culto de ordenación de ancianos, decía: "Al empezar mi ministerio entre vosotros yo era en extremo ignorante de la gran importancia que en la Iglesia de Cristo tiene la disciplina eclesiástica. Pensaba que mi único y gran objetivo en esta congregación era el de orar y predicar. Vuestras almas me parecían tan preciosas y el tiempo se me presentaba tan corto, que yo decidí dedicarme exclusivamente con todas mis fuerzas y con todo mi tiempo a la labor de evangelización -y doctrina. Siempre que ante mí y los ancianos de esta iglesia se nos presentaron casos de disciplina, yo los consideraba como dignos de aborrecimiento. Constituían una obligación ante la cual yo me encogía. Pero agradó al Señor, que enseña a sus siervos de una manera muy distinta que el hombre, bendecir -incluso don la conversión- algunos de los casos de disciplina a nuestro cuidado. Desde entonces una nueva luz se encendió en mí mente: me di cuenta de que no sólo la predicación era una ordenanza de Cristo, sino también el ejercicio de la disciplina eclesiástica."

Mientras el vigor y fuerza espiritual de su alma alcanzaba una grandeza gigantesca, la salud física de McCheyne se veía mermada y debilitada a medida que transcurrían los días. A finales del año 1838, una violenta palpitación del corazón, ocasionada por sus arduas labores ministeriales obligaron al joven pastor a tomar un descanso. Y como sea

que su convalecencia siguiera un ritmo muy lento, un grupo de pastores, reunidos en Edimburgo en la primavera de 1839, decidió invitar a McCheyne a que se uniera a una comisión de pastores que proyectaba ir a Palestina para estudiar las posibilidades misioneras de la Tierra Santa. Todos creían que tanto el clima como el viaje redundarían en beneficio de la salud del pastor. Desde un punto de vista espiritual, su estancia en Palestina constituyó una verdadera bendición para su alma. Visitar los lugares que habían sido escenario de la vida y obra del bendito Maestro, y pisar la misma tierra que un día pisara el varón de Dolores, fue una experiencia indescriptible para el joven pastor. Sin embargo, físicamente el estado de McCheyne no mejoró, antes por el contrario, parecía que su tabernáculo terrestre amenazaba un desmoronamiento total. Y así a últimos de julio de 1839, encontrándose la delegación misionera cerca de Esmirna, y ya en camino de regreso, McCheyne cayó gravemente enfermo. Cuando todo hacía pensar en una rápida muerte, el Señor extendió su mano sanadora, y el gran siervo del evangelio pudo por fin regresar a su amada Escocia y a su querido rebaño en Dundee.

Durante su ausencia, el Espíritu Santo empezó a obrar un avivamiento maravilloso en Escocia. Este avivamiento empezó en Kilsyth, y bajo la predicación del joven pastor W. C. Burns, que había sustituido a McCheyne mientras

durase su convalecencia. En un corto espacio de tiempo la fuerza del Espíritu Santo, que impulsaba el avivamiento, se dejó sentir en muchos lugares. En Dundee, donde los cultos se prolongaban hasta muy entrada la noche cada día de la semana, las conversiones fueron muy numerosas. Parecía como si toda la ciudad hubiera sido sacudida por el poder del Espíritu.

En noviembre del mismo año, McCheyne, mejorado ya de su enfermedad, regresó de nueva a su congregación. Los miembros de la iglesia de San Pedro desbordaban de gozo al ver de nuevo el rostro amado de su pastor. La iglesia registró un lleno absoluto, y mientras todos esperaban que McCheyne ocupase el púlpito, un silencio absoluto reinaba entre los allí congregados. Muchos miembros derramaron lagrimas de gratitud al ver de nuevo el rostro de su pastor. Pero al finalizar el culto, Y movidos por el poder de su predicación, muchos fueron los pecadores que derramaron lágrimas de arrepentimiento.

El regreso de McCheyne a Dundee marcó un nuevo episodio en su ministerio y también en la iglesia escocesa. Parecía como si a partir de entonces el Señor se hubiera dispuesto a contestar las oraciones que el joven Pastor elevara al principio de su ministerio suplicando un avivamiento allí donde predicara McCheyne, el Espíritu añadía nuevas almas a la Iglesia.

En la primavera de 1843, al regresar McCheyne de una serie de reuniones especiales en Aberdeenshire, cayó repentinamente enfermo. En este lugar había visitado a varios enfermos con fiebre infecciosa, y la constitución enfermiza y débil de McCheyne sucumbió al contagio de la misma. El día 25 de marzo de 1843 partió para estar con el Señor.

"En todas partes donde llegaba la noticia de su muerte - escribió Bonar- el semblante de los creyentes se ensombrecía de tristeza. Quizá no haya habido otra muerte que impresionara tanto a los santos de Dios en Escocia como la de este gran siervo de Dios que consagró toda su vida a la predicación del evangelio eterno. Con frecuencia solía decir: "Vivid de modo que un día se os eche de menos", y ninguno que hubiera visto las lagrimas que se vertieron con ocasión de su muerte habría dudado en afirmar que su vida había sido lo que él había recomendado a otros. No tenía más que veintinueve años cuando el Señor se lo llevó."

"En el día del entierro cesaron todas las actividades en Dundee. Desde el domicilio fúnebre hasta el cementerio, todas las calles y ventanas estaban abarrotadas por un gran gentío. Muchas almas se dieron cuenta aquel día de que un príncipe de Israel había caído, mientras que muchos

corazones indiferentes experimentaron una terrible angustia al contemplar el solemne espectáculo."

"La tumba de Roberto McCheyne todavía puede verse en el rincón nordeste del cementerio que rodea la iglesia de San Pedro. Él se fue a las montañas de mirra y a las colinas de incienso, hasta que apunte el día y huyan las sombras. Terminó su obra. Su Padre celestial no tenía ya para él otra planta para regar, ni otra vid para cuidar, y el Salvador, que tanto le amó en vida, ahora le esperaba con sus palabras de bienvenida: Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

El ministerio de Roberto McCheyne no terminó con su muerte. Sus mensajes y cartas, junto con su biografía, escrita por su amigo Andrés Bonar, han sido ricos medios de bendición para muchas almas! Al presentar esta edición de los MENSAJES DE McCHEYNE al lector evangélico español, es nuestra oración al Señor, se sirva de los mismos para la edificación del creyente y la conversión de muchos pecadores.

LOS EDITORES

Mensaje 1

JESÚS ES EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

«Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6).

Decía frecuentemente un anciano hombre de Dios que cuando Él tiene en su mano las más grandes misericordias para nosotros, entonces es cuando la mayoría de nosotros estamos pecando contra Él, lo que hace aún más glorioso su amor para con nosotros.

En las palabras que hemos leído encontramos un ejemplo de ello. Nunca antes del corazón de Jesús fluyó su soberano amor con mayor ternura que cuando dijo "no se turbe vuestro corazón". Los discípulos estaban turbados por muchas cosas. Él les había dicho que iba a dejarlos, que partiría de ellos; les había dicho también que uno de ellos le traicionarle, que otro le negaría, que ellos todos aquella misma noche se ofenderían por causa de Él. Y quizá pensaban que los abandonaba airado -contra ellos. Pero fuese cual fuese la causa de su turbación, el corazón de Jesús era como un vaso lleno de amor a rebosar, y sus palabras fueron las gotas que de su amor se derramaban: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí".

Seguramente que nunca antes fueron pronunciadas' palabras de ternura tan íntima en este frío mundo; ¡oh! entonces, pensad ¡cuán fría, cuán oscura, cuán tajante es la pregunta con que Tomás interrumpe el celestial discurso! "Dícele Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" Y ved entonces, como contraste, con cuánta condescendencia habla Jesús a sus corazones fríos y embotados.

Con cuánto amor empieza Jesús la explicación del alfabeto de la salvación. No sólo da las respuestas a Tomás, sino mucho más que las respuestas, concediendo así a su discípulo mucho más de lo que él pedía o pensaba. Él inquiría acerca del camino y del lugar a que iba Jesús, pero Éste le contesta: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí". Examinando esta respuesta, por tanto, como una descripción completa de la salvación del Evangelio, entremos en el estudio de sus diferentes partes.

I. Cristo es el camino. - "Yo soy el camino; nadie viene... y así sigue. Toda la Biblia da testimonio de que ninguno de nosotros puede llegar al Padre. Estamos por naturaleza llenos de pecado y Dios es, por naturaleza, infinitamente santo, es decir, huye del pecado. Del mismo modo que la planta sensitiva, por su propia naturaleza, huye del contacto de toda mano humana, así Dios, dada su

naturaleza, se aparta del toque del pecado. Está eternamente separado de los pecadores, es demasiado puro de ojos para soportar la iniquidad.

1. Esto fue enseñado a Adán y a los patriarcas de una forma muy impresionante. Mientras Adán anduvo santamente, Dios habitó en él y andaba con él y con él mantenía una perfecta comunión. Cuando Adán cayó, "Dios echó fuera al hombre y puso al oriente del huerto del Edén querubines y una espada encendida que se revolvía a todos lados para guardar el camino del árbol de la vida". Aquella espada ardiente entre los querubines era un símbolo perfecto de Dios, de su justo odio hacia el pecado. En la zarza, Dios se apareció a Moisés como "fuego consumidor"; en el templo se aparecía entre los querubines rodeado de la gloria de la Shequina. En el Edén se manifestó entre los querubines como una espada encendida mostrando así su perfecto odio hacia el pecado.

Yo quiero haceros notar que esta espada encendida "se revolvía a todos lados" para guardar el camino del árbol de la vida. Si la espada no se hubiese "revuelto a todos lados" si hubiese dejado alguna senda sin guardar, entonces Adán podría haber pasado por ella trazando así su propio camino hacia el árbol de la vida. Pero no; no pudo intentarlo por ninguna vereda. No le era posible aunque fuese secreta o estrecha, aunque fuese escarpada y difícil, aunque tratase

de zafarse silenciosamente. Con todo, el dardo ardiente hubiese dado con él; parecía decirle: "¿Cómo puede el hombre justificarse con Dios? porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará". Bien podía Adán sentarse entristecido por la inútil búsqueda de la senda de la vida. Al hombre, por naturaleza, no le es posible llegar al Padre.

Pero Cristo dijo: "Yo soy el Camino". Como dice el salmo 16, la senda de la vida había de sernos mostrada. Nadie pudo encontrarla, pero ahora podemos decir a Jesús: "Me mostrarás la senda de la vida; hartura de alegrías hay con tu rostro, deleites en tu diestra para siempre". Jesús se compadeció de los pobres hijos de Adán viéndoles batallar inútilmente en busca del camino que los llevase al paraíso de Dios y dejó el seno del Padre para poder abrirnos un camino hacia el Padre. ¿Y cómo lo hizo? ¿Burlando la vigilancia de la espada encendida? No, porque ella "se revolvía a todos lados". ¿Lo hizo ejercitando su autoridad divina y ordenando al dardo ardiente que permaneciese inmóvil para franquearle el paso? No, porque con ello hubiera deshonrado la ley de su Padre, en vez de magnificarla. Por eso vino Él a hacerse hombre, para ocupar nuestro lugar; se hizo hombre para ser considerado pecado, con objeto de que Dios cargase en Él la iniquidad de todos nosotros. En representación de todos nosotros avanzó para que aquella terrible espada cayese sobre Él recordando la palabra del profeta que dice: "Levántate, oh

espada, sobre el pastor y sobre el compañero mío, dice Jehová de los ejércitos".

Ahora, desde que la afilada espada ha sido hundida en el costado del Redentor, los más viles de los pecadores, quienes quiera que seáis, como quiera que seáis, podéis pasar por encima de su cuerpo sufriente, podéis hallar acceso al paraíso de Dios, podéis comer del árbol de la vida y Vivir eternamente. Venid, pues, prestamente, sin dudar, porque Él ha dicho: "Yo soy el camino".

2. El mismo hecho --que el hombre por naturaleza no tiene acceso al Padre fue enseñado de forma también muy impresiva tanto a Moisés como al pueblo. Cuando Dios condescendió a habitar entre los hijos de Israel, habitó en el lugar santísimo, el lugar del templo judío colocado en la parte más interior de sus atrios. Allí la señal visible de su presencia descansaba entre los querubines, siéndonos descrita, por un lado, como una luz inaccesible y llena de gloria, y por otro, como una nube que llenaba el templo. Pero este lugar, el más íntimo, el santísimo (o, como se le llama en los Salmos, el lugar secreto), estaba separado del lugar santo por una cortina, por un grueso velo. No se permitía a ningún hombre trasponerlo (pues si lo hacía moría al instante), excepto el Sumo Sacerdote, que lo hacía con la sangre de los sacrificios una vez cada año. No podía expresarse de forma más gráfica ni más sencilla que el

camino al lugar santísimo no estaba manifiesto, que ningún hombre pecador tenía posibilidad de entrar a la presencia de Dios.

Pero Jesús dice: "Yo soy el camino". Apesadumbraba a Jesús que el acceso al lugar santísimo nos estuviese cerrado, que nos fuese imposible llegar, por tanto, a la presencia de Dios, porque Él sabía por experiencia que en la presencia de Dios hay "hartura de alegrías" en otras palabras, hay plenitud de gozo. Consideremos ahora cómo abrió el camino. ¿Descorrió a un lado el velo para que fácilmente pudiéramos introducirnos a la presencia de Dios? No; sino que Él se ofreció a Sí mismo en ofrenda para satisfacer la justicia divina y reconciliarnos con Dios. Jesús dijo: "Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo". Consumado es: la maldición del pecado se ha llevado a cabo, las demandas de la ley han sido satisfechas, el camino ha quedado abierto, el velo se ha rasgado de arriba abajo. No queda ningún vestigio de aquel velo rasgado que nos intercepte el paso. El más culpable y vil pecador de todos vosotros tiene ahora libertad para entrar a través del velo desgarrado, permanecer bajo la faz de la luz de Dios, habitar en lo secreto de su tabernáculo, contemplar su belleza e inquirir en su santo templo.

Ahora, amigos míos, os pregunto: ¿Es por este camino que vosotros os acercáis al Padre? Cristo dice: "Yo soy el camino, nadie viene al Padre sino por mí".- Por tanto, si vosotros queréis todavía trazaros vuestro propio camino, bien sea un camino de lágrimas, o de penitencias, o de propósitos de enmienda, o el de la esperanza de, que Dios no os tratará tan rigurosamente; si vosotros no queréis parar atención a las amonestaciones de Dios, encontraréis en el día del juicio aquella espada ardiente volviéndose a todos los lados y habréis de ser dejados, reservados para aquel fuego consumidor.

Pero, ¡oh!, si hay algún alma que no encuentra paz en sus caminos de justicia propia, al hay alguno de vosotros que a sí mismo se descubre perdido, he aquí que Cristo dice: "Yo soy el camino" como también en otro lugar dice:—Yo soy la puerta". Es un camino abierto y libre, es el camino para los pecadores; ¿por qué aguardar un momento más? Tiempo ha habido en que existía una pared divisoria entre vosotros y Dios, pero Cristo la ha derribado; hubo un tiempo cuando Dios estaba airado con justa ira contra vosotros, pero su santo enojo se ha apartado gracias a este bendito camino. Dios ciertamente ha tomado contentamiento en Cristo.

II. Cristo es la Verdad. - La Biblia entera, y también la experiencia, nos da testimonio de que por naturaleza

desconocemos la verdad. Desde luego, es cierto que hay muchas verdades que el hombre no convertido conoce. Está capacitado para conocer las verdades de las matemáticas y de la aritmética; puede conocer muchas de las verdades comunes de la vida diaria, pero, por el contrario,, no puede decirse que un hombre inconverso conozca la verdad, porque Cristo es la Verdad. Cristo puede ser llamado la llave del arca de la verdad. Quitad la llave de un arca, y todo lo que hay en el interior de la misma tendrá el mismo valor que -un montón de ruinas. Pueden estar dentro las mismas piedras preciosas, pero están todas revueltas y mezcladas, sin orden, sin fin. Del mismo modo eliminad a Cristo y toda el arca de la verdad viene a carecer de valor. Son las mismas verdades las que permanecen allí, pero caídas, sin coherencia, sin orden...

Cristo puede ser llamado el sol del sistema de la Verdad. Quitad el sol de nuestro sistema solar y todos sus planetas se verán sumidos en la confusión. Habría los mismos planetas, pero las leyes y fuerzas que los rigen los harían chocar entre sí y los llevarían de aquí para allí en un desorden sin fin. Así, si quitáis a Cristo, todo el sistema de la Verdad entraría en confusión. Las mismas verdades estarían en la mente, pero en conflicto y choque, llenas de inexplicables misterios, porque "el camino de los impíos es como la oscuridad: no saben en qué tropiezan". En cambio, si permitimos que Cristo sea revelado a un alma no

convertida -no por medio de la palabra de un hombre que le hable de Cristo, sino por la revelación directa del mismo Espíritu de Dios-- veréis qué cambio se produce. Colocad la llave en el arca de la Verdad, restaurad el sol nuevamente al centro de su sistema: toda la Verdad viene a quedar ordenada y útil en la mente y en el corazón.

Cuando esto es así, el alma conoce la verdad respecto de lo que es en sí misma. Así, ¿el Hijo de Dios dejó realmente el seno del Padre para sufrir su ira sobre sí, ira que debía sufrir yo? En tal caso -dice el alma- yo debía de estar en una horrenda condenación. ¿El Señor Jesús vino a ser un siervo para que pudiese obedecer la ley de Dios en lugar de los pecadores? En tal caso no debe de haber ninguna justicia en mí mismo, sino que realmente soy un hijo de desobediencia. Así piensa el alma.

Además, conociendo a Cristo, tal alma conoce la verdad en relación con Dios mismo. ¿Así que voluntariamente Y sin que nadie se lo pidiese, Dios entregó a la muerte a su Hijo por todos nosotros? Siendo así, si yo creo en Jesús, no hay para mí ninguna condenación: Dios es mi Padre Y ciertamente Dios es amor. He aquí los razonamientos del alma. ¿Habéis visto, queridos amigos, a Cristo? ¿Os ha sido revelado a vosotros, no por carne ni sangre, sino por espíritu como la Verdad? Entonces, vosotros sabéis cuán cierto es que Él es "Alfa y Omega" principio y fin de toda

sabiduría. En cambio, si vosotros no habéis visto a Cristo, no sabéis nada como debierais saber, todo vuestro conocimiento es como un arca sin llave, como un sistema sin sol. ¿Qué bien os reportará en el infierno que hayáis conocido todas las ciencias del mundo, todos los acontecimientos de la historia y todos los negocios y asuntos de la política de los breves días de vuestra estancia en la tierra? ¿No sabéis que vuestro mismo conocimiento se os tornará en instrumento de tortura allí? ¡ Oh, cómo desearéis aquel día haber leído menos los periódicos y más la Biblia que teníais arrinconada, con objeto de que, por ella, hubieseis conocido al Salvador, a quien conocerle es vida eterna!

III. Cristo es la vida. - Toda la Biblia declara que por naturaleza todos nosotros estamos muertos en delitos y pecados y que tal muerte no es una muerte en la que estamos completamente inactivos, sino que en ella andamos de acuerdo con la maldición de este mundo, de acuerdo con el príncipe y las potestades malignas de los ángeles caídos.

Esta verdad se nos enseña plenamente en la visión que tuvo el profeta Ezequiel "cuando fue llevado del Espíritu y colocado en medio de un campo lleno de huesos secos; y como él pasó cerca de ellos por todo alrededor, he aquí que

eran muchos sobre la haz del campo y por cierto secos en gran manera".

Justamente así es la visión que cada hijo de Dios tiene del mundo. Los huesos secos son "muchos y secos en gran manera" y hace la misma pregunta que Dios hizo a Ezequiel: "¿Vivirán estos huesos?" Oh, sí, amigos míos, ¿y no os enseña la experiencia esta misma verdad? Ciertamente los muertos no pueden saber que están muertos; solamente en el caso de que el Señor toque vuestro corazón podréis daros cuenta de ello. Estamos predicando a huesos secos. Éste es el método de Dios; en tanto les predicamos, el aliento de Dios sopla sobre ellos. Mirad, por tanto vuestra vida pasada. Considerad cómo habéis andado, conforme a la condición de este mundo. Siempre habéis sido como el hombre que nada a favor de la corriente; nunca habéis nadado contra la corriente., Mirad a vuestro propio corazón y veréis cómo os habéis rebelado contra todos los mandamientos. Habéis sentido que el día del Señor, si lo habíais del guardar conforme a la voluntad de Dios santificándolo, os era una carga, en lugar de seros una delicia y un honor. Si habéis intentado guardar los mandamientos de Dios, si habéis decidido que en todo momento vuestros ojos miren solamente lo puro, vuestros deseos siempre sean justos, vuestra lengua no haya tenido palabras de enojo, o de engaño, o de amargura; si habéis procurado eliminar de vuestro corazón la malicia y la

envidia, si todo esto lo habéis intentado -y sé que la mayoría de los inconversos lo han probado-, si lo habéis intentado, ¿no lo habéis hallado completamente imposible? Era tan difícil como levantarse de los muertos. ¿No os causó la sensación de que estabais librando una batalla contra vosotros mismos, contra lo que es muy innato y está muy arraigado en vuestra propia naturaleza? ¡Oh, cuán cierto es que vosotros estáis muertos, que no habéis nacido de nuevo todavía! "No os maravilléis de que os diga, os es necesario nacer otra vez". Debéis uniros a Cristo porque Cristo es la vida.

Suponed que fuese posible que algún miembro arrancado de su cuerpo, y muerto, como es natural, pudiese ser adherido nuevamente a su cuerpo vivo de forma tan completa que todas las venas pudiesen recibir la corriente el flujo de sangre viva; suponed que los huesos fuesen unidos a los huesos, los nervios a los nervios, ¿os extrañaría ver que aquel miembro que había estado muerto cobrara nueva vida? Antes estaba inerte, sin vida, inmóvil, lleno de corrupción; ahora estaría lleno de vitalidad, de movimiento, de calor. Sería un miembro vivo en virtud de su unión a un cuerpo lleno de vida. Suponed, por otro lado, que fuese posible que una rama desgajada fuese injertada a un árbol de forma también tan total que todos los canales de la rama recibiesen la corriente de la savia. ¿No contemplaríais el milagro de que aquella rama, antes

muerta, se convertía en una rama viva? Antes estaba seca, sin fruto; ahora estaría llena de savia, de vida y de vigor. Ahora sería una rama viva porque se habría unido a un árbol que sería su vida. Bien, pues justamente así sucede con él creyente cuando se une a Cristo, ya que éste es la vida y de Él la recibe cada alma. El que está unido al Señor tiene su Espíritu. ¿Es tu alma como un miembro muerto, frío, inerte y lleno de corrupción? Acude a Cristo, únete a Él por la fe y serás con Él un espíritu, recibirás su calor, su vigor y la plenitud de su actividad para el servicio de Dios.

¿Es tu alma como una rama desgajada, seca, sin fruto, que ofrece solamente hojas? Acércate a Cristo, únete a Él y tendrás su Espíritu. Te darás cuenta entonces de que ciertamente Cristo es la vida, que tu vida está escondida con Cristo en Dios, dirás entonces "¡vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí y la vida que ahora vivo en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se dio a sí mismo por mí".

Recordad entonces, mis amigos no creyentes, que el único modo de que vengáis a ser santos es que os unáis a Cristo. Y vosotros, amigos creyentes, recordad que si vivís de forma poco sólida en la santidad, se debe a vuestra poca vigorosa unión con Cristo.

"Estad en Mí, y Yo en vosotros; así llevaréis mucho fruto. Porque sin Mí nada podéis hacer."

Mensaje II

CRISTO, EL APÓSTOL Y PONTÍFICE DE NUESTRA PROFESIÓN

«*Considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra profesión, Cristo Jesús*» (Hebreos 3:1).

Cuando un viajero Pasa rápidamente a través de un país, su ojo no tiene tiempo de posarse sobre ninguno de los diferentes objetos que ante él desfilan, de manera que, cuando ha concluido su viaje, no hay en su mente ninguna impresión clara y permanente; tiene sólo una noción confusa del país que ha recorrido.

Esto explica por qué la muerte, el juicio eterno, y la eternidad, hacen tan escasa impresión en las mentes de la mayoría de los hombres. La mayoría nunca se para a pensar, sino que deja pasar rápidamente su vida encontrándose al final ante la eternidad antes de que se haya hecho la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Se pierden eternamente más almas por falta de reflexión que por otras razones.

La causa de que los hombres no despierten y sientan ansiedad por sus almas, se debe a que el diablo nunca les da tiempo ni lugar a la reflexión.

Por esto Dios clama con fuerte voz: "Detente, pobre Pecador, párate y piensa, considera tus caminos". "¡Oh, que fueran sabios, que comprendieran esto y entendieran su postrimería!" (Deut. 32:29). "Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento."

Del mismo modo Satanás intenta hacer que los hijos de los hombres duden de la providencia divina. Les lleva apresuradamente a la tienda y al mercado, a los negocios Y a los placeres. "No pierdas el tiempo -les dice—, que el tiempo es oro." Por esto Dios clama: "Detente, pobre pecador, párate y piensa". Y Jesús dice: "Reparad los lirios del campo, cómo crecen, no trabajan, ni hilan... mirad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni anegan en alfolíes".

Igualmente el diablo procura hacer que los hijos de -Dios vivan vidas no gozosas, ni libres de congojas, y nada santas. Él los engaña procurando simplemente desviar su mirada de Jesús; él, Satanás, les lleva a mirar mil cosas, como hizo mirar a las olas cuando Pedro andaba sobre el mar. Pero Dios dice: Mirad aquí, considerad al Apóstol y Pontífice de vuestra profesión; mirad a mí y sed salvos;

corred vuestra carrera mirando a Jesús; considerad a Cristo el mismo ayer, hoy y por los siglos.

I. Los Creyentes Debieran Vivir En Una Consideración Diaria De La Grandeza Y Gloria De Cristo

1°. Hubo un tiempo cuando el tiempo no existía, cuando no había la tierra, ni el sol, ni la luna, ni las estrellas; un tiempo cuando tú podrías haberte lanzado a través del espacio todo y no haber encontrado nunca un lugar en donde posar la planta de tu pie, cuando no hubieras tropezado con criatura alguna, y, sin embargo, Dios estaba en todas partes; cuando no habla ángeles con arpas de oro entonando alabanzas celestiales, y Dios, sin embargo, era todo en todo.

Pregunta. - ¿Dónde estaba Jesús entonces?

Respuesta. - Él era, o estaba, con Dios. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con

Dios." Él estaba junto a Dios, en perfecta bienaventuranza allí. "Jehová me poseía en el principio de su camino, ya de antiguo, antes de sus obras... con Él estaba yo ordenándolo todo y fui su delicia todos los días." Él estaba en el seno del Padre. "El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre." Él tenía una gloria perfecta allí. "Oh Padre, glorificame tú, cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo fuese."

Pregunta. - ¿Quién era Jesús entonces?

Respuesta. - Él era Dios. El Verbo estaba con Dios, y era Dios". Él era igual al Padre. "Él no tuvo por usurpación ser igual a Dios." Él era rico. Él era la imagen de la gloria de Dios, y la misma imagen de su sustancia o persona.

Hermanos, ojalá pudiese haceros dirigir vuestra mirada hacia aquel tiempo cuando Dios estaba solo desde toda la eternidad; ojalá me fuese dado mostraros la gloria que Jesús tenía entonces -cómo habitaba en el seno del Padre y cómo era su delicia continuamente- y que entonces pudiese deciros: "Éste es el glorioso ser que se ha hecho cargo de la causa de los pobres pecadores perdidos; éste es el que va a colocarse en el lugar de ellos para sufrir cuanto ellos debieran sufrir y obedecer lo que ellos debieron obedecer. Considerad a Jesús, adoradle con embeleso, pesad cada consideración en la balanza del más profundo juicio; considerad su rango, su honorabilidad, el contentamiento que da a Dios el Padre; considerad su poder, su gloria, su igualdad a Dios el Padre en todas las cosas; considerad y decid: ¿no creéis que debéis confiar vuestro caso a Él? ¿Pensáis que será un Salvador suficiente? Oh, hermanos, ¿no debiera clamar toda alma: Él me basta, no quiero otro Salvador?

2º. Pensemos nuevamente en que hubo un tiempo cuando este mundo inició su existencia, cuando el sol empezó a

brillar y la tierra y los mares comenzaron a existir. Hubo un tiempo cuando miríadas de felices ángeles fueron formados y extendieron sus alas *cumpliendo sus mandamientos, cuando las estrellas de la mañana iniciaron unidas sinfonías y todos los hijos de Dios vieron henchidos de gozo sus corazones.

Pregunta. - ¿Qué estaba haciendo Jesús entonces?

Respuesta. - "Sin Él, nada de lo que es hecho, fue hecho... por Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades: todo fue creado por Él y para Él." Oh, hermanos, pueda yo haceros retroceder con el pensamiento a aquel maravilloso día y mostraros a Jesús llamando a la existencia a los ángeles, colgando la tierra sobre la nada! ¡Ojalá que podáis vosotros oír la voz de Jesús diciendo: "Sea la luz" y que me sea dado descubrirlos susurrando a vuestro oído: "Éste es quien va a hacerse cargo de los pecadores, consideradle bien, ved si hay razones para tenerle por un Salvador suficiente, miradle con detenimiento y llenos de admiración" ¡ Son buenas nuevas, un buen mensaje para los pecadores si tan todopoderoso ser va a tener cuidado de nosotros!

Del mismo modo que no puedo albergar duda alguna de la seguridad y solidez de la tierra que se halla bajo mis pies,

así tampoco con respecto a la seguridad y perfección de mi salvación.

3°. Pero la obra de la creación ya hace mucho que tuvo lugar, y Jesús ha estado, ha habitado en nuestro mundo. Sin embargo, ahora no está aquí. Ha resucitado. Han transcurrido más de diecinueve siglos desde que Cristo estuvo en el mundo.

Pregunta. - ¿Dónde está Jesús ahora?

Respuesta. - "Está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas". Está sentado en el trono con Dios en su cuerpo glorificado y su trono es eterno. El cetro ha sido puesto en su mano, cetro de justicia, y el óleo de la alegría santa ha sido derramado sobre su cabeza. Toda potestad en el cielo y en la tierra le ha sido entregada.

¡Oh, hermanos, que pudiésemos vosotros y yo penetrar en los cielos hoy y ver lo que está sucediendo en el alto santuario! Veríamos a los hijos de Dios que miran a quien murió aquel día, podríamos ver al Cordero con las señales de sus profundas cinco heridas sentado en el mismo trono, rodeado de todos los redimidos provistos de arpas y recipientes de oro Henos de perfumes, podríamos ver una multitud de ángeles en derredor del trono, cuyo número se cuenta por decenas de millares y miles de miles, todos cantando: "Digno es el Cordero que ha sido muerto". Uno

de estos ángeles podría, complacido, decirlos: "Éste es el que ha sobrellevado la causa, el que se ha hecho cargo de los pecadores perdidos; Él llevó sobre sí la maldición y cumplió toda obediencia, 21 vino a ser el segundo Adán, el sustituto del hombre. Y he aquí que allí, sobre el trono del cielo está, considéralo, mira reverente y agradecido sus heridas -que son su gloria y dime:

¿Piensas que serás salvo si confías en Él? ¿Piensas que sus sufrimientos y obediencia no son suficientes?" ¡Sí, sí Señor, es bastante!, clama cada alma i Señor, retira y escinde de mi mirada tu mano! No me la muestres más, pues temo no poder sobrelvarlo. i Oh Dios, permíteme permanecer siempre contemplando al todopoderoso y divino Salvador, digno de toda honra, hasta que mi alma adquiera la completa seguridad de que su obra en favor de los pecadores es una obra totalmente acabada y perfecta, a la que nada falta! Sí, aunque todos los pecados del mundo pendiesen de mi cabeza débil, aun así no podría dudar de lo perfecto de su obra ni de que yo soy completamente salvo al confiar en Él.

Ahora quisiera hacer un ruego a los creyentes., Algunos de vosotros habéis sido realmente guiados por Dios a creer en Jesús, aunque no viváis de forma plena en una vida de paz y experimentéis escaso crecimiento en la santidad. ¿A qué se debe tal cosa? Es porque vuestro ojo está fijo en

cualquier cosa menos en Cristo. Estáis tan ocupados mirando a los hombres o al mundo, que no tenéis tiempo, ni ocasión, para mirar a Cristo.

No os extrañe tan poca paz y gozo en vuestra fe. No os extrañe que viváis una vida tan inconsistente y poco santa. Cambiad vuestro plan y conducta. Considerad la grandeza y la gloria de Cristo que ha cargado sobre al toda la responsabilidad de llevaros salvos al cielo y hallaréis que es completamente imposible andar en tinieblas o en Pecado. ¡Oh!, ¿qué significan los despreciables pensamientos que tenéis acerca del glorioso Emanuel? Alzad vuestros ojos de vuestro propio pecho, oh creyentes postrados, y mirad a Jesús.

Es bueno mirar a vuestros propios caminos, pero es mucho mejor centrar vuestra contemplación en Cristo.

Y ahora deseo, invitar a las almas sedientas. Almas ansiosas, ¿habéis comprendido toda la gloria de Cristo? ¿Habéis comprendido que Él vino precisamente a salvar a los pecadores culpables? ¿Y dudáis aún, pensando si será un Salvador suficiente? ¡Oh!, ¿qué significan, de qué sirven las visiones que habéis tenido de Cristo, si todavía no os atrevéis a confiarle vuestra propia alma?

Objeción. - Por mi parte, -no tengo duda alguna acerca de los sufrimientos de Cristo, así como de su valor completo y

suficiente, pero me temo que fue en favor de otros y no en favor mío. Si me fuese posible tener la certeza de que fue efectivamente por mí, descansaría completamente en paz.

Respuesta. - En ningún lugar de la Biblia se dice que Cristo murió por este o por aquel pecador. Si estás aguardando a encontrar tu propio nombre en la Biblia, tu espera será eterna. Sin embargo, y aunque tu nombre no se menciona, sabe que algunas versículos antes del texto leído, leemos que "gustó la muerte por todos" y en otra parte que "Él es la propiciación por los pecados de todo el mundo". No se dice que todos los hombres son salvos, o han quedado salvos por Él. ¡Ah, no, eso no! La mayoría de ellos nunca vendrán a Jesús y serán perdidos; pero los versículos enseñan que cualquier pecador puede acudir a Cristo, aún el más grande de los pecadores, y aceptarle como a su propio Salvador. Ven, por tanto, alma ansiosa, y di al Señor: "Tú eres mi refugio y mi fortaleza" y, entonces, si te es posible, continúa ansiosa.

Ii. Considerad A Cristo Como El Apóstol O Mensajero De Dios

La palabra apóstol significa mensajero, uno que ha sido ordenado y enviado a una misión especial. Cristo es un Apóstol porque Dios le ordenó o preparó y envió al mundo.

En el Antiguo Testamento se da a menudo a Cristo el nombre de "el ángel del Señor, o el mensajero del pacto". Él es llamado el escogido de Dios, elegido para la obra; se le llama también el siervo de Dios; se le llama el Mesías o el Cristo, o el ungido, porque Dios le ungió y le envió para la obra de salvar a los pecadores. En el Nuevo Testamento una y otra vez Cristo se llama a sí mismo el enviado de Dios. "Como tú me enviaste al mundo... y éstos -los discípulos— han conocido que tú me enviaste."! Todo ello nos muestra plenamente que no es sólo el Hijo quien está interesado en la salvación de los pecadores, sino también el Padre. "El Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo."

Objeción. - Ciertamente veo que Cristo es un grande y glorioso Salvador, poderoso para llevar a cabo todo lo necesario para salvar a los pecadores, pero quizá Dios el Padre no querrá descargar sobre Él toda su ira para no tener que hacerlo sobre nosotros, o quizá no se dará por satisfecho con que Cristo haya sido nuestro sustituto.

Respuesta. - Mira y considera que Cristo es el apóstol de Dios. Es tanto la obra de Dios como la obra de Cristo. Dicha obra estaba tanto en el corazón de Dios cómo en el de Cristo. Dios amó tanto y tan verdaderamente al mundo como lo amó Cristo. Dios dio a su Hijo, de igual forma que Cristo se dio a sí mismo por nosotros. También el Espíritu

Santo tiene tanto interés en la obra como el Padre y el Hijo. Dios dio a su Hijo, el Espíritu Santo le ungió y en él habitó sin medida, en toda su plenitud. En su bautismo, Dios le reconoció su Hijo muy amado, y el Espíritu Santo descendió sobre Él como una paloma.

¡Oh, hermanos, si me fuese posible trasladaros a la eternidad que precedió a la fundación del mundo, os llevaría e introduciría en el Concilio de la divina Trinidad! Del mismo modo que se dijo "hagamos al hombre" podría hacer oír la voz que acordó: "Salvemos al hombre". Os mostraría cómo Dios desde toda la eternidad designó a su Hijo para encargarse de la salvación de los débiles pecadores; cómo era el mismo plan y el íntimo deseo del corazón del Padre que Jesús viniese al mundo y muriese en lugar de los pecadores; cómo el Espíritu Santo exhaló suave incienso y se derramó como el más santo óleo sobre la cabeza del Salvador aparejado para descender a nuestro mundo. Ojalá me fuese dado mostraros el intenso interés con que el ojo de Dios siguió a Jesús a través de toda su vida de penas, sufrimientos y muerte y haceros patente la ansiedad presurosa con que Dios apartó la piedra del sepulcro mientras aún era oscuro, a fin de que el alma de Cristo no quedase en el sepulcro, ni su Santo viese corrupción, y manifestaros el éxtasis de amor y gozo que latió en el seno del Dios infinito cuando Jesús ascendió a su Padre y nuestro Padre; cómo le recibió con una plenitud

de bondad y gracia que en sólo Dios puede darse, y cómo Dios le recibió diciendo: "Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado, tú eres digno de ser llamado mi Hijo; nunca hasta este día has merecido tan plenamente ser llamado mío; tu trono, oh Dios, es trono eterno, siéntate a mi diestra en tanto pongo a tus enemigos por estrado de tus pies."

Oh pecador, ¿seguirás dudando si Dios el Padre está interesado en tu salvación, si el corazón de Cristo y el del Padre tendrán el mismo deseo, si estuvieron ambos de acuerdo en aquella gran entrevista cuando se deliberaba acerca del plan de la salvación del hombre?

¡Oh creyente, considera este apóstol de Dios, medita en estas cosas, mira y remira hasta que tu paz sea como un río, y tu justicia como las ondas del mar, hasta que el aliento de tu alma sea, Abba, Padre!

III. Considera A Cristo Como El Sumo Pontífice De Nuestra Profesión

Las obligaciones del Sumo Sacerdote eran dos: Primeramente, ofrecer sacrificio; en segundo lugar, hacer intercesión.

Cuando el Sumo Sacerdote atravesaba la puerta de acceso al altar de las ofrendas quemadas, lo hacía en presencia de todo el pueblo para ofrecer sacrificio en favor de ellos. Todos ellos permanecían en derredor contemplando y

considerando a su Sumo Sacerdote; cuando él juntaba la sangre en -la vasija de oro y se ataviaba con sus blancas vestiduras sacerdotales y desaparecía de su vista a través del velo, sus ojos le seguían hasta el misterioso velo que le escondía de su vista. Pero aún entonces el corazón de los judíos piadosos iba tras él. Ahora él está haciendo el esparcimiento de la sangre en simbólico acto siete veces repetido, diciendo: "Sea esta sangre en lugar de nuestra sangre". Él intercede ahora por nosotros.

Hermanos, sigamos y consideremos también, y por la fe, a nuestro gran Sumo Sacerdote.

1°. Considerémosle ofreciendo sacrificio. No os es posible mirar a Él sobre la cruz como lo hicieron los discípulos; no podéis ver su sangre brotando de sus cinco heridas; no podéis verle derramando su sangre para que la sangre de los pecadores no hubiese de ser derramada. Sin embargo, si Dios derrama sobre nosotros su gracia, podéis ver en su pan partido y su vino derramado una viva representación del Salvador que murió. Ya, hermanos, el sacrificio se ha realizado, Cristo ya ha muerto, sus sufrimientos ya han pasado... ¿Y cómo es que tú no disfrutas de su paz? Es a causa de que no te paras a meditar. "Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento". Considera que Jesús ha muerto en lugar de los culpables pecadores. ¿No quieres que Jesús sea tu sustituto, no lo quieres de veras? No tienes

por qué perecer. ¡Oh creyente bienaventurado, regocíjate eternamente! Vive con la visión del Calvario y vivirás con la visión de la gloria y ¡oh! regocíjate en la feliz ordenanza que estableció para traernos a la mente su grato recuerdo, la simple y sencilla Cena del Señor, el solemne acto del partimiento del pan.

2°. Considera a Cristo intercediendo. Cuando Cristo ascendió del Monte de los Olivos y entró en los cielos, llevando sus heridas sangrantes a la presencia de Dios y cuando los discípulos le hubieron contemplado hasta que una nube U ocultó de su vista, los ángeles tuvieron el grato encargo de darnos la manifestación que nos asegura que Él volverá a Jerusalén con gran gozo. ¿Qué?

¿Están ellos gozosos a pesar de que el Señor parte? Cuando Él les dijo por primera vez, que les iba a dejar, tristeza hinchó sus corazones, y tuvo necesidad de hablarles y consolarles diciendo: "No se turbe vuestro corazón... os es necesario que yo vaya". ¡Cómo fueron cambiados entonces! Jesús los deja y ellos están llenos de gozo. ¡ Oh! he aquí el secreto: ellos sabían que Cristo iba ahora a la presencia del Padre, que su gran Sumo Sacerdote estaba ahora atravesando el velo para interceder por ellos.

Creyente, ¿participas tú del gozo de los discípulos? Considera al apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús. Él está por encima de aquellas

nubes y por encima del firmamento. ¡ Oh! que permanezcáis contemplándole en el cielo, no con el ojo de la carne, sino con el ojo de la fe. ¡Cuán maravilloso es el ojo de la fe! Ve más allá de las estrellas, penetra hasta el mismo trono de Dios y allí mira a la faz de Jesucristo que intercede por nosotros, a quien no habiendo visto, amamos; en quien, aunque al presente no le veamos, creyendo nos regocijamos con un gozo inefable y lleno de gloria.

Si vosotros quisierais vivir así, cuán dulce paz henchiría vuestro corazón. ¡Y cuán numerosas gotas del Espíritu Santo descenderían sobre vosotros en respuesta a la oración de nuestro Salvador! Entonces vuestra cara se iluminaría y brillaría como la del protomártir Esteban. El pobre y ciego mundo vería que existe un gozo que el mundo no puede dar y que el mundo no puede quitar. El cielo parecería haber asaltado la tierra.

Mensaje III

CRISTO Y EL CREYENTE

«Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las doncellas. Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos: bajo la sombra del deseado me senté con gran deleite y su fruto fue dulce a mi paladar» (Cantar de los Cantares 2:2-3).

Si una persona no convertida fuese llevada al cielo, donde está Cristo sentado en gloria, y oyese las palabras de amor que Cristo, lleno de admiración, dirige al creyente, he podría entenderlas; no podría comprender cómo Cristo puede descubrir belleza alguna en la despreciable gente religiosa a quien él, en el fondo de su corazón, menosprecia. Y si un inconverso pudiese oír a un cristiano en sus devociones cuando realmente ha transpuesto el velo y se enterase de sus palabras de admiración y amor hacia Cristo, tampoco podría en modo alguno comprenderlas; no le sería posible entender cómo el creyente puede tener tan encendido amor hacia un ser que no ha visto, en quien él mismo no ve atractivo ni hermosura. Tan cierto es -las Sagradas Escrituras lo declaran que el hombre natural no conoce las cosas del Espíritu de Dios, ni las puede entender, porque le son locura.

Quizá algunos de los que me oyen sienten un profundo desprecio hacia el pueblo piadoso -¡están tan cargados de manías, tienen escrúpulos de conciencia por tales nimiedades, parecen siempre tan graves y poco amigos de la diversión!- que no pueden soportar su compañía. Bien, veamos, pues aquí lo que Cristo piensa acerca de ellos: "Como el lirio entre las espinas, así es mi amor entre las doncellas". ¡Cuán diferentes sois vosotros de Cristo! Hay aquí quizá alguno de los que me oyen que no tiene ningún deseo por Cristo, que nunca piensan en Él con placer.

Muchos de vosotros no veis en Él atractivo ni hermosura, ni belleza alguna que os le haga desear, ni amáis la melodía de su nombre, ni podéis orar a Él continuamente. Veamos ahora lo que el creyente piensa de Cristo: "Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos; bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fue dulce a mi paladar". ¡Oh, que al pensar vosotros en lo diferentes que sois de Cristo y del creyente, despertarais a la triste realidad de que todavía os encontrarais en la condición perdida del hombre natural, del hombre no nacido de nuevo y, por consiguiente, estáis bajo la ira de Dios!

Doctrina. - El creyente es inefablemente precioso a los ojos de Cristo y Cristo inefablemente precioso a los ojos del creyente.

I. CONOCED LO QUE CRISTO PIENSA DEL CREYENTE. - "Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las doncellas."

Cristo no ve nada tan suave y hermoso en todo este mundo, como el creyente. El resto del mundo es como espinas, pero el creyente es como un bello lirio en sus ojos. Si mientras andamos por un desierto vemos que todo lo que crece son cardos y espinas, pero nuestros ojos tropiezan con alguna fina flor, pequeña y blanca, pura y fragante, que crece en medio de las espinas, nos parece peculiarmente

bella. Si fuese en medio de un jardín entre muchas otras flores, entonces su valor no resaltaría de forma tan notable. Pero cuando se halla rodeada por todos los lados de espinas, entonces llama nuestra atención. Tal es el creyente a los ojos de Cristo: "Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las doncellas".

1. Ved lo que Cristo piensa del mundo no convertido a Dios. Es como un campo lleno de cardos y espinas. Primeramente, a causa de su esterilidad, su falta de fruto. "¿Cógense uvas de los espinos o higos de los abrojos?" Así Cristo no halla fruto del mundo no convertido. Todo él le es como un desierto espinoso.

En segundo lugar, porque cuando la palabra de Dios les es anunciada, es como cuando se siembra entre espinas. "Haced barbecho para vosotros y no sembréis sobre espinas" (Jeremías, 4:3). Cuando el sembrador ha sembrado, parte de su simiente ha caído entre espinas y las espinas la ahogan cuando empiezan a brotar. Tal es el resultado de la predicación en los inconversos.

En tercer lugar, porque su fin será como el fin de las espinas. Son secas y solamente sirven para ser quemadas. "Como las espinas, se cortarán, y serán arrojadas al fuego". "Porque la tierra que embebe el agua que muchas veces vino sobre ella y produce solamente espinas y

abrojos, es reprobada y cercana de maldición, cuyo fin será el ser abrasada'.

Mis amigos, si vosotros estáis sin Cristo, ved lo que sois ante los ojos de Cristo; espinas. Pensáis que tenéis cualidades admirables, que sois miembros valiosos de la sociedad en que vivís, y tenéis la esperanza de que en la eternidad todo os irá bien. Ved lo que dice Cristo: "Vosotros sois espinas y cardos, inútiles en este mundo y aprovechables tan sólo para ser quemados".

2. Ved lo que Cristo piensa del creyente. "Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre las doncellas". El creyente es como una fina flor a los ojos de Cristo. Primeramente, porque está justificado ante los ojos de Cristo, purificado con su sangre y limpio como puro y blanco lirio. Cristo no puede descubrir mancha alguna en su propia justicia y, por ello, ve mancha en el creyente. "Tú eres hermosa, amiga mía; como el lirio entre las espinas, así es mi amada".

En segundo lugar, porque el creyente ha experimentado un cambio de naturaleza, es ---en términos bíblicos-- una nueva criatura, ha nacido de nuevo. En un tiempo fue como un estéril y espinoso cardo, cuyo único fin era el ser quemado. Sin embargo, ahora Cristo ha puesto un nuevo espíritu en él; la semilla ha sido puesta en él y crece como lirio. Cristo ama la nueva criatura. "Toda mi delicia está en

ellos". "Como el lirio entre las espinas, así es mi amada entre las doncellas". ¿Eres cristiano? Entonces nunca olvides que aunque el mundo te desprecie, aunque te insulte y se burle, recuerda: Cristo te ama; Él te llama "mi amiga". Habita en Él y habitarás en su amor. "Si permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos".

En tercer lugar, a causa de los pocos que sois en el mundo. Observad que hay un solo lirio y muchas espinas. Hay un gran desierto lleno de espinas y sólo una solitaria flor. Así hay un mundo puesto en maldad y un pequeño rebaño que cree en Jesús. Algunos creyentes están apesadumbrados por el hecho de sentirse solos, e incluso llegan a dudar de si en verdad caminan por los senderos de la justicia. No os desaniméis. Es precisamente una nota característica del pueblo de Cristo el sentirse solos en el mundo, pero en realidad no estáis solos.

Ésta es precisamente una de las muchas bellezas que Cristo encuentra en su pueblo. Que se halla solo en medio de un mundo de espinas. "Como el lirio entre las espinas".

No te desanimes, no desfallezcas. Este mundo es un mundo de solitarios. Cuando seas trasplantado allí al jardín de Dios, nunca más estarás solo y además serán eliminadas todas las espinas. Como las flores en un bello jardín despiden todas sus miles de perfumes para enriquecer con

su olor el ambiente, así en el paraíso celestial tú te unirás a los miles de redimidos exhalando con ellos la fragancia de tu alabanza.

II. CONOCED LO QUE EL CREYENTE PIENSA DE CRISTO. - "Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos, bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fue dulce a mi paladar".

1. Cristo es para el creyente más precioso que todos los demás salvadores, ya que, aunque no los hay, muchos los consideran como a tales. Como un viajero prefiere un manzano a todo otro árbol silvestre porque halla en él refugio y alimento nutritivo, así el creyente prefiere a Cristo a todo otro Salvador. Cuando un hombre viaja a través de países meridionales a menudo se cobija bajo un árbol para guarecerse de los ardientes rayos del sol, y ¡qué refrigerio halla cuando llega a un bosque! Cuando los israelitas anduvieron peregrinando a través del desierto, vinieron a Elim, en donde había doce pozos de agua y setenta palmeras y acamparon allí porque había agua. Se gozaron bajo la sombra del refrescante palmeral. Así Ezequiel promete que el pueblo de Dios "habitará en el desierto en seguridad y dormirá en los bosques".

Pero si el viajero siente hambre y necesita alimento, entonces no puede quedar contento con ningún árbol del

bosque, sino que prefiere un árbol fruta], bajo el cual pueda sentarse y hallar tanto alimento, como sombra y cobijo. Si ve un manzano, por ejemplo, él lo preferirá a cualquier otro árbol del bosque, pues de él y bajo de él comerá su delicioso fruto y hallará sombra. Así sucede con el alma despertada por Dios. Ve cómo se cierne amenazadora sobre su cabeza la ira de Dios, descubre que reside en un mundo maldito, es llevada al desierto y está a punto de perecer; entonces acude a un bosque, y muchos árboles le ofrecen su sombra: ¿dónde se sentará? ¿bajo algún abeto? Pero ¡ay! ¿Qué fruto le ofrece el árbol? Morirá allí. ¿Se cobijará bajo el cedro -de poderosas ramas? ¡Ay! que también allí perecerá, por cuanto también carece de fruto. El alma que ha aprendido de Dios, anhela y busca una salvación completa en un completo Salvador. El manzano, siguiendo la figura, es entonces revelado al alma. El alma hambrienta siempre escoge esto. Necesita ser salvada del infierno y nutrida para el cielo. "Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos".

Almas despertadas, recordad que no debéis sentaros bajo todo árbol que se os ofrece. "Mirad que nadie os engañe, porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán". Hay muchas maneras de decir "Paz, paz" no habiendo paz. Seréis tentados a buscar la paz en el mundo, en el mérito del propio arrepentimiento

o en las penitencias, en una reforma fruto de vuestra carne. Recordad que debéis elegir el árbol que os ofrezca sombra y alimento. "Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos". Rogad a Dios que os enseñe a escoger vuestra fe, invocad a Dios os conceda un ojo que pueda discernir cuál es el manzano. ¡Oli, no hay descanso para el alma sino sólo bajo el árbol que Dios ha plantado! El deseo y la oración de mi corazón en favor vuestro, es que todos podáis hallar descanso bajo el árbol.

2.¿Por qué tiene el creyente tan alta estima de Cristo?

Primeramente, porque el creyente ha gustado a Cristo. "Bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fue dulce a mi paladar". Todos -los verdaderos creyentes se han sentado bajo la sombra de Cristo. Muchas personas se creen que porque tienen un conocimiento intelectual de Cristo, ya son salvas. Leen de Cristo en la Biblia, oyen de Cristo en el templo de Dios, y piensan que son cristianas. ¡Cuidado, mis Amigos! ¿De qué os aprovechará lograr un conocimiento de la existencia del manzano? ¿Os hago, acaso, sólo su descripción refiriéndoos su belleza y quizá hablándoos fría y. amargamente de su delicado fruto? ¿No os ¡noto a comer de él y no lo hago como uno que ha probado espiritualmente su dulce sabor? Si yo fuese enviado a vosotros para enseñaros. Sólo un cuadro del árbol, o mi misión consistiese en solo mostrarnos dónde se

halla el árbol para que lo miraseis solamente de lejos, ¿no os quejaríais de que no os serviría de ningún provecho? No disfrutaríais ni de su buena sombra, ni de su delicioso fruto. Pero os anuncio un árbol, un manzano que está a vuestro alcance, y a vuestra disposición.

Del mismo modo queridos hermanos, ¿qué bien podréis obtener de Cristo si solamente oís de Él en los libros o sermones, o él solamente le veis en dibujos y vuestra visión de Él es la visión que sólo se puede lograr con el ojo corporal? ¿De qué os aprovechará todo ello si no os sentáis bajo su sombra? ¡Oh, amigos míos, debe haber un sentarse personal bajo la sombra de Cristo, si queréis ser salvos! Cristo es la zarza ardiente, que, aunque quemada, no ha sido consumida. Es, amigos, un lugar seguro para descansar toda alma que estaba reservada para el infierno.

Hay muchos que, al oírme, podrían decirme: "Yo me senté bajo su sombra" aun cuando ahora parecen haberlo olvidado. ¿No es cierto que, vueltos de Cristo, han ido tras los amantes? Y ¿no ha sembrado Dios vuestros caminos de espinas para haceros volver? "Vuélvete, vuélvete, oh, sunamita". No hay otro refugio para tu alma. Ven y siéntate otra vez bajo la sombra del Salvador.

En segundo lugar, porque su fruto fue dulce a su paladar. "Bajo la sombra del deseado me senté y su fruto fue dulce a mi paladar".

La mayoría de las personas piensan que no hay gozo en la religión, que es algo triste o trágico. Cuando se convierte un joven, muchos dicen de él: ¡Ay de él! ya puede despedirse de los placeres, de las alegrías de la juventud, y decir adiós al corazón alegre. Habrá de cambiar estos placeres por la lectura de la Biblia y por los áridos sermones, así como también por una vida de gravedad y piadosos actos de rectitud extrema". Esto es lo que el mundo dice.

¿Qué dice, no obstante, la Biblia? "Su fruto fue dulce a mi paladar". ¡Ah, sea Dios verdadero y todo hombre mentiroso, aunque nadie pueda creer esto, excepto sólo quienes ya lo han probado! No os engaños, vosotros, jóvenes; el mundo tiene muchas delicias sensuales y pecanillosas las delicias de las comidas y bebidas -- digamos banquetes y banqueteo--, las delicias de ir a la moda hasta el extremo de vivir esclavos de ella, las delicias de las fiestas y del baile. Nadie que sea sabio -ni yo mismo- negará que estas cosas son cosas deliciosas al corazón natural, pero ¡oh! perecerán y terminarán con el castigo eterno. Sentarse bajo la sombra de Cristo, apesadumbrado y quebrantado por el temor de la ira de Dios, entristecido por el cansancio de una estéril búsqueda de la salvación que ofrecen quienes no son salvadores y encontrar al fin descanso verdadero bajo la sombra de

Cristo, ¡ah, esto id que es una gran delicia! ¡Señor, que siempre permanezca cobijado bajo esta sombra!

Hay personas que abrigan sus temores con respecto al gozo cristiano. Ellas mismas no lo tienen y les desagrada verlo en otros. Su religión es algo así como las estrellas, muy altas y muy claras, pero también muy frías. Cuando en otros ven lágrimas de ansiedad o lágrimas de gozo, protestan diciendo: ¡entusiasmo, entusiasmo! Bien, entonces apelemos "a la ley y al testimonio". "Su fruto fue dulce, agradable a mi paladar" o como traducen otros textos: "bajo su sombra me senté con gran delicia". ¿ Es entusiasmo esto?

¡Que el Señor pueda henchirnos con el gozo y la paz inefables de la le! Si ellos, el gozo y la paz, realmente tienen como fundamento la palabra de Dios y están amparados bajo la sombra de Cristo, nada habrá que impida vuestro gozo. No habrá ataduras para vuestra alegría. ¡Oh, si Dios abriese solamente vuestros ojos y os diese una fe sencilla, infantil, para mirar a Cristo, para sentaros bajo su sombra, entonarías entonces himnos de gozo que brotarían de vuestras entrañas. "Gozaos en el Señor siempre; otra vez os digo que os gocéis".

En tercero y último lugar, porque el fruto de Cristo es dulce al paladar. Todos los verdaderos creyentes no sólo se sientan bajo la sombra de Cristo, sino que además

participan de su delicioso fruto. Del mismo modo que cuando vosotros os sentáis debajo de un manzano, el fruto pende sobre vosotros y en derredor vuestro a vuestro alcance y os invita a alargar la mano para llevároslo a la boca, así también cuando venís a someteros a la justicia de Dios y os halláis, inclinada vuestra cabeza, sentados bajo la sombra de Cristo, todas las demás cosas os son añadidas. Las misericordias de que nos rodea Dios, las que podríamos llamar temporales, son dulces al paladar. Solamente en aquellos de vosotros que sois verdaderamente cristianos y que os sentáis bajo la sombra de las bendiciones temporales de Cristo y de las misericordias del pacto, se cumplirá aquella promesa bíblica que dice: "Se le dará su pan y sus aguas serán ciertas". Éstas son dulces manzanas del árbol de Cristo. ¡Oh, cristianos! decidme, ¿no os es el pan más dulce cuando lo coméis así, con tal confianza? ¿No es el agua más deliciosa que el vino, y las legumbres de Daniel mejor que las golosinas de la mesa del rey?

Las aflicciones son dulces al paladar. Toda buena manzana tiene algo de amargor. Así sucede con las manzanas del árbol de Cristo. Él nos rodea de aflicciones, tanto como de misericordias y bienes; así hace que a veces nuestros dientes tengan dentera con el amargor. Sin embargo, aun esto constituye una bendición, aunque oculta, y forma parte de los dones que nos han sido legados con su bendito

pacto. ¡Oh! la aflicción es una tragedia cuando no se está bajo la sombra de Cristo. Pero ¿sois cristianos? Mirad, pues, a vuestras penas como manzanas del bendito árbol. Si supieseis cuán saludables os han de resultar, en modo alguno desearíais que os faltasen. "El dolor que es según Dios, obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte" (II Cor. 7:10). Algunos de vosotros sabéis que no digo ninguna contradicción al afirmar: "Estas manzanas, aunque amargas, son dulces a mi paladar".

Los dones del Espíritu son dulces al paladar. ¡Ah? he aquí el mejor fruto que produce el árbol, he aquí las más finas y sabrosas manzanas colocadas en las ramas más altas del árbol. Los creyentes saben cuán a menudo su alma desfallece. He aquí ahora alimento para vuestra alma decaída. Todo lo que necesitáis está en Cristo. "Bástate mi gracia". Querido hermano, siéntate mucho bajo aquel árbol, confórtate mucho con su alimento. "Sustentadme con frascos, corroboradme con manzanas, porque estoy enferma de amor".

Las promesas de la gloria son dulces al paladar. Algunas de las manzanas tienen -diríamos--- sabor "a cielo". Comed de ellas, amados creyentes. Algunas de las manzanas de Cristo os harán disfrutar tanto como se deleitaron los israelitas al comer de la fruta de Canaán, al comer los

deliciosos racimos de Escol. “¡Señor, dame siempre de estas manzanas, porque son dulces a mi paladar!”

Mensaje IV

LA ESPADA SOBRE EL INCONVERSO

«La espada, la espada está afilada y aún acicalada; para degollar víctimas está acicalada, acicalada para que relumbre. ¿Hemos de alegrarnos?» (Ezequiel 21:9, 10).

Se nos enseña desde el segundo versículo de este capítulo que esta profecía fue dirigida contra Jerusalén. "Hijo del hombre, pon tu rostro contra Jerusalén y derrama palabra sobre los santuarios y profetiza sobre la tierra de Israel".

Se nos dice en los textos que preceden a los versículos leídos, que Ezequiel, siendo aún joven, fue llevado cautivo por Nabucodonosor y dejado junto al río Chebar con cierto número de compatriotas suyos. Fue allí que dirigió sus profecías durante un período de 22 años. La profecía que he leído fue dicha en el año séptimo de su cautividad y justamente tres años antes de que Jerusalén fuese destruida y el templo quemado. Por el versículo 2 sabemos que estas palabras fueron dirigidas contra Jerusalén, aunque Dios había transportado a Ezequiel a ministrar a los cautivos del río Chebar y le habla hecho dirigir un mensaje de aliento y

misericordia a su ama Jerusalén. "Hijo del hombre, pon tú rostro contra Jerusalén y derrama palabra sobre los santuarios y profetiza sobre la tierra de Israel".

Dios había cumplido ya muchas de las palabras de sus profetas contra Jerusalén. Había dado cumplimiento a la profecía de Jeremías contra uno de sus reyes, Joacim: "En sepultura de asno será enterrado, arrastrándole y echándole fuera de las puertas de Jerusalén". Había cumplido la palabra profética de nuestro profeta transportando a otro rey, Joaquín, a Babilonia con todos los vasos sagrados de la casa de Dios. Pero ninguna de las profecías y ninguno de los juicios contra Jerusalén se habían despertado aún. Así se nos dice (II Crón. 36:12) que Sedechías, el rey que sucedió a Joaquín, "hizo lo malo en ojos de Jehová su Dios, y no se humilló delante de Jeremías profeta, que le hablaba de parte de Jehová". Y siguen los versículos del 14 al 16 diciendo: "y también todos los príncipes--, etc."

Fue en un tiempo de gran dureza e impenitencia de corazón que se anunció la profecía contra Jerusalén justamente tres años antes de que la ira de Dios cayese sobre ellos hasta el máximo primeramente, todo era alegría y sensualidad en Jerusalén. En segundo lugar los falsos profetas anunciaban paz y el pueblo se complacía en tal anuncio. En tercer lugar, no había ningún clamor, ninguna agitación, sino el escándalo. y gritería producido por los

banqueteo y jaranas en que la mayoría se complacían Sólo se oía la risa del necio, que es como el estrépito de las espinas debajo de a la olla" (Eclesiastés, 7:6).

Pero, en medio de aquellas fiestas y escándalos, sólo el profeta en el río Chebar oye el estruendo del trueno a distante. El fiel siervo de Dios vio a Dios armándose como un poderoso guerrero y blandiendo la espada de la venganza en su mano. Y entonces Rama a sus compatriotas clamando con voces como truenos para despertarles: "La espada, la espada está afilada y aun acicalada; para degollar víctimas está acicalada; acicalada para que relumbre, ¿hemos de alegrarnos?"

Amigos míos, quienes de vosotros no sola convertidos, estáis en la misma situación en que se hallaba Jerusalén. En los años que se han desvanecido como la niebla matutina, ¡cuántos mensajes de Dios habéis tenido! ¡Cuántas veces ha enviado Dios sus mensajeros a vosotros madrugando y enviándoos a vosotros! Su Biblia quizá ha estado en vuestro hogar como silencioso, pero poderosísimo clamor de Dios; su providencia se ha manifestado dentro de vuestro círculo familiar, durante la enfermedad y la muerte, en la abundancia o prosperidad, todo ello mostrándoos que debéis acudir al Señor Jesús, el solo y suficiente Salvador.

Todos estos mensajes han venido a vosotros y seguís aún, sin embargo, inconversos. Aún sois huesos secos y muertos, sin Cristo y sin Dios en el mundo; y decís: "Alma, reposa, come y bebe y huélgate". Pero, oíd, amigos, oíd una vez más, porque Dios no quiere que ninguno perezca. Tengo palabra de Dios para vosotros. "La espada, la espada está afilada y aún acicalada; para degollar víctimas está acicalada, acicalada para que relumbre. ¿Hemos de alegrarnos?"

Doctrina. - *Está muy fuera de la razón que las personas no convertidas se alegren.*

1. Es ilógico, porque están bajo condenación.

"La espada está acicalada, etc." Existe la idea común de que el hombre está en el mundo como lo estuvo Adán, en un período de prueba, y que las personas no cristianas no serán condenadas hasta el día del juicio. Pero no es así la Biblia dice: "El que no cree, ya es condenado" "El que no tiene al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él". "Maldito es (no dice será) todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley para hacerlas" Las almas no cristianas están en el momento presente en un horrible abismo en el que toda boca se ha de tapar y todo hombre es culpable delante de Dios. Las almas están encarceladas, están en la prisión, preparadas para ser llevadas a la ejecución. Es por eso que

cuando Dios nos envía a predicar a los no cristianos, Dios nos envía "a predicar a los espíritus encarcelados", esto es, a quienes están bajo condenación. La espada no solamente está preparada, sino afilada y acicalada. Pende sobre sus cabezas.

¿Deben, por tanto, alegrarse? No es razonable que un malhechor condenado se alegre. ¿No nos llamaría grandemente la atención ver una compañía de hombres condenados a morir alegrándose y haciendo jolgorio, hablando chistosamente, como si la espada no estuviese sobre ellos? Éste es, amigos, el caso de cada uno de vosotros que no sois convertidos y aún vivía días de alegrías. Habéis sido pesados en balanza y habéis sido hallados faltos; habéis sido condenados por el Juez justo. Vuestra sentencia ya está dictada. Ahora estáis encarcelados y nadie podrá sacaros de esa prisión: la espada está dispuesta y caerá sobre vosotros. Y ¡oh! ¿no es muy ¡lógico que os alegréis? ¿No es una gran locura sentirse felices y contentos con vosotros mismos y con vuestros amigos? ¿No es una insensatez cantar la canción del borracho: "Comamos, bebamos y alegrémonos, que mañana moriremos"?

2. Tremenda insensatez es alegrarse porque los instrumentos de destrucción de Dios están todos preparados. No solamente es un hecho que los incrédulos

ya están condenados, sino que además los instrumentos que los habrán de destruir estarán aparejados y completamente preparados. La espada de la venganza está afilada y aún acicalada. Cuando las espadas están guardadas en el armero se untan con grasa para evitar que se oxiden sus afiladas hojas, pero cuando la obra ha de hacerse y se ha de sacar para degollar víctimas, entonces se afilan y se acicalan y se dejan brillantes. Así se hace con la espada del verdugo: cuando no se ha de usar, se guarda; pero cuando la obra se ha de hacer, cuando se ha de ajusticiar a alguien, se afila y se tiene preparada. Se afila y acicala ahora, y precisamente antes de que haya de darse el golpe mortal, para que pueda cortar limpia y fácilmente. Igual sucede con la espada de la venganza de Dios. No está --dice la Palabra- envainada ni grasienta, sino afilada y acicalada, está completamente a punto de realizar su obra: "para degollar víctimas". La enfermedad por la que cada inconverso ha de morir está dispuesta; corre quizá por las venas de alguno de vosotros en este preciso instante. El accidente que os ha de introducir en la eternidad se cierne sobre vosotros, todos los medios y detalles del mismo están apercebidos. La flecha que ha de heriros mortalmente ya está colocada en el entesado arco, quizá ya ha salido rauda del arco y vuela hacia alguno de vosotros.

El lugar que el inconverso habrá de ocupar en el infierno está preparado, para cada uno un lugar..Cuando Judas cayó

en trasgresión: dice la Escritura; murió "para irse a su lugar". Tenía su propio lugar antes de ir allí completamente preparado para él. Del mismo modo que un hombre, se retira por la noche a su dormitorio completamente puesto a punto para él, así hay para cada incrédulo su propio lugar en la condenación. Cuando el hombre rico murió y fue enterrado, fue inmediatamente a su propio lugar. Lo encontró todo a punto; dice el texto bíblico "y en el infierno alzó sus ojos estando en los tormentos". El infierno está preparado para los no cristianos. Fue, hace mucho ' preparado para el diablo y sus ángeles. Las llamas están completamente dispuestas, completamente encendidas y ardientes. ¡Ah! ¿Han de alegrarse, pues quienes no son cristianos? Un malhechor puede, quizá, decir que mientras no sea erigido el cadalso en que habrá de ser ejecutado, puede alegrarse. Pero el se le dice que el lugar de la ejecución está dispuesto, que la espada está ya afilada y que el verdugo le espera, ¡oh! ¿No sería locura regocijarse entonces? ¡Ay! Tal es vuestra necesidad, pobres almas, sin Cristo. Estáis no solamente condenadas, sino que además también la espada está afilada para herir vuestra alma, y, sin embargo, vivía feliz, disfrutando días y noches en los placeres que han de perecer. La enfermedad, el accidente, la flecha, todo, todo está a punto; la tumba está a punto y ¡ay! también el infierno mismo está

preparado, tu propio lugar ha sido aparejado, y ¡aún vives alegremente!

Puedes tranquilamente distraerte en pasatiempos y regocijarte con insanas compañías. Después de la jornada de trabajo y no sabiendo a qué hora el peso de la justicia de Dios puede descargarse sobre ti, ¿te atreves aún a entregarte a una conversación disoluta, y a una conducta licenciosa añadiendo pecado sobre pecado, y atesorando para ti ira para el día de la ira? Sin antes haber orado y con la mente llena de pensamientos perversos y malos, ¿cómo puedes ir a la cama sin pensar que antes que despunte el día tú bien podrías despertar en el infierno? ¡La espada, la espada está afilada!

3. GRAN ERROR ES ALEGRARSE, PORQUE LA ESPADA PUEDE CAER EN CUALQUIER MOMENTO. Es un hecho que además de que las almas sin Cristo están ya condenadas y la espada de condenación está dispuesta, ésta puede caer en cualquier momento. No sucede igual con los malhechores; su día se fija y si les quedan muchos días, pueden alegrarse relativamente al principio para ir entristeciéndose a medida que transcurren. Por el contrario, en los no creyentes el asunto es muy diferente; su día es fijado, pero no se les dice cuál es. Puede ser este mismo momento. ¿Oh! ¿Y se alegran todavía?

Se ha dado el caso de que algunos malhechores han mostrado un corazón duro hasta el último momento. Muchos han recibido la sentencia impasibles y con cierta sonrisa en el rostro. Algunos incluso se han dirigido al cadalso impasiblemente, con un espíritu casi despreocupado. Pero cuando la cabeza ha sido colocada sobre la madera fatal, cuando los ojos han sido vendados y el cuello apercebido y descubierto, cuando la reluciente espada o hacha ha sido levantada en alto hiriendo el aire a punto de descender rápida y mortal en cualquier momento, entonces se produce un angustioso suspenso. Debe de ser muy horrible ver un hombre así con un espíritu despreocupado en tal momento. ¡ Oh, sería enorme locura, sí, reírse entonces!

¡Ay, que es ésa vuestra locura, pobres y desgraciadas almas sin Cristo! No sólo estáis condenados y no sólo la espada está preparada, sino que también puede caer pesadamente sobre vosotros en cualquier instante. Vuestra cabeza descansa sobre el duro leño de la ejecución, vuestro cuello está descubierto ante Dios y la tremenda espada pende sobre vosotros, ¿y aún podéis reiros? ¿Podéis todavía ocupar vuestra atención en los negocios y asuntos mundanos, y enriqueceros, edificar y plantar sabiendo que esta noche "pueden pedir vuestra alma"? ¿Podéis aún ocupar vuestro tiempo en pasatiempos y diversiones, en la lectura de libros vanos y distraeros con los compañeros?

¿Podéis ocupar las horas libres del trabajo en conversaciones malsanas y conductas licenciosas, añadiendo pecado a pecado, "atesorando ira para el día de la ira" cuando no sabéis en qué hora de la ira de Dios sobrevendrá vuestro fin? ¿Podéis acostaros sin orar, llenando, por el contrario, vuestras mentes en sucias y horribas imaginaciones que no conviene mencionar sabiendo que podéis entrar en el infierno antes de mañana? "La espada, la espada está afilada y preparada."

4. OTRA RAZÓN QUE HACE IMPROCEDENTE, la alegría consiste en que Dios no ha prometido a las almas que se mantengan sin Cristo detener su mano para evitar su perdición en ningún momento. Todas las promesas de Dios son Sí y Amén, es decir, son verdaderas. Cumplirá indefectiblemente cada una de sus promesas. Pero la misma Escritura dice que son sí y Amén en Cristo Jesús". Todas las promesas de Dios son hechas en Cristo para los pecadores que acuden a Cristo. Creo que es totalmente imposible, por la naturaleza de lo que nos ha sido revelado, pueda hacerse alguna promesa al no convertido. Ciertamente todas las promesas de Dios son hechas en Cristo para los pecadores que acuden a Cristo. Toda persona que no ha acudido nunca a Cristo es un no convertido y, por tanto, para él no hay promesa alguna. Si algo promete, es hacerle sentir ansiedad por la salvación; al algo promete, es llevarlo a Cristo, pero nunca ha prometido

librarle en ningún momento del infierno, si no se refugia en Cristo. "¿Deben, por tanto, alegrarse?"

Permitid que me dirija a las personas que no tienen a Cristo y que están aquí. Muchos de vosotros, al oírme, habréis podido conocer que estáis sin Cristo, y aunque sabéis esto, permanecéis tan tranquilos y tan felices.

¿Por qué? Porque esperáis ser traídos a Cristo un poco antes de morir. Decía "otro día lo haré, te oiré acerca de esto otra vez" y por esto quedáis tranquilos ahora. Pero esto es irrazonable, no es propio de un ser racional actuar así. Dios no ha prometido traeros a Cristo antes de morir. Dios no tiene ninguna obligación con respecto a vosotros de salvaros. Dios no ha prometido que ya estudiaréis el asunto mañana, o que oiréis otro sermón. Cerca de vosotros existe un día, que para vosotros no tendrá mañana. Si éste no es el último día, sí que puede ser el último sermón que oigáis, aunque después se prediquen otros.

Dadme ocasión de hablar ahora a las personas sin Cristo que sienten ansiedad por sus almas. Oyéndome algunos han descubierto su condición de no cristianas, y ello las ha turba o, y aunque tienen temor por su alma, hay algunas que hacen desaparecer aquella ansiedad y miran atrás a la alegría del mundo. ¿A qué se debe? Es una gran locura. Si vosotros estáis todavía fuera de Cristo a pesar de haber

sentido ansiedad, recordad que no por ello Dios ha prometido salvaros. La espada está todavía sobre vosotros, afilada y acicalada. ¡Ah! no os alegréis. Procurad entrar por la Puerta estrecha. Arrebatad el reino de los cielos, porque "al reino de los cielos se hace fuerza". Luchad por entrar. No descanséis en tanto no os halléis realmente disfrutando del pacto, en tanto vuestro nombre no haya sido escrito realmente en el "Libro de la Vida". Entonces seréis felices, más aún, bienaventurados.

5. ES INSENSATO TAMBIÉN PORQUE SE TRATA DE UNA MATANZA DOLOROSA POR SU ALCANCE.
“¡La espada, la espada!”

Será una trágica matanza por cuanto alcanzará a cuantos están sin Cristo, sin excepción. La tragedia de la matanza en Jerusalén radicaba en que todos fueron muertos, tanto ancianos como jóvenes. El mandato que el profeta oyó, era (9:5, 6): "Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad viejos y mozos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario. Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo". Tal es la suerte trágica que aguarda a los no convertidos. Toda persona sin Cristo perecerá, sea joven o sea viejo. Dios no perdonará ni su ojo se apiadará.

Pensad esto, personas de canas blancas, que habéis vivido en el pecado y nunca os refugiasteis en Cristo; si moría así, ciertamente pereceréis en la gran matanza.

Considerad esto vosotros, de edad madura, negociantes y trabajadores cuyo único fin es obtener dinero y que, sin embargo, no lo vendéis todo por lograr la perla de gran precio. Vosotras, Martas, es decir, mujeres totalmente absortas en los quehaceres propios de vuestro sexo, cuidadosas y turbadas por las muchas cosas, pero que descuidáis la única cosa que es necesaria, vosotras también todas, unas y otros, también pereceréis en el día de la ira.

Paraos a considerar, jóvenes, que vivía sin ninguna vida de piedad, sino, por el contrario, pensando exclusivamente en la alegría y jolgorio, vosotros que procuráis distraeros, divertir os y ser felices todos los domingos, vosotros que andáis conforme a la concupiscencia de vuestros ojos y de vuestra carne, vosotros también caeréis en la condenación.

Pensad esto vosotros los pequeños que estáis orgullosos y confiáis en la inocencia, pero que ya os habéis descarriado desde el seno maternal cayendo en la mentira. Niños que tenéis enorme afición en vuestros juegos, pero que no sentía atractivo alguno por venir a Cristo, que es el Salvador de los niños, la espada pende también sobre vosotros. ¡ Oh! amigos, es la destrucción que no respetará joven, ni simpático, ni cariñoso, ni madre amable, ni

afectuoso chiquillo, ni viuda Y su único hijo. ¿Hemos, pues, de alegrarnos? Familias no convertidas, cuando os halléis en una tarde de asueto o de di atracción, unas, y otras, haceos estas pregunta sí ¿Debemos alegrarnos? ¿Es natural que nos alegremos? ¿Es propio de seres conscientes? Compañeros no convertidos que tan a menudo participáis juntos de la alegría de las diversiones, ¿habéis de disfrutar, como lo hacéis siendo tan triste vuestro caso? ¡Ah! Cuán funesto será el contraste cuando Dios diga: "Atado de pies y manos, echadlo al fuego eterno".

6. La última razón consiste en que la gran destrucción tendrá lugar con, la espada de Dios. Si fuese solamente la espada del hombre la que se afila y acicala para la matanza, no sería tan terrible la cuestión. Pero es la espada del Todopoderoso; por esto es tan tremenda. "No temáis a los que matan el cuerpo y después no tienen más que hacer. Os enseñaré a quién habéis de temer: temed a aquel -que después de haber quitado la vida tiene poder de echar en la Gehena: así os digo: a éste temed". Si fuese la espada del hombre, sólo alcanzaría a dañar el cuerpo; pero ¡ah! es la espada de Dios. Es la misma espada que apareció en el jardín del Edén, "una espada encendida que se revolvía a todos lados para guardar el camino del árbol de la vida". Es la misma espada que atravesó el costado de Jesucristo en su agonía. "Levántate, oh espada, sobre el pastor y sobre el

hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Heriré al pastor y se desparramarán las ovejas". Es aquella espada a que se refería Cristo cuando dijo: "Y le cortará por medio y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes". Queridos amigos, no se trata de algunas heridas en la carne las que inferirá la espada. Cortará por medio, sumirá en castigo eterno, en muerte eterna. Se trata de una muerte en la que el cuerpo y el alma estarán siempre muriendo, aunque nunca muertos.

1. Permitidme hablar ahora a los ancianos. Quizá hay aquí alguna persona oyéndome en quien concurren estas tres características, a saber: que son ancianos, que están sin Cristo y que tienen alegría. ¡Oh! Si hubiese un tal hombre oyéndome, considere sus caminos, considere si es digna y propia de un ser racional su alegría. Os he mostrado claramente la situación vuestra que descubren las Sagradas Escrituras y es una situación triste y desgraciada. Primero, porque ya estáis condenados; segundo porque la espada de Dios está lista; tercero, porque puede caer sobre vosotros en cualquier momento; cuarto, porque Dios no os ha dado ninguna promesa de salvaros si no es en Cristo, y quinto, porque se cierne sobre vosotros una gran condenación que es, además, eterna. Considerad, por tanto, si es razonable creer una mentira para engañar a vuestras propias almas diciéndoos: "Paz, paz" cuando no hay paz. En el desarrollo normal de los acontecimientos, a no tardar habréis de partir

del mundo de los vivos; debéis ser unidos a vuestros padres y entonces cuanto os he expuesto tendrá cumplimiento. ¿Creéis que habéis de alegraros? Hallándoos como os halláis al borde del infierno, ¿os mantenéis viviendo sin oración y sin Cristo, distrayándoos en vanidades, ocupándoos en chistes inmorales que recordáis de la mocedad? ¡Ay de vosotros! Cuán profundo significado tiene la palabra de Salomón. "A la risa dije: Enloqueceos; y al placer: ¿De qué sirve esto?" "Aún en la risa tendrá dolor el corazón, y el término de la alegría es congoja".

2. Permitidme hablar a los jóvenes. Bien puede haber aquí muchos oyentes en los que se dan estas tres características. Son jóvenes, están lejos de Cristo y están llenos de alegría. Ahora, mis amigos, yo os ruego que consideréis si vuestra alegría es razonable. La espada está afilada para una gran matanza, ¿habéis de alegraros?

Objeción 1. - La juventud es el tiempo de la alegría.

Respuesta. - Bien sé que es el tiempo de la alegría. El corderito ¡es tan feliz brincando sobre el verde pasto! El cabritillo salta de roca en roca con viva ligereza. El potranco se yergue orgulloso sobre sus patas traseras, lleno de vida y de actividad. Pero, he aquí que ellos no tienen pecado y tú sí lo tienes; para ellos no hay infierno, pero para ti sí. Si vosotros acudís ahora a Cristo y sois librados

de la ira ¡ah! entonces sí que podréis con razón encontrar que la juventud es el tiempo de la alegría, que la juventud es el tiempo del regocijo, de la dulce paz y de la más alta esperanza de gloria y la más sublime comunión con Dios.

Objeción 2. - Tú quieres que nosotros nos entristezcamos y amarguemos la vida.

Respuesta. - En modo alguno. Todo cuanto de veras mantengo es que, en tanto no os hayáis refugiado en Cristo,, vuestra alegría es necia e irrazonable. Si venís a Cristo, entonces sí, sed tan felices y alegraos tanto como queráis, entonces no "habrá ataduras para vuestro gozo" porque vuestro gozo será un gozo basado en Dios. Y cuando muráis entraréis a la plenitud del gozo de su presencia, en cuya diestra "hay hartura de alegrías y deleites para siempre".

Objeción 3. - Estando como estoy, sin Cristo, el entristecerme no me va a hacer cristiano; y por esto lo mejor es que me alegre.

Respuesta. - Ciertamente el hecho de ponerte triste no te llevará a Cristo, pero, desde luego, si hubieras sido realmente Despertado, clamarías a Él si quizá oiría tu clamor. Si estuvieses llamando para entrar, encontrarías entrada. Si estuvieses "haciendo fuerza" al reino de los cielos para entrar, lo tomarías por la violencia. Buscad la

mansedumbre, buscad la justicia. Quizá escaparéis del castigo del día de la ira del Señor. ¡Oh, almas! escapad ahora, antes no sea tarde y oí; sorprenda la condenación ya aparejada. Si permanecéis donde estáis, es bien cierto que os perderéis. Si vivís sobre la base de una seguridad carnal y humana, en medio de alegrías y deleites, estáis fuera de Cristo, estáis completamente perdidos con toda seguridad. "Alégrate ' mancebo, en tu mocedad y tome placer tu corazón en los días de tu juventud, y anda en los "caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos: mas sabe que sobre todas estas cosas te traerá Dios a juicio."

Mensaje V

EL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO

«¡Oh hombres, a vosotros clamo: y mi voz es a los hijos de los hombres” (Proverbios 8:4).

Son éstas las palabras de la sabiduría, y la sabiduría, en el libro de los Proverbios, personifica a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es evidente por lo que Él dice en el cap. 1 y versículo 23 en que manifiesta: "He aquí yo os derramaré mi espíritu". Sólo Cristo es quien nos ha dado el don del Espíritu Santo. De nuevo en 8:22 dice Él: "Jehová me poseía en el principio de su camino", y el v. SO, "Con él estaba yo ordenándolo todo y fui su delicia todos los

días, teniendo solaz delante de él en todo tiempo". Estas palabras sólo son ciertas referidas a Cristo Jesús, el Verbo que era con Dios y el Verbo que era Dios y por el que todas las cosas fueron hechas.

Observad los lugares a que Jesús va con su invitación. Primeramente va al campo. Él escala toda altiplanicie, "todo cabezo" y clama allí; entonces desciende a los caminos, donde halla muchas encrucijadas. Después va a la ciudad, a la entrada de las puertas, donde la multitud se reúne para hacer sus negocios y para escuchar juicios; entonces atraviesa la principal calzada de la ciudad y clama junto a cada puerta porque atraviesa. Visita en primer lugar las sendas y veredas del campo para, luego, dirigirse a las calles y plazas de la ciudad llevando su precioso mensaje.

Observad la forma en que Jesús ofrece su invitación. Él, clama fuertemente, hace oír su voz, permanece en pie y llama y levanta su voz; se parece a algún mercader que ofrece sus géneros, primeramente en el mercado y después de puerta en puerta. Nunca ningún ocupado mercader ofreció vender sus mercancías con tanta ansiedad como Jesús ofrece su salvación. "Recibid mi enseñanza y no plata, y ciencia antes que el oro escogido" (v. 10).

Observad a quién dirige Jesús su invitación (v. 4). "Oh, hombres, a vosotros clamo, y mi voz es a los hijos de los hombres". Los mercaderes ofrecen sus mercancías a cierta

clase de personas, a los compradores, pero Jesús ofrece las suyas a todos los hombres. Doquiera hay un hijo de Adán, doquiera existe un hijo de mujer, la palabra que se le dirige es: "El que tiene oídos para oír, oiga".

Doctrina. - Cristo se ofrece como Salvador a toda la raza humana.

I. ES ÉSTA LA VERDAD MÁS GLORIOSA DE TODA LA BIBLIA.

Es común creer que la predicación de la Santa Ley es la verdad más grande de la Biblia, para que por ella toda boca se tape y todo el mundo venga a ser declarado culpable delante de Dios. Y ciertamente creo que es la ley el medio de que se sirve Dios más comúnmente. Pero, en mi opinión, hay algo que se destaca mucho más en la visión de un Salvador divino ofreciéndose libre y voluntariamente por cada ser que compone la raza humana. Hay algo que puede quebrantar el corazón humano, que es como una piedra en este clamor: "Oh, hombres, a vosotros clamo, y mi voz es a los hijos de los hombres".

1. De haber vivido vosotros en los días de Noé cuando construía su arca, de haber visto aquella enorme barca preparada y con la puerta abierta, invitando a todos los hombres a entrar en sus amplios departamentos, ¿no os hubiese significado a vosotros el más grande aviso

de alerta! ¿Hubieseis podido mirarla sin pensar en el diluvio venidero e inmediato en que había de anegarse el mundo impío?

2. De haber vivido en los días en que Jesús estuvo sobre la tierra, de haberle visto sobre la grupa de su asno en el monte de los Olivos, deteniéndose ante la misma Jerusalén que vivía plácida y deslumbrante a sus pies, de haber visto al Hijo de Dios llorar sobre la ciudad y decir: "¡ Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que toca a tu paz!, mas ahora está encubierto a tus ojos", ¿no tendríais la sensación de que alguna terrible destrucción aguardaba a la inconsciente ciudad? ¿Derramó Él estas lágrimas sin causa? Ciertamente veía aquel día en que el enemigo la destruirla, lo que nadie, sino sólo Él, conocía.

3. Del mismo modo, queridos amigos, cuando alcancéis a ver a Jesús yendo de un lugar a otro, de los montes a los senderos, de las encrucijadas a las puertas de la ciudad, de las entradas de la ciudad a las puertas de las casas, cuando os sea dado oír su ansioso clamor; "Oh, hombres a vosotros clamo", ¿no comprenderéis entonces que todos los hombres están perdidos, que una terrible condenación se cierne sobre ellos? ¿Clamaría tan fuerte e insistentemente el Salvador al no existiese el infierno?

Aplicaos esto, almas que dormís en vuestros pecados; vuestra soñolienta alma peligrá. Notad quién es el que os

llama -¡es la Sabiduría! - Es Jesús, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. "Oh, hombres, a vosotros clamo". A menudo sucede que cuando los ministros os han tocado el corazón por medio de sus sermones, al acudir a vuestro hogar decía: "Oh, era la palabra de un ministro solamente, ¿he de temblar por las palabras de un hombre?" Pero he aquí que no es la palabra de un ministro, sino que es la palabra de Cristo. He aquí que es la palabra de uno que conoce vuestra verdadera situación, que conoce vuestro corazón y vuestra historia, que conoce tanto vuestros pecados cometidos a la luz del día como los realizados al amparo de la noche, que conoce la ira que ha de venir sobre vosotros y la condenación eterna que os acecha. 'M, hombres, a vosotros clamo'".

Notad en cuántos lugares os llama. En los collados y en las sendas, en las puertas y en las entradas de la ciudad. ¿No ha sido así con vosotros? ¿No habéis recibido el llamamiento a través de la Biblia, o por la familia, o en el templo del Señor? Habéis ido de lugar en lugar, pero el Salvador siempre ha ido detrás de vosotros. Habéis acudido a los lugares de diversión, a los lugares de pecado, y Cristo os ha acompañado. Habéis permanecido en la cama de la enfermedad y Cristo os ha seguido. ¿No será que la oveja está en un gran peligro cuando el pastor la sigue y busca tan de cerca?

Fijaos en cómo clama. Él clama y levanta su voz. ¿No ha hecho igual con vosotros? ¿No ha llamado tierna e íntimamente a la puerta de vuestro corazón en los peligros, en las circunstancias en que se ha manifestado su providencia, con ocasión de la muerte de algún ser querido? ¿No ha clamado dulcemente en la predicación de la palabra? Algunas veces, cuando habéis leído a solas la Biblia, ¿no ha sido la voz de Cristo más profunda que los mismos truenos distantes?

Fijaos en que clama a todos. De haber invitado solamente a los viejos, podrían decir entonces los jóvenes: "Nosotros somos salvos, nosotros no necesitamos un Salvador". De haber llamado solamente a los jóvenes, los ancianos podrían haber dicho: "No es para nosotros". De haber llamado a los buenos o a los malos, unos u otros se hubiesen dado por excusados Pero Él llama a vosotros todos. Por tanto, todos estáis perdidos, viejos y jóvenes, ricos y pobres. Penséis lo que penséis de vosotros mismos, Jesús sabe que todos estáis perdidos, por esto clama desgarradoramente: "Oh, hombres, a vosotros clamo".

II. ES ÉSTA LA VERDAD MÁΣ CONSOLADORA DE LA BIBLIA

Cuando se habla de Cristo a personas despertadas por el Espíritu Santo, generalmente ven aumentados sus temores. Ellas ven con claridad que Jesús es un grande y glorioso

Salvador, pero entonces sienten que le han rechazado y temen que Jesús nunca podrá ser su Salvador. Muy a menudo las personas despertadas se sientan y escuchan una viva descripción de Cristo, de la obra de sustitución en lugar de los pecadores, pero su pregunta ansiosa es: ¿"Será Cristo Salvador para mí?" Ahora contesto yo a tal pregunta: Cristo se ofreció voluntariamente en favor de toda la raza humana. "Oh, hombres, a vosotros clamo". Si no hubiese ningún otro texto en toda la Biblia para alentar a los pecadores a venir sin impedimentos a Cristo, éste sólo habría de bastar para persuadirlos. No hay tema más mal interpretado y peor comprendido por los no convertidos que el de la libertad sin condiciones de acudir a Cristo. Tan mísera idea tenemos, por lo general, de su libre gracia, que no podemos creer que Dios pueda ofrecernos un Salvador, en tanto permanecemos en nuestra flaqueza y debilidad carnales, condición natural de; hombre condenado al infierno. ¡Oh, es triste pensar cómo el hombre lucha contra su propia felicidad y no cree a la misma Palabra de Dios!

Todos los símbolos y tipos bíblicos mostraban que el Salvador se ofrecería libremente a todos.

1. La serpiente de metal fue levantada ante el pueblo de Israel para que todo aquel que la mirara fuese sanado. Cristo mismo así lo explica de sí mismo: "Así es menester

que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, mas tenga vida eterna".

2. Las ciudades de refugio asentadas sobre una colina, con sus puertas abiertas noche y día, nos enseñan lo mismo. Todo aquel que quiera, acuda al refugio, porque la esperanza se pone ante cada uno de vosotros.

3. Los ángeles de Belén repitieron la misma enseñanza. "He aquí os doy, nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo". Y la última invitación de la Biblia es la más Ubre e incondicional de todas. "El que quiera, tome del agua de la vida de balde". Notad también en nuestro texto lo amplio del llamamiento: "Oh, hombres, a vosotros clamo". Esto nos muestra que no se ofrece a los demonios, sino a todos los hombres. A cada ser que tiene forma y nombre humanos se ofrece libremente el Salvador. No es ello a causa de la bondad que pudiera haber en cualquier hombre, no porque en ellos se haya producido algún cambio, sino justa y precisamente se ofrece por su condición totalmente perdida. Libremente se presenta ante ellos, aunque nunca antes le hayan buscado. Existen muchas estrategias por las que Satanás trata de mantener a los hombres lejos de Cristo.

Algunos dicen que no hay esperanza para ellos. "No tengo esperanza, no, porque yo he amado la vida impura y he corrido tras las rameras. He cometido pecados tan grandes,

tan profundamente me he hundido en el lodo del pecado, he dado de tal forma rienda suelta a mis pasiones y concupiscencias, que es imposible que pueda ni siquiera pensar en que hay para mí perdón y promesa de regenerarme. Es completamente imposible. No hay esperanza para mí, no". A ti quiero contestarte. "Hay esperanza. Por el amor de Cristo tus pecados pueden ser perdonados." Ah, ¿por qué al libre e incondicional clamor de Cristo, por qué permitís que Satanás os engañe, almas queridas, que inspiráis tanta compasión? Es cierto que os habéis sumido en el lodo del modo triste que lamentáis, que os habéis destrozado a vosotros mismos convirtiéndoos en verdaderas piltrafas, pero con todo, hay esperanza en Cristo. Jesús vino a buscar a los perdidos como vosotros. Cristo habla de tal manera a vosotros. Perteneceís a la raza humana y Cristo se ofrece libremente a toda la raza humana.. "Oh, hombres, a vosotros clamo".

"Hasta este momento -decís- no me he preocupado absolutamente por mi alma. Hasta este momento no he oído ningún sermón, ni he prestado la menor atención a las palabras de la Biblia; no ha tenido para mí ningún atractivo nada relacionado con Cristo o con Dios o con las cosas eternas. A vosotros contesto, a vosotros quiero manifestar que Cristo se ofreció libre y voluntariamente por vosotros. Aunque jamás os hayáis preocupado por vuestra alma, Cristo el se ha preocupado y desea salvarla. Aunque no os

hayáis preocupado de Cristo, Él se ha preocupado de vosotros y ha extendido sus brazos salvadores hacia vosotros en muchas ocasiones. Cristo no vino al mundo a buscar a quienes se preocupaban de sus almas, sino a buscar a los que estaban perdidos. Si alguien pensase: "Es que yo soy el más perdido", no debiera tener duda alguna de que es uno de los que Cristo vino a buscar. Hoy podéis hallar al Salvador. "Oh, hombres, a vosotros clamo".

"Si yo supiese --dicen otros--- que soy uno de los elegidos, vendría a Cristo, pero me temo que no lo soy". He de deciros que nunca nadie acudió a Cristo porque supiese que era de los escogidos. Es cierto que Dios ha escogido, por su buena y perfecta voluntad, algunos para vida eterna, pero los tales nunca lo supieron en tanto no acudieron a Cristo. Cristo nunca ha invitado a los escogidos a acudir a Él. Por lo tanto, tu cuestión no es: ¿Soy yo uno de los escogidos?, sino: ¿pertenezco a la raza humana?

Alguno de vosotros puede estar pensando: "Si yo pudiese ver mi nombre en la Biblia, entonces creería que Cristo quiere salvarme. Cuando Cristo llamó a Zaqueo, le dijo: "Zaqueo, desciende". Le llamó por su nombre y él acudió inmediatamente". Si ahora Cristo me llamase por mi - nombre, rápidamente acudiría a Él". He de contestaros que Cristo os llama por vuestro nombre, pues dice: "Oh, hombres, a vosotros clamo". Suponed que Cristo hubiese

escrito los nombres de todos los hombres y de todas las mujeres del mundo y de todos los tiempos; vuestro nombre estaría anotado, ¿no es cierto? En vez de escribir cada nombre, uno tras otro, los ha incluido a todos en una sola palabra que los engloba a todos, a cada hombre y mujer y niño. "Oh, hombres, a vosotros clamo, y mi voz es a los hijos de los hombres". De esta manera tu nombre está escrito en la Biblia. "Id y predicad el Evangelio a toda criatura".

"Si yo pudiese arrepentirme y creer, en tal caso Cristo se ofrecería libremente por mí. Pero yo no puedo arrepentirme y creer". Contesto: ¿no eres tú un hombre aún antes de arrepentirte y creer? En ese caso, Cristo se ofreció por ti antes de que se diese tu arrepentimiento y fe. Y, creyentes, permitidme deciros que Cristo no se ofreció por vosotros a causa de vuestro arrepentimiento, sino a causa de vuestra perdición y maldad. "Oh, hombres, a vosotros clamo".

"Temo que ha pasado para mí el tiempo de la gracia, - piensan otros—. Debí haber acudido a Cristo al principio de mi vida. Yo creo que Cristo se ofreció por mí entonces, en mi juventud, cuando di mis primeros pasos religiosos y el temor de Dios aún anidaba en mi corazón, pero ahora ya ha pasado para mí el día de la gracia". ¿No eres todavía un hombre, no perteneces aún al género humano? ¿No, se

ofreció Cristo en tu favor, no por nada bueno que en ti hubiese antes, sino por que tú eras un vil y perdido pecador? Todavía eres un vil y perdido pecador y aún ahora se ofrece por ti a sí mismo. "Oh, hombres, a vosotros clamo".

Quisiera ahora aprovechar esta oportunidad para hacer una invitación de Cristo con todos sus beneficios a cada alma presente en esta reunión. A todo hombre, mujer y niño, la hago ahora en el nombre de mi Maestro y Señor, invitación plena, ofrecimiento Ubre del Salvador crucificado, para que sea vuestra seguridad y justicia, vuestro refugio y fortaleza. Quisiera poner a vuestro alcance el Evangelio, hacerlo llegar tan abajo, que los pecadores que son bajos de estatura, como Zaqueo puedan alcanzarlo. ¡Oh! ¿No hay nadie que acepte, que coja a Jesucristo, el único y suficiente Salvador?

III. PERO TAMBIÉN ES LA VERDAD MÁS CONDENATORIA DE LAS ESCRITURAS

Si Cristo es ofrecido libremente a todos los hombres, entonces es claro que cuantos viven y mueren sin Cristo se verán sumidos en la condenación de aquellos que rechazan al Hijo de Dios. ¡Ah! tremenda cosa es que la misma verdad que es vida para quienes la creen, sea muerte y condenación para los otros. Ésta es la condenación. Nosotros, los creyentes, somos olor suave en Cristo para

Dios. Cuando los ignorantes del Evangelio pasen a la presencia de Dios para ser juzgados -los hindúes, los africanos y los chinos, por ejemplo, y en general, cuantas personas a quienes no se les han hecho los mismos ofrecimientos de Cristo- no tendrán tan terrible condenación como aquellos que han vivido y muerto sin la salvación a pesar de haber gozado del privilegio de la predicación del Evangelio. Tiro y Sidón no serán tan severamente juzgadas como lo será Corazín y Betsaida y la impenitente e incrédula Capernaum.

¡Oh, amigos, no tenéis excusa a los ojos de Dios si hoy acudís a vuestras casas no salvados! El Evangelio ha sido puesto a vuestro alcance, ha sido bajado en este día a vuestra altura, a la altura de cada uno de vosotros. Si marcháis a vuestra casa sin haberlo aceptado, en el postrer día vuestra condenación y culpa será más pesada. Si Cristo no hubiese venido a vosotros no tendríais pecado, pero ahora he aquí que vuestro pecado permanece.

Objeción. - Pero mi corazón es tan duro que no puedo creer. Mi corazón, de tal forma siente el atractivo de las cosas del mundo, que no puedo abandonarlas para acudir a Cristo. He nacido así, tal soy por naturaleza.

Respuesta. - Esto no hace sino agravar tu pecado Y culpabilidad. Es cierto que eres nacido así y que tu corazón es duro como una piedra de molino. Pero ello es precisa Y

justamente la razón porque Dios te condenará; porque desde tu niñez has sido duro de corazón y has vivido en la incredulidad. Si un ladrón, por ejemplo, cuando es llevado ante la presencia de un juez, en vez de clamar misericordia, empieza a decir que él siempre ha sido un ladrón, que cuando era niño su corazón ya sentía atractivo hacia el robo y la delincuencia, y dijese que prefiere seguir con la misma conducta, ¿no agravarían tales declaraciones su culpa? Lo mismo sucede contigo.

¡Oh, amigos, si al morir pudieseis decir que Cristo nunca os fue ofrecido, tendríais un castigo más tolerable que el que entonces tendréis! Debéis salir de aquí hoy, o bien con el gozo de Cristo, o bien con la tristeza de haberle rechazado; debéis salir hoy de aquí habiéndole aceptado o habiéndole rechazado; o ganados y encontrados por Cristo, o más perdidos que antes. Ninguno de vosotros podrá escaparse de la culpabilidad en la que habéis incurrido en este día del Señor. Este sermón os saldrá al encuentro. Mirad que no desechéis al que habla: "¿Cómo escaparemos si tuviéremos en poco una salvación tan grande?"

Mensaje VI

LA PREDICACIÓN DE JUAN CON RESPECTO A CRISTO

"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros Ojos, lo que hemos mirado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada y vimos y testificamos, y os anunciamos aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre, y nos ha aparecido), lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros: y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre Y con su Hijo Jesucristo. Y estas cosas os escribimos para que vuestro gozo sea cumplido" (I Juan 1:14).

Fue a Jesucristo y a el crucificado a quien Juan predicó. "Lo que hemos visto y oído, esto os anunciamos". Tal fue la predicación de Juan el Bautista: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Señalaba a Jesús. Esa fue la predicación de Felipe (Hechos 8: 5): "Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo". Y cuando se juntó al etíope eunuco "le anunció el evangelio de Jesús". Fue también la predicación de Pablo: "No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Cristo, y a éste crucificado". Éste fue el principio, y el contenido y el fin de la predicación de Pablo. Y fue asimismo la

predicación de Juan: Declarar a todos lo que él había visto con sus dos ojos, oído con sus oídos, palpado con sus manos, tocante al Verbo, a Emmanuel. Ése fue el objeto de su vida, el alfa y omega de su predicación. Sabía bien que Jesús era como la caja de unguento de alabastro, llena de perfume, y perfume muy costoso. Toda su labor la hacía consistir en quebrar la caja y derramar el buen aroma ante los ojos de los fracasados pecadores para que fuesen atraídos por su buen perfume. Sabía que Jesús era como el tarro de mirra y toda su vida la dedicaba a ir destapando el tarro para que pudiese perfumar a los pecadores y pudiesen ser atraídos por sus refrescantes y dulces aromas. Llevaba tras sí el buen olor en Cristo por doquiera que iba. Conocía que Jesús era el "tarrito de mirra y su obra consistía en abrir el bálsamo ante los ojos de los débiles pecadores para sanarles.

I. LAS COSAS QUE JUAN PREDICO "TOCANTE AL VERBO DE VIDA"

1. Su existencia eterna. - "Lo que era desde el principio". A menudo había oído hablar a Jesús de su eternidad. "En el principio era el Verbo". "Antes de que Abraham fue se, yo soy". Recordaba también cómo oró Jesús en el huerto diciendo: "Glorifícame tú, cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese." "Me has amado desde antes de la fundación del mundo". Juan

sabía así que Jesús era el Eterno, que Él existía antes de que se creasen todas las cosas visibles, porque Él las hizo todas. Por Él Dios hizo el mundo. Aún en los tiempos en que Juan se reclinaba sobre el seno de Jesús, sintió que aquel seno era el seno del Increado. Juan siempre declaró esto porque se complacía en extender el conocimiento que de Él tenía. ¡Oh amados!, si vosotros también os habéis reclinado sobre el corazón de Jesús sabed que os habéis reclinado en el seno del Eterno.

2. Su eterna preexistencia con el Padre. - Juan sabía, por lo que declara Prov. 8:30, que Jesús estaba con el Padre antes de la fundación del mundo. "Con él estaba yo ordenándolo todo y fui su delicia todos los días teniendo solaz delante de él en todo tiempo". Juan había oído contar a Jesús muchos de los secretos que conocía existían en el seno del Padre, de los cuales él aprendió que Jesús había estado con el Padre: "Todas las cosas que he oído de mi Padre os he hecho saber". Había oído decir claramente a Jesús: "Sal! del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre". Juan sintió, aún en el momento en que Jesús le lavaba los pies, que éste era el compañero de Dios. Y vivió para declarar la verdad. ¿Miras así tú a Jesús? ¿Contemplas tú su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad? ¡Oh, almas azotadas por el temor de la condenación, éste es el que viene a salvaros!

3. Su vida eterna. - Juan sabía que Jesús era el autor de la vida natural, que ningún hombre respira, ni ninguna bestia de la selva se mueve, ni ninguna ave extiende sus alas, sino porque todos esos seres reciben la vida de la mano de Emmanuel. Había visto resucitar a la hija de Jairo de la muerte y llamar a Lázaro de la tumba. Sabía que Jesús era el autor de toda vida en toda alma. Había oído decir a Jesús: "Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida". "Mis ovejas oyen mi voz y yo les doy vida eterna". Había oído también cómo decía: "Yo soy el camino y la verdad y la vida".

Sobre todo Juan había sentido en su propia alma. que Cristo era la Vida eterna. Aquella mañana en que se sentó con su padre Zebedeo en el barco, remendando en él sus redes, Jesús le dijo: "Sígueme" y la vida entró en su alma en sus posteriores contactos con Jesús. Llegó después a darse cuenta de que una continua corriente de vida fluía en su alma. Cristo era su vida. Por esto le reconoció como la Vida eterna. Aún en el momento en que le vio dar el espíritu, cuando ' contempló su palidez y su cuerpo sin vida, las heridas de sus pies y manos, sus ojos ya no penetrantes, el cuerpo frío como la misma tumba en que fue depositado, aún entonces sintió que Jesús era la Vida eterna. ¡Oh muy amados!, ¿creéis que Jesús es la vida del mundo? Algunos de vosotros sentís que vuestras almas carecen de vida; estáis sin vida en la oración, sin vida en la

alabanza. ¡Oh!, fijad vuestros ojos en aquel a quien Juan os declara. Sin Él todo es muerte. Traed y unid vuestra alma muerta a Él y os dará vida eterna.

4. Su ser manifestado. -¡Oh muy amados, si Jesús no hubiese sido manifestado, nunca hubiésemos sido salvos! Hubiese sido completamente lógico que Dios hubiese guardado a su Hijo en su propio seno, que hubiese guardado aquella joya en su justo lugar sobre el trono del cielo. Dios hubiese continuado siendo el mismo Dios amoroso, pero nosotros hubiésemos perecido todos en una tremenda condenación. Si aquella Vida eterna que estaba con el Padre hubiese permanecido en su gloria como el único que tiene vida en sí mismo, entonces tú y yo hubiésemos llevado nuestra propia maldición. Pero Él fue manifestado. "Dios ha sido manifestado en carne, ha sido justificado en el Espíritu. Ha sido visto de los ángeles, ha sido creído en el mundo, ha sido recibido en gloria".

Juan le vio: contempló su amante faz, admiró su gloria, gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y verdad. Pudo ver aquel mejor sol velado con la carne que no llegó a evitar resplandeciesen los rayos de su divinidad. Le vio en el monte cuando su cara resplandeció como el mismo Sol. Le vio en el huerto, cuando cayó de rodillas para orar. Le vio sobre la cruz, suspendido entre cielo y

tierra. Le miró a Él; numerosas veces contempló su faz, su ojo tropezó con el de Él muchas veces.

Juan le oyó: oyó la voz que dijo: "¡Sea la luz!" Pudo oír aquella voz comparable al sonido de las muchas aguas. Escuchó también todas sus palabras llenas de gracia, sus "labras acerca de Dios y -del camino de la paz. Le oyó decir a un pecador: "Confía, hijo; tus pecados te son perdonados".

Juan le palpó: le tocó, puso sus manos sobre sus manos, sus brazos rodearon los brazos de Él y su cabeza se reclinó sobre el seno de Jesús. Quizá tocó el pálido cuerpo de Jesús al ser bajado éste de la cruz, y palpó con sus manos la fría carne del Emmanuel. ¡Oh, muy amados!, es un Cristo manifiesto y manifestado el que os declaramos. No es el Hijo en el seno del Padre siempre oculto; el tal nunca os hubiese podido salvar. Es Jesús manifestado en carne; el Hijo de Dios viviendo y muriendo como un hombre en lugar de los pecadores; a Él os declaramos.

Aprended el verdadero camino de alcanzar la paz. No es otro que contemplar a Jesús manifestado. Algunos de vosotros pensáis que obtendréis la paz mirando a vuestro propio corazón. Vuestro ojo ahí queda detenido y está atento a todos los cambios que en él se producen. SI os fuese dado ver un o rayo de luz penetrando hasta contemplar a Cristo, ¡OH; qué gozo tendríais! Si pudieseis

ver solamente cuán bueno sería mirar a Cristo, si pudieseis ver a vuestro corazón volviendo a Dios, si pudieseis tener solamente una breve visión de la imagen de Jesús en vuestro corazón, ¡tendríais paz! Pero no podéis, todo son tinieblas en vuestro interior. No es ahí, oh queridas almas, donde hallaréis paz. Debéis apartar vuestros ojos de vuestro interior. Habéis de mirar a un Cristo declarado, manifestado. Creed el testimonio de Dios con respecto a su Hijo. En los evangelios se halla la narración, o por mejor decir, la descripción del corazón de Jesús, la historia de los hechos de Jesús y de la gracia de Jesús. Mirad con avidez todos los relatos evangélicos, hasta que dejen una huella en vuestro corazón. Clamad para que el Espíritu Santo aliente sobre cada página que leáis y os presente a nuestros ojos de modo completo un Cristo manifestado, En el momento en que vosotros queráis creer todo cuanto allí se cuenta de Jesús, en aquel momento brotarán lágrimas de vuestros ojos y cambiarán vuestros suspiros en una nueva canción de alabanza.

II. EL OBJETIVO QUE JUAN PROSEGUIA CUANDO PREDICABA A CRISTO

1. Que vosotros podáis tener comunión con nosotros. Tener comunión con otra persona es tener cosas en común con ella. Así, en Hechos 4:32, los primeros cristianos fueron "de un corazón y de un alma; y ninguno decía ser

suyo algo de lo que poseía: mas todas las cosas les eran comunes". Tenían todas sus posesiones en común; participaban de lo que tenían unos con otros. Esto es lo que Juan deseaba con respecto a las cosas espirituales.

En el perdón. - Hay quien cree que es imposible tener el mismo perdón que tuvieron los apóstoles, que sería una pretensión demasiado grande, sería demasiada osadía creer tal cosa. Pero ¿no es mayor osadía decir que Juan era un mentiroso y hacer al Espíritu Santo mentiroso? Aquí se nos dice llanamente que toda su predicación y todo su deseo era que nosotros todos tuviéramos comunión con Él. Sí, pecador, el perdón te es ofrecido tan libremente como lo fue a Juan. 1* sangre de Jesús, que le lavó de todos sus pecados, está a punto de lavarte a ti y dejarte más blanco que la nieve. Juan tuvo la misma necesidad que tiene el más vil de cuantos estáis hoy aquí. Solamente mirad a un Emmanuel declarado. Limpiad vuestro ojo de la incredulidad y contemplad a Jesús qué libremente os es presentado y encontraréis el mismo y tan amplio perdón como el que halló el mismo Juan.

En el mismo amor de Jesús. - Juan fue el discípulo a quien Jesús amaba. Del mismo modo que Daniel fue el profeta grandemente amado, "varón de deseos" así Juan fue el discípulo a quien Jesús amaba. Durante la última cena que Jesús tuvo en este mundo, Juan se reclinó sobre su seno.

Tuvo el lugar más cercano al corazón de Cristo, cual nadie más pudo tenerlo en este mundo. Quizá pensáis que es totalmente imposible que vosotros podáis venir a Él. Algunos de vosotros pensáis, temblando, que os está vedado, pero vosotros también, si miráis y hacéis vuestro único objeto de mira a aquél que Juan escogió, disfrutaréis del amor de Jesús, con Juan, pasaréis a ser uno de los suyos, amados de forma muy particular. Quienes más creen, más amor obtienen; quienes más cerca de Jesús se llegan, saben mucho de lo que representa para el alma reclinar la cabeza sobre su seno. Además, creyentes, tened por cierto que, si realmente sois del Señor, el seno de Cristo es, como lo fue de Juan, vuestra posesión, y lo será plenamente en el cielo. Si pensáis que creéis poco guardaos más cerca de Cristo.

En el mismo trato paternal que disfrutó Juan. - Juan experimentó muchos tratos paternales de Dios. Tuvo que soportar muchas de las obras del Padre que limpiaron su vida, como el podador limpia los pámpanos. Fue una rama llena de fruto y el Padre la podó para que pudiese llevar más fruto. Cuando ya fue viejo fue desterrado a Patmos, una isla del mar Egeo, y se supone que fue esclavo en las ruinas de aquélla isla. Fue un compañero, solitario de los creyentes en la tribulación, pero contaba con numerosos rayos del amor del Padre que iluminaban su alma. Tuvo dulces revelaciones de Cristo durante el tiempo de su

aflicción, y fue librado de todos sus temores. Experimentó de forma muy particular los cuidados paternales de Dios. Y así tú, creyente, puedes hacer igual. Mira adonde miró Juan, cree como creyó Juan y como él encontrarás que tienes un Padre en los cielos, que te cuida, que te corrige sabiamente, que enviará su viento del solano en el día en que sople el viento austral, que te preservará para su reino celestial.

2. Para que tengáis comunión con el Padre. - ¡Oh, amados, es tan maravilloso esto, que no podría creerlo si no lo hubiese visto! ¿Podrá un vil gusano y miserable, que es digno tan sólo de la condenación del infierno, venir y aparecer en la misma presencia del Dios Santo? ¡Oh profundidad y largura del amor de Dios, que excede a todo conocimiento!

En su santidad. - El hombre natural no tiene en él ni un ápice de la santidad de Dios. Existe en el hombre natural una clase de bondad que definiremos. Podéis ser amables, agradables, bondadosos, amigables; hay quizá también cierta integridad de carácter en vosotros, de tal manera que no habéis caído en la mentira y os habéis mantenido íntegros en vuestro hablar, pero mientras estéis en vuestro estado natural, sin haber nacido de nuevo, no hay en vosotros ni un gramo de la santidad de Dios. No tenéis ni un ápice de aquel odio absoluto y perfecto que Dios tiene

contra todo pecado; carecéis también de aquel ardiente y vivo amor que Él tiene para con todo lo que es amable, puro, santo y que mora de manera innata en el corazón de Dios. Pero tan pronto como creéis en un Cristo manifestado, recibís el Espíritu y el mismo Espíritu que habita en el seno infinito del Padre, habita en vosotros; así venís a ser participantes de la santidad de Dios, participes de la naturaleza divina. No seréis tan santos como lo es Dios, pero la misma corriente que recorre el corazón de Dios fluirá en vosotros. ¡Ah! ¿no tenéis el corazón quebrantado en vuestro deseo de ser más santos? Entonces mirad a Jesús y habita en Él, y participaréis del mismo Espíritu de que participa Él mismo.

En su gozo. - No hay gozo semejante al gozo divino. Es infinito, pleno, eterno, puro e inalterable. Es como la luz sin brisa alguna que la turbe. Las nubes y las tinieblas desaparecen ante Él, la tormenta y el fuego huyen en su presencia; y, en cambio, en Él todo es paz inefable e inmutable. Los creyentes participan de forma muy peculiar de este gozo.

Mencionemos algunos de los elementos del gozo de Dios. Primeramente, todas las cosas suceden según el beneplácito de su voluntad. Él ordenó cuanto tenía que suceder. Nada de cuanto sucede deja de estar preparado por Dios. Muchas de las cosas que suceden le son odiosas,

aunque, consideradas globalmente, puede hallar deleite en todas. Si habéis acudido a Cristo, tendréis algunas gotas de su gozo. Podéis contemplar todos los acontecimientos con calma, con gozo santo, sabiendo que todos los propósitos y la voluntad de vuestro Padre tendrán feliz cumplimiento. Segundo, la conversión de las almas. Hay gozo delante de los ángeles de Dios por cada pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve que no tienen necesidad de arrepentirse. Estoy cierto que éste es uno de los principales elementos de su gozo, ver que las almas pasan a disfrutar de su favor. Desea salvarlas, se complace en la misericordia; se deleita cada vez que puede ser al mismo tiempo un Dios justo y Salvador. Si vosotros habéis acudido a Cristo, tendréis el mismo gozo.

S. Para que vosotros podáis tener comunión en su Hijo. En su justificación. Sólo una vez apareció Cristo como no justificado; en una ocasión los pecados fueron depositados sobre Él, los pecados de muchos. Tal hecho fue el que motivó su agonía en el huerto y sobre la cruz. Su único consuelo fue saber que el que le justificaba estaba cercano a él. Sabía que el tiempo sería breve. Pero en aquel momento toda la ira de Dios se descargó sobre él. Los truenos de la ira de Dios descargaron todos sus relámpagos sobre su cabeza. Los vasos de la ira de Dios fueron derramados hasta su última gota sobre él. Ahora, sin embargo, está completamente justificado de todos los

pecados de que se hizo cargo. Los enterró dejándolos junto con los lienzos que le cubrieron en la sepultura. Sus hermanos, los hombres, le imputaron todos sus pecados dejándolos a su cargo y Él calló. ¿Crees tú este testimonio relativo a su Hijo? ¿Has puesto sobre Él los tuyos? En ese caso tienes comunión con Él en su justificación. Estás tan justificado como lo está el mismo Cristo. Hay sobre ti tanta culpa como la que hay en Cristo, que no tiene absolutamente ninguna. Los vasos de la ira justa de Dios no tienen ninguna gota más de aquel amargo contenido para Cristo, como tampoco la tienen para ti. Estás completamente justificado.

En su adoración. - Cuando Jesús ascendió a los cielos, dijo., "Voy a mí Padre". Cuando entró en los cielos, la palabra de recepción de Dios fue: "Tú eres mi Hijo, siéntate a mi diestra en tanto pongo a tus enemigos por estrado de tus pies". ¡ Oh, fue un bendito cambio el, realizado cuando abandonó los odios y maldiciones de nuestro mundo para recibir la bienvenida de los brazos de su Padre, cuando trocó la corona de espinas por la corona de gloria, cuando pasó de la ira de Dios al amor paterna; de Dios 1 Tal es vuestro cambio, el cambio que os aguarda quienes creéis en Jesús. Vosotros, que tenéis comunión con el Hijo, participaréis de adopción. Jesús dijo: "Voy a mi. Padre y a vuestro Padre". Dios es tanto vuestro Padre como es Padre de Cristo, vuestro Dios como el Dios de Cristo.,;

Oh, qué cambio! De herederos del infierno pasamos a ser herederos de Dios y coherederos con Cristo. Sólo la eternidad nos enseñará cuánto encierra la palabra "heredero de Dios".

4. Para que vuestro gozo sea cumplido. - Los otros gozos no pueden nunca ser completos. Los gozos humanos sólo llenarán una pequeña parte del alma: el dinero, las haciendas y mansiones, las tierras, la música, las diversiones, los amigos, producen gozos siempre incompletos, son sola y justamente gotas de los muchos y diversos gozos. Pero un Cristo revelado a un alma hace que la copa del gozo esté rebosando. "Ungiste mi cabeza con aceite,, mi copa, está rebosando". La fe en un Cristo realmente manifestado llena el corazón de la plenitud del gozo. "Hartura de alegrías hay con tu rostro para siempre." Cristo conduce al alma a la misma presencia de Dios. Una sonrisa de Dios colma de satisfacción verdadera a un corazón más completamente que diez mil sonrisas de cualquier mortal.

Vosotros que no tenéis más que gozos humanos, -que andáis, como mariposas, de un lugar a otro, que os alimentáis sólo de carroñas que no aprovechan, ¿por qué gastáis vuestro dinero, no en pan? Vosotros que estáis afligidos, atormentados y desconsolados, mirad a Cristo manifestado a vosotros. De acuerdo con vuestra fe os será

hecho. No creáis y careceréis de gozo. Creed un poco y disfrutaréis un ligero gozo. Creed mucho y mucho gozaréis en Cristo. Creed todo lo relativo a Jesús manifestado en las Sagradas Escrituras y tendréis vuestro gozo cumplido, completo. Será como vaso que rebosa, bien medido, bien llenado, que se derrama de puro lleno. Amén.

Mensaje VII

LA IGLESIA: HUERTO Y FUENTE CERRADA DE CRISTO

«Huerto cerrado eres, mi hermana, esposa mía; fuente cerrada, fuente, sellada» (Cantar de los Cantares, 4:12).

El nombre que aquí se da a los creyentes es "mi hermana, esposa mía". Hay muchos nombres dulces en los labios de Cristo dirigidos a los creyentes. "Oh, hermosa entre las mujeres" (1:8); "Mi amiga" (2:2); "Oh, amiga mía, hermosa mía" (2:10); "hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía" (5:2); "Oh, hija de príncipes" (7:1). Pero aquí tenemos uno que los supera a todos en ternura: "Mi hermana, esposa mía" (4:9); y otra vez, v.10, y en el leído como texto, v.12. Que él mundo hable bien de nosotros constituye escaso atractivo para que lo deseemos; pero si Cristo dice de nosotros tales palabras, es suficiente para colmar de gozo celestial nuestros corazones. El significado

lo comprenderéis a la luz de lo que Pablo dice en I Cor. 9:5: "¿No tenemos potestad de traer con nosotros una hermana mujer como los otros apóstoles?" El apóstol quiere decir si no está facultado para casarse con un ser que le sea semejante -una hermana en el Señor; uno que le sea tanto una esposa como una hermana en Cristo Jesús--- , una esposa por la ley, una hermana por el nacimiento espiritual de mismo Padre celestial. Del mismo modo Cristo aquí dice de los creyentes "mi hermana, esposa mía" porque ellos están no tan sólo unidos a Él por una elección y un pacto, sino también porque le son semejantes.

I. ESTAS DOS COSAS SON INSEPARABLES.

A algunos les gustaría ser la esposa del Salvador, pero sin ser la hermana. A algunos les gustaría ser salvados por Cristo, pero no ser hechos semejantes a Cristo. Cuando Cristo elige a un pecador y derrama su amor sobre su alma, y cuando le corteja -como un delicado novio a su novia- y le lleva a contraer con Él un compromiso de amor, es solamente para que pueda hacerle una hermana, para que pueda impartir su forma de ser, su mismo corazón, su todo, en su alma. Ahora bien, muchos descansan solamente en el perdón de Sus pecados. Muchos han sentido a Cristo cortejando su alma Y ofreciéndosele libremente y le han aceptado. Han consentido a sus galanteos y le han aceptado, como la mujer acepta la declaración de amor de

aquel que, desde entonces, pasa a ser su novio. Pecador indigno y merecedor de sólo el infierno como se siente el hombre, descubre que, sin embargo, Cristo le ama; descubre también que El no se avergüenza de tener relación con él, indigno pecador; halla que, por el contrario, Cristo cifra toda su gloria precisamente en ese hecho y su corazón, que ha descubierto lo inmerecido del amor de Cristo, rebosa de gozo por el privilegio de haber venido a tener relación con tan glorioso ser, verdadero novio y esposo de su alma. ¿Y por qué lo ha hecho así? Para hacerle partícipe de su santidad, para cambiar su naturaleza, para hacerle su hermana, para hacerle de su propia mente y espíritu. Hermanos, Cristo os ha lavado con agua limpia para que pueda daros también un corazón nuevo. Os ha llevado a al mismo y oí; ha dado descanso, con la mira, además, de enseñaros de Él su mansedumbre y dulzura de corazón.

1. Tú no puedes ser la esposa de Cristo sin venir a ser al mismo tiempo la hermana. - Cristo ofrece ser el esposo de las almas cubiertas de miseria y llenas de pecado. Descendió del cielo para esto; participó de carne y sangre con este propósito, Corteja a los pecadores, en intentos numerosos y constantes, con ese mismo fin. Les habla de su omnipotencia y gloria y riquezas y les dice que todo sería de ellos. Él es un "esposo de sangre" "porque sangre le ha costado venir a ser el cortejador de las almas". El

alma, entonces, cree su palabra, siente sobre sí los rayos de su amor, consiente a ser suya. "Mi amado es mío y yo soy de él." Entonces Él lava el alma en su propia sangre, la viste de su propia justicia y la presenta con Él en la presencia del Padre. Desde aquel momento el alma empieza a reflejar la imagen de Cristo. Cristo empieza a vivir en el alma. El mismo corazón y el mismo espíritu, ambos son inseparables. El alma pasa a ser tanto la hermana como la esposa de Cristo; somos de Cristo no sólo por pacto sino también por semejanza. Cristo ha escogido a algunos de vosotros y habéis venido a ser sus justificados. ¿Descansáis en esa verdad? ¿No necesitáis nada más? ¿Es completo vuestro descanso?

Recordad que debéis ser hechos como es Él, reflejar su imagen; no podéis separar ambas cosas.

2. El orden de las dos cosas. - Debéis ser primeramente la esposa antes de que podáis ser la hermana, suyos por pacto antes que suyos por semejanza. Algunos piensan ser como Cristo primeramente para que puedan copiar -valga la expresión- su carácter, hasta que puedan recomendarse a sí mismos a Cristo. No, esto no debe ser así. Él escoge solamente a aquellos que no tienen hermosura de santidad, a los contaminados y corrompidos en su propia sangre, para que Él pueda tener el honor de lavarlos. "En tus sangres, vive; vive, djete, en tus sangres" (Ezeq. 16:6).

¿Hay alguna prueba que demuestre que es necesario el cambio de vida para recomendarse a sí mismo? ¡Oh, qué poco le conocéis! Viene a buscar a quienes están en negruras de pecado. ¿Hay alguien entre vosotros pobre, imperfecto, sucio? Tú eres precisamente el alma que Cristo anda buscando y a quien trata de galantear y festejar. ¿Eres orgulloso y detestable? Cristo te busca. Te ofrece su todo y después Él te cambiará. Es a ti a quien corteja para enamorarte.

II. A QUÉ COMPARA CRISTO A LOS CREYENTES

1. "Huerto cerrado". - En el Oriente, los jardines siempre están cerrados. A veces lo están por una valla de cañas, tales como los jardines de cohombros en el desierto; otras veces, por un vallado de obra, como el huerto de Getzemaní, y otras por un vallado espinoso. Pero lo que resulta más, interesante es que a menudo están cerrados con miras al exterior, que es un desierto. Alrededor todo es arena, y este huerto es como el jardín del Señor. Así sucede con el creyente.

Huerto cerrado por elección. - Ante los ojos de Dios todo el mundo, todos los seres humanos eran un gran desierto, todo era lodo, todo muerte, todo infructífero. Nada era - aprovechable sino para dar solamente cardos. Estaba todo el mundo cercano a maldición. No había, a sus ojos, parte

alguna que se pudiese considerar mejor que otra. Los corazones de los hombres eran todos duros como las rocas secas y estériles como la arena. Así es que de solamente el beneplácito de su voluntad señaló un jardín de delicias en el que pudiese mostrar su gracia y su poder, para que fuese para alabanza suya. Algunos de vosotros conocéis que habéis sido objeto de la elección de Dios por los frutos que ella Produce en vuestras vidas, por vuestra fe, amor y santidad. Sed humildes considerando que se debe ello sola y exclusivamente a su elección "¿Por qué yo, Señor, por qué yo habéis Preguntado más de una vez

Huerto cerrado por la obra del Espíritu. - La elección es algo así como el diseño del jardín. La obra del Espíritu consiste en llevarla a efecto. "Había la cercado" dice Isaías 5:2. Cuándo el Espíritu empieza su obra, empieza a hacer una obra de separación. Cuando un hombre es redargüido de pecado por su obra, deja de pertenecer al mundo descuidado de Dios e impío. Avisa a sus compañeros, pero va solo. Cuando un alma acude a Cristo, queda para siempre separada del mundo de que ha sido rescatada para ser de un mundo nuevo. No está ya más bajo maldición, no ya más bajo ira. De entonces en adelante disfruta del favor y de la sonrisa de Dios. Como el vellón de Gedeón, sólo él recibe el rocío en tanto los demás permanecen secos.

1. Huerto cerrado por los brazos de Dios. - Dios es una valla de fuego. Ángeles rodean al creyente. El monte de Ebal está rodeado de caballos de fuego. Dios cerca al alma como las montañas rodean a Jerusalén. El alma está escondida en lo secreto de la presencia de Dios. Nunca ningún ladrón Podrá introducirse por la valla. Dios habla de su pueblo como de "una viña de vino rojo". "Yo, Jehová, -dice— la guardo, cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día para que nadie la visite" (Isaías 27:2-3). Ésta era la canción de Dios sobre la viña y es la canción sobre ti.

Un jardín en el Oriente puede ser regado de tres maneras. Por medio de un pozo escondido y tapado. Es costumbre en el Oriente cubrir con una losa la boca del pozo con objeto de evitar que la arena se introduzca en él. La forma de regadío halla provisión en un pozo de "agua viva" lo que hoy llamaríamos una fuente, de la que siempre fluye agua, y también otro sistema se provee de las corrientes del Líbano, de simples corrientes siempre burbujeantes.

2. "Fuente cerrada". - El Espíritu en su más velada forma de obrar hace esto en el corazón. En algunos jardines existe solamente un pozo secreto, o cubierto; una piedra tapa su boca. Si quieres regar el jardín, has de remover la piedra y hacer bajar el pozo. Tal es la vida de Dios en muchas almas. Algunos de vosotros sentían que hay una grande

piedra sobre la boca del pozo. Vuestro mismo corazón de piedra es esa roca. "Despierta el don de que está en ti."

3. Un pozo de agua viva. - O sea, un pozo como el de que se habla en Juan 4, la fuente de Jacob, más aún la fuente de agua viva de que habló Jesús a la Samaritana, tal es el pozo que tienes a tu disposición. En todo momento hallarás gracia nueva, corrientes frescas de agua viva fluyendo constantemente de Dios. Sólo así puede haber progreso, en el creyente.

4. Corrientes del Líbano. - En el Líbano son abundantísimas; por doquier se derraman en frescas cascadas viniéndose a unir en los valles en caudalosas corrientes, regando en su curso los más ricos huertos. El jardín de Ibrahim Pachá, cerca de Acre, se riega con estas corrientes del Líbano. Así, los creyentes a menudo son regados con las corrientes del Líbano que está en los cielos. Tomemos de la plenitud de Cristo; bebamos del vino de sus deleites. ¡ Oh, que nos sea dado disfrutar más de las corrientes del Líbano! Aún en la estación calurosa se mantienen abundantes. Aún en lo más caluroso del verano, como un reto, las corrientes del Líbano vienen a ser más caudalosas, más abundantes, porque el calor sólo consigue derretir mayor cantidad de la nieve de las montañas.

III. EL FRUTO

La finalidad de todo jardín o huerto es producir fruto y flores. Este es el propósito por el que se le cierra, se le valla, se le cerca, se le planta y riega. Si no da fruto, ni llores, toda labor es labor perdida. El campo está cercano de maldición. Así es con el cristiano. Tres cosas notables se nos presentan aquí.

1. No se nos habla aquí de hierbas inútiles. Deliciosos árboles frutales y toda suerte de las principales especies olorosas, pero no se cita hierba alguna. De haber sido la descripción del jardín hecha por un hombre, hubiese empezado por mencionar las hierbas malas e inútiles; la incredulidad, la corrupción, el temperamento violento, etc. Pero no es así con Cristo. Él ha desterrado y cubierto todos los pecados. Las hierbas han sido desarraigadas y arrojadas de su vista. 21 no ve, en su huerto, perversidad alguna. Como dice el evangelio de Juan "Han guardado tu palabra; no son del mundo" (Juan, 17). Como dice Apocalipsis 2:2 "Yo sé tus obras".

2. El fruto era el mejor que se podía dar, el granado. Todo es fruto delicioso y todo le pertenece. "De mí será hallado tu fruto." Parece decirnos la esposa del Cantar de los Cantares que todo pertenece al esposo, de quien podemos hacer suyas las palabras de la frase cuando en el v. 16 dice: "Venga mi amado a su huerto y coma de su dulce fruta".

Las gracias que Cristo derrama en el corazón y se producen en la vida del creyente son las mejores, las más ricas, las más dulces, las más excelentes que una criatura humana puede dar. Amar a Cristo, amar a los hermanos, amar el día del Señor perdonar a los enemigos, son todo ello los mejores frutos que pueden crecer en el corazón humano. ¡Mundo necio e insensato, que condenas y desprecias la conversión verdadera cuando ella produce los mismos frutos del Paraíso, frutos ,aceptables y gratos a Dios, ya que no lo son a ti! ¿No debiera este hecho hacer que te detuvieses a pensar?

3. Había especies en este jardín. - Estas especies, las que se mencionan en el texto, no se dan de forma natural, no crecen espontáneamente en el jardín, a menos que alguien las plante. Ni aun en el Oriente se dio nunca tal caso. Del mismo modo las gracias del Espíritu Santo no son naturales en el corazón humano. Son traídas de un país lejano. Han de ser vigiladas cuidadosamente. Necesitan las corrientes de agua y la suave brisa del occidente. Mucho me temo que, al Cristo os preguntara por las fragantes especies de vuestro corazón, casi todos tendríais que bajar avergonzados vuestras cabezas. ¿Dónde están? En vez de especies fragantes, lo que vemos son cristianos locuaces y presuntuosos; cristianos egoístas, que aman la vanagloria y buscan agradar a los hombres; cristianos que oran con orgullo; cristianos de temperamento incontrolable;

cristianos ociosos y holgazanes. Señor, ¿dónde están las especies? Ciertamente Cristo es un manojito de mirra. ¡ Oh, ser como es Él! ¡ Oh, que cada fruto y flor creciesen en nosotros! Tales frutos deben venir de lo alto. -Muchos hay de quienes es forzoso reconocer. "Sí, pueden ser cristianos, pero no me gustaría estar cerca de ellos en el cielo!" Clamad para que el viento sople sobre vosotros. "Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla mi huerto, despréndanse sus aromas."

Mensaje VIII

LA IGLESIA EN MEDIO DEL DESERTO

«¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado? Debajo de un manzano te desperté: allí tuvo tu madre dolores, allí tuvo dolores la que te engendró. Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo: porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre toda la hacienda de su casa por este amor, cierto lo menospreciarían» (Cantar de los Cantares 8:5-7).

Este texto nos lleva a la misma presencia del Redentor y de un alma creyente, y nos permite escuchar su conversación.

I. LA POSICIÓN DE LA IGLESIA

1. En el desierto. - Para un hijo de Dios este mundo es un desierto. Primeramente, por todo lo que en él se halla. No hay aquí, en la tierra, nada permanente; el dinero parece escapársenos, los amigos mueren. Todo, todo es como la hierba, y si algunas son más bonitas o tienen mayor atractivo que otras, sin embargo, son solamente como la flor de la hierba, algo más ornamentadas, pero destinadas a pasarse muy pronto. Casi siempre el consuelo de este mundo es semejante a la calabaza de Jonás: crece sobre su cabeza ofreciéndole su sombra para librarle de sus aflicciones. Así Jonás tuvo mucho contentamiento con su calabaza. Pero Dios preparó un gusano y cuando el sol salió al día siguiente secó la calabaza. Del mismo modo muchos consuelos y alegrías humanos crecen sobre nuestras cabezas dándonos su sombra y nos gozamos con nuestra calabaza; pero Dios prepara un gusano que la seca, y perecen tales consuelos. Aquí no tenemos ciudad permanente, buscamos la por venir. Este mundo nos es un desierto. "Levantaos y andad, que no es ésta la holganza, porque está contaminada." Un cristiano experimentado mira todas las cosas de aquí como cosas perecederas, "porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas". En segundo lugar, porque todo aquí se halla manchado por el pecado. Aún la naturaleza misma (bosques, campos, etc.) está manchada por el pecado. Los

cardos y las espinas nos hablan de una tierra maldecida. Sobre todo vemos esto cuando miramos a las innumerables multitudes de impíos.

«Nosotros somos de Dios y todo el mundo está puesto en maldad". El mundo no conoce al cristiano y no le ama. Aunque vosotros, cristianos, améis a los demás y estéis dispuestos a ofrecer vuestros cuerpos para que ellos pasen por encima de vosotros a la gloria y a la salvación, aun así ellos no oirán. Y, sobre todo, el pecado que anida en nuestro mismo corazón nos agobia y hace caer bajo su pesada carga haciéndonos sentir que este mundo realmente es un valle de lágrimas. ¡Ah! menospreciadores, si no tuviésemos cuerpo de pecado, ¡ qué dulce esperanza y qué gloriosa experiencia la nuestra! Cantaríamos como lo hacen los pájaros en primavera.

2. Saliendo de él. - Los inconversos andan por el desierto y en él perecerán. En cambio, todo cristiano está saliendo de él. Los días de reposo, los domingos, son como los pilones indicadores que señalan el camino, o más bien son los pozos a que acostumbramos a acudir cada tarde. Todo verdadero creyente progresa. Si la oveja está sobre la espalda del pastor, siempre se dirige hacia el redil. 'Con alguna oveja el pastor habrá de dar numerosos pasos. Queridos cristianos, debéis estar avanzando siempre,

acercándoos más a Canaán, y madurando más para la gloria.

En el Sur de Rusia el país tiene numerosas planicies, formadas de estepas escalonadas. Queridos amigos, debéis alcanzar una más alta posición; debéis dar un paso más cada día y subir un peldaño más en el día del Señor.

Durante un viaje nunca se os ha ocurrido construirs una casa en un desierto. Así, queridos amigos no debéis haceros un lugar de descanso aquí; estamos de viaje. Por el contrario, todos vuestros bienes debéis llevarlos en el viaje.

3. Recostada sobre su amado. - Es notable observar que no hay aquí nadie más, en todo el desierto, sino sólo la esposa y su amado. La esposa no aparece apoyándose sobre 91 con un brazo solamente y yendo distraída, y por su cuenta con el resto de su cuerpo, sino recostándose sobre Él toda ella, Así sucede con el alma que ha sido enseñada por Dios; se siente sola con Cristo en este mundo. Ella deja caer todo su peso, está recostada sobre su Esposo. Cuando una persona ha sido salvada de la ira, se deja caer sobre Cristo, reposa totalmente sobre su libertador. Cuando una oveja perdida ha sido hallada, Él la pone sobre sus hombros. Debieras alegrarte de poder recostarte totalmente sobre Él, y así dejar caer todo tu peso sobre Cristo. Pon la carga de todo lo temporal sobre Él. Descarga todo el cuidado de tu alma sobre Él. Si Dios está por nosotros,

¿quién contra nosotros? "Los que esperan en el Señor recibirán nuevas fuerzas". El águila se remonta hacia lo alto tan directamente que los poetas la han imaginado como muy amadora del sol. Así hace el alma que aguarda a Cristo.

II. LA PALABRA DE CRISTO AL ALMA SOBRE ÉL REPOSTADA

1."Te desperté. - Recuerda al creyente su estado natural. Toda alma que está ahora en Cristo hubo un tiempo que era como una joven virgen abandonada (Ezeq. 16), abandonada en el ancho campo. "He aquí que en iniquidad he sido formado" No olvides nunca lo que tú eras. Si en algún momento olvidaras lo que tú eres, ten por cierto que tu corazón no sería correcto ante Dios; estarías equivocado. Observa cuándo viene la contrición. Cuando tú estás repostado en Cristo, entonces Él te habla de tu pecado y miseria (Ezequiel, 36:31).

2. Jesús te habla de su amor: "Yo te desperté". Él mismo es el manzano, colocado en todas partes, ofreciendo sombra y fruto. "Yo te desperté". Cristo no solamente nos da su protección, sino que nos guía a ella. "A Él sea la gloria". ¿No hay aquí nadie que se sienta como una infante, como la moza abandonada de que habla Ezequiel? Vuelva su mirada a Cristo. Sólo Él puede despertar su alma y levantarle de debajo del manzano.

III. EL ALMA APOYADA EN CRISTO CLAMA POR LA GRACIA ININTERRUMPIDA.

"Ponme como un sello". - Señal e indicación segura de la obra que la gracia realiza en nosotros es que siempre deseamos más. El sumo pontífice de la ley mosaica tenía un bello pectoral (y Cristo también lo tiene) adornado con joyas: "Hazme una de ellas" es la oración del creyente. Tenía también una joya en cada hombro: "Hazme también una joya para ti" es asimismo su petición. Las joyas estaban engarzadas con cadenas de oro, y el creyente lo está con cadenas de amor. Este anhelo es un verdadero indicio de la gracia que obra en los creyentes. Si estáis satisfechos estando donde ahora os encontráis, si no tenéis ningún deseo de mayor proximidad a Dios, o hacia la santidad, es una clara señal de que no tenéis nada. "Escóndeme más íntimamente, estréchame más fuertemente, guíame, Señor, más completamente".

1. El amor de Cristo es fuerte como la muerte. - La muerte es trágicamente fuerte. Cuando viene sobre un joven, éste se le rinde, y lo mismo sucede cuando llama a un anciano. Así es el amor de Cristo.

2. Duro y absoluto, como el sepulcro. - La tumba no dará, no devolverá sus muertos, ni Cristo dará, ni permitirá que se pierda lo suyo. ¡Oh, pedid que este amor os constriña Es ardiente como las brasas del infierno, brasas de fuego que

no se apagarán nunca. Tú has de hacer tu elección, querido amigo, de entre dos fuegos eternos. "Quién nos apartará del amor de Cristo?" (Rom. 8). No lo apagarán las muchas aguas, ni podrán tampoco las aflicciones.

3. No puede ser comprado. - "Si diese el hombre toda la hacienda de su casa, de cierto lo menospreciarían". Si lo quieres, debes aceptarlo libremente, gratuitamente, tal como se te ofrece. No tienes otra forma de obtenerlo.

Mensaje XIX

UNA GRAN MULTITUD DELANTE DEL TRONO

"Después de estas cosas miré, y he aquí una gran compañía, la cual ninguno podía contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono Y en la Presencia de; Cordero, vestidos de ropas blancas, y palmas en sus manos. Y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. Y todos los ángeles estaban alrededor del trono, y de los ancianos y los cuatro animales Y postráronse sobre -sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: Amén: La bendición y la gloria y la sabiduría, y la acción de gracias y la honra y la Potencia y la fortaleza, sean a nuestro Dios para siempre Jamás. Amén. Y respondió uno de los ancianos, diciéndome:

Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quienes son, y de dónde han venido? Y Yo le dije: Señor tú lo sabes. Y el me dijo: Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, Y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos." (Apocalipsis 7:9-17).

Una cosa es leer estas palabras con los ojos de un poeta, y otra, muy diferente, leerlas con los ojos de un cristiano. Pedid, queridos amigos, que el Espíritu Santo pueda descorrer el velo de nuestros corazones y mostrarnos las grandes realidades que hay aquí. Nos resultará, además de delicioso, de provecho:

1. Para el despertamiento de los no convertidos, para que podáis contemplar las ocupaciones del mundo celestial y cuán lejos estáis de poder disfrutar con ellas y de ellas, de cuán poco apta es vuestra naturaleza para sus ministerios y goces. Supongo que muchos de vosotros sentían que no tenéis limpias vuestras ropas, que no las habéis lavado, y que, por tanto, no podéis cantar el himno celestial del

texto. Entonces, y por natural deducción, os encontráis en la senda que conduce a la condenación.

2.º Para la edificación de los creyentes. - Nos muestra cuáles son las ocupaciones y ministerios santos de aquel mundo feliz, en donde dentro de tan breve tiempo estaremos; nos da la nota clave de la canción celestial; nos exhorta a pasar ya aquí mucho tiempo en la misma ocupación en que habremos de estar ocupados por toda la eternidad.

3.º Para el consuelo de los creyentes afligidos. - 1~ muestra cuán breves serán sus pruebas. Sus ligeras aflicciones no son sino leves aflicciones que durarán breves momentos. No tenéis, oh afligidos, necesidad de murmurar ni de lamentar. Aún un poquito -como decía Cristo- y estaremos con Él, y Dios limpiará toda lágrima de nuestros ojos. Para este fin consolador fue dada la visión profética a Juan.

I. LO QUE JUAN VIO Y OYÓ.

1. Una gran multitud de todas las naciones. - Cuando Juan vivía en la tierra vio sólo unos pocos creyentes. "Nosotros somos de Dios -decía- y todo el mundo está puesto en maldad". La iglesia era como un lirio en un desierto, Heno de cardos y espinas, como unos pocos corderos en medio de lobos; pero he aquí que ahora, en su visión, ve algo

completamente diferente. Los espinos han sido desarraigados y echados fuera y los lirios son innumerables. "De todas las naciones". Quizá llegó, en su visión, a descubrir a los restantes apóstoles, sus compañeros a su mismo hermano Santiago, al muy santo Pablo, la faz como de ángel de Esteban; el curtido egipcio, el eunuco, Niger, el de ondulado cabello y tez oscura; también quizá a los lejanos chinos, a los birmanos e hindúes, como así mismo a los germanos de ojos azules, o latinos de ojos oscuros, e incluso quizá a numerosas multitudes de distantes islas. Cada país tenía allí su representante, algún redimido de cada nación se hallaba allí. Y todos eran semejantes a Cristo, aunque manteniendo sus propias peculiaridades que les permitía distinguirlos.

Se nos enseña en el texto que Cristo tendrá una corona gloriosísima. Verá del fruto de su alma y será saciado. A menudo, cuando contemplo una gran ciudad como Dundee. y veo tan escaso número de convertidos a Cristo, mi corazón se entristece; tengo muchas veces la sensación de que estamos trabajando para nada y en vano. Aunque ha habido tanta bendición, ¡hay, sin embargo, tales masas de familias lejos de Cristo! Aunque nadie más fuese salvado de los que estamos aquí, sin embargo, Cristo en la gloria---suponiéndola ya llegada- estaría satisfecho. Cristo tiene la corona completa, sin faltarle a alguna. Así lo contempla Juan en su visión. Estaremos completamente satisfechos

cuando veamos todo. Él tiene misericordia del que tiene misericordia.

Contemplemos también el poder de su sangre. Quita el pecado de toda aquella multitud, limpia pecados de todo nombre e índole. ¿Por qué no los vuestros? Oh, habiendo tan gloriosa compañía de pecadores salvados, ¿por qué habéis de continuar vosotros perdidos? Si hay tantos que acuden a tan excelso lugar, ¿por qué no habéis de ir vosotros?

2. Su posición. - La multitud que nadie puede contar "estaba delante del trono" es decir, más próxima al trono que los ángeles, ya que cada uno de los que la componía, se nos dice más adelante, estaba alrededor del mismo. Los redimidos están cerca del trono; los ángeles alrededor de los redimidos. Es esto una indicación clara de su completa justicia, o por mejor decir, justificación. Y sabemos que los impíos, que los inconversos no podrán permanecer en el juicio. Si Dios llevase ante su presencia al hombre no regenerado, éste ciertamente moriría ante ni. Erráis grandemente al pensáis que Dios necesita desplegar su omnipotencia para destruirlos. Del mismo modo que una nube se desvanece por la presencia y calor de los rayos del sol, así vosotros pereceríais en la presencia de Dios, como una mariposa queda consumida ante una llama de fuego. Pero notamos que esta inmensa muchedumbre permanece

cerca del trono, ante la plena mirada de Dios. Ellos permanecen en Cristo, no en al mismos. Están más próximos que los ángeles; los ángeles tienen solamente su propia justicia, la justicia que ellos mismos han guardado; los redimidos tienen sobre si la justicia del Creador. La justicia de Cristo es un millón de veces más preciada que la del más encumbrado ángel. Por esto sus redimidos están más cerca del trono. La justicia de Dios posa sobre ellos, ¿quién los condenará? Si vosotros deseáis ser hechos cercanos a Dios, podéis acudir libremente a Cristo ahora. ¿Por qué permanecer lejos?

3. Vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos. Todos tienen el mismo vestido; no hay entre ellos diferencia. Es el vestido de Cristo. Los hay que fueron más grandes creyentes que otros; que hicieron mayores progresos en la santidad, pero todos llevan los mismos atavíos. Son vestiduras más blancas que las de los mismos ángeles (vers. 13). Los ángeles son a menudo representados con vestiduras blancas, pero su blancura palidece al ser comparada con la inmaculada brillantez de las vestiduras de los redimidos. Esto es lo que a vosotros se os ofrece ahora, pecadores. Despertad quienes habéis sido impulsados a exclamar: "¡Oh si nunca hubiese pecado!" pues hay algo infinitamente mejor que el no haber pecado nunca. Las palmas son emblema de victoria. Los judíos acostumbraban a coger ramas de las palmeras en la fiesta

de los tabernáculos y hacer con ellas palmas. Las tales eran un tipo del cielo. Los ángeles no tienen palmas, pues no han tenido que librar ninguna batalla y no han alcanzado victoria alguna. Naturalmente, en el sentido más amplio, en el sentido de victoria en el terreno de su espíritu, en su intimidad. Todo aquel que tiene su ropa blanca, tiene una palma. Todo aquel que está en Cristo triunfará. No tengáis temor de vuestros enemigos.

4. Su canción, su himno. La esencia del mismo y su gran tema es la salvación. - Dan a Dios toda la gloria. En la tierra muchos hay que dicen que no pueden creer en la elección de Dios, en que Dios los escogió sin haber mérito alguno en ellos, pero en el cielo todos lo sienten y dan a Dios toda la alabanza. Sobre la tierra muchas personas hablan de lo sabio de su decisión, de lo atinado de su propia voluntad escogiendo el cielo, pero en el cielo todos a una entonan: "Salvación a nuestro Dios". En la tierra muchos pretenden establecer su propia justicia; en el cielo todos atribuyen toda su justicia al Cordero, al que dan gloria. Sobre la tierra muchos toman a Cristo para que sea parte de su justicia, la cual pretenden completar con su cumplimiento de las obligaciones religiosas; en el cielo toda la gloria se da al Cordero. ¿Qué opináis vosotros de esa canción? ¿Es ella un eco de vuestro corazón? Recordad que debéis empezar a entonarla ahora si queréis cantarla después.

Los efectos del cántico. - Enardecía los corazones de los ángeles (vs. 11 y 12). A menudo aquí, cuando un creyente comienza a alabar a Dios por lo que Él ha hecho por su alma, da gozo en los corazones de otros creyentes. Así, cuando los ángeles oyen en el cielo la voz del cántico de los Pecadores redimidos -pecadores cual tizones arrebatados del fuego- permaneciendo en pie ante el trono, obtienen una nueva visión de la gloria de Dios, de su misericordia y gracia y se postran ante Dios adorándole reverentemente. No envidian en modo alguno el lugar de los redimidos, sino que, por el contrario, son colmados de gozo que se manifiesta en intensa alabanza al oír lo que Dios ha hecho por sus almas. ¿Qué experimentas cuando oyes de otros que, siendo salvados, son además traídos más cerca de Dios que tú? ¿Los envidias y odias, o te postras ante Dios para alabarle por ello?

II.SU HISTORIA PASADA (vs. 13, 14)

Se nos detallan dos particularidades. Cada uno tiene una historia diferente; no obstante, en los dos aspectos que se presentan son iguales:

1.' "Han lavado sus ropas". - Esto nos lleva a pensar en nuestra conversión. Hubo un tiempo en que cada uno de aquella compañía estaba ataviado de vestidos harapientos. Era, cada uno de ellos, como Josué, cuyos atavíos estaban manchados por la carne. Eran atuendos como los vestidos

de un leproso contaminados con la terrible enfermedad. Algunos manchados con sangre, con manchas de sangre sobre sus vestidos (y conciencias); algunos con el desdoro de la desobediencia a los padres; algunos con el orgullo, otros con la falsedad, la murmuración; todos, todos estuvieron manchados. Cada uno de aquella multitud llegó a la firme convicción y conclusión de que no podía limpiarse por sí mismo, de que no podía limpiar sus vestidos, ni siquiera arrojarlos de sí; cada uno fue llevado a ver su condición de perdido y sin esperanza. A cada uno fue revelado Jesús, y su sangre preciosa vertida en favor de los pecadores. Aún del mayor de ellos, diciendo a los cargados y cansados: "Venid a mí". De toda aquella compañía no hay ni siquiera uno que permanezca allí., que no lo esté por este camino, es decir, habiendo pasado por esta experiencia. Todos han sido lavados en la sangre del Cordero. Es la única y exclusiva, condición que les permite su permanencia allí. ¿Has sido lavado tú en la sangre de Cristo? No encontrarás a nadie allí en el cielo en virtud de su propia decencia, inocencia, cumplimiento de sus deberes. Si tú fueses al cielo, serías el único que estaría allí en esas condiciones; todos los demás han sido lavados en la sangre del Cordero. Detente ahora conmigo y consideremos el asunto, juntos.

2. "Éstos son los que han venido de grande tribulación". - Quien obtiene acceso al trono debe primero poner su pie

sobre el cardo y la espina. El camino a la corona es la cruz. Debemos probar la amargura si queremos gustar la gloria. Cuando Dios los justificó por la fe los llevó también a la tribulación. Cuando Dios llevó a Israel a través del mar Rojo, les llevó al desierto; así, cuando Dios salva a un alma, la prueba. Nunca da fe sin probarla. El camino hacia Sión atraviesa el Valle de Baca. Debéis atravesar el desierto y el Jordán si queréis llegar a la tierra de promisión. Algunos creyentes se sorprenden mucho cuando son llamados a sufrir. Creen que les será dado hacer algo grande por Dios y para Él, pero todo lo que Dios les permite es que sufran. Consultad a cada uno de quienes están en la gloria; cada uno tiene una historia diferente, aunque cada uno tiene un relato de sufrimiento. Uno tuvo que soportar la persecución y la oposición de su familia, de sus amigos y compañeros; otro fue visitado por dolorosas penas y humillantes enfermedades siendo despreciado por el mundo; otro fue privado violentamente de sus hijos y otro tenía toda clase de aflicciones.

Señalemos que todos "han sido sacados de ellas" "han venido de grande tribulación". Fue una oscura nube, pero ya se deshizo; las aguas eran profundas, pero los salvos han alcanzado la otra orilla. Ninguno de ellos echa en cara a Dios el camino por el que les ha guiado. "Salvación" es su único clamor. ¿Alguno de vosotros, mis amados, murmura de su herencia, de su suerte? No pequéis contra

Dios. Éste es el camino por el que Dios guía, a todos sus redimidos. Debéis tener tanto una palma como vestiduras blancas. ¿No queréis pena? Tampoco tendréis palma. ¿No queréis cruz? Quedaréis privados de la corona. ¿Huís del aguijón? Perderéis el trono. ¿Despreciáis la amargura? No disfrutaréis de la gloria.

Aprended a gloriaros en las tribulaciones también. "Tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada".

III.SU HISTORIA FUTURA

1.Servicio inmediato y continuado para Dios. - Aquí se nos permite pasar mucho tiempo, demasiado de nuestro tiempo en nuestras profesiones seculares. Se nos ha impuesto ganar el pan con el sudor de la frente, arar, sembrar, segar; y también hilar y tejer. Entonces, cuando el tiempo ya no exista, nuestra fortaleza será dedicada al grato servicio de Dios. Estaremos delante de Él y Él habitará entre nosotros. Será un sábado perpetuo. Pasaremos toda la eternidad amando a Dios, adorándole, admirándole y alabándole. Nosotros, los creyentes, deberíamos pasar ya aquí mucho tiempo en todo esto. Algunos creen que no son útiles a Dios a menos que se ocupen en visitar enfermos o en realizar cualquier otra obra semejante, cuando, por el contrario, la forma más alta de servicio es el amor de la

adoración del alma. Quizá obtiene Dios más gloria por una simple, pero sincera, mirada de adoración de algún pobre creyente que yace en el lecho de la enfermedad, que de los trabajos pesados de un sobrecargado día.

2. Nunca más estarán en el desierto. - Actualmente estamos como un rebaño en el desierto, padeciendo a menudo nuestra alma hambre y sed, y duro cansancio. A menudo tenemos la sensación de que no nos es posible proseguir más adelante, sino que la única suerte reservada para nosotros es caer y morir. También nos parece que las tentaciones son muchas para nuestra flaqueza, o las persecuciones demasiado fuertes para sobrellevarlas. Cuando estemos con Cristo en el cielo nunca más tendremos hambre y habrá llegado el fin de todas nuestras penas. Aprendamos a glorificarle en medio de las llamas y a cantar en el desierto. Éste es el único mundo en que podemos dar a Dios tal gloria.

3. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos bendecirán. - El Cordero nos alimentará, Él es quien murió por nosotros. Veremos siempre nuestra seguridad delante de nosotros, en Cristo nuestro escudo; ningún temor espantará nuestra alma. Él será uno como nosotros, un Cordero, como el último de nosotros. Conoceremos a Dios a través de Él. Él será como "fuentes de aguas vivas". Aquí, nunca tenemos bastante. Allí, estaremos siempre satisfechos, nuestras

necesidades serán cubiertas con buena medida. El Padre será un padre para nosotros. Padre que limpiará toda lágrima, las lágrimas vertidas en la muerte, las lágrimas derramadas en el desierto, las lágrimas vertidas sobre amigos perdidos y sobre un mundo que perece. ¡Qué seres tan bienaventurados seremos allí!

Mensaje X

CRISTO, NUESTRO MISERICORDIOSO Y FIEL PONTIFICE

«Porque ciertamente no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham tomó. Por lo cual debía ser en todo semejante a los hermanos, Para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto

Al mismo Padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Hebreos, 2:16-10).

Cristo es un Pontífice misericordioso. "Porque ciertamente no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham tomó".

I. LA SOBERANA MISERICORDIA DE CRISTO AL HACERSE HOMBRE.

Leemos acerca de dos grandes rebeliones en la historia del universo: la rebelión de los ángeles y la rebelión del hombre. Dios, por propósitos infinitamente sabios y llenos de gracia, las planeó y permitió para que aún del mismo mal pudiese mear el bien. La primera tuvo lugar en el mismo cielo. El orgullo fue el pecado por el que los ángeles cayeron y por ello se la llama "la condenación del maligno". "No guardaron su dignidad, mas dejaron su habitación" y "Dios los ha reservado debajo de oscuridad en prisiones eternas hasta el juicio del gran día". La segunda caída tuvo lugar en la tierra. Satanás tentó al hombre y éste cayó, dio crédito al maligno más bien que a Dios, y cayó así bajo la maldición. "Ciertamente morirás". Las dos razas, las dos familias cayeron bajo la misma maldición, bajo la misma condenación. Ambas fueron condenadas al mismo "fuego eterno". Pero el glorioso Hijo de Dios resolvió, ya en la misma eternidad, morir por los pecadores. Ahora bien, ¿por cuál de las dos familias debía Él morir? ¿Por los ángeles o por los hombres? Quizá los ángeles del cielo desearían que hubiese muerto por aquellos que un tiempo fueron sus hermanos, los ángeles ahora caídos. La naturaleza de los ángeles era más alta que la de los hombres. ¿No quiso Jesús morir por los ángeles? He aquí la respuesta. "Ciertamente no tomó a los ángeles sino a la simiente de Abraham tomó". He aquí una misericordia soberana que pasa por alto a una familia y

escoge a la otra. Inclinémonos y adoremos ante la misericordia soberana de Jesús.

1. No nos extrañemos si Jesús pasa por alto a muchos. - El Señor Jesús ha estado cabalgando a través de nuestro país de una forma muy especial, sentado sobre su blanco caballo y llevando consigo muchas coronas. Él ha lanzado muchas saetas y ha atravesado muchos corazones en este lugar y ha llevado a muchos a sus pies. ¿Pero no ha pasado Él a muchos por alto, hermanos? ¿No hay muchos que son dados a vivir según los bajos deseos de su propio corazón, andando en sus propios consejos? N» os extrañe. Es el mismo camino que siguió Él cuando vino a la tierra; pasó por alto la prueba del infierno. Aun cuando su seno rebosaba de amor y gracia, aunque "Dios es Amor" no consideró inoportuno pasar por alto a los ángeles caídos y venir a morir por los hombres. Y así, aunque Jesús es también amor, puede salvar a algunos y dejar a otros que se endurezcan. "Muchas viudas había en Israel en los días de Elías; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, de Sidón, a una mujer viuda. Y muchos leprosos habían en Israel en tiempo del profeta Eliseo, mas ninguno de ellos fue limpio, sino Naamán el Siro"

2. Si Cristo ha visitado tu alma, dale toda la gloria. "No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria". La única razón por la cual tú eres salvo se debe

a la compasión soberana de Jesús. No es que tú fueses mejor que otros, que tú fueses menos perverso, o que tuvieses mejores disposiciones, o fueses más atento a tu Biblia. Muchos que han sido dejados han sido mucho más justos que tú en su vida. No se debe tampoco a que tú hayas gozado de un ministerio muy especial. Dios ha hecho que el mismo ministerio fuese un medio de endurecimiento de multitudes. Todo lo debes más bien a la gracia libre y soberana de Dios.. Ama eternamente a Dios a causa de que Él te escogió de su libre y propia voluntad. Adora a Jesús que pasó por alto a millones y murió por ti. Adora al Espíritu Santo que vino libremente con misericordia soberana y te despertó. Todo ello será motivo de alabanza eterna.

3. Si Cristo está visitando ahora tu alma, no obres ligeramente con Él. - Algunas personas, cuando Cristo empieza a llamar en la puerta de su corazón, juegan con Él de forma ligera manteniéndole continuamente fuera. Juegan con sus convicciones. Dicen: "Yo soy joven todavía, dejadme gozar un poco más de los placeres del mundo; si, después si que abriré la puerta". Otros dicen: "Yo estoy demasiado ocupado; he de dar provisión y alimento a toda mi familia; cuando venga una época más conveniente y propicia entonces le buscaré". Algunos dicen: "Yo estoy fuerte y sano, y espero que habré de vivir largos años; en la edad de la vejez y de la flaqueza abriré la

puerta". Considerad, amigos, que Cristo puede no volver a venir a vosotros otra vez. Él llama ahora; dejadle entrar. Otro día puede darse el caso de que pase de largo por vuestra puerta. Vosotros no podéis lograr a vuestro antojo que venga sobre vosotros la convicción de pecado cuando os plazca. Cristo es completamente el soberano en el asunto de salvar las almas. No lo dudéis, muchos de vosotros habéis tenido el llamamiento de Cristo en el pasado. Muchos de vosotros que estuvisteis interesados durante un tiempo no lo estáis ahora. Y no podéis hacer volver aquel estado de interés ahora otra vez. Hay, sin duda, en la vida de cada hombre un tiempo cuando, si abre la puerta, se salvará; el no la abre, se perderá. Probablemente el tiempo actual es ese tiempo para muchos de vosotros. Cristo puede dar los últimos llamamientos para algunos en este mismo instante.

II. CRISTO HECHO SEMEJANTE A NOSOTROS EN TODAS LAS COSAS

Cristo no solamente vino a ser hombre, sino que estuvo dispuesto a ser hecho como nosotros en todas las cosas. Sufrió siendo tentado.

En mi última conferencia os he mostrado los dos únicos puntos en que Él es diferente de nosotros. Primero, en el hecho de ser Dios tanto como hombre. En el pesebre de Belén estuvo recostado como un perfecto niño, pero

también era Jehová. Aquel ser misterioso que cabalgó sobre el sencillo jumento y que lloró sobre Jerusalén era tan realmente un hombre como lo eres tú, como Dios como lo es el Padre. Las lágrimas que Él derramó fueron lágrimas humanas, aunque el amor de Dios latía bajo el manto de su cuerpo humano. Aquel pálido ser que colgaba trémolo sobre la cruz, ciertamente era hombre; sangre humana era la que brotaba de sus heridas, pero Él era también verdaderamente Dios.

Segundo, era diferente de nosotros en que no tenía pecado. Ha sido el único ser con forma y naturaleza humana de quien se puede decir: "Fue santo, inocente, puro, y separado de los pecadores" el único sobre el cual Dios podía mirar desde los cielos y decir: "Éste es mi Hijo amado en el cual tengo contentamiento". Cada miembro de nuestro cuerpo y de nuestra mente los hemos usado como siervos del pecado. Toda facultad de su mente y miembros de su cuerpo fueron usados como siervos de la santidad. Su boca fue la única boca humana de la que brotaron sólo palabras de gracia. Su ojo fue el único ojo humano que nunca brilló con Ramas de orgullo, o envidia, o lujuria. Su mano fue la única mano humana que jamás se extendió, como no fuese para hacer el bien. Su corazón fue el único corazón humano que no fue engañoso sobre todas las cosas y desesperadamente malo. Cuando Satanás fue a Él, nada encontró en Él. Por tanto, en estas dos cosas le fue

necesario no ser igual a sus hermanos, nosotros, ya que, de lo contrario, no hubiese podido ser nuestro Salvador. En todo lo demás le era absolutamente necesario ser igual a nosotros. No era parte de nuestra condición que Él no se humillase a sí mismo.

1. Jesús vivió todos los términos de nuestra vida, desde la niñez hasta la edad adulta. - Primeramente fue un infante de días, expuesto a todas las penas y peligros de la infancia. "Hallaréis al niño envuelto en pañales, echado en un pesebre". En segundo lugar, tuvo que atravesar las dificultades de la adolescencia. Más de uno, sin duda, se maravillaría al descubrir la santidad que habitaba en el jovencito carpintero de Nazaret. Creció en sabiduría, y en estatura y en "gracia delante de Dios y de los hombres". Y finalmente tuvo que sufrir las aflicciones y ansiedades de la edad adulta, cuando se acercó a los 30 años.

2. Jesús probó las dificultades de muchas situaciones complicadas en la vida. - Los primeros 30 años es probable que participase de la humilde ocupación y oficio de José el carpintero; soportó, por tanto, la prueba de ganarse su diario sustento. Entonces Él se mantenía de la bondad de otros. Cierta mujer que le siguió, le ministró -se nos dice- de su hacienda. Él no tenía dónde reclinar su cabeza. Más de una noche la pasé en el Monte de los Olivos, o en las montañas de Galilea. También probó las dificultades del

ministerio evangelizador. Predicó desde la mañana hasta la noche ¡y con muy POCO éxito!, de tal manera que podía decir: "He trabajado en vano, he gastado mi fuerza en nada y en vano" ¡Cuantísimas veces fue afligido por la incredulidad de sus conciudadanos!

"Se maravillaba -narra el Evangelista- de su incredulidad". "¡Oh generación infiel! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, hasta cuándo os habré de sufrir?" Muchos dijeron: "Dura es esta palabra, ¿quién la puede oír?". "Desde entonces muchos de sus discípulos le abandonaron y no siguieron más a Jesús" (Juan 6:66). ¡Cuán a menudo le odiaron por su amor! "En pago de mi amor me han sido adversarios" (Salmo 109). ¡Cómo le hirieron muchas veces sus discípulos por su falta de fe! "¡Oh hombres de poca fe! cuánto tiempo os habré de soportar?" La incredulidad de Tomás, el sueño de sus tres discípulos en el huerto, el abandono de los suyos al ser apresado, la negación de Pedro y la traición de Judas... ¡qué de dolores!

3. ¡Y qué tribulaciones de su propia familia! "Ni aun sus propios hermanos creían en Él", sino que más bien se burlaban de Él. La gente de su misma ciudad trató de apedrearle. ¡Qué pena sentiría Jesús al ver a su madre traspasada de dolor por la espada a que aludía Simeón, en cumplimiento de una antigua profecía a ella dirigida! Por

esto le dijo a Juan: "He aquí tu madre" y a su madre: "He aquí tu hijo" aun hallándose Él en las agonías de la muerte.

4. ¡Qué pruebas y tentaciones de Satanás! Los creyentes se lamentan por causa de Satanás, y, sin embargo, ninguno de ellos ha tenido que soportar sus ataques del modo poderoso como los sufrió Jesús. ¡Qué terrible conflicto tuvo lugar durante los 40 días de su tentación en el desierto. ¡Cuán tremendamente hostigó a los fariseos y a Herodes y a Judas para que lo atormentasen! ¡Qué tremenda hora fue aquella de la que Jesús dijo: "Esta es vuestra hora, la hora de la potestad de las tinieblas". ¡Qué tremendo también el clamor: "Sálvame de la boca del león" (Salmo 22-21), cuando sintió la fiera mordedura de la boca de Satanás!

5. Finalmente, ¡cuán probado fue de Dios! A menudo los creyentes gimen por causa de las veces que la faz de Dios les es encubierta. Pero, ¡ah! en raras ocasiones les es dado probar una gota del vaso de que Él tuvo que beber hasta agotarlo. ¡Cuán triste fue la agonía de Getsemaní cuando la sangre se le mezcló con el sudor! ¡Cuán horrible debió de serle aquel enojo justo de Dios, cuando pendía en la cruz y clamó ¡Dios mío, Dios mío!... En todas esas cosas y mil más que no nos han sido escritas, fue hecho igual a sus hermanos. Él tomó nuestro lugar. En la eternidad habrá lugar a examinar y estudiar con gratitud sus sufrimientos.

Aprendamos de su amor asombroso y sin par que le llevó a dejar su gloria a cambio de venir a ser hallado en tal condición.

Aprendamos a soportar los sufrimientos con sana alegría. Nunca sufrirás tú como Él sufrió.

III. EL FIN

Que Él pudiese venir a ser misericordioso y fiel Pontífice. La obra pontifical de Cristo, su obra sacerdotal es presentada aquí bajo dos aspectos: primero, haciendo expiación por nuestros pecados; segundo, socorriendo a su pueblo de sus tentaciones.

1. Haciendo expiación. - Es ésta la gran obra de Cristo como nuestro sumo sacerdote. Para esto fué necesario que Él se hiciese hombre. De haber permanecido siendo solamente Dios, en el seno de su Padre, hubiese podido compadecerse de nosotros, pero no hubiese podido dar su vida por nosotros ni cargar con nuestros pecados. En tal caso hubiésemos perecido sin esperanza. Todo sacerdote en la dispensación del Antiguo Testamento era un tipo de Jesús en este sentido; por otro lado, cada cordero que era inmolado tipificaba a Jesús ofreciendo su propio cuerpo en sacrificio por nuestros pecados.

Permitid que vuestra esperanza y visión reposen en este hecho si queréis ser felices. Aquellas pocas horas oscuras

del Calvario, cuando el gran sumo sacerdote se ofreció en sacrificio expiatorio, alumbrarán eternamente al alma creyente. Sólo este hecho os traerá gozo en la hora de la muerte; no vuestras virtudes, ni vuestro amor a Cristo ni nada que se halle en vosotros, sino sólo esto, que Cristo murió. "Él me amó y se dio a sí mismo por mí". Cristo apareció para quitar el pecado del mundo por el sacrificio de al mismo.

2. Socorriendo a los tentados. - Todos los creyentes han de soportar la tentación. Cada día, para ellos, trae aparejadas sus pruebas; todo tiempo es tiempo de necesidad para el pueblo de Dios. Los inconversos son poco tentados; no se hallan, en muchos aspectos, en tribulaciones cuales las del pueblo de Dios, ni son probados como ellos. No sienten ciertamente que las tentaciones se levanten en sus propios corazones, ni conocen el poder de Satanás. Antes de su conversión el hombre cree tan poco en el diablo como poco cree en Cristo. Pero cuando un hombre viene a Cristo, pasa a ser un alma tentada, "afligida y menesterosa buscando las aguas, que no hay." (Isaías, 41:17).

El creyente es probado por Dios. - Dios probó a Abraham, no para que pecase -porque Dios no puede tentar con esa finalidad, ni Él -tenta a ninguno- y todavía prueba a sus

hijos. Para ejercitar la fe de sus hijos, Dios los pone en lugares y circunstancias de prueba.

Algunas veces los ensalza para conocer si sus hijos caerán en el orgullo y se olvidarán de Dios; otras veces los humilla para probar si murmurarán contra Dios. ¡Bendito el hombre que sufre la tentación soportándola! Y hay ocasiones en que los pone en peligros o apuros para ver si confían en Él solamente o también en la carne y la sangre.

El mundo tienta al creyente. - El mundo inspecciona si el creyente cojea. Le es grato ver que un hijo de Dios cae en pecado. Ello le sirve de excusa al pensar que todos somos igualmente malos. Y entonces le critica y sonrío.

El mismo corazón del creyente es una fuente de tentación—A veces el corazón dice: "¿Qué mal hay en ello? Al fin y al cabo es sólo un pequeño pecado". O - también: "Bueno pecaré sólo una vez y después nunca más. E incluso "Me arrepentiré después y así quedaré salvo"

También Satanás lanza sus dardos fieros. - Los amedrenta para que, viendo su miseria no osen acercarse a Cristo, les estorba al orar, les llena sus mentes de blasfemias y acosa al mundo para que se levante contra ellos.

¡Ah, creyentes, somos ciertamente un pueblo tentado! Siempre estamos en necesidad y nos sentimos pobres. Y Dios lo permite así, y así lo determina para, por medio de

todo ello, enviarnos constantes mensajes de que acudamos a Jesús. Hay quienes dicen: "No es bueno, no, ser creyente". Pero, ¡oh, mirad a quien se nos invita a acudir!

Tenemos un misericordioso y fiel Pontífice. Él sufrió siendo tentado justamente para que pudiese socorrer a los que son tentados. El sumo sacerdote del antiguo pacto no sólo tenía que ofrecer sacrificio sobre el altar; su obra no quedaba consumada por el solo hecho de sacrificar el cordero; venía, además, a ser padre a Israel, al pueblo todo. Llevaba en una lista anotados todos los nombres de las tribus de Israel en el pectoral, sobre su corazón. Su misión era también entrar y orar en el lugar santísimo; después salía y bendecía al pueblo diciendo: "El Señor te bendiga y te guarde; haga el Señor resplandecer su rostro sobre ti" (Núm. 6:24-26).

Igual ocurre con el Señor Jesús. Su obra no quedó totalmente acabada en la cruz en el sentido que aclararemos. Habiendo muerto por nuestros pecados (obra ya consumada), ahora vive para interceder por nosotros y para socorrernos en todo momento de necesidad. Todavía es hombre a la diestra de Dios. También es todavía Dios, y por ende, por causa de su divinidad, está presente aquí en la tierra hoy tanto como lo estamos cada uno de nosotros. Él conoce vuestros corazones - y lleva vuestras necesidades al conocimiento de su corazón humano que se

halla a la diestra de Dios. Su corazón humano es el mismo ayer, hoy y por los siglos; ruega e intercede por vosotros, piensa acerca de vosotros, no oí; olvida, y planea vuestra liberación y cuidado.

¡Amados hermanos tentados! Id atrevidamente al trono de la gracia para obtener misericordia y hallar gracia para vuestro oportuno socorro en vuestra necesidad.

¿Estáis preocupados por alguien a quien amáis? Acudid a contárselo a Jesús; derramad ante sus pies vuestras penas. Él las conoce todas, y padece por todas ellas como vosotros mismos. Es un misericordioso sumo Pontífice. Es también fiel, nunca os faltará en la hora de vuestra necesidad. Él tiene toda potestad para socorreros mediante su palabra, ay espíritu y su providencia. Os dará todo el consuelo que necesitáis con respecto a vuestros amigos. Él puede darlo abundantemente; se basta para lograrlo. Él ha secado el arroyo para que acudáis a la misma fuente.

¿Estáis algunos sufriendo físicamente? Id a tal sumo sacerdote. Él está íntimamente ligado con todas vuestras enfermedades. Él las ha sufrido con la misma pena. Recuerda cómo cuando le presentaron a un mudo elevó sus ojos al cielo y suspiró clamando: "Ephphatta" ¡"Sé abierto"! Suspiró sintiendo en sí mismo la miseria del enfermo, del mismo modo como se identifica con vosotros. "Llora con los que lloran." Además le ha sido dado todo el

poder para libraros, o paciencia para daros de ella a fin de que podáis soportar la prueba.

¿Sois penosamente tentados en vuestro espíritu, puestos en circunstancias onerosas en las que no sabéis qué hacer? Mirad a Cristo. Él puede socorreros. Si Él estuviese en la tierra, ¿no iríais a Él, no os inclinaríais ante Él de rodillas y le diríais: ¡Señor, ayúdame! ¿Existe alguna diferencia por el hecho de que se halle a la diestra de Dios? "Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos".

Mensaje XI

SERMÓN DE ORDENACIÓN

«Requiero yo, pues, delante de Dios y del Señor Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra: que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (II Timoteo, 4:1-2).

No existe situación más terriblemente cuajada de responsabilidad en todo el mundo que aquella en que se halla un fiel ministro de Dios.

I. DÓNDE SE HALLA EL FIEL MINISTRO.

1. Delante de Dios. - Esto es verdad en dos sentidos: Como un pecador salvado por la gracia, - Hubo un tiempo en que estaba lejos, pero ahora ha sido hecho cercano por la sangre de Jesucristo. "Teniendo libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo' por el camino que nos consagró nuevo y vivo, por el velo, esto es, por su carne" (Heb. 10:19,20), ha sido hecho cercano. Él se halla en el interior del velo, en el lugar santísimo, en el amor de Dios. Está justificado delante de Dios. Un ministro fiel es un ejemplo para su rebaño de un pecador salvado. Tal como dijo Dios a Abraham, también le dice a él: "Anda delante de mí y sé perfecto". Por su parte, el ministro puede decir como Pablo: "Habiendo sido antes blasfemo y perseguidor e injuriador, fui recibido a misericordia". Un fiel ministro es como la vara de Aarón, que fue dejada delante del arca de Dios y allí rebrotó.

Como un siervo. - En el Oriente, los siervos siempre permanecen en la presencia de su Señor atentos a su mano. La reina de Saba dijo a Salomón: "Bienaventurados tus varones, dichosos éstos tus siervos, que están continuamente delante de ti y oyen tu sabiduría". Del mismo modo también se dice de los ángeles que ellos "siempre ven la faz de mi Padre que está en los cielos—. Aun cuando muy ocupados en el servicio de los santos, se sienten bajo su omnisciente y santa mirada. Esto es lo que debe sentir como fiel ministro de Dios. Debe sentir

constantemente la presencia de Dios, debe sentirse siempre bajo su penetrante mirada, guiándole cuidadosamente con su mirada santa y escrutadora. "Te guiaré con mi ojo." "Los ojos del Señor están sobre los justos." ¡Ah, cuán, a menudo sentimos que estamos delante de los hombres! Entonces todo el poder se desmorona, y venimos a ser débiles como los demás hombres. Y por el contrario, ¡cuán dulce sentirnos en la presencia de Dios de forma tal como si sobre nosotros no hubiese ojo alguno, excepto el de Dios! En la oración, ¡cuán dulce sentirnos delante de Él! Arrodillarnos a sus pies, en su estrado, y poner nuestras manos sobre su trono de misericordia, sin cortina, ni velo, ni nube alguna entre nuestra alma y Dios. En la predicación, ¡cuán glorioso decir como Elías delante de Achab: "He aquí, estoy delante del Señor Dios de Israel"! Encontrarnos a sus pies, como siendo de la familia, en su pabellón, oh creyentes, es entonces cuando podemos mantenernos firmemente a pesar de las grandes olas que nos amenazan. El aplauso de los hombres, la ira o amenazas de ellos, pasan entonces delante de nosotros como la brisa que no nos es posible verla, que nos pasa inadvertida. En tal caso un ministro es como una roca en el océano; las olas que amenazan anegarnos, ven frustrado su intento y siempre resurge firme y erguida y hasta parece que con nueva solidez.

2. Delante de Jesucristo. - Esto es verdad también en dos aspectos:

Primero: El fiel ministro tiene constantemente una Visión de Cristo como su justicia. Como Juan el Bautista que "viendo venir a21 a Jesús, dijo: He aquí el Cordero de Dios".. 0 como Isaías, que "vio su gloria y habló de Él". Su propia alma está siempre atenta al Getsemaní y al Gólgota. ¡Oh, hermanos, solamente así podemos hablar siempre con sentimiento y convicción, o con poder y con verdad de las inescrutables riquezas de Cristo! Debemos probar el maná con nuestra misma boca, "miel y leche en nuestra lengua" ya que si no, no nos será posible hablar de su dulzura. Debemos beber constantemente del agua de vida de la roca herida, o no podremos hablar de su poder vivificador. Debemos refugiar nuestras almas culpables en las heridas de Jesús, pues, de lo contrario, no podremos hablar con gozo de la paz y descanso que allí se encuentran.

Ésta es la razón por la que los ministros no fieles están fríos y son infecundos en sus trabajos. Hablan, como Balam, de un Salvador cuya gracia no sienten. Hablan, como Caifás, de la sangre de Cristo, sí, pero sin haber sentido su poder para hablar de la paz que da el corazón contrito. Es ésta la razón por que muchos buenos hombres tienen un ministerio infructífero. Hablan con un claro conocimiento de las verdades bíblicas, o de su experiencia

pasada, pero no de una profunda experiencia actual de la verdad, no de una visión presente del Cordero de Dios. De aquí que sus palabras caen como descienden los copos de nieve, hermosos y bellos, pero fríos y sin calor vivificante. Que el Señor nos conceda estar en la presencia de Jesucristo.

Segundo: El fiel ministro debe sentir la presencia de su Salvador resucitado y vivo. Un ministro debe estar como la esposa en el Cantar de los Cantares: "apoyada sobre su amado". Ésta fue la fortaleza de Jeremías (1:8): "No temas delante de ellos, porque yo soy contigo para librarte". También la de Pablo (Hechos, 18:9, 10) : "No temas, sino habla y no calles, porque yo estoy contigo y ninguno te podrá hacer mal; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad". El Señor Jesús así lo dijo a todos sus discípulos: "Aún un poquito y el mundo no me verá; pero vosotros me veréis; porque yo vivo y vosotros también viviréis" Y nuevamente, de forma muy especial, dice: "He aquí, yo con vosotros siempre, hasta el fin del mundo". SI, hermanos, Cristo está tan realmente andando entre los siete candeleros de oro, como lo está aquí hoy, como si vosotros le vieseis con vuestros propios ojos corporales. Su humanidad está sentada a la diestra de Dios, en representación de todos nosotros. Su divinidad, en cambio, lo llena todo en todos.

Así está Él con nosotros, en pie a nuestro lado, pero de manera que no podemos ver sus movimientos. Es dulce conocer y sentir esto. Es la única manera de sentirse sostenido en medio de todas las pruebas del ministerio. ¿Nos cansamos? Nos es dado, como a Juan, apoyarnos sobre su seno. ¿Nos sentimos sobrecargados con un sentimiento de pecado? Podemos refugiarnos en las hendeduras de la roca de los siglos. ¿Estamos vacíos? Podemos mirar a Él y suplirá inmediatamente cuanto nos es necesario. ¿Nos odian los hombres? Se nos concede cobijarnos al amparo de sus alas. Permaneced ante el Señor Jesucristo y podréis sonreír ante la ira de Satanás y enfrentaros al mundo amenazador.

Aprended aquí también la culpabilidad de desechar el ministerio evangélico. "Quien a vosotros rechaza, a mí rechaza, y el que me rechaza, rechaza al que me envió."

3. Visión íntima del juicio - "Que ha de juzgar a los vivos y a los muertos." Los ministros y sus rebaños habrán de encontrarse juntos ante el trono del Señor Jesús. ¡Qué día tan solemne será aquel! Hay reuniones muy solemnes en la tierra; un día de ordenación es un día solemne; las reuniones que cada día de descanso se celebran son también reuniones solemnes; los días de la santa Cena o Bautizo son asimismo días de solemnidad. Pero aquella

reunión ante el trono del juicio será mucho más solemne que todas las demás.

Primero, el pastor dará cuenta de sí mismo, sea con gozo o con pena. Aquel día no intercederá en favor de su pueblo ni orará por él; su misión, después de haber rendido cuentas de sí mismo, se reducirá a testificar acerca de cómo recibieron la palabra sus oyentes. De algunos dará cuenta lleno de alegría, de quienes recibieron la palabra con toda prontitud de mente, de aquellos que se convirtieron y vinieron a ser como pequeños hijos: éstos serán su gozo y corona. De la mayoría testificará con pena: de aquellos a quienes llevó el mensaje, pero no quisieron acudir, de quienes fueron iluminados o quizá incluso oyeron por algún tiempo, pero luego cayeron en perdición. Será como un testigo irrefutable contra ellos aquel día. "Apartaos de mí, malditos."

Segundo, entonces los creyentes darán su testimonio de su ministro. Si él fue fiel, si hizo su comida y su bebida el hacer la voluntad de Dios, si predicó fiel y enteramente la palabra de Dios con seriedad, urgencia, amor, si se comportó santamente, si predicó públicamente y por las casas. En tal caso el ministro brillará como las estrellas. En cambio, si fue infiel, si buscó su propio alimento más que el de su rebaño, si, no buscó la conversión de las almas, si no trabajó con miras a producir el nuevo nacimiento de los

inconvertidos, si miró a sólo sus propios intereses, su propia salud o su alabanza y no la de sus almas, entonces maldecirán los no convertidos en su ruina al hombre miserable que les engañó y Dios dirá: "Tomad al siervo infiel y atado, de pies y manos, echadlo en las tinieblas de afuera". Oh, creyentes, es la obligación de los ministros predicar con la visión siempre presente de tan solemne día. Debemos permanecer, como Abraham, mirando hacia el humo de Sodoma; como Juan, oyendo la nueva canción y el nuevo cántico que acompañan las arpas de oro en la nueva Jerusalén. ¿No hace huir el temor del hombre el tener tal visión? ¿No hace ello que tengamos premura en predicar? Debéis lograr que las almas realmente se refugien en Cristo o, de otro modo, las veréis cómo son arrojadas al fuego de la eternidad. ¡Oh hermanos! ¿No digo yo con razón que el lugar en que se halla el ministro es el más solemne del mundo?

II. LA GRAN OCUPACIÓN DEL FIEL MINISTRO

Es descrita de dos maneras: primero -de modo general- predicar la palabra; segundo - entrando en detalle redargüir, reprender, exhortar.

1. Predicar la palabra, - La gran obra del ministro, en la que debe radicar su fortaleza de cuerpo y mente, es la predicación. Por flaco y despreciable, o loco (en el mismo sentido en que llamaron a Pablo loco) que pueda parecer,

es el gran instrumento que Dios tiene en sus manos por el que los pecadores serán salvos y los santos serán hechos aptos para la gloria. Plugo a Dios, por la locura de la predicación, salvar a los que creen. Fue para ello que nuestro bendito Señor dedicó los años de su propio ministerio. ¡Oh, cuánta honra ha dado Jesús a la obra de la predicación, al predicar Él en las sinagogas, o en el templo, o bien sobre las quietas aguas del mar de Galilea! ¿No hizo Él a este mundo como el campo de su predicación? Ésta fue la gran obra de Pablo y de todos los apóstoles. Por esto dio el Señor el mandamiento: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio". ¡Oh, hermanos, ésta es nuestra gran obra! Buena obra es visitar a los enfermos, y enseñar a los niños, y vestir a los desnudos. Bueno es también atender el ministerio del diaconado; también lo es escribir o leer libros. Pero la principal y más grande misión es predicar la palabra. "El púlpito -como dijo Jorge Herbertes nuestro gozo y trono." Es nuestra torre de alerta. Desde aquí hemos de avisar al pueblo. La trompeta de plata nos ha sido concedida. El enemigo nos alcanzará si no predicamos el evangelio.

El asunto. La palabra. - En vano predicamos al no predicamos la palabra, la verdad tal como es en Cristo Jesús..

Primero: No otro tema nos ha de ocupar. "Vosotros sois mis testigos." "Juan vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz." No podemos hablar de nada, sino sólo de lo que hemos visto y oído de Dios. No es obra del ministro aclarar temas de sabiduría humana o exponer sus propias ideas o teorías, sino sólo hablar de la gloria y hechos del evangelio. Debemos hablar lo que se halle contenido en la Palabra de Dios.

Segundo: Predicar la palabra, especialmente las partes más importantes. Si vosotros estuviereis con un moribundo y supiereis que sólo le queda media hora de vida, ¿de qué le hablaríais? ¿Le explicaríais cosas concernientes a alguna curiosidad de la Palabra? ¿La hablaríais de los mandamientos de Dios? ¿No le hablaríais más bien de su condición perdida en que se halla por naturaleza y de su estado de enemistad con Dios urgiéndole a arrepentirse? ¿No le contaríais algo acerca del amor y de la muerte del Señor Jesucristo? ¿No le diríais nada del poder del Espíritu Santo? Son éstas las cosas vitales que el hombre debe recibir, sin las cuales perecerá.

Éstos son los grandes asuntos objeto de la predicación. ¿No debemos predicar, tal como hizo Jesús a los discípulos de Emaús, empezando desde Moisés y por todos los profetas, de las cosas relativas a Él mismo? "Haya mucho de Cristo en vuestro ministerio" dice Eliot. Rawland Hill

acostumbraba a decir: "Mira que no tengas ningún sermón sin las tres R.: la Ruina de la caída, la Justicia (en inglés Righteousness) por Cristo y la Regeneración por el Espíritu". Predicad a Cristo para despertar a las almas, a Cristo para confortarlas y a Cristo para santificarlas. "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo."

Tercero: predicar como lo hace la misma Palabra. Quisiera sugerir humildemente a la consideración de todos los ministros, si no es nuestra obligación predicar la Palabra de Dios en la forma en que se halla contenida en las mismas páginas sagradas. ¿No es la palabra la espada del Espíritu? ¿No debiera ser nuestra gran obra tomarla de su misma vaina, limpiarla de todo el moho que la empañe y aplicar su penetrante filo a las conciencias de los hombres? Ciertamente nuestros antepasados en el ministerio acostumbraban a predicar de esta manera. Brown de Haddington acostumbraba a predicar como si él no hubiese leído otro libro más que la Biblia. La verdad de Dios en su desnuda simplicidad es lo que el Espíritu querrá honrar y bendecir grandemente. "Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad."

2. Redargüir, reprender, exhortar. La primera obra del Espíritu sobre el corazón natural es redargüirlo de pecado. Aunque Él es el Espíritu de amor y la paloma es su

símbolo, aunque sea comparado al dulce viento y a la suave brisa, a pesar de todo, su primera obra es convencer de pecado. Si los ministros están llenos del mismo Espíritu, empezarán la obra de la misma manera. Es el método que usualmente emplea Dios: despertar a los hombres y llevarlos a desesperar de su propia justicia antes de revelarles a Cristo. Así fue con el carcelero de Filipos. Sucedió igual con Pablo, que quedó ciego durante tres días. Todo fiel ministro debe esforzarse en todo esto. Introducir el arado sobre el terreno y no sembrar entre cardos y espinos. Los hombres deben ser humillados por las obras de la ley para ver su culpabilidad y miseria, o toda nuestra predicación es como herir el aire. ¡Oh, hermanos! ¿Es éste nuestro ministerio? Cumplámoslo sencilla y claramente. Me temo que la mayoría de nuestras congregaciones tienen numerosos miembros siguiendo un rumbo equivocado, navegando a favor de la corriente, estando a punto de introducirse en la eternidad no convertida, no nacida de nuevo. Hermanos, no nos agradecerán nuestras congregaciones en la eternidad el haberles hablado de coma dulces a sus oídos carnales.

No, hermanos, quizá pueden alabarnos ahora, pero nos maldecirán con todo su odio en la eternidad. ¡Oh, por las entrañas de Jesucristo, que cada uno de nosotros sea ahora hallado fiel!

Exhortar. La palabra original significa consolar, hablar como lo hace el Consolador. Ésta es la segunda parte de 14 obra del Espíritu, -guiar al alma a Cristo para hablarle luego de las buenas nuevas. Ésta es la obra más difícil, o la parte más difícil del ministerio cristiano. Juan el Bautista hizo también esta obra: "He aquí el Cordero de Dios!". También Isaías "Consolaos, consolaos". Tal fue la orden de nuestro Señor: "Id y predicad el evangelio a toda criatura". Tal nueva tan buena hace verdaderamente hermosos sobre las montañas los pies de sus anunciadores. El ministro tiene que predicar acerca de un todopoderoso, completo y libre Salvador divino.

Y aquí yo quisiera hacer notar lo que a mí me parece ¡in defecto en la predicación en mi amada Escocia. Muchos ministros están acostumbrados a mostrar a Jesucristo delante del pueblo.

Exponen clara y bellamente el evangelio, pero no urgen a los hombres a entrar en el reino. Ahora Dios dice: "Exhortad" -rogad a los hombres-, persuadid a los hombres. No solamente señalad la puerta abierta, sino compeled a los hombres a que entren por ella. ¡Oh, seamos más misericordiosos para con las almas, para que podamos poner nuestras manos sobre los hombres y los guiemos con suave y dulce contacto al Señor Jesús!

III. LA FORMA

1. Con toda paciencia. - No hay gracia ni virtud que se necesite más que ésta en el ministerio cristiano. Radica fuertemente para con los pecadores en el mismo corazón de Dios el Padre: "Es paciente para con cada uno de nosotros, no queriendo que ninguno perezca". También abunda en el corazón del Señor Jesús. Cuán tiernamente clamó ¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntarte... y no quisiste!". Y así mismo el Espíritu Santo también la tiene en su trato con los hombres, pero ¡oh, cuánto tiempo lucha ahora, cuánto tiempo contiene con ellos! Queridos creyentes, si no hubiese luchado mucho tiempo con nosotros, hoy seríamos como la mujer de Lot, monumentos de la gracia resistida. Y ahora, los ministros han de ser también pacientes. Todos los hombres necesitamos del amor "que todo lo sufre y soporta y es amable". A veces, cuando los pecadores son obstinados y de corazón endurecido, somos tentados a desesperar y abandonarlos, o a reprenderlos y regañarles fuertemente, como los discípulos que querían clamar que descendiese fuego del cielo. Pero, hermanos, hemos de ser de otro espíritu. La ira del hombre no obra la justicia de Dios. Necesitamos ser llenos del Espíritu de Cristo y nos hará pacientes para con todos. Ese Espíritu nos hará clamar: "Cuántas veces quise".

2. Con doctrina. - Algunos hombres predicán "huid, huid" sin mostrar al pecador de qué tiene que huir, y también a veces predicán "venid, venid" pero sin mostrar claramente el camino del perdón y de la paz. Estos hombres obran como lo haría uno que clamase corriendo alocadamente por la calle: "Fuego, fuego", pero sin decir en qué lugar se halla. En la predicación de los apóstoles observad la simple y clara declaración de la verdad precedida de una exhortación ardorosa y patética. Esto ha sido siempre imitado por los ministros más juiciosos y que han logrado más verdadero éxito.

Conviene que los ministros unan en sí mismos en su ministerio el carácter del querubín y el del serafín, es decir, el ángel del conocimiento y el del celo ardiente. Si deseamos ganar almas, hemos de señalar claramente el camino del cielo en tanto clamamos: "Huid de la ira que vendrá". Creo que no podemos describir la culpabilidad del hombre, su depravación total y el glorioso evangelio de Cristo demasiado claramente, que no podemos insistir con demasiada ansiedad a los hombres para que huyan y se zafen del lazo del diablo; siempre, siempre quedaremos cortos, nunca nos excederemos en esto. ¡Oh si los pastores reuniesen el profundo conocimiento bíblico de Edwards, la sencilla claridad de Owen y los vehementes llamamientos y exhortaciones de Richard Baxter!

3. Con urgencia. - Si se quemase la casa de un vecino, ¿no clamariamos fuertemente usando urgentes imperativos? Si algún amigo nuestro se estuviese ahogando, ¿nos avergonzaríamos de esforzarnos hasta el máximo con tal de salvarle? Y ¡ay! que las almas de nuestros vecinos están aún ahora en su camino de perdición eterna están preparadas y a punto de hundirse en las profundidades de la perdición. ¡Oh!, estaremos menos prestos para salvar sus almas inmortales de lo que lo estamos para salvar sus cuerpos? ¡Cuán ansioso estuvo Jesús en su ministerio salvador! Cuando llegó a Jerusalén y la tuvo frente a sí, lloró sobre ella. También Pablo ¡Cuán dispuesto estuvo siempre! "Velad, acordándoos que por tiores años de noche y de día no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno". También fue así Whitefield; aquel gran predicador casi nunca predicó sino deshecho en lágrimas. Hermanos, hoy en día es necesaria la misma urgencia. El infierno es ahora tan amenazador y trágico como siempre lo ha sido. Los inconversos se abalanzan hacia él irremisiblemente. Y Cristo y su perdón son tan libres y tan al alcance de todos como siempre. ¡Oh, cómo nos espantará y nos admirará nuestra tremenda tibieza cuando estemos en el cielo!

4. En todo tiempo. - "Nuestro Señor anduvo haciendo siempre bien": su comida y su bebida era el hacer el bien.

Así debemos ser nosotros. Satanás siempre está ocupado. No se anda con chiquitas, ni se distrae en ceremonias: va al grano. Para él no hay días especiales en que obrar, porque todos los ocupa tan plenamente como puede. La muerte también está ocupada. Los hombres mueren en tanto nosotros dormimos. Mueren unos 50 cada minuto; aproximadamente uno por segundo entra al reino de los muertos. Pero también el Espíritu de Dios está ocupado. ¡Bendito sea Dios! Nos ha puesto en este mundo en un tiempo en que el poderoso Espíritu Santo todavía se mueve entre los huesos, secos. ¿Deben, pues, los ministros ser perezosos o entretenerse en cumplidos? ¡Oh, que Dios nos bautice hoy con su Santo Espíritu y con fuego, predicando y construyendo así el edificio de la Iglesia* de Cristo, hasta nuestra última hora, la hora de la muerte!

CARGA AL MINISTRO

Mi amado hermano, no hace aún muchos años desde que tú y yo jugábamos juntos en nuestros juegos infantiles. Y ahora, gracias a la maravillosa providencia de Dios, se me ha designado a mí para que presida tu ordenación como ministro de tan santo ministerio. Ciertamente su camino se halla en la mar y su senda en lo profundo de las aguas. No creas, por tanto, que yo asumo una autoridad que no tengo. No puedo en modo alguno hablarte como un padre, sino como un hermano muy amado en el Señor. Por tanto, como

a tal, recibe mis breves palabras, recíbelas como unos consejos, dedicados a ti.

1. Gracias a Dios que se dignó ponerte en el ministerio. - "Doy gracias a Dios que me tuvo por fiel poniéndome en el ministerio" "A mí que soy menos que el más pequeño de todos los santos". ¡Oh, hermano! Gracias a Dios porque te salvé, por haber enviado su Espíritu a tu corazón y conducídotte a Cristo. Pero hoy hay una nueva ocasión y causa de gratitud con motivo de haberte puesto en el ministerio. ¡Es el más grande honor que se puede alcanzar en este mundo! "Si tuviese mil vidas, diligentemente las dedicaría al mismo, y si tuviese mil hijos, gozosamente los dedicaría a tan glorioso ministerio". Ciertamente es de una responsabilidad tremenda. La eternidad de miles depende de tu fidelidad. Pero ¡ah, hermano! la gracia para sobrellevarlo ¡es tan plena! y el premio ¡tan glorioso! "Sí" decía Payson ya moribundo, "si los ministros descubriesen la hermosura de Cristo, no podrían evitar el prorrumpir en aplausos de gozo y exclamar: Yo soy un ministro de Cristo, soy un ministro de Cristo".

Procura, pues, amado hermano, que en medio de los compungidos acentos de confesión que broten de tu corazón quebrantado, brote asimismo una canción de gratitud. Gracias sean dadas a Dios por mi parte, por los breves años que he sido ministro. Puedo decir que

ciertamente no deseo otro honor sobre la tierra, que el que me sea permitido hablar del Evangelio eterno. Gracias a Dios por su don inefable.

2. Busca la unción del Espíritu Santo. - Cuanto mayor sea la unción que tengas del Espíritu Santo, más bienaventurado, feliz y fructífero será tu ministerio. Recuerda los dos olivos que crecían junto al candelabro de oro y directamente de sus ramas vertían el dorado aceite en el mismo. Representan los ministros victoriosos, los ministros ungidos que permanecen junto al Señor de toda la tierra. Que el Señor te haga como uno de ellos. Recuerda lo que se dijo de Juan el Bautista: "Será lleno del Espíritu Santo... y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios de ellos». Que el Señor te llene a ti del mismo modo y seas así un ministro que ganes muchas almas para Cristo. Acuérdate de los apóstoles. Antes del día de Pentecostés eran como árboles secos y sin savia, de escaso fruto. Pero cuando el Espíritu descendió sobre ellos como un poderoso viento, a su predicación tres mil personas fueron agujoneadas y compungidas en sus corazones.

¡Oh, hermano, clama a Dios para que te llene con su Espíritu, para que puedas estar en su consejo y hagas que la gente oiga su Palabra y muchos se vuelvan de sus malos caminos! Tú sabes que el hierro candente puede ser atravesado fácilmente por donde un muy afilado

instrumento no lo haría de estar frío. Ora para que seas lleno con el fuego del Espíritu, para que puedas penetrar en los duros corazones de los pecadores no convertidos.

3. No te des reposo si no tienes fruto en tu ministerio. - En un ministerio fiel y vivo el éxito es la regla general; el fracaso, o mejor la falta de fruto, es la excepción. "La falta de fruto dentro del ministerio es -decía Robinson- una circunstancia tan tremenda que ha de ser considerada con horror". Tu grey será de dos maneras:

Primero: El pueblo de Dios, es decir, aquellos que ya están en Cristo. Busca el progreso en ellos. Dios dio a unos ciertamente pastores y a otros maestros para la perfección de los santos. No olvides las palabras de Cristo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Como Bernabé, sé un hijo de consolación. Exhórtales a seguir al Señor. Nunca digas: "Ya son salvos, ya puedo dejarles solos". Es un grave error hacerlo. Considera cómo Pablo trabajó más allá de sus fuerzas confirmando a los discípulos. Por tanto, sé un ayudador a su gozo. No descanses hasta que no les hayas llevado a vivir conforme a las reglas puras y santas del Evangelio.

Segundo: Verás como la -gran mayoría son no convertidos. Ve, hermano, dejadas las 99, ve tras la perdida. Deja tu hogar, tus comodidades, tu descanso, tu cama, tu todo para nutrir a las almas perdidas. El Señor de gloria dejó el cielo

para cumplir tal misión. Basta con que el discípulo sea como su Señor. Se dice de Alleine que "era infinita e insaciablemente apasionado por la conversión de las almas". Rutherford escribió dirigiéndose a su grey: "Dios es testigo de que vuestro, cielo tiene para mí el valor de dos cielos y vuestra salvación para mí es como dos salvaciones". El Señor te dé tal compasión celestial por los tuyos. No te des por satisfecho sin conversiones. A menudo encontrarás que hay un temblor, un movimiento entre los huesos secos, que los irá uniendo uno a uno, y que la piel y la carne los cubrirán, pero no habrá aliento, no habrá vida en ellos. ¡Oh, hermano, clama entonces por el aliento de vida, por el hálito celestial del Espíritu Santo! No olvides que un pecador muy moral por fuera, se halla en la misma condenación que el más vil de los pecadores.

4. Compórtate santamente. - Creo, hermano, que tú has nacido de nuevo y por esto confío en Dios tocante a ti que te guardará del mal. Pero, afánate por una completa santidad de vida. Tu utilidad depende completamente de ello. Tu sermón dominical durará sólo una o dos horas; tu vida predicará durante toda la semana. Recuerda que los ministros son portaestandartes del Evangelio. Satanás tira sus dardos a menudo sobre ellos. Si pudiese hacer de ti un ministro codicioso, o amante del placer, o de la alabanza, o de los manjares deliciosos, arruinaría tu ministerio para siempre. Aunque llegaras a predicar por más de cincuenta

años, con todo, tu ministerio sería nulo. ¡Ah, hermano, humíllate a los pies de Cristo, e implora su Espíritu para que te haga santo! "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina."

5. Y, por último, sé un hombre de oración. - Date a la oración y al ministerio de la Palabra. Si no oras, probablemente Dios te quitará de la predicación, como hizo conmigo, para enseñarte a orar. Recibe tus textos de Dios, tus pensamientos, tus palabras, todo de Dios. En oración lleva los nombres de tu pequeña manada en tu corazón, como el sumo sacerdote del antiguo pacto; esfuéstrate en favor de los no convertidos. Lutero se pasaba sus tres mejores horas en la oración. Juan Welsh oraba 7 u 8 horas al día. Acostumbraba a tener sobre su lecho una capa, a fin de poder cubrirse con ella si se levantaba durante la noche. Hubo ocasiones en que su esposa le halló echado en el suelo durmiendo. Cuando ella se quejaba de ello, le respondía: "¡Oh, mujer! Tengo la responsabilidad de 3.000 almas y no sé cuál es la situación de muchas de ellas". ¡Oh, que Dios derramase un espíritu tal de oración en ti y en mi, y sobre todos los ministros de nuestra bien amada iglesia! Entonces veríamos los mejores días de Escocia. Te encomiendo fervorosamente a Dios.

CARGA A LOS CREYENTES

Queridos hermanos, confío que esto ha de ser el principio de muchos días -bienaventurados para vosotros en este lugar. Los dones que recibimos en respuesta a la oración son los más dulces. Creo que vuestro querido pastor os ha sido concedido en respuesta a vuestras oraciones, porque no creo que vuestra maravillosa unanimidad proceda de otra fuente.

1. Amad a vuestro pastor. - Por lo que yo sé de él creo que es digno de vuestro amor. Creo que es uno con quien el Señor ha sido muy misericordioso y a quien Dios ya ha recompensado sus labores, y confío continuará haciéndolo. Apreciadle en alto grado con amor por causa de su obra. Conocéis las ansiedades, tentaciones, penas, esfuerzos a que es llamado por vosotros. Pocas personas conocen los profundos abismos de ansiedad que se hallan en el seno de un pastor fiel. Amadle y reverenciadle tanto como podáis. No os hagáis de él un ídolo; esto destruiría su utilidad. Se llegó a decir de los Erskines, que los hombres no podían ver a Cristo más allá de sus cabezas. Recordad que debéis mirar más allá de él y por encima de él. Aquellos que habían adorado a Pablo fueron quienes después le apedrearon. No habéis piedra de tropiezo en sus flaquezas. Aun el sol contiene manchas; y hay flaquezas y debilidades en el mejor de los hombres. Cubridlas con

caridad, no tropecéis en ellas. ¿Rehusaríais el oro por el hecho de que se os hubiese traído en un monedero andrajoso? ¿Rehusaríais el agua pura porque se os diese en una taza rota? El tesoro está depositado en un vaso de barro terreno.

2. Haced uso de vuestro pastor. - Él ha venido cōn buenas nuevas de tierras lejanas. Venid y oíd.

Primero: Acatad con sumisión su ministerio. No viene en su propio nombre. El Señor es con él. Si le rehusáis, rehusáis a Cristo, porque él es el mensajero del Señor de los ejércitos.

Segundo: Recíbidle de buen ánimo en vuestros hogares. Viene, como su Maestro, para buscar lo que se ha perdido, para vendar la perniquebrada, para dar fortaleza al flaco y para volver al descarriado. Todos vosotros le necesitáis, seáis o no convertidos. No olvidéis que pesa una terrible maldición sobre quienes no reciben los mensajes del Evangelio. En tal caso sacudirá aún el polvo de sus - pies y ese polvo se levantará contra vosotros en el juicio.

Tercero: No le turbéis llevándole asuntos mundanos, terrenales, pues su gran ocupación consiste en la salvación Y santificación de vuestra alma. No es un hombre de negocios, sino un hombre de oración. Él se ha dado a si

mismo a la oración y al ministerio de la predicación de la palabra.

Cuarto: Acudid con entera libertad cuando se trate de problemas relativos a vuestras almas. "La casa -del pastor estuvo más concurrida que lo que lo había acostumbrado a estar la taberna" comenta una historia que relata un avivamiento. Fueron felices tales días. No existe otro comercio en este lugar que deseara más ardientemente fuese a la quiebra que éste, el del tabernero. Es un comercio que destruye muchas almas. ¡Cuánto me agradaría ver las tabernas vacías y la casa del pastor concurridísima! No dudéis nunca de acudir a él. Es vuestro deber y vuestro privilegio. Es vuestro deber. Le alentará que lo hagáis y le mostrará cómo predicaros. Es vuestro privilegio. Sé de muchos que fueron más bendecidos con una breve conversación que con muchos sermones.

Quinto: Sed breves. Contadle vuestro caso. Oíd su palabra y marchad. No olvidéis que su cuerpo es flaco y su tiempo precioso. Si prolongáis innecesariamente la visita, le robáis el tiempo o a otros o a Dios. Es difícil describir cuán gran bendición le significaría si hicieseis consultas breves.

3. Hijos de Dios, orad por él. - Orad por su cuerpo, que sea guardado sano y que su vida se prolongue muchos días. Orad por su alma, que pueda ser guardado humilde y santo, luz encendida que brille y que progrese espiritualmente.

Orad por su ministerio, que pueda ser abundantemente bendecido, que sea ungido para anunciar las buenas nuevas. No haya oración vuestra elevada particularmente, o en el círculo de la familia, en que su nombre no sea presentado a Dios. Sostened sus manos alzadas a fin de que Israel prevalezca sobre Amalec.

4. Almas no convertidas, no despreciéis esta oportunidad. - Considero esta ordenación como una sonrisa del cielo para vosotros. Dios podía haber quitado ministros de esta ciudad en lugar de haberos concedido otros más. Creo que el Señor Jesús está diciendo: "Tengo mucho pueblo en esta ciudad". La puerta ha empezado a abrirse hoy. El Espíritu está empezando a brillar. ¡Oh, que conocieseis el día de vuestra visitación! Éste es el día de mercado (llamémosle así), el día de la gracia en este rincón extremo de la ciudad y vosotros debéis venir a comprar. ¡Oh, que conocieseis el día de vuestra visitación!

Vuestro pastor viene con la trompeta de plata de la misericordia. ¿Por qué la habéis de convertir en trompeta de juicio? Él viene con alegres nuevas de gran gozo; ¿por qué las habréis de volver en tristes nuevas de destrucción sin fin? Él viene predicando el día acepto, agradable del Señor; ¿por qué haréis que se torne en el día de la venganza del Señor?

Mensaje XII

EL PERFECTO AMOR DE DIOS

«En amor no hay temor; mas el perfecto amor echa fuera el temor: porque el temor tiene pena. De donde el que teme, no está perfecto en el amor. Nosotros le amamos a Él, porque Jti nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de 21: Que el que ama a Dios, ame también a su hermanos" (I Juan 4:18-21).

"El perfecto amor echa fuera el temor".

1. LA SITUACIÓN DE UN ALMA DESPERTADA

"El temor tiene pena". En la Biblia se mencionan dos clases de temor, siendo muy opuestos el uno del otro. El uno es el temor que se respira en la misma atmósfera del cielo, mientras que el otro es el que se respira en el ambiente del infierno.

1. Hay el temor del amor. - Es el temor que se halla en la manera de ser del niño: el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría. Es el temor de Job, de quien se

nos dice que era "temeroso de Dios y apartado del mal" SI, es el mismo espíritu que había en el Señor Jesús. Sobre Él posaba "el espíritu del temor del Señor".

2. Hay también el temor del terror. - Es el que caracteriza la manera de ser de los demonios: "El diablo cree y tiembla". Este temor es el que hubo en Adán después de la caída. Junto con Eva huyó de Dios al oír su voz y trató de esconderse tras alguno de los árboles del huerto del Edén. Éste fue el temor del carcelero de Filipos cuando, temblando y corriendo a los misioneros Pablo y Silas, derribándose a sus pies, dijo: "Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?" Éste es el temor a que nos estamos refiriendo, el temor del tormento. "El temor tiene - pena". Algunos de vosotros habéis tenido alguna vez este temor que tiene pena. Muchos más podrían sentirlo hoy; está a vuestro alcance experimentarlo, pues se halla en ciernes en vuestra condición de perdidos. Permitidme explicaros cómo se produce en el alma.

Primero: El hombre natural se desentiende de él y lo ahuyenta absteniéndose de presentarse delante de Dios y evitando todo aquello que -dice- le ocasiona complicaciones. "Quieto estuvo Moab desde su mocedad y sobre sus heces ha estado él reposado y no fue trasegado de vaso en vaso, ni nunca fue en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha trocado"

(Jer..48:11). El hombre natural es como un campo que nunca ha sido removido con el arado y que se encuentra completamente cubierto de espinos y cardos. ¿Hay entre vosotros alguien que nunca ha temblado por su alma? Muchos de vosotros pensáis que sois mejores que vuestros vecinos. ¡Ay! que vuestro dulce, pero funesto sueño bien pronto será roto y despertaréis a la triste realidad.

Segundo: Cuando el Espíritu de Dios abre los ojos del hombre natural, hace que tiemble aún cuando sea el más osado y desvergonzado de los pecadores. El Espíritu Santo le muestra el número de sus pecados y hasta diríamos que no le muestra el número de ellos porque no pueden ser contados. Antes de la obra del Espíritu Santo tenía una memoria que fácilmente olvidaba sus pecados; las blasfemias se desbordaban por su lengua y ni siquiera se enteraba. Cada día que transcurría añadía nuevos pecados en la negra lista que llena las páginas del libro de Dios y él ni se daba cuenta. Sin embargo, ahora el Espíritu de Dios le ha hecho sentir el Peso de ellos y la visión de ellos está siempre presente delante de él. Todos los pecados no perdonados, todas las barbaridades cometidas hace ya mucho tiempo -aunque hasta ahora completamente olvidadas--- se levantan ante él acusándole y produciendo el temor de que estamos hablando. "Me han cercado males hasta no haber cuento: han me comprendido mis maldades y no puedo levantar la vista" (Salmo 40:12).

Tercero: El Espíritu Santo hace sentir al hombre la grandeza de su pecado y la tremenda pecaminosidad del mismo. Antes consideraba al pecado como si fuese algo de escasa importancia, como un fantasma producto de una mente débil y supersticiosa, pero ahora se yergue ante él como un diluvio en el que habrá de perecer anegado. Siente que la ira de Dios pesa sobre él, le parece que un tremendo sonido de condenación azota sus oídos. Entonces no sabe qué hacer y su temor tiene pena. El pecado aparece ahora como una tremenda ofensa contra un Dios tres veces Santo, contra un Dios que es amor y contra el Señor Jesucristo y su amor.

Cuarto: Una tercera cosa que atormenta tremendamente al alma es el descubrimiento de la corrupción que hay en su corazón. Frecuentemente las personas que han sido redargüidas de pecado por el Espíritu Santo, son llevadas a experimentar la espantosa obra que se mueve en su corazón. A menudo la tentación y la convicción de pecado aparecen tan íntimamente relacionadas que producen un tremendo tormento que llena de pena el corazón, la pena del temor, pena que destroza el corazón. La convicción de pecado lacera su corazón incitándole a huir de la ira que vendrá, pero por otro lado y en el mismo instante alguna baja pasión ruge, o algún pecaminoso pensamiento de envidia o malicia en una cualquiera de las cincuenta mil maneras que tiene de manifestarse bulle en el seno del

corazón arrastrándolo hacia el infierno. Entonces el hombre siente que el infierno se halla dentro de él. En el infierno habrá mucho de esta, mixtura, mucho de esta mezcla de experiencia: abundará el temor irrefrenable de la ira de Dios, el espanto de sus juicios siempre renovados y también aparecerá, en todo su tremendo horror, la corrupción hirviendo en el seno haciendo a las almas más intolerables el castigo. Lo que podríamos llamar primicias de esta experiencia a menudo ha sido sentido por más de uno aquí en la tierra. Algunos de vosotros podéis estar sintiéndolo ahora en vuestros corazones. Éste es el temor que produce pena.

Quinto' - Otra cosa que atormenta horriblemente al alma radica en el hecho de la convicción que el Espíritu Santo obra en la conciencia haciéndole ver su completa incapacidad para salvarse a ¡sí misma, su total incapacidad para ayudarse a sí misma. Al principio de la experiencia de un hombre -que habiendo estado muerto en delitos y pecados es despertado-, éste piensa: "Pronto saldré de esta horrible situación, pues de ahora en adelante me mejoraré". Traza entonces muchos planes para reformarse y justificarse así a sí mismo. Cambia entonces ¡su vida, trata de arrepentirse e inicia una vida de piedad con oración y asistencia a cultos religiosos. Sin embargo, pronto descubre que "sus justicias son como trapos de inmundicia" que está intentando cubrir sus miserias con

trapos también inmundos; pronto es guiado por el Espíritu-Santo a descubrir que cuanto él pueda hacer no significa nada que pueda justificarle, y que de él, sucio por naturaleza, nunca podrá salir nada limpio. Entonces su alma se hunde en una horrible desesperación. Éste es el temor que tiene tormento.

Sexto: Teme entonces que nunca podrá ser hallado en Cristo. Ya algunos de vosotros quizá sabéis cuánto tormento produce este temor. El libre ofrecimiento de Cristo es el hecho que hace todavía más hiriente el temor que lacera vuestro corazón. Habéis oído predicar acerca de Él, que está lleno de misericordia, que invita a los pecadores a acudir a Él, -que Él nunca echa fuera a los que a Él acuden pero teméis que nunca llegaréis a ser uno de ellos. Teméis que habéis pecado demasiado, que os habéis excedido, que habéis pecado más allá de la medida de la gracia. ¡Ah!, este temor tiene un gran tormento.

Algunos han negado a pensar que no es buena cosa haber ¡sido despertados.

Consideración 1. - Ése es el único camino que conduce a la paz que excede a todo conocimiento. Es el método que Dios ha escogido con miras a llevaros a sentir la urgente necesidad que tenéis de Cristo antes de que éste venga a vuestros corazones. La paz que antes habíais tenido era la paz de un sueño, una paz irreal; ahora que han sido

despertados, comprendéis que realmente era así. Preguntad ahora a las otras almas despertadas -y salvadas después--- si ellas se volverían a su antiguo sueño, el sueño de la paz que ahora han hallado era falsa. "¡Ah 1, no —os dirían-, si he de morir no se me aparte del pie de la cruz; no se me haga perecer como perecen los no despertados. Bendito el día en que descubrí mi terrible situación"

Consideración 2. - Aun cuando no lo queráis, habréis de ser despertados algún día. Si no lo sois ahora, lo seréis después en el infierno. En el infierno no hay ni siquiera un alma no despertada; allí todas tiemblan llenas de espanto. Los demonios tiemblan, como también tiemblan las almas condenadas. ¿No sería mejor temblar ahora que tenéis tiempo de refugiarnos en Cristo? Es ahora que Él está aguardándoos para poder tener misericordia de vosotros. Después Él se mofará de vosotros cuando os sobrecoja el temor y se apodere de vuestras almas como ladrón que de forma inesperada viene de noche. Conoceréis entonces por toda la eternidad que el "temor tiene pena"

II. EL CAMBIO QUE SE PRODUCE EN EL CREYENTE

"En amor no hay temor". "El perfecto amor echa fuera el temor".

1. El amor de que se nos habla aquí, no es el amor que nosotros tenemos para con Dios, sino el amor que Él tiene para con nosotros. Todo lo que hay en nosotros o puede brotar de nosotros es imperfecto. Una vez que hayamos cumplido cuanto nos haya ¡sido mandado habremos de decir: "Siervos inútiles so~". El pecado se mezcla con todos nuestros pensamientos y con todas nuestras obras. No nos significaría consuelo alguno que se nos dijese que si amamos a Dios perfectamente, entonces nuestro temor sería echado fuera, porque ¿cómo podemos nosotros obrar tal amor en nuestros corazones, cómo podemos nosotros producir ese sentimiento en su perfección? Es el amor del Padre para con nosotros .lo que echa fuera el temor. Dios es perfecto y todas sus obras son perfectas. 21 no puede hacer nada que no sea perfecto. Su conocimiento es un conocimiento perfecto, su ira es una ira perfecta, ¡su amor es un amor perfecto. Y es este amor perfecto el que echa fuera el temor. Del mismo modo que un rayo de luz del sol barre por completo las tinieblas que lo inundaban todo antes de que él hiciese su aparición, así su amor echa fuera el temor.

2. Pero ¿de dónde procede este amor, o en dónde radica? Se halla y radica plenamente en Cristo Jesús. En dos ocasiones habló Dios desde el cielo para, decir: "Éste es mi Hijo amado en quien mi alma toma contentamiento". Dios ama perfectamente a su Hijo y admira la infinita belleza de

¡su persona. En 101, Dios se contempla a al mismo revelado en carne. Dios está perfectamente complacido con su obra consumada completamente. El corazón infinito del Dios también infinito se desborda en amor para con nuestro Señor Jesucristo. Y en el seno de Cristo no hay temor. Todos sus temores, que un día anegaban su alma, han sido echados fuera. Hubo un tiempo en que exclamó: "Desde la mocedad he nevado tus terrores, he estado medroso; sobre mí han pasado tus iras, tus espantos me han cortado!" (Salmo 88:15-16). Sin embargo, ahora se halla disfrutando del perfecto amor de Dios, y ese perfecto amor echa fuera el temor. Escuchad, pues, almas tremolas y llenas de temor. En ese mismo amor podéis hallar descanso para vuestras almas. No tenéis por qué vivir ni siquiera una hora más con los tormentos que hieren vuestro corazón. Jesucristo ha cargado sobre al la ira que atormenta vuestra alma. Ahora 111 ha venido a constituirse en un refugio para los oprimidos, un refugio para el tiempo de la turbación. Mirad a Cristo y vuestros temores serán echados fuera. Acudid a los pies de Cristo y allí hallaréis descanso para vuestras almas. Invocad el nombre del Señor y os libraré de todos vuestros temores. Incluso llegáis a decir que no podéis mirar a Cristo, ni acudir a 21 ni invocar su nombre, porque sentís que no podéis ni siquiera hacer eso; tal es vuestra situación desesperada. Oíd, pues, y vivirá vuestra alma. Jesús es el

Salvador de los desesperanzados. Cristo es, no sólo el Salvador de los desnudos y vacíos y de los que no tienen nada bueno que pueda servirles de recomendación, sino que también es el Salvador de aquellos que se sienten incapacitados para darse a al mismos. Es completamente imposible que vuestra situación sea, una ¡situación demasiado desesperada para Cristo. Mientras permanecéis en la incredulidad, la ira perfecta de Dios se halla amenazadora sobre vosotros. La ira de Dios es tan sorprendente como sorprendente es su amor. Ambos sentimientos brotan del mismo seno. Pero en el mismo instante en que miráis a Cristo, venía a ser hallados en la posición segura de su perfecto amor, amor que no conoce tibieza de ninguna clase, luz sin mezcla de sombra, amor sin nube ni montaña alguna que se oponga como un obstáculo. El amor de Dios echa fuera todos los temores.

III. EL AMOR NOS DARÁ CONFIANZA EN EL DÍA DEL JUICIO (v. 17).

Existe un día grande del que muy a menudo se habla en la Escritura: es el día del juicio, el día en que Dios juzgará lo oculto de los corazones de los hombres por el Señor Jesucristo. Toda alma no cristiana no podrá mantenerse en el día del juicio. Los impíos no permanecerán en el día del juicio. Actualmente, los pecadores son muy atrevidos y desvergonzados; su cuello se mantiene erguido como si su

nervio fuese de hierro, y su frente parece de duro metal. La mayoría de ellos no se avergüenzan cuando son sorprendidos en pecado. Hablando entre nosotros, ¿no es extraordinaria la osadía con que los pecadores participan muchas veces de los actos religiosos, con hipocresía, como si realmente sintiesen lo que no sienten? ¡Con qué desfachatez y sarcasmo juran a veces y hacen sus votos! ¡Con cuánta osadía algunos impíos se acercan a la mesa del Señor! Ah, pero ello durará sólo muy poco tiempo. Cuando aparecerá el Señor Jesús, el Santo Jesús en toda su gloria, entonces los pecadores, de rostro endurecido por la desvergüenza, serán humillados. Quienes nunca han orado, empezarán a inclinar su rostro en actitud de reverencia y rendición. Los pecadores que presurosos corrían al pecado y también resueltamente a participar de la Cena del Señor o de cualquier otro acto religioso, empezarán a temblar llenos de flaqueza y chocarán sus rodillas entre sí.

¿Quién vivirá el día de la venida del Señor Jesucristo y quién podrá permanecer en el día del juicio? Cuando los libros se abran, por un lado el Libro de la Vida y por otro la Biblia, los muertos todos serán juzgados por las cosas escritas en ellos. Entonces el corazón de los impíos desfallecerá dentro de ellos y entonces empezará su vergüenza y perdición eternas. Muchos impíos se consuelan ahora pensando que su pecado no es conocido, que ningún ojo humano les ha visto; pero en aquel día los

más secretos e íntimos pecados de cada uno serán sacados y llevados a la luz. "Toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio". ¡Cómo debierais temblar y caer cubiertos de vergüenza, oh hombres impíos que os introducía hipócritamente en las congregaciones! ¿No os avergonzaría el que yo ahora descendiese del púlpito y delante de esta congregación os acusase de todos los pecados que habéis cometido durante la semana transcurrida, sacando a luz todos los fraudes y engaños, todas las inmoralidades secretas, todo el rencor y malicia de intención que está fuertemente sellado en lo más íntimo de vuestra conciencia? ¿No quedaríais llenos de confusión y os taparíais el rostro por la vergüenza? ¡Cuánto más en aquel día, cuando los pecados más secretos de toda vuestra vida serán sacados a luz y puestos al descubierto ante todo el mundo! ¡En qué eterna confusión se verá sumida vuestra alma en aquel día! Os sentiréis corridos de vergüenza, todo vuestro orgullo y vanidad habrán quedado para siempre, -aunque vivos--- mortalmente heridos.

Sin embargo, todos los que estén en Cristo Jesús tendrán confianza.

1. Porque Cristo será el juez. - ¡ Cuánta paz inundará vuestros corazones aquel día cuando veáis, creyentes, que Cristo es el juez, aquel que derramó su sangre por

vosotros, aquel que es vuestro refugio, vuestro Pastor; vuestro todo. Todos los temores desaparecerán. Exclamareis entonces: ¿Quién nos condenará? Porque Cristo es el que murió, En la misma bendita mano que contemplasteis abrió los libros, veréis las heridas que sufrió en la cruz cuando llevó sobre el vuestros pecados. Cristo, para vosotros, será el mismo en el día del juicio que es ahora.

2. Porque el Padre mismo os ama. - Cristo y el Padre son uno. El Padre no halla pecado en vosotros porque como es Cristo, así sois vosotros en el mundo. Seréis juzgados en conformidad a lo que es vuestro refugio, así es que el amor de Dios será en vosotros en aquel día. Sentiréis la tranquilizadora sonrisa del Padre posándose sobre vosotros en tanto oía la voz de Cristo decir: "Venid, benditos de mi Padre".

Aprended a no tener ningún temor ahora en tanto vivía aquí en la tierra -,si en verdad sois de Él-, porque tampoco lo tendréis en aquel día. No temáis, sino aguardad al Señor y tened buen ánimo.

IV. LAS CONSECUENCIAS DE ESTAR EN EL AMOR DE DIOS.

1. "Nosotros te amamos a Él, Porque Él nos amó Primero" (v. 19). Cuando un pobre pecador se acerca a Jesús y halla

en Él todo el amor perdonador de Dios, siente que nace de su corazón un sentimiento de gratitud y de amor que no puede ocultar. Cuando el hijo pródigo regresó a su hogar y sintió los brazos de su padre abrazándole fuertemente, sintió nacer tan vigoroso como el abrazo un sentimiento tierno de gratitud y amor para con su ofendido, pero amante padre. Cuando el sol del verano cae arduosamente sobre el manto azul de las aguas del mar, un vapor de agua se eleva hacia el firmamento formándose así las nubes. Y del mismo modo cuando los rayos del Sol de Justicia se derraman sobre un alma, hace nacer y elevarse de lo más íntimo de ella sentimientos de amor para con Dios nunca antes conocidos.

Algunos de vosotros os estáis esforzando por amar más a Dios. Venid, pues, a Dios. Dejaos amar por Él, aunque sintáis cuán indignos sois. Es mucho mejor ser amado por Él que incluso amarle, y, además, es el único y eficaz camino por el que podemos aprender a amarle. Cuando la luz del sol llega a la luna, la encuentra fría y poco codiciable, pero la luna refleja la luz y vuelve a enviarla hacia el sol. Del mismo modo debéis permitir que el amor de Dios brille en vuestro seno y, de forma natural, descubriréis cómo brota de vosotros el amor por el que suspiráis. Él amor de Cristo nos constriñe. "Nosotros le amamos a Él porque Él nos amó primero" El único

remedio que puede curar nuestros corazones de su fría dureza es mirar el corazón de Jesús.

Algunos de vosotros no tenéis amor a Dios porque amáis algún ídolo. Tened por cierto que vosotros nunca habéis acudido al amor de Dios, y sabed que ¡sobre vosotros descansa la maldición de Dios: "El que no ame al Señor Jesucristo sea anatema, Maranatha!"

1. Nosotros también amamos a los hermanos. - Si vosotros amáis a alguna persona que está ausente de vosotros, ciertamente amáis su fotografía. ¿No es una fotografía de su esposo lo que la esposa del pescador guarda con gran cariño envuelta cuidadosamente en algún pañuelo o colocada junto a su mesita de noche, rodeada casi siempre de olorosas flores? Cada mañana y cada noche la coge y la besa después de contemplarla con sus perlados ojos humedecidos por las lágrimas. Es el retrato de su marido ausente. Tiene mucho aprecio a aquella fotografía porque es, como es él; verdad es que tiene muchas imperfecciones, pero es como es él. Los creyentes son los retratos de Dios, son la imagen de Dios en este mundo; el Espíritu de Cristo habita en ellos. Los creyentes andan como Él anduvo. Desde luego, están llenos de imperfecciones, pero no por ello dejan de ser su verdadera imagen. Si vosotros le amáis a Él, notaréis que también amáis a los creyentes; haréis de ellos vuestros mejores amigos

Entre vosotros ¿hay algunos a quienes desagradan los verdaderos cristianos. Ciertamente hay entre vosotros quienes no hallan complacencia en su manera de ser, ni en su conducta, ni en su hablar, y halláis ridícula su vida de oración. Los llamáis hipócritas y los menospreciáis evitando también su amistad, ¿sabéis por qué? Odiáis la imagen, odiáis la copia, porque odiáis el original. Odiáis a Cristo, y desde luego, no sois suyos.

Mensaje XIII

NUESTRO MOTIVO DE GLORIA: LA CRUZ DE CRISTO

"Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de Cristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo» (Gálatas 6:14).

I. EL OBJETO DE QUE HABLA AQUÍ PABLO: LA CRUZ DE CRISTO.

La palabra de la Cruz se usa en tres sentidos diferentes en la Biblia, que conviene distinguir.

1. Se usa al referirse a la cruz de madera, aquella sobre la cual Jesús fue crucificado. El castigo de la cruz era de invención romana. Se usaba solamente al ajusticiarse a

esclavos o malhechores notables. La cruz estaba formada con dos maderos que se cruzaban formando ángulos rectos. Se dejaba en el suelo y al criminal ajusticiado se le ponía extendido sobre ella. Con clavos se le horadaban las manos y quedaba clavado a la madera, lo mismo que hacían con un solo clavo para ambos pies. Entonces se ponía la cruz en pie y se la introducía en un hoyo dispuesto al efecto. El crucificado era dejado pendiente de la cruz hasta que moría. Ésta fue la muerte a que se sometió Cristo: "Sufrió la cruz despreciando la vergüenza". "Fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Mateo 27:40, 42; Marcos 15:30, 32; Lucas 23:26; Juan 19:17, 19, 25 y 31 y Efesios 2:16).

2. También se utiliza la misma palabra para significar el camino de salvación por Jesucristo crucificado. Por ejemplo, en 1Cor. 1:18: "La palabra de la cruz es locura a los que se pierden, mas a los que se salvan, es saber, a nosotros, es potencia de Dios"; compárese con el v. 23: "Predicamos a Cristo crucificado". Resulta evidente aquí que la predicación de la cruz y la predicación de Cristo crucificado es lo mismo. Éste es el significado de nuestro pasaje de hoy. "Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz". Es el nombre que se da a todo el plan de la salvación por el Redentor crucificado. Tan pequeña expresión implica y encierra la obra completa y gloriosa de Cristo en favor nuestro. Implica el amor de Dios al darnos su Hijo (Juan 3:16) y el amor de Cristo al darse a sí mismo (Efesios 5:2)

; la Encarnación del Hijo de Dios; su obra de sustitución, obra vicaria, uno por muchos; sus sufrimientos y muerte expiatoria. Toda la obra de Cristo queda incluida en esa pequeña palabra, la cruz de Cristo. Y la razón es sencilla; su muerte en la cruz fue el punto más bajo, de la humillación de Cristo. Fue allí que clamó: "Consumado es". "La obra de mí obediencia ha sido consumada, mis sufrimientos han concluido, la obra de la redención ha quedado completada, la ira que pesaba sobre mi pueblo ha cesado." E inclinó su cabeza y dio el Espíritu. De aquí que su obra totalmente consumada sea llamada la cruz de Cristo.

3. Se emplea también la palabra cruz para significar los sufrimientos que sobrevienen al creyente por seguir a Cristo. "Si alguno viene en pos de mí, niéguese a al mismo, tome su cruz y sígame" (Mateo, 16:24). Cuando un hombre determina seguir a Cristo, debe renunciar a sus planes pecaminosos y a sus compañías pecaminosas y tropezará con la burla, el ridículo, el odio, la persecución de que le harán objeto sus antiguas amistades mundanas. Su nombre será despreciado como malo. "Todo el que quisiere vivir píamente en Cristo Jesús, sufrirá persecución". Ahora se dará cuenta de que todo esto es "tomar la cruz" "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí".

En el texto escogido hoy la palabra se usa en el segundo sentido -significando el plan de la salvación por un Salvador crucificado.

Queridos amigos, es esto lo que se os presenta cuando partimos el pan y bebemos el vino; la obra completa de Cristo en favor de los pecadores. El amor y la gracia del Señor Jesús quedan concentrados allí. El amor del Padre, el pacto con su Hijo, el amor de Jesús, su encarnación, obediencia, muerte; todo ello se os presenta en aquel pan roto y en aquel vino derramado. Es un dulce y silencioso sermón. Muchos sermones no contienen a Cristo desde el principio hasta el fin. Muchos le presentan de forma confusa e imperfecta. Pero aquí, en la cena, no existe nada más sino Cristo y éste crucificado. ¡Rica y elocuente ordenanza! Pedid que la visión de aquel pan quebrado, de aquel pan partido, pueda también quebrantar vuestros corazones y haga brotar de ellos un vivo amor hacia el Cordero de Dios. Pedid que haya conversiones ante la visión del pan partido y del vino repartido. Mirad atentamente, queridas almas y pequeños hijos, cuando el pan es roto y el vino repartido. Es una visión que constriñe el corazón. Que el Espíritu Santo la bendiga.

Amados creyentes, mirad atentamente para obtener una más profunda y plena visión del camino del perdón y de la santidad. Una mirada del ojo de Cristo a Pedro quebrantó y

conmovió su corazón orgulloso y salió y lloró amargamente. ¡Oh, que una simple mirada de aquel pan roto pueda hacer lo mismo en vosotros! Cuando el centurión romano, que vigilaba bajo la cruz de Jesús le vio morir y vio cómo se hendían las rocas, clamó: "Verdaderamente, Hijo de Dios era éste". Contempla aquel pan roto y verás la misma cosa, Y ojalá que tu corazón quebrantado sea guiado a invocar el nombre del Señor. Cuando el ladrón de la cruz -vio la pálida cara del Emmanuel y contempló su majestad santa, clamó: «¡Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino!" El pan roto revela la misma verdad. La misma gracia puede concedérsese e impulsarte a clamar: "Señor, acuérdate de mi".

¡Oh, queridos creyentes, obtened nuevas visiones de Cristo! Hay ocasiones en que el grano de trigo, ya cercana la hora de la siega, adelanta más en un día que en varias semanas anteriores. Del mismo modo también hay creyentes que ganan más gracia en un día que antes en muchos meses. Pedid a Dios que hoy pueda ser un día de buena cosecha en vuestras almas.

II. LOS SENTIMIENTOS DE PABLO EN RELACIÓN CON LA CRUZ DE CRISTO. "LEJOS ESTÉ DE MI GLORIARME..."

1. Esto quiere decir que Pablo hacía ya mucho tiempo que había dejado el camino de la justicia por las obras de la ley. El hombre natural busca la salvación haciéndose a al mismo mejor ante los ojos de Dios. Intenta enmendar su vida, pone freno a su boca, procura dominar sus sentimientos y pensamientos, todo para hacerse mejor a los ojos de Dios. Incluso va más adelante: quiere cubrir sus pecados pasados mediante la observancia de preceptos religiosos; se hace un buen religioso, ora, llora, lee, participa de los sacramentos u ordenanzas religiosas, se ocupa e interesa profundamente por la religión, e intenta que ella entre en su corazón todo ello para poder aparecer a al mismo bueno en ojos ¡de Dios, para que pueda poner a Dios en la obligación de perdonarle.

Durante mucho tiempo Pablo gastó este camino. Fue un fariseo guardando irrepreensiblemente las justicias de la ley; exteriormente vivió sin reprensión, y se le tuvo por un hombre religiosísimo. "Pero las coma que me eran ganancia helas reputado pérdida para ganar a Cristo". Cuando plugo a Dios abrir sus ojos, apartó de sí de una vez para siempre este camino de la propia justificación; nunca alcanzó la paz observándolo -"no teniendo confianza en la carne" diría más adelante Pablo-, y por esto al conocer a Cristo se despidió para siempre de aquella forma de buscar la paz. No sólo eso, además la holló con sus pies. "Lo reputó pérdida (todo lo que antes consideraba ganancia)

para ganar a Cristo". ¡Oh qué glorioso es que el hombre sea nevado a hollar su propia justicia! Es la cosa más difícil del mundo.

2. Recurría a Jesús, se escondía en el Señor Jesucristo. - Pablo obtuvo tal visión de la gloria, perfección y excelencia del camino de la salvación por Cristo Jesús, que llenaba por completo su corazón. Todas las demás cosas quedaban empequeñecidas. Todo collado y monte había sido &bajado, todo lo encorvado había sido enderezado, los lugares escabrosos suavizados y la gloria del Señor manifestada. Del mismo modo que con la aparición del sol todas las estrellas desaparecen, así también con la manifestación de Cristo al alma todas las demás cosas desaparecen. Jesús, sufriendo por nosotros, llenaba su visión y colmaba su corazón. Él contemplaba a Cristo, creía en Él y era feliz. Cristo por nosotros cubría toda su necesidad. De la cruz de Cristo un rayo de luz celestial encendió su alma, llenándola con luz y gozo inefables. Sentía que Dios era glorificado y 01 era salvado. Se unía a Cristo con toda la fuerza de su corazón. Como Jonathan Eduards "estaba inexplicablemente gozoso".

3. Se gloriaba en la cruz. ~ Confesaba a Cristo delante del mundo; no se avergonzaba de Cristo en medio de su generación adulterina y pecadora; se gloriaba de aquel camino que le significaba su perdón, paz y santidad. Y

¡qué cambio! Había habido un tiempo en que blasfemó del nombre de Jesús y persiguió hasta la muerte a aquellos que eran llamados de su nombre, a los cristianos; ahora, sin embargo, era toda su gloria. "Y luego en las sinagogas predicaba a Cristo que éste era el Hijo de Dios". Antes de conocerle se jactaba de su vida irreprochable cuando era fariseo; ahora, por el contrario, se gloriaba en esto: él era el primero de los pecadores, pero Cristo murió por él. Antes se gloriaba en su ciencia adquirida a los pies de Gamaliel; ahora se gloriaba de ser tildado de loco por causa de Cristo, y se consideraba como un pequeñuelo que era guiado de la mano por Jesús. En la cena del Señor, entre sus amigos, en las ciudades gentiles, en Atenas, en Roma, entre sabios y no sabios, delante de reyes y príncipes, se gloriaba en ello considerándolo la única cosa digna de ser conocida, el camino de salvación por Jesucristo y éste crucificado.

Queridos amigos, ¿habéis sido llevados en vuestra manera de pensar y sentir, a gloriaros solamente en la Cruz de Cristo?

¿Habéis abandonado vosotros el antiguo camino de la salvación por las obras de la ley? Vuestro corazón natural se apoya firmemente en él. Tú, de natural, estás siempre intentando mejorarte más y más hasta que lleves a Dios a la obligación de perdonarte. Tú andas buscando ¡siempre

el justificarte. Siempre estas mirando tus convicciones y contrición por los pecados pasados, tus lágrimas y oraciones intensas; o también te fijas mucho en tus enmiendas y reformas, en tus renunciaciones de la conducta impía y tu batalla para lograr una nueva vida; estás dando mucho valor a tus propios ejercicios religiosos, a tu fervorosa o continuada vida de oración, o de relación con la iglesia, o estás incluso mirando a la obra que el Espíritu realiza en ti, a las gracias que en ti hay por el Espíritu Santo. ¡Ay, ay! que la cama es más corta que tú y te es imposible descansar en ella; ¡ay! que la cubierta es demasiado estrecha y con ella te es imposible quedar cubierto. Desespera de alcanzar el perdón en ese camino. Deséchalo para siempre. Tu corazón es desesperadamente perverso. Toda justicia que tu corazón pueda cumplir es mala y corrompida y no puede aparecer ante los ojos de Dios. Considéralo todo pérdida, trapos de inmundicia, estiércol, para alcanzar a Cristo.

Refúgiate, por tanto, en el Señor Jesucristo. Cree en el amor del Señor Jesucristo. Él se complace en la misericordia, está presto para perdonar; en Él la compasión sobreabunda, Él justifica al impío, ¿Has visto la gloria de la Cruz de Cristo? ¿Ha ejercido su atractivo sobre tu corazón? ¿Sientes un gozo inefable con ese gozo de salvación? ¿Sabes ver que Dios es glorificado cuando el hombre es salvado? ¿Comprendes y ves perfectamente que

Dios es un Dios de majestad, de verdad, de santidad - inmarcesible y Justicia inflexible, y ello, aún cuando tú seas salvado? ¿Llena tu corazón la cruz de Cristo? ¿Te inunda la cruz de preciosa paz y de descanso celestial? ¿Amas esa frase "la justicia de Dios" la justicia que es por la fe, la justicia sin obras? ¿Te sientes complacido y absorto ante la visión de la cruz? ¿Descansa tu alma en la cruz?

Gloria sea solamente a la cruz de Cristo. Nota que no puede existir un cristiano verdaderamente vivificado que no lo manifieste. La gracia es como un perfume escondido en el puño; se delata a la misma. Un cristiano vivificado no puede guardar silencio delante de los hombres, si verdaderamente siente la dulzura. "Es como el buen vino que se introduce dulcemente, pero luego desata la lengua y se vuelve hablador". ¿Confiesas a Cristo en tu familia? ¿Le has hecho conocer que eres de Cristo? No olvides que debes ser decidido en tu mismo hogar. Es señal de hipocresía ser un cristiano en todas partes menos en casa. Entre tus compañeros, ¿publicas que has hallado en Él un gran amigo? En la tienda y en el mercado, ¿deseas que te conozcan como una persona que has sido lavada en la sangre del Cordero? ¿Deseas intensamente que todos tus negocios, asuntos y conducta sean regidos por los dulces preceptos del Evangelio? Ven, pues, a la mesa del Señor y confíésale, que ha salvado tu alma ¡Oh 1 haz que tu

confesión sea verdadera, sincera, de buena voluntad, plena. Esto es mi dulce alimento, mi Cordero, mi justicia, mi Señor y mi Dios, mi todo en todo. "Lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de Cristo". Antes te gloriabas en las riquezas, en los amigos, en la fama, en tus pecados incluso; ahora gloríate en Jesús crucificado.

III. LOS EFECTOS O RESULTADOS.

"El mundo me es crucificado a mí y yo al mundo".

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es". Cuando el ciego que mendigaba en el camino de Jericó se vio curado de su ceguera por el Señor, este mundo experimentó un gran cambio para él y él para el mundo. Esto le sucedió también a Pablo. Apenas se levantó de sus rodillas en el camino de Damasco, con la paz de Cristo en su corazón el mundo quedó encubierto a sus ojos, murió para él. Mientras se apresuraba a través de las pulidas piedras de las calles de Damasco, o miraba desde el terrado de -su casa los hermosos jardines de los márgenes del Abana, el mundo y todo su esplendor se le aparecía como pobre, debilitado, como algo ya crucificado. Hubo un tiempo en que le era el todo. Hubo un tiempo en que su dulce y superficial adulación le agradaban como la música agrada al oído. La riqueza, la belleza. el placer, todo lo que el ojo natural admira; hubo un tiempo en que su corazón se deleitaba en todo ello; pero desde el momento en que creyó

en Jesús, todo ello empezó a morir. Ciertamente, no estaba muerto, pero sí que quedó clavado a la cruz. Nunca más ejercieron aquella viva atracción que antes tenían, y ahora cada día más iban perdiendo su poder. Del mismo modo canso un moribundo crucificado se va debilitando por momentos, mientras la sangre: de su corazón se va perdiendo por las profundas heridas de sus manos y pies, así el mundo, que durante un tiempo fue su todo, iba perdiendo progresiva e incesantemente ¡su atractivo y poder. Gustó tanto de la dulzura que hay en Cristo, en su perdón, en su Ubre acceso a Dios, en la sonrisa, complacencia y favor de Dios, en la manifestación íntima y vital del Espíritu en su corazón, que el mundo le resultaba cada día más un mundo soso e insípido.

Otro efecto era "Y yo al mundo" Cuando Pablo se examinó a al mismo, puso su mano sobre su corazón, notó que también él había cambiado. Hubo un tiempo en que había sido como un fogoso caballo que andaba por los prados y que no podía ser dominado; que había sido como los perros cazadores de zorras, impacientes por seguir el rastro, a los cuales estorba el estar sujetos. Su corazón así buscaba la fama, el honor, la alabanza del mundo; pero ahora su corazón estaba clavado en la cruz y era un corazón quebrantado y contrito. Ciertamente no estaba muerto. Muchos sustos le daba su caprichosa y mala vieja naturaleza, que le llevaba a caer de hinojos y le impulsaba

a clamar pidiendo gracia y ayuda; y tan pronto como miraba a la cruz de Cristo, al instante su corazón malo se debilitaba. Cada día sentía ser menos el deseo de pecar y mayor el deseo de acercarse a Cristo y a Dios y a la santidad perfecta.

Algunos pueden descubrir por esta predicación que ellos nunca han acudido a Cristo. ¿Ha sido crucificado el mundo a ti? También para vosotros ha sido vuestro todo, su alabanza, su riqueza, sus canciones y sus diversiones ¿Os parece todo ello como -crucificado en la cruz de Cristo? ¡Oh 1, poned la mano en vuestro corazón. ¿Ha perdido vuestro corazón su ardiente deseo de las cosas terrenales? Los que están en Cristo Jesús han crucificado la carne con sus afectos Y concupiscencias. ¿Sentía que Cristo ha crucificado vuestras concupiscencias? ¿Deseáis que estuviesen muertas? ¿Qué respuesta dais, hijos e hijas de los placeres a quienes el baile, y las canciones del mundo, y la bebida y los chistes inmorales, constituyen para vosotros la suma de la felicidad? Vosotros no sois de Cristo.

¿Qué podéis replicar vosotros, avaros, sórdidos negociantes que os preocupáis sólo de llenar vuestra caja de tesoros materiales más bien que de obtener la gracia de Dios en vuestro corazón? ¿Qué contestáis vosotros, los lujuriosos, amigos de los club nocturnos y de los cabaret,

amigos de las tinieblas? No sois de Cristo, nunca habéis acudido a Cristo. El mundo está bien vivo para vosotros y vosotros para el mundo.

Mensaje XIV

CÓMO ACERCARSE A DIOS

"¿Con qué prevendré a Jehová y adoraré al alto Dios? ¿Vendré a ti con holocaustos, con becerros de un año? ¿Agradarase Jehová con millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? ¡Oh hombre, él te ha declarado qué sea lo bueno y qué pide de ti Jehová! Solamente hacer juicio y amar misericordia y humillarte para andar con tu Dios." (Miqueas 6: 6-8).

La pregunta de un alma despertada es: ¿Con qué prevendré a Jehová? Un hombre que no ha sido despertado, nunca hace tal pregunta. El hombre natural no desea presentarse delante de Dios, ni adorar al alto Dios. No le gusta pensar en Dios. Disfruta más bien pensando en otras cosas, Pronto olvida lo que se le dice acerca de Dios. El hombre natural no tiene memoria para fijar su atención en las cosas divinas, porque su corazón no está inclinado a ellas porque a su corazón no le complacen. No quiere, ni le agrada, acudir a Dios en oración; no hay nada que desprecie más el hombre natural que la oración. Por el

contrario, fácilmente dedicará media hora cada mañana a cualquier ejercicio corporal, o a otra cualquier labor, por ardua que sea, antes que presentarse en oración ante Dios. No tiene tampoco deseo alguno de ir delante de Dios ni cuando se le aproxima la hora de la muerte. Sabe que habrá de comparecer ante la presencia de Dios, pero no le causa gozo alguno; le es indiferente. Más bien creará que se hunde en la nada, que en realidad nunca verá la faz de Dios porque -piensa decididamente- no existe. ¡Oh, amigos míos! ¿es ésta vuestra condición? ¡Cuán indudablemente podéis conocer vuestra situación, con cuánta certeza os es dado saber si tenéis "la mente carnal que está en enemistad contra Dios"! Puedo decir a muchos de vosotros: "Tú eres como Faraón; como él preguntas: ¿Quién es el Señor -para que le obedezca?" Dices a Dios: "Apártate de mí, porque no deseo el conocimiento de tus caminos!". ¡Qué estado tan horrendo es ése: no tener ningún deseo de Dios, que es la fuente de agua de vida!

I. HE AQUÍ LA PENETRANTE PREGUNTA DE TODA ALMA DESPERTADA

1. Un alma despertada comprende que su felicidad principal depende de que vaya a Dios. Ésa era la felicidad de Adán antes de su caída. Se sentía como un niño vigilado cuidadosamente por la amorosa mirada de su Padre. Era la fuente de su felicidad estar en la presencia de Dios, ser

amado por Él, ser como una parte integrante de su divino rayo de luz, estar continuamente contenido en el rayo de luz de su amor, sin nube ni velo alguno que estorbase. Ése es el gozo de los santos ángeles, andar en la presencia del Señor y adorar delante del Dios alto. En su presencia se halla la plenitud del gozo. "Los ángeles siempre contemplan la faz de mi Padre". Aun cuando hayan de desplazarse a lejanos mundos en el grato cumplimiento de la voluntad de Dios, sienten que su mirada amorosa se posa sobre ellos constituyendo su diaria y continua felicidad. En esto radica la verdadera felicidad del creyente. Oíd a David (Salmo 42): "Como el ciervo clama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y pareceré delante de Dios?" No clamaba por los dones de Dios, ni por sus favores y consuelos, sino por Él mismo. El creyente desea vivamente poseer a Dios, e~ en su presencia, experimentar su amor, sentirse íntimamente cerca de Él, notarle a Él más cerca que ningún otro ser viviente aun en medio de una multitud. ¡Ah, queridos hermanos! ¿habéis probado vosotros esta bendición? Da mayor descanso y solaz al alma hallarse en la presencia de Dios una hora, que una eternidad en la presencia del hombre. Estar en su presencia, bajo su amor y su -cuidado, es un cielo, sea el lugar que sea. Dios puede

haceros felices en cualquier Circunstancia. Sin Él, nadie ni nada más puede lograrlo.

2. Un alma despertada tropieza con grandes dificultades en el camino. "¿Con qué...?" Hay dos grandes dificultades:

La naturaleza del pecador. - "¿Con qué prevendré... ? " Cuando Dios despierta realmente a un alma, le muestra la miseria y corrupción que hay en ella. La examina muy directa y profundamente. Le enseña que toda imaginación y designio e intento de su corazón es de continuo solamente el mal, que cada miembro de su cuerpo está exclusivamente al servicio del pecado, que ha afrentado a Cristo de forma ignominiosa, que ha pecado tanto contra la ley como contra el amor; que, ha mantenido inicuaamente cercada la puerta de su corazón cuando Cristo estaba afuera aguardando y llamando pacientemente hasta que su cabeza quedó cubierta con la escarcha de la noche y sus cabellos con el rocío de la mañana (Cantar de los Cantares 5:2).! Oh hermanos, el Dios os ha descubierto lo que solo, oí; extrañará que tales abismos de infierno y pecado hayan estado viviendo y latiendo tanto tiempo en vosotros y que Dios haya tenido tanta paciencia con vosotros hasta hoy! Vuestro clamor en tal caso será: "¿Con qué prevendré a Jehová...?" y habréis llegado a pensar para vuestros adentros: "Aunque todo el mundo pudiese acudir a su presencia, ¿cómo podrá hacerlo yo, miserable de mí?"

La naturaleza de Dios. - "...el alto Dios". Cuando Dios realmente despierta a un alma, generalmente le revela algo de su santidad y majestad. Así lo hizo: con Isaías (Isaías 6): "Ví yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime y sus faldas henchían el templo. Y encima de él estaban serafines; y el uno al otro daba voces diciendo: Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Entonces dije: "¡Ay de mí, que soy muerto!" Cuando Isaías vio que Dios era tan grande y tan santo, cayó como muerto. Comprendió que no podía permanecer en la presencia de un Dios tan grande. ¡Oh, hermanos 1, ¿habéis descubierto alguna vez la grandeza y santidad de Dios de manera tal que hayáis caído de rodillas a sus pies? Desead que Dios os dé el adquirir tal conocimiento como el que tuvo Job, que le llevó a exclamar : "Antes de oídas te había oído, ahora mis ojos te ven; por tanto, me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza" ¡Ay, que me temo que la mayoría de vosotros nunca conocerán cuáles son sus obligaciones y la necesidad imperiosa de presentarse con algo delante de Dios --como lo siente toda alma que ya aquí ha sido despertada- hasta que culpables y enmudecidos, sin agallas y confusos, seréis presentados ante su gran Trono blanco en el día del juicio!! Oh, que dirijáis vuestra oración y mirada al cielo ahora para que os sea descubierto el Dios hasta hoy desconocido!, para que salga de lo más íntimo de

vuestro corazón el clamor del texto. "¿Con qué prevendré al Señor y adoraré al alto Dios?"

3. La ansiedad del alma despertada hace la pregunta: "¿con qué?" ¡Ah, es una pregunta penetrante! Es la pregunta de uno que ha sentido "que una cosa es necesaria". Algo que tuviese que ofreciéndolo a Dios obtuviese la paz con Dios. Si tuviese millares de carneros, o diez mil arroyos de aceite, con agrado los ofrecería. Si la vida de sus hijos, el objeto de mayor cariño aquí en la tierra, fuese lo que se -le pidiese, también los entregaría. Si tuviese mil mundos, todos los daría por alcanzar a Cristo. ¡Ay de vosotros en cuyos corazones nunca habéis sentido la preocupación de tener que encontrar algo "con que preveniros delante del Señor"! ¡Ah, qué locura malgastar el tiempo en bagatelas jugando con ellas intereses eternos! Pobres mariposas, que voláis de flor en flor y no consideráis la oscura eternidad que ante vosotros se cierne. "¡Prepárate para salir al encuentro de tu Dios, oh Israel!" Os estáis apresurando hacia la muerte y el juicio y, con todo, nunca os habéis preguntado: ¿Con qué vestido me cubriré cuando sea llevado ante el gran trono de Dios? Sí tuvieseis que presentaros ante algún monarca terreno, ¿no pensaríais antes "con qué me ataviaré"? Si tuviese que ser juzgados ante algún tribunal del mundo, ¿no es cierto que os procuraríais un abogado? ¿Cómo es que siendo conducidos inevitablemente al tribunal de Dios nunca os habéis

preguntado: "¿Con qué me prevendré, cómo apareceré ante Él?" "Si el justo con dificultad se salva, ¿adónde aparecerá el infiel y el pecador?"

II. LA RESPUESTA DE PAZ AL ALMA DESPERTADA

¡Oh, hombre, "Él te ha enseñado qué sea lo bueno"! Nada que el hombre pueda presentar ante Dios le podrá justificar. El corazón natural siempre está tratando de traer algo a Dios en virtud de lo cual sea investido de justicia y quede, por tanto, justificado delante de Dios. Nada hay que pueda el hombre hacer, ni sufrir, que pueda serle imputado a justicia para que pueda permanecer delante de Dios. Lágrimas, oraciones, obligaciones religiosas, reformas, devociones, en todo ello el corazón se esfuerza para aparecer como justo delante de Dios. Pero toda esta justicia es como trapos de inmundicia. Porque,

1. El corazón se halla sumido en un terrible pozo de corrupción. Toda cosa en que el corazón tiene alguna participación o interés está contaminada y es pecaminosa. Sus mismas lágrimas y oraciones necesitan ser lavadas, así como también sus mismos deseos.

2. Suponiendo que todos los actos de ahora -oraciones, lágrimas, cumplimiento de preceptos religiosos: constituyesen una justicia perfecta, con todo, no podrían

justificar el pasado. Responde la tal justicia por el tiempo en que se cumple. Los pecados antiguos, los pecados de la juventud, continuarían no justificados ni perdonados.

¡Oh, queridos hermanos, si Jesús ha sido levantado como Salvador, como justificador, debe hacer con vosotros como el ángel hizo con Josué! Primero ha de haber un despojamiento; después, una investidura. "Quitadle esas vestimentas viles" y "te he hecho vestir de ropas de gala". (Zac. 3:4.) Solamente Jesús puede despojarte de tus inmundas vestiduras, del mismo modo que sólo Él puede ataviarte de ropas de gala.

Cristo es el buen camino. - "Él te ha declarado qué sea lo bueno." "Paraos en los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas cuál sea, el buen camino y andad por ellas y hallaréis descanso para vuestras almas." Cristo es el buen camino que conduce al Padre. Primero, porque es el más conveniente, el más adecuado y 'asequible. Cubre ampliamente la necesidad de todo pecador; por cada pecado de los pecadores fue herido el Señor, para toda desnudez hay con qué cubrirla, para cada necesidad hay provisión. No hay temor alguno de que no quiera recibir a los pecadores, porque precisamente vino al mundo con el propósito de salvarlos. No hay tampoco ningún temor de que el Padre no se agrade de nosotros cuando estemos en Él, ya que el Padre no sólo le envió, y cargó sobre Él

nuestra iniquidad y le levantó de los muertos, sino que también le ha puesto y manifestado, y ha hecho centrar los ojos de los hombres en Él habiéndole propuesto como Salvador. "¡oh, hombre, Él te ha mostrado qué sea lo bueno!"

Segundo. Porque Cristo se ofrece voluntariamente. "Y como por la desobediencia de un hombre, Adán, los muchos fueron constituidos pecadores, así por la, obediencia de uno, Cristo, los muchos serán constituidos justos." Por amplio que haya sido el alcance de la maldición de Adán, más aún lo ha sido el ofrecimiento ~ de perdón extendido por Cristo. He aquí las buenas nuevas para el más vil de los pecadores. Podéis quedar tan plena y libremente justificados y perdonados como aquellos que no han caído y pecado de forma tan grave como la vuestra. " ¡Oh, hombre, Él te ha declarado qué sea lo bueno!"

Tercero. Porque así Dios es muy glorificado. Cualquiera otra forma de salvación tiende a glorificar al hombre, pero ésta glorifica a Dios solamente; por esto es buena. El mejor camino es el que glorifica más plenamente al Cordero de Dios Y es éste. El camino de la justicia por Cristo Jesús es bueno porque le da a Él toda la alabanza. ¡A Él sea la gloria! Es una justificación que se obtiene por la fe para que sea por gracia, gratuita. Si. un hombre pudiese justificarse a al mismo, 0 si por sus propios medios pudiese

creer y alcanzar la justicia de Cristo por su obra, el tal hombre podría gloriarse a al mismo. Pero cuando un hombre se halla como muerto a los pies de Jesús y Jesús le extiende su blanco y puro manto de justicia aplicándoselo, obrando por pura gracia y misericordia, entonces toda la alabanza ha de ser tributada a Jesús.

¿Has escogido tú el buen camino para ser justificado? Éste es el camino que Dios ha estado señalando desde la fundación del mundo. Ya quería dar a entender que sería así el camino de la salvación y justificación mediante la muerte de una víctima que muriese por el culpable siendo ella inocente cuando indicó a Abel que le ofreciese un cordero, y lo ha hecho a través de todos los sacrificios que ordenó en la ley levítica y lo ha anunciado por medio de todos los profetas. También lo declara al corazón por medio de su Espíritu Santo. ¿Te ha sido revelado a tí? Si es así, si lo conoces, considera pérdida todas las demás cosas por su eminente conocimiento. ¡Oh, qué dulce camino, qué forma tan divina de salvar al pecador! ¡Oh, que lo conociese todo el mundo! ¡Qué pudiésemos contemplarlo más y más! ¡Oh, que a vosotros también os fuese de provecho! "Andad por ellas (por las sendas antiguas) y hallaréis descanso para vuestras almas."

III. LO QUE DIOS REQUIERE DEL JUSTIFICADO

Cuando Jesús sanó al paralítico de Bethesda, le dijo: "He aquí, has sido sanado: no peques más, porque no te suceda algo peor". Cuando perdonó a la mujer adúltera, dijo: "Ni yo te condeno, vete y no peques más". También en nuestro texto de hoy, cuando el Señor ha declarado "qué sea lo bueno", "cuál es el buen camino" añade: "y qué pida de ti el Señor"

1. Dios pide que sus redimidos sean santos. Si vosotros sois hijos, os hará justos y santos.

Primero: Pide de vosotros que obréis con justicia. Que seáis justos en vuestra relación entre los hombres. Éste es uno de sus propios rasgos, ser justo. Él es un Dios justo. "¿Él Juez de toda la tierra no hará lo que es justo?" "Él es mi roca y no hay injusticia en Él". ¿Sois vosotros como Él por Cristo Jesús? Él pide de vosotros que reflejéis la imagen de Jesús. ¿Sois hijos de Dios?, debéis, pues, ser como es Él. ¡Oh, hermanos, sed justos en vuestros negocios y relaciones! Asemejaos a vuestro Dios. Cuidad de no ser deshonestos, vigilad que no engaños en los negocios. Vigilad que no aumentéis injustamente el precio de vuestras mercancías cuando vendéis y que no las abaratóis injustamente al comprarlas, que alegando falsas o exageradas taras busquéis un abaratamiento injusto. "Es malo, es malo, dice el comprador, pero cuando se ha

marchado, entonces se jacta de sí." No seáis así entre vosotros. Dios requiere de vosotros que améis la misericordia. Es ésta la característica más sobresaliente de Jesús. Si vosotros estáis en Cristo, bebed abundantemente de su Espíritu. Dios quiere que seáis misericordiosos. El mundo es egoísta, no es misericordioso. Una madre no convertida no tiene cuidado del alma de su propio hijo. Puede verlo hundido en el infierno, o en caminos de perdición -que para el caso es lo mismo-, y no sentir compasión por ello. ¡Oh, la crueldad infernal del mundo no convertido! "No seáis aprensivos con ellos". "Sed misericordiosos, como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso."

Tercero: Pide también de ti "que te humilles para andar con tu Dios". Cristo dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Si Dios ha perdonado todos vuestros pecados, rebeliones, reincidencias, pasiones, en modo alguno se abrirán vuestros labios que no sea para alabarle humildemente. Dios pide de vosotros esto, que andéis con Él y que lo hagáis humildemente.

2. Recuerda que éste es el fin, el objeto por el cual Dios te ha justificado. Jesús amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella para que pudiese santificarla y lavarla para al. Ésta fue su gran finalidad; levantar un pueblo especial para servirle, para ser igual que Él, en este mundo y en la

eternidad. Es por ello que dejó el cielo, por eso que padeció y murió, para haceros santos. Si no sois hechos santos, Cristo murió en vano en favor vuestro.

3. Lo que Él pide va acompañado de su gracia para hacerlo. Cristo no es bueno sólo como nuestro camino hacia el Padre, sino que además es también la fuente de agua de vida. Sé fuerte en la gracia que es en Cristo Jesús. Hay suficiente provisión en Cristo para suplir las necesidades de todo su pueblo. Un antiguo pastor decía: Un niño puede recoger muy poca agua del mar con sus dos manos y, del mismo modo, no es mayor la proporción que nosotros podemos obtener de Dios. Hay infinitas e insondables riquezas en Cristo que nunca podremos abarcar.

Sé fuerte en la gracia que es en Él. No te ames a ti mismo y ámale a Él. Ve y dile que, ya que pide de ti todo lo considerado anteriormente, te dé gracia en conformidad a tu necesidad, "Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús." Él te ha declarado, te ha mostrado a una que es bueno, el mismo Emmanuel, el hermoso Dios con nosotros; aprende de Él y de Él obtén la vida que no perece, - obtén el agua de vida que ¡saciará tu sed para siempre. Permite que su mano te sostenga en medio de las olas del mar tempestuoso. Permite que en sus hombros te lleve sano y salvo sobre los

cardos y espinos del desierto. Contempla a Cristo tanto para tu justificación como para tu santificación.

Mensaje XV

LA EXPERIENCIA INTERIOR DEL CREYENTE

«Porque según el hombre Interior, me deleito en la ley de Dios, mas veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte? Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro. Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado» (Romanos, 7:22-25).

Un creyente ha de ser conocido no sólo por su paz y por su gozo, sino también por su lucha y por su congoja. Su paz es muy peculiar; la recibe de Cristo. Es una paz celestial, una paz santa. Su combate, su lucha es también muy especial; porque la tiene muy arraigada en lo más íntimo de su ser, le produce verdadera agonía y sólo cesará cuando muera. Si el Señor lo permite, la mayoría de nosotros esperamos participar el próximo domingo de la cena del Señor. La gran pregunta que ha de ser contestada antes de participar de la comunión es: "¿Me he refugiado en Cristo Jesús, o sigo expuesto a la condenación?"

Quisiera conocer sólo este punto, que a menudo me turba el pensamiento, ¿Amo yo o no amo a mi Señor? ¿Soy realmente de Él o no lo soy?

Para ayudaros a hacer más clara la pregunta me ha parecido bueno escoger el sujeto de las luchas del cristiano para que podáis saber por ello si sois un soldado de Cristo, al realmente estáis peleando la buena batalla de la fe.

I. EL CREYENTE SE DELEITA EN LA LEY DE DIOS

"Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (v. 22).

1. Antes de que el hombre acuda a Cristo, aborrece y le desagrada la ley de Dios. Su alma se alza contra ella: "La intención de la carne es enemistad contra Dios". Primero: el hombre no convertido odia la ley de Dios por ser tan pura. "Tu palabra es muy pura, por esto la ama tu siervo." Y por la misma razón la odia el hombre no regenerado. La ley fue dada como expresión de la mente pura y santa de Dios. Es infinitamente opuesta a toda impureza y pecado. Cada palabra y línea de la ley se opone al pecado. Pero el hombre natural ama el pecado y por esto se opone a la ley, porque ella condena todo cuando el hombre ama. Del mismo modo que el murciélago no ama la luz y huye de ella, también el no convertido odia la pura luz de la ley de Dios y se desentiende de ella.

Segundo: la odia también por su amplitud, por su alcance. "Ancho en gran manera es tu mandamiento." Alcanza en sus preceptos todos a sus actos internos, vistos o no vistos, llega a condenar toda palabra ociosa que los hombres pronuncian, se extiende hasta redargüir las miradas de los ojos lascivos, profundiza hasta las más secretas intenciones de pecado y de lujuria que anidan en el corazón. El inconverso desprecia la ley a causa de su rectitud y estricta acción. Si su acción se limitase a solamente los hechos exteriores, entonces quizá podría tolerarla, pero condena también mis pensamientos y deseos más secretos, lo cual me resulta imposible impedir.

Por todo ello el hombre natural se levanta contra la ley.

Tercero: la odia a causa de su inmutabilidad. El cielo y la tierra pasarán, pero ni una jota ni un tilde de la ley quedarán en modo alguno eliminados. Si la ley cambiase, o hiciese algunas concesiones, o tolerase algunas cosas en según qué casos, e incluso quedase eliminada su acción en ciertas circunstancias, quizás entonces sí complacería a los impíos. Pero es tan inmutable como Dios mismo: la ha dictado el corazón de Dios, en quien no hay variación ni sombra de cambio alguno. No puede cambiar, a menos que Dios cambie; no puede morir, a menos que Dios muera. Aún en el mismo infierno, en los tormentos eternos, sus requerimientos y sus maldiciones seguirán siendo los

mismos. Es una ley inmutable porque ha sido promulgada por un Dios inmutable. Éstas son las razones por las que los impíos odian, con un desprecio también inmutable, a la ley santa y buena y perfecta-

2. Cuando un hombre viene a Cristo, todo le ha sido cambiado. Puede decir: "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios". Con David puede repetir: ¡Cuánto amo yo tu ley! es ella mi meditación día y noche." Con Jesús puede decir en el Salmo 40: "El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado, y tu ley está en medio de mis entrañas".

El convertido ama la ley por dos razones:

La ley ya no le es más un enemigo. - Si alguno de vosotros siente la opresión del temor por causa de sus infinitos pecados y las maldiciones de la ley que culpablemente ha quebrantado, acuda a Cristo, en quien hallará descanso. Entonces podrá decir como Pablo: "Cristo me redimió de la maldición de la ley, siendo hecho maldición por mí, como está escrito. Maldito cualquiera que es colgado en madero". Por tanto, nunca más tendrá temor de aquella temible y santa ley: "Ya no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia". Nunca más tendréis temor de la ley con que habíais de ser juzgados en el día del juicio. Imaginaos cuál será la experiencia del alma salvada una vez terminado el juicio; cuando el terrible cuadro haya concluido, cuando

los muertos, pequeños y grandes estarán en pie delante del Trono blanco, cuando, la sentencia de eterno castigo se haya dictado sobre los no convertidos y se leí; sumerja en el lago de fuego que nunca puede ser apagado, ¿no dirán los redimidos: "yo no he de temer nada más de aquella ley santa, ya he visto cómo sus vasos de ira han sido derramados, pero no me ha alcanzado ni una gota de su contenido?" Creyente en Cristo Jesús, ya puedes hablar así. Cuando tu alma contemple el alma de Cristo con las cicatrices que le produjeron los rayos de la justicia de aquella santa ley quebrantada por ti; cuando contemple su cuerpo traspasado por el pecado, exclamarás: "Fue hecho maldición por mí, ¿por qué he de temer que me sobrevengan las maldiciones de la ley?"

El Espíritu de Dios graba la ley en el corazón. - Ésa es la promesa. "Después de aquellos días, dice el Señor, daré mi ley en sus entrañas y escribiréla en sus corazones: y seré yo a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo" (Jeremías 31:33). Acudiendo a Cristo desaparecerá vuestro temor a la ley, y por otro lado, viniendo el Espíritu Santo a morar en vuestros corazones, hará que améis la ley íntimamente. El Espíritu Santo nunca más abandonará tales corazones. Vendrá al corazón y lo ablandará. Quitará el corazón de piedra y lo cambiará por uno de carne y allí escribirá la tres veces -santa ley de Dios.

Entonces la ley resultará dulce al alma y se deleitará íntimamente en ella. "La ley es santa, y el mandamiento santo, y justo y bueno". Ahora el creyente desea sincera y fervientemente que todo pensamiento, palabra y obra se ajuste aquella ley santa. "¡Oh, que mis caminos fuesen dirigidos guardar tus estatutos! gran paz tienen los que aman tu ley y no hay para ellos tropiezo". El Salmo 119 se convierte en el aliento del nuevo corazón. Ahora el creyente se afana en lograr que todo el mundo se sujete a aquella ley pura y santa. "Ríos de agua descendieron de mis ojos porque no guardan tu ley" (Salmo 119-136). ¡ Oh,, si todo el mundo comprendiese que la santidad y la felicidad son una ~a cosa! ¡ Oh, si todo el mundo se hiciese una familia santa, con su acudir gozosamente todos a someterse a las puras reglas del Evangelio! Conócete a ti mismo por esta prueba. ¿Puedes decir "me deleito en la ley de Dios?" ¿Recuerdas cuándo la odiabas? Porque ha tenido que haber un tiempo cuando la rechazabas, si ahora realmente eres suyo. ¿La amas ahora? ¿Te enardece el pensamiento de que llegará el tiempo cuando vivirás en la eternidad bajo sus direcciones de forma total, siendo tú mismo santo como Dios es santo, puro como Cristo es puro?

¡Oh, venid, pecadores y ofreced vuestros corazones a Cristo para que escriba por su Espíritu Santo su santa ley en ellos! Demasiado tiempo ha estado esculpida en

vuestros corazones la ley del diablo: venid, pues, a Jesús, y Él no sólo os guardará de las maldiciones de la ley, sino que también os dará el Espíritu para que la grabe en vuestros corazones; entonces notaréis que la amáis en lo más íntimo de vuestra alma. Pedid que juntamente con Él os sea concedido el cumplimiento de sus promesas. Con toda seguridad que habéis gustado los placeres del pecado por demasiado tiempo. Venid ahora y probad los goces de la santidad, fruto del nuevo corazón.

Si murieseis tal como ahora estáis, para toda la eternidad os quedaría estampado vuestro corazón malo y perverso. "El que es injusto, séalo todavía, y el que es sucio, ensúciase todavía" (Apoc. 22:11). ¡Oh, venid a Cristo y permitid que cambie vuestro corazón antes de que muráis! A menos que nazcáis de nuevo, no veréis el reino de Dios.

II. UN VERDADERO CREYENTE SIENTE UNA LEY OPUESTA EN SUS MIEMBROS.

"Veó otra ley" (v. 23). Cuando un pecador viene a Cristo, generalmente piensa que dará un adiós para siempre al pecado: "Ahora -piensa- nunca más pecaré". Se siente ya en la misma puerta del cielo. Pero pronto nota en su corazón una leve sombra de tentación y es forzado a exclamar: "Veó otra ley".

1. Observamos cómo la llama Pablo: "Otra ley". Una ley completamente diferente a la ley de Dios. Una ley evidentemente contraria a ella. La llama "ley del pecado" (v. 25), una ley que le impulsará a cometer el pecado, una ley que le urge a pecar a veces con premios, a veces con amenazas, una "ley del pecado y de la muerte" (8:2) ; una ley que, no sólo impulsa al pecado, sino que conduce a la muerte, y muerte eterna: "La paga del pecado es muerte". Es la misma ley que en Gálatas se llama "la carne": "La carne lucha contra el espíritu" (Gál. 5:17). Es la misma que en Efesios 4:22 recibe el nombre de "el viejo hombre" que es guiado por pasiones pecaminosas; la misma ley que en Colosenses 3 es llamada "vuestros miembros". La misma que se llama en Romanos, 7:24 "el cuerpo de esta muerte". La verdad es, por tanto, que en el corazón del creyente anidan todos los miembros y cuerpo del viejo hombre, de su vieja naturaleza. En su vieja naturaleza existe la fuente de todo pecado, la cual ha contaminado todo el mundo.

2. Observad otra vez lo que la ley está haciendo, "Se rebela". Esta ley que se halla en mis miembros no está quieta, no está inmóvil, sino que se rebela, siempre está en una acción de rebelión. Así es que nunca puede haber paz en el seno del creyente. Hay, sí, paz con Dios, pero guerra constante con el pecado. Esta ley que está en los miembros, cuenta con un ejército de pasiones que radica en lo íntimo del convertido y guerrea constantemente contra

la ley de Dios. Algunas veces, ciertamente, algún arma es dejada guardada y quieta y permanece inmóvil hasta que se presenta un momento favorable. Del mismo modo en el corazón las pasiones a menudo están quietas, pero se hallan en estado de alerta hasta que llega la ocasión propicia y entonces pelean contra el alma. El corazón es como un volcán, algunas veces dormita y humea sólo de cuando en cuando, pero en tanto, el fuego está completamente encendido en* el fondo y no tarda en propagarse de forma violenta al exterior. Hay dos grandes combatientes dentro del alma del creyente. Por un lado está Satanás, con la carne y todas sus concupiscencias a sus órdenes; por otra parte, el Espíritu Santo con la nueva criatura a sus mandatos. Y así "la carne pelea contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne; y la una es contraria a la otra, para que no hagáis lo que quisieréis".

¿Triunfa siempre Satanás? En la sabiduría insondable de Dios la ley en los miembros triunfa en numerosas ocasiones sobre el alma. Noé fue perfecto y anduvo con Dios y, sin embargo, también fue vencido. "Y bebió del vino y se embriagó" (Génesis, 9:21). Abraham fue el "amigo de Dios" y, con todo, mintió diciendo de Sara, su esposa, "es mi hermana". Job también fue varón perfecto, varón que temía a Dios y se apartaba del mal y, a pesar de todo, fue provocado a maldecir el día en que nació. Y lo

mismo pasó con Moisés, con David, y con Salomón y Ezequías y los apóstoles.

3. ¿Habéis experimentado esta batalla? Es una señal inequívoca que se da en los hijos de Dios. Me temo que la mayoría de vosotros jamás la habéis experimentado. No penséis que me engañáis. Casi todos vosotros habéis sentido la batalla cuando algunas veces ha luchado vuestra conciencia con la ley de Dios. Es una contienda entre la conciencia y la ley de Dios. Pero no es esa la contienda que se libra en el seno del creyente. Es una lucha entre el Espíritu de Dios en el corazón y el viejo hombre con sus obras, la lucha del creyente.

4. Si alguno de vosotros gime en medio de esa guerra, aprenda a ser humilde, pero no se desaliente.

Sed humildes por causa de ella. - Dios está intentando que muerdas el polvo con las derrotas para que sientas que no eres sino gusano. ¡Oh, qué miserable debes de ser, que aun después de haber sido perdonado y de haber recibido el Espíritu Santo, tu corazón todavía tiene una fuente de maldades sin número! ¡Cuán vil, que aún en tus más solemnes contactos con Dios, en la misma casa de Dios, en situaciones terriblemente llenas de responsabilidad -tales como hallándote arrodillado ante algún lecho de muertientes bullir en tu seno todos los miembros de tu vieja naturaleza!

Permite que tal situación te enseñe tu necesidad de Jehová.
- Ahora te es tan vitalmente necesaria la sangre de Cristo como lo fue cuando tuvo lugar tu conversión. Nunca podría permanecer delante de Dios por ti mismo. Una y otra y otra vez debes ser lavado; aun en el momento de tu muerte habrás de refugiarte en Jehová -Jehová nuestra justicia. Debes apoyarte en

Jesús, sólo Él te puede sobrellevar. Mantente más y más cerca cada día de Él.

No te desalientes. - Jesús desea ser un Salvador para ti tal cual eres, quiere ser tu adecuado Salvador. Puede salvarte hasta lo máximo. ¿Piensas que tu caso ha de ser difícil o desesperado para Cristo? Todo aquel a quien Jesús ha salvado tiene exactamente un corazón igual que el tuyo. Pelea, por tanto, la buena batalla de la fe; echa mano de la vida eterna. Aplícate la resolución de Jonathan Edwards: "Por muchos que aun mis fracasos, nunca abandonaré mi lucha, m permitirá en lo más mínimo que mis corrupciones la aminoren". "Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios" (Apocalipsis, 3:12).

III. LOS SENTIMIENTOS DEL CREYENTE DURANTE SU PELEA.

1. Se siente miserable. - "Miserable hombre de mí" (v. 24). No hay nadie tan feliz en este mundo como el

creyente. Ha acudido a Cristo y ha hallado descanso. Ha hallado en Cristo el perdón de todos sus pecados. Ha sido hecho cercano a Dios. Tiene el Espíritu Santo morando en su corazón. Tiene la esperanza de la gloria. En los tiempos peores y más peligrosos puede mantenerse feliz, porque siente que Dios está con él. Y, a pesar de todo, hay momentos en que clama: "¡Miserable hombre de mí! Cuando nota y descubre la terrible plaga que hay en su propio corazón, cuando siente el aguijón de la carne, cuando su corazón malvado le es puesto de manifiesto en toda su terrible malignidad... ¡ah, entonces se postra humillado clamando: "¡Miserable hombre de mí!" "Una razón que pone de manifiesto su miseria, consiste en que el pecado, descubierto ya en su corazón en su terrible malignidad, le quita la esperanza de que podrá ser perdonado. Un sentimiento de culpabilidad pesa sobre la conciencia y una densa nube cubre su alma. "¿Cómo puedo ahora, al, ahora, acudir a Cristo?" es su clamor." ¡Ay de mí, que he pecado contra mi Salvador!" Otra razón radica en lo asqueroso y detestable que es el pecado. Causa en el corazón la misma sensación que la mordedura de una víbora. El hombre natural cae a menudo en un estado de miseria moral que le convierte en una piltrafa por causa del pecado, pero él nunca aliente cuán detestable y asqueroso es. Sin embargo, la nueva criatura en Cristo conoce cuán vil y miserable es el Pecado. ¡Ah hermanos!, ¿habéis

conocido algo de lo que significa la miseria del creyente? Si no lo habéis conocido' os estará vedado el camino que conduce al gozo de la gracia en favor del pecador, gracia y gozo que constituyen el más preciado don. Si os resultan desconocidas las lágrimas y gemidos del creyente, también desconocéis su cántico de victoria.

2. El creyente busca liberación. - ¿Quién me libraré? Antiguamente algunos tiranos acostumbraban a encadenar a sus prisioneros junto con un, cadáver, de tal manera que por doquiera fuese el prisionero arrastras él el Putrefacto cadáver. Parece ser que Pablo hace alusión aquí a práctica tan inhumana. Sentía Pablo que su viejo hombre era un repugnante cadáver corrompido, cadáver que continuamente llevaba tras sí. Su deseo intenso era verse libre de él. "¿Quién me libraré?". Vosotros recordáis bien que cuando Dios permitió que un agujijón en la carne atormenta se cruelmente a su siervo, un mensajero de Satanás que le abofetease, Pablo se sintió impulsado a caer postrado ante Dios. "Tres veces he rogado al Señor que se quite de mí" ¡Oh, ésta es, la verdadera señal de todo hijo de Dios! El mundo tiene una vieja naturaleza; todos a una son cada uno "un viejo hombre." Pero tal hecho no les hace caer de rodillas porque no tienen la nueva naturaleza. ¿Cuál es vuestra actitud, almas queridas? ¿La corrupción que sientes en i ti mismo' te conduce al trono de la gracia? ¿Te mueve ella a invocar el nombre del Señor?

¿Te hace hacer como la viuda inoportuna que pedía "hazme justicia de mi adversario?" ¿Hace como aquel hombre que llamaba en casa de su amigo a la media noche para que le diese tres panes? ¿Es también tu clamor como el de la mujer cananea que no dejaba a Jesús, invocando de Él una curación? ¡Ah!, recuerda y sabe que si la concupiscencia obra en tu corazón y tú continúas tan tranquilo con ella sin clamar por tu liberación, tú no eres de Cristo.

3. El creyente da gracias por la victoria. - Ciertamente somos más que vencedores en aquel que nos amé; podemos dar gracias porque la victoria ya ha sido conseguida. Si aun en lo más tremendo de la batalla podemos mirar a Jesús y clamar: "¡Gracias a Dios!" En el momento en que un alma que se lamenta bajo la opresión de su corrupción fija su alma en Jesús, en ese mismo instante su gemido es trocado en un cántico de alabanza. En Jesús descubriréis una fuente en que lavar toda vuestra culpabilidad del pecado. En Jesús hallaréis gracia suficiente para vosotros, gracia para sosteneros hasta el fin y la segura y firme promesa de que el pecado pronto será totalmente desarraigado de vuestro corazón. "No temas que yo te redimí; te he llamado por nombre y mío eres tú". ¡Ah, esta verdad cambia los gemidos en himnos de alabanza! Esta es la experiencia diaria de todo el pueblo de Dios. ¿Es la tuya amigo? Examínate a ti mismo por medio de ella.

¡Oh, si no conoces la canción de alabanza del creyente, nunca rendirás tu corona con todos los salvos en el cielo a los pies de Jesús!

Queridos creyentes, alegraos en gloriaros en vuestras enfermedades para que toda la potencia de Cristo os baste. ¡Gloria, gloria sea dada al Cordero!

Mensaje XVI

EL CORAZÓN QUEBRANTADO

«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado. Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Salmo 51:17).

Ningún otro salmo expresa tan plenamente la experiencia por que atraviesa el alma que ha sido guiada al arrepentimiento Su humilde confesión de pecado (va. 3, 4 y 5); su deseo intenso de ser perdonada por los méritos de la sangre de Cristo (v. 7) ; su ansiedad porque el Señor le conceda un corazón puro (v. 10); su voluntad de ofrecer, de rendir algo a Dios por todos sus beneficios.

Dice el salmista que él enseñará a los prevaricadores el camino de Dios; dice que sus labios, por la gracia. de Dios,

se abrirán para publicar las alabanzas de Dios; manifiesta que ofrecerá a Dios un espíritu quebrantado y humillado (va. 16, 17). Viene a decir que, del mismo modo que ha ofrecido ---siguiendo los ritos mosaicos-- numerosos corderos inmolados ¡u acción de gracias a Dios, también ahora ofrecerá a Dios, como un cordero inmolado, su quebrantado corazón. Cada uno de vosotros, quienes habéis hallado el mismo perdón de Dios, llegasteis en el pasado a la misma resolución, la de ofrecer a Dios un corazón quebrantado, lo cual nuevamente os será grato hacer hoy.

I. EL CORAZÓN NATURAL ES UN CORAZÓN NO HERIDO, NO QUEBRANTADO.

La ley de Dios, sus misericordias, las aflicciones que le acontecen, no quebrantan el corazón natural. Oye hablar de la ley de Dios y de su misericordia y continúa impasible. Es más duro que una piedra. Nada hay en el universo tan duro. "Oídmme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia" (Isaías 46:12). "Hemos recorrido la tierra y he aquí que toda la tierra está reposada y quieta" (Zacarías 1:11). "Yo escudriñaré a Jerusalén con candiles y haré visitación sobre los hombres que están sentados sobre sus heces" (Sofonías 1:12). "Endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron tornarse" (Jeremías 5:3). "Mujeres reposadas y confiadas, oh confiadas" (Isaías 32:9-11).

¿Por qué? ¿Por qué es tan duro, el corazón natural?

Primero: Porque hay un velo sobre él. Porque el corazón del hombre natural se halla cubierto por un espeso velo. No cree en la, Biblia, ni en lo estricto de la ley, ni en la ira que ha de venir; un trágico velo cubre sus ojos.

Segundo: Porque Satanás es dueño del corazón natural. Satanás se lleva la semilla tan presto como puede.

Tercero: Porque el hombre natural está muerto en delitos y pecados. Los muertos. no oyen, ni sienten; carecen de sentimientos y de sensibilidad.

Cuarto: Porque se ha construido una barrera de despreocupación que le resultará mortal. El corazón natural confía a lo más en cualquier refugio falso, refugio de mentira, como dice la Biblia. Confía en la oración, o en las limosnas.

Pedid, amigos, a Dios que os libre de la maldición de un corazón muerto, no quebrantado, no contrito y humillado. Primero, porque no pasará mucho tiempo tranquilo en su falsa confianza; os halláis sobre lugares resbaladizos y las olas del océano rugen bajo vuestros pies. Segundo, porque Dios os denostará en la eternidad en vuestra calamidad. Si vosotros os volvéis ahora, hay esperanza de perdón cierto. Los ministros y los cristianos están preparados y Cristo

mismo también lo está; pero después, en la eternidad, su denuesto caerá sobre vosotros.

II. EL CORAZÓN DESPERTADO ES UN CORAZÓN HERIDO, PERO NO QUEBRANTADO, NO ROTO.

1. La ley inflige la primera herida. - Cuando Dios se dispone a salvar un alma, la lleva primeramente a preocuparse de sus pecados. "Maldito es todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas". "Así que yo, sin la ley vivía por algún tiempo, mas venido el mandamiento el pecado revivió y yo morí". La vida y el corazón de cada uno adquieren entonces tremendos colores.

2. La majestad de Dios produce la segunda herida. El pecador recibe la sensibilidad que le hace sentir la grandeza y santidad de Aquel contra quien ha pecado. "Contra ti, a ti solo he pecado" (v. 4).

3. La tercera herida procede de su propia incapacidad para mejorarse. - En este estado el corazón todavía no ha sido quebrantado; el corazón se levanta contra Dios. Primero, a causa de lo estricto de la ley: "%Si no fuese tan exigente...!" Segundo, porque sea la fe el único camino de la salvación y ella constituye un don de Dios: "¡Quisiera merecerse la salvación y ganarla!" Tercero, porque Dios sea soberano y

pueda salvar o no, según su voluntad. Esto es lo que hay en el corazón no quebrantado. No existe otro estado y situación más miserables.

Aprendamos que una cosa es ser despertado y otra muy diferente ser salvado. Amigos, no descanséis en vuestras opiniones.

III. EL CORAZÓN DEL CREYENTE ES UN CORAZÓN QUEBRANTADO EN DOS ASPECTOS.

Ha sido quebrantado de su propia justicia y de su propia posibilidad de justificarse. Cuando el Espíritu Santo lleva a un alma a la cruz, ésta desespera de justificarse por sus propios méritos y justicia. Toda su carga y todas sus propias justicias y sus propias opiniones se derraman perdiéndose del modo como un líquido se pierde al romperse el frasco que lo contiene.

Primero, porque la obra de Cristo se le muestra tan perfecta, lo mismo que la sabiduría y el poder de Dios. Ve en la obra de la cruz la justicia de Dios. "Me maravillo al pensar que hubo un tiempo en que yo busqué otros caminos de salvación. De haberla podido obtener con mis obras, ciertamente que con todas mis fuerzas me hubiera lanzado a ello. Me maravillo al pensar que el mundo no ha comprendido, ni ha aceptado, el único camino de salvación por la justicia de Cristo" - Brainerd.

Segunda. ¡La gracia de Cristo tiene tanto esplendor! ¡Qué maravilloso que toda la justicia de Cristo tan excelsa y divina, sea ofrecida gratuitamente al pecador! ¡Que yo, que he sido voluntariamente negligente, menospreciador de Cristo, que he odiado su obra, que he obstaculizado su llamamiento levantando entre él y yo verdaderas montañas haya sido objeto de su amor, y a pesar de todo, haya venido hasta mí pasando por todas ellas! "Para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca a causa de tu vergüenza, cuando me aplacare para contigo de todo lo que hiciste, dice Jehová" (Ezequiel 16:63). ¿Tienes tú este corazón quebrantado, y contrito ante la visión de la cruz? No será una mirada a tu propio corazón, o al corazón del infierno, sino al corazón de Cristo lo que quebrantará tu corazón. ¡Oh, pedid que Dios os dé un corazón quebrantado así! El orgullo y la jactancia están excluidos ¡A Él sea la gloria, digno es el Cordero! Todas las batallas y los esfuerzos del alma que busca su propia justificación han de ser quitados y hollados con desprecio.

El corazón quebrantado ha visto deshecho su amor para con el pecado. - Cuando un hombre cree en Cristo, se da cuenta entonces de que el pecado le es aborrecible. Primero, porque él le separa de Dios, abre entre Dios y él una gran alma y arrastra al hombre a la condenación del infierno. Segundo, porque llevó a Cristo a la cruz, al Señor de gloria; fue la gran carga que gravitó sobre su alma, lo

que le hizo sudar, sangrar y morir. Tercero, porque es la plaga del corazón de Cristo ahora. Toda mi infelicidad y desdicha se debe a que soy un pecador. Ahora el creyente se lamenta y conduele, como una paloma, de haber pecado contra quien tanto le amó. "Entonces recordarás tus caminos y todas las cosas en que hablas vivido impíamente y te aborrecerás a ti mismo".

IV. LAS VENTAJAS DE UN CORAZÓN QUEBRANTADO.

1. Te guardarás de que te ofendas por causa de la predicación de la cruz. El corazón natural se ofende cuando se le predica de la cruz. Muchos de vosotros estoy cierto de que la odiáis y la menospreciáis. Muchos, sin duda, se enfurecen a menudo en lo más íntimo de sus corazones al oír la predicación de la justicia de otro, que debéis aceptar desechando la vuestra, si no queréis perecer. Muchos, sin duda, han abandonado esta iglesia por causa de tal predicación; y muchos más, a no dudar, seguirán el mismo camino. El escándalo y la ofensa de la cruz no han terminado. En cambio, amados, el corazón quebrantado no puede ofenderse de tal predicación. Los ministros pueden mentir la verdad a los corazones quebrantados. Un corazón quebrantado gozosamente se sienta a oír acerca de la justicia sin obras.

Muchos de vosotros os ofendéis cuando hablamos claramente del pecado; muchos se ofendieron el domingo pasado. Pero el corazón quebrantado y contrito no se ofende porque odia el pecado más que los mismos ministros a veces pueden hacerlo. Hay muchos como los adoradores de Baal: "Saca fuera tu hijo para que muera" dicen (Jueces 6:30). Del mismo modo quienes no tienen un corazón quebrantado respiran amenazas contra el predicador que destroza el ídolo de su orgullo; pero un corazón quebrantado desea ver el ídolo destrozado y derrotado y convertido en añicos.

2. El corazón quebrantado descansa al fin. - El corazón natural es como el mar tempestuoso. "¿Quién nos mostrará lo bueno?" Y corre preguntando de criatura en criatura buscando su propio placer, "lo bueno". El corazón despertado no tiene paz. Los temores de la muerte y del infierno amenazan ---así lo descubren los desesperados--- sus almas desde que fueron sacados bruscamente de su condición dormida y de su estado de reposo y falsa tranquilidad.

Pero el corazón contrito dice: "¡Vuelve a tu paz, oh alma mía!" La justicia de Cristo echa fuera el temor, disipa todos los temores. Aun la misma plaga y corrupción del corazón no pueden verdaderamente turbarle, porque ha depositado todas sus cargas en Cristo.

3. No puede acontecerle ningún mal al corazón quebrantado. - Para los no convertidos, ¡cuán trágico es el lecho de muerte, o de la enfermedad, agitado e inquieto como una bestia salvaje aprisionada en la red! En cambio, el corazón quebrantado se halla satisfecho y sereno en Cristo. Cristo le es suficiente; no ambiciona nada más. Aunque todo desaparezca, su amor, el amor de Cristo permanece. Está como un niño de meses en el regazo de su madre, confiado y seguro. ¿Conoces tú este seguro descanso?

Mensaje XVII

IMPRESIONES PASAJERAS

“¿Qué haré a ti, Efraím? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece.

Con estas palabras Dios manifiesta que no sabe qué hacer con Israel, porque las impresiones que recibe su pueblo le son bien poco duraderas, son impresiones que pronto se desvanecen. Dios dice (v. 5) que por eso les había cortado, que los había herido con la espada por medio de sus profetas, que los había matado por medio de la palabra de su boca, y que todos los juicios, al cumplirse sobre ellos, son como la luz que sale, o sea van a ser bien claros y

manifiestos, tan evidentes como la luz. Hubo ocasiones cuando Dios les envió severos mensajes para despertarles hablándoles de la ira que vendría; más adelante dice que les envió mensajes de amor y gracia perdonadora, tan radiantes como los claros rayos del sol. Y la impresión que los mensajes produjeron fue bien ligera; la nube de la congoja empezaba a formarse sobre su cabeza, la escarcha de la pesadumbre parecía afectar sus rostros, pero pronto se desvanecía. Lo mismo está ocurriendo con las personas no convertidas de esta congregación, las cuales finalmente perecerán. Dios ha enviado a sus corazones mensajes que las despertasen, las ha lacerado por medio de sus profetas y las ha muerto con las palabras de su boca. También les ha hecho llevar mensajes de aliento y de esperanza; los juicios de la palabra de Dios han sido tan claros y significativos cómo la misma "luz que sale". Entonces los no convertidos piensan, consideran en todo ello y son impresionados por breves momentos, pero pronto toda impresión se desvanece. "¿Qué haré a ti, Ephraím ?"

I. CONSIDEREMOS EL HECHO DE CÓMO LAS IMPRESIONES SE DESVANECEN EN EL HOMBRE NATURAL.

1. EL hecho probado por las mismas Escrituras. - Abundan ejemplos de ello en la Biblia.

Primero: la mujer de Lot. Ella fue bastante despertada. Los rostros ansiosos de los dos varones angélicos y sus terribles palabras y manos misericordiosas hicieron una profunda impresión en ella. La ansiedad de su marido, también, y sus exhortaciones a sus yernos penetraron en su corazón. Así huyó con pasos veloces, pero cuando brilló la mañana del nuevo día, sus inquietos pensamientos empezaron a destruir y borrar aquellas impresiones. Miró atrás y se convirtió en una estatua de sal.

Segundo: Israel en el mar Rojo. Cuando el pueblo fue conducido a salvo a través de lo profundo de la mar en seco y vio a sus enemigos engullidos tras sí, elevó un cántico de alabanza a Dios. Los corazones de los israelitas quedaron muy impresionados por tan magnífica liberación. Su cántico era: "El Señor es mi fortaleza y mi canción y hame sido por salud". Cantaron su alabanza, pero pronto echaron en olvido sus obras. Tres días después murmuraron contra Dios en Mara por causa de haber hallado aguas amargas.

Tercero: en una ocasión un joven acudió a Jesús corriendo, y postrándose le dijo: "Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" Un rayo de convicción de su necesidad iluminó su conciencia y hémoslo ahora aquí, arrodillado a los pies de Cristo, pero, por lo que sabemos, nunca más volvió a arrodillarse ante Él. "Fuese

entristecido". Lo bueno que había en él, sus buenos deseos e intenciones, eran como una nube matutina que a los primeros rayos solares desaparece.

Cuarto: Pablo estuvo una vez predicando a Félix, el gobernador romano, y como Pablo disertase "de la justicia y de la continencia y del juicio venidero", Félix se espantó. La predicación del evangelio sacudió al orgulloso gobernador haciéndole tambalear en su trono, pero ¿salvó su alma? ¡Ah, no! “Ahora vete -dijo-, mas en teniendo ocasión te llamaré”. Aquella impresión, fruto de las serias amonestaciones de Pablo, fruto de aquel mensaje, era solamente como nube de estío.

Quinto: en otra ocasión posterior a la citada, Pablo predicó delante del rey Agripa y su hermosa mujer Berenice, con todos sus capitanes y principales hombres de la ciudad. La palabra de Pablo turbó el corazón del rey, las lágrimas casi asomaron a sus ojos reales y por un momento pensó abandonarlo todo por Cristo. "Por poco me persuades a ser cristiano", exclamó. Pero, ¡ah, que su buen intento era como una ligera nubecilla y como el fino rocío matinal! En todas estas ocasiones las nubes empezaron a formarse, por unos momentos el rocío humedeció sus ojos, pero pronto se enjuagó y quedaron secos como antes.

2. La experiencia también pruebes el mismo hecho. -

La mayoría de las personas experimentan un tiempo de despertamiento al recibir el impacto del evangelio. Si las impresiones en el corazón natural fuesen permanentes, la mayoría serían salvos, pero el fruto bien sabemos cuán diferente es. En pocos se produce el fruto apetecido. Quizá no me equivocaré mucho si digo que es posible que en esta congregación no llegue a diez el número de personas que oyendo este evangelio no han sentido ningún interés por su alma, que puede contarse con los dedos de las manos el número de personas en quienes este evangelio no haya hecho ningún impacto y, sin embargo, me temo que puede contarse por centenares quienes, a pesar de todo, se perderán.

Primero: ¡cuántos han sentido en su juventud un tiempo de inquietud cuando les exhortaba su madre creyente, o su fiel padre les enseñaba, o le adoctrinaba un fiel instructor de la escuela dominical! ¡A cuántos ha hecho profundas impresiones la enseñanza bíblica! pero han pasado rápidamente como "la nube de la mañana y como el rocío que de madrugada viene".

Segundo: ¡cuantísimos que han sido religiosos en los períodos de sus primeros pasos en el cumplimiento de sus preceptos, cuando iban a participar por primera vez de la cena del Señor, o en su primera comunión (según el pala en que habiten), cuando conversaron con su ministro y

director espiritual y oyeron sus preguntas penetrantes y sus fieles amonestaciones y avisos, cuando sintieron el toque de su mano sobre sus hombros o sus cabezas, cuando tuvo lugar todo ello, temblaron y quedaron como embargados; las lágrimas hicieron su aparición y volvieron a sus hogares con un espíritu de oración. Sin embargo, ¡cuán pronto pasó y se borró la impresión! El mundo -sus placeres y cuidados envolvió sus mentes y todo vino a ser como la nube y el rocío matutinos.

Tercero: una primera enfermedad de carácter grave. ¡Cuántos, cuando yacieron en el lecho de la enfermedad y se vieron al borde de la muerte, temblaron al darse cuenta de cuán poco preparados estaban para enfrentarse con la muerte! Al momento hicieron la firme resolución de cambiar de conducta. "Si el Señor me libra -pensaron- evitaré las malas compañías, oraré y leeré la Biblia, y cumpliré con mis deberes religiosos, tan descuidados hasta ahora". Pero, tan pronto sanaron, las mejores resoluciones fueron echadas en saco roto y nada quedó de ello como nada queda de la nube y del rocío temprano.

Cuarto: la primera muerte en la familia. ¡Qué profunda impresión produce en un corazón sensible! El círculo amable y familiar se rompe y queda incompleto para siempre. Entonces empieza a orar y a volverse a Aquel que les hirió, a él y a los suyos. Quizás arrodillados ante el

cuerpo inerte, hacen votos de no volver a pecar ni seguir viviendo en la vanidad de sus sentidos y concupiscencias. Q también puede ser que, en el trayecto del fúnebre cortejo, en tanto gruesas lágrimas se deslizan por sus ojos, prometen enterrar todas sus locuras y pecados en memoria del ser perdido y amado. Sin embargo, pronto se produce el cambio; se enjagan las lágrimas y la oración se olvida. El mundo vuelve a ocupar su lugar y vuelve a reinar como si nada hubiese ocurrido, como si no se hubiese hecho ninguna decisión. Todos los buenos intentos se asemejan a la nubecilla de la mañana.

Quinto: cuando se produce este despertamiento en las almas, muchos reciben impresiones profundas. Algunos incluso se alarman al ver alarmados a otros que no son peores que ellos. Algunos han sido removidos íntimamente en lo más profundo de sus sentimientos. Muchos otros se sienten impulsados a desear ser convertidos y a llorar y a orar. Jonathán Edwards menciona que era difícil, cuando en su tiempo hubo un gran avivamiento, encontrar un individuo en toda la ciudad que fuese indiferente. Existía - dice- una gran sensación de la presencia de Dios en todo lugar. Así pasa aquí y, en cambio, una vez transcurrido el tiempo, ¡cuán fácilmente se sumergen en la misma indiferencia de antes! Su impresión ha sido bien poco duradera.

Queridos amigos, vosotros sois testigos de cuanto digo. No sé, pero creo que, -y no me equivoco mucho en cuanto os estoy declarando- la inmensa mayoría de vosotros habéis experimentado el remordimiento por vuestra conducta en un tiempo o en otro y sólo Dios y vuestras conciencias saben cuán superficiales y ligeras os han resultado estas impresiones; su acción bien pronto ha desaparecido. Del mismo modo que las nubes de la mañana se deshacen a su contacto con la superficie de las montañas y el rocío se seca dejando al descubierto nuevamente la inmóvil e inanimada roca, así se pasan vuestras impresiones y queda sólo vuestro corazón duro e insensible. Tal sucede con aquellos que se perderán. El camino del infierno está pavimentado de buenas intenciones y el infierno está lleno de personas que en algunas o en muchas ocasiones lloraron y oraron por sus almas. "¡Oh Efraím! ¿qué haré a ti?"

3. Mostremos ahora los pasos que dan estas impresiones tan poco duraderas. - Cuando el hombre natural es guiado a tomar interés en todo lo concerniente a su alma, empieza a hacer un uso muy diligente de los medios de la gracia.

Primeramente ora. Cuando el temor del infierno pesa sobre su conciencia, empieza a tener cierta vida de oración y a menudo experimenta tiernas y dulces sensaciones en la oración. En tanto permanecen estas impresiones, se mantiene constante en sus obligaciones. Pero ¿invocará

siempre el nombre del Señor? Cuando cesa este interés, su oración cesa gradualmente también. No de golpe, pero sí por grados, abandona su vida de oración secreta. Algunas veces ha tenido una compañía que le ha molestado y le ha estorbado para orar, otras veces se ha dormido y así poco a poco ha abandonado totalmente la oración. "¡Oh Efraím! ¿Qué haré a ti?"

En segundo lugar oye la Palabra de Dios. - Cuando un hombre es despertado, acude a escuchar la predicación de la Palabra de Dios. Sabe que Dios bendice especialmente por medio de la predicación de la palabra, porque a Él le place salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Y se convierte en un asiduo oyente; se mantiene pendiente escuchando las palabras del ministro; su atención es vivísima al escuchar la palabra. Si tiene lugar algún culto especial entre semana, acude presuroso, aun a costa de tener que darle cabida en medio de dificultades propias de sus ocupaciones. Pero cuando su interés empieza a decaer, nota que los servicios entre semana le molestan, después ya le estorban también los cultos del domingo; entonces quizá busca otro ministro menos ferviente, en cuyos cultos él pueda echar en olvido la muerte y el juicio. ¡ Ah, éste ha sido el camino que muchos han seguido de los miles que han pasado por aquí! "¿Qué haré a ti, oh Efraím?"

En tercer lugar, oyendo el consejo de sus pastores.-

Cuando las almas sienten la inquietud del remordimiento, a menudo buscan el consejo de los ministros de Cristo. "Andando y llorando buscarán a Jehová, su Dios. Preguntarán por el camino de Sión" (Jeremías, 50:4-5). Acuden a los llamados atalayas, y les dicen: "¿Habéis visto a aquel a quien ama mi alma?" Ésta es una de las obligaciones del pastor, porque "los labios de los sacerdotes han de guardar la sabiduría, y de su boca buscarán la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos" (Malaquías, 2:7). Pero cuando el interés se pasa no tarda en desaparecer totalmente esta actitud. Muchos hay que vinieron un tiempo, los cuales nunca más volverán. "¡ Oh, Efraím! "

En último lugar, evitando el pecado. - Cuando un hombre siente la convicción de su pecado, trata de evitarlo siempre, huye de él con todo su poder. Entonces reforma su vida, su alma es limpiada, barrida, adornada. Pero cuando su interés declina, sus pasiones reviven y vuelve, cual puerco lavado, a su vómito, y como la puerca que ha sido lavada se revuelca nuevamente en el cieno. Si hubiese alguna cosa capaz de salvar en las impresiones que se producen en el hombre natural, él se tornaría más santo, pero, por el contrario, se vuelve aún peor. Siete demonios entraron en aquel hombre, cuyo final fue mucho peor que el principio. "¿Qué haré a ti, oh Efraím?"

II. POR QUÉ DESAPARECEN LAS IMPRESIONES EN EL HOMBRE NATURAL

1. Ellos nunca se han visto abocados a sentirse verdaderamente perdidos. - Las heridas del hombre natural son generalmente muy superficiales. Hay ocasiones en que vislumbran un ligero resplandor de terror que los alarma. A menudo sienten algún gran pecado cometido como lo que les hace abrigar ciertos temores. En otras ocasiones es solamente un sentimiento de solidaridad con otros, que huyen de la ira, lo que les lleva a escapar a ellos también, pero sólo por simpatía o por una sensación ligera de compañerismo. A menudo dicen: "Yo soy un gran pecador; me temo que no hay misericordia para mí". Pero no experimentan su propia incapacidad, su boca no se cerrará, ni cubrirán sus labios como el leproso. Piensan que con un poco de oración, o de pena, o arrepentimiento, o enmienda, tendrán suficiente. "Solamente se requiere -piensan- que cambie de conducta". No llegan a comprender que todo cuanto hagan no es nada, que no tiene valor alguno para justificarles. Si comprendiesen su situación terriblemente desesperada y la absoluta necesidad de que otro les aplique sus méritos y justicia, nunca más hallarían reposo en el mundo, no volverían a él, habrían de buscar desesperadamente su salvación verdadera y no descansarían hasta que hallasen el verdadero descanso que da Cristo.

2. Fallos nunca han visto la belleza y atractivo que tiene Cristo.. - Un rayo de terror puede llevar a un hombre a caer sobre sus rodillas, pero no le llevará a Cristo. ¡Ah, no! ha de ser el amor lo que impulse a las almas a Cristo. El hombre natural, aun en una condición de interés no encuentra belleza ni atractivo en Cristo. No se siente movido a contemplar al que traspasó con sus transgresiones y llorar sobre ÉL Cuando el hombre obtiene una visión de la suprema excelencia y dulzura de Cristo, cuando descubre el abundante perdón, paz y santidad que Él ofrece, nunca vuelve atrás. Podrá hallarse en penas y tinieblas, pero abandonará la ciudad de destrucción en que se haya para buscar a aquel a quien su alma ama. El corazón que ha tenido una visión de Cristo queda constreñido por su amor, nunca más hallará descanso, ni llenará su vacío con otra cosa que no sea ÉL.

3. EL hombre natural nunca ha tenido un corazón que odie el pecado. - Las impresiones del hombre natural son generalmente producidas por el terror. Comprende el peligro del pecado, pero no su inmundicia. Se da cuenta de que Dios es justo y verdadero, que la ley debe ser satisfecha; vislumbra también la ira de Dios que ha de venir. Ve que hay un infierno por causa de sus pecados, pero no ve que sus pecados, ellos mismos, son el infierno. Y por esto sigue, sin embargo, amando el pecado; no ha cambiado de naturaleza. El Espíritu de Dios no habita en

ellos y por esto las impresiones de la Palabra de Dios son tan endeables, son como palabras escritas sobre la arena, que pronto la leve brisa borra. Quienes son conducidos a Cristo son llevados a comprender también lo vil e infame del pecado. No son impulsados a exclamar: "He aquí, soy imperfecto e injusto", sino: "Ay de mí, que soy un vil y miserable". Tan pronto como el pecado aparece tan repugnante en su seno, acuden, escapan prestamente a refugiarse en la cruz de Cristo.

4. EL hombre natural no cuenta con ninguna promesa de que sus impresiones le sean perdurables. - Quienes están en Cristo tienen dulces promesas. "Pondré mi temor en el corazón de ellos" (Jeremías 32:40). "Estando confiado en esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6). Pero el hombre natural no tiene interés en estas promesas y así, en el tiempo de la tentación, sus ansiedades e inquietudes fácilmente se esfuman y desaparecen.

III. LO GRAVE DE SU SITUACIÓN

1. Dios se lamenta, se conduele de quienes se hallan en tal estado: "¡Oh Efraím!". Debe de ser una situación realmente desgraciada cuando Dios se aflige por ella. Cuando Cristo lloró sobre Jerusalén, mostró que su caso era un caso desesperado, porque aquel ojo inundado por las lágrimas tenía una visión clara de su futuro. Y de acuerdo

con aquella visión breves años después, aquella ciudad, amada y reverenciada, se veía convertida en un montón de ruinas. Multitudes de aquellos que vivieron en su tiempo se hallaban ya -acontecido el desastre de

Jerusalén- en el infierno y sus hijos que habían quedado vivos andaban vagabundos. Cuando Cristo contemplaba y observaba a los fariseos que rodeaban, se lamentaba y los censuraba por la dureza de sus corazones conociendo que eran un caso desesperado; no se lamentaba porque sí. Del mismo modo vosotros hoy podéis conocer de esa queja de Dios: "¡Oh Efraím!" que el caso del hombre natural, no realmente regenerado, es un caso desesperado y grave de verdad.

2. Dios no dispone de ningún otro medio para despertarle. - Dios habla de una manera que expresa su incapacidad para encontrar otra forma de actuar con el hombre para salvarlo: "¿Qué, qué haré?" Dios está como diciendo: "Decidme, sugeridme qué puedo hacer", mostrándonos así que no tiene ningún otro sacrificio por el pecado. Vosotros habéis oído todas las verdades que podían conducirnos al despertamiento, se os han enseñado todas las verdades persuasivas y alentadoras que encierra su Palabra. Habéis estado al pie del Sinaí, y del Getsemaní y del Gólgota y ahora os pregunta: "¿qué más puedo hacer?" Todas estas verdades se os han ido imprimiendo en vuestros corazones

por su divina providencia cuando habéis pasado por aflicciones, o por el lecho de muerte, y también en épocas en que se ha producido algún gran despertamiento en otros que os rodean. Habéis pasado también por algún período cuando era para vosotros diez veces más a propósito el tiempo para vuestra verdadera conversión que quizá lo es ahora, y en cambio os habéis hundido más profundamente en vuestra triste condición. ¡Ah, que la siega ya ha pasado, el verano ya ha transcurrido y vosotros no habéis sido salvos! Dios no dispone, amigos, de más saetas en su aljaba, no cuenta con nuevos argumentos, no tiene otro infierno, ni tampoco otro Cristo.

3. El hombre natural no puede esperar nada bueno de sus impresiones ya pasadas. - Cuando la nube se desvanece a su contacto con la montaña y se deshace el rocío de sobre la peña, la montaña continúa siendo tan grande como grande era antes y la roca sigue siendo igual de dura que antes. Pero amigos, cuando las impresiones de la palabra de Dios desaparecen y dejan de ejercer su acción sobre el corazón del hombre natural, la montaña de sus pecados y culpas queda enormemente agigantada y su duro corazón se endurece mucho más. Cuando es tal la situación del hombre, es bien poco probable que algún día llegue a ser salvo. Como el hierro que se endurece cuando al ser fundido rápidamente se introduce en agua fría, como la persona que habiéndose recuperado de una enfermedad

luego recae y se halla en una situación más difícil que la que tuvo durante la primera fase de su enfermedad, así es con el hombre natural una vez el Espíritu Santo deja de contender y luchar con él para salvarle.

Primero: hoy vosotros sois más viejos que cualquier día pasado, y cada día que pasa es menos probable que lleguéis a ser salvos; vuestros corazones cada día se van acostumbrando más y más a su propia manera de pensar y de sentir; vuestra rodilla hallará cada vez más difícil doblegarse delante de Dios.

Segundo: vosotros habéis ofendido el Espíritu, habéis desperdiciado vuestra oportunidad, habéis afrentado al Espíritu Santo; las convicciones no están a vuestro alcance, no sois vosotros quienes la podéis producir ni provocar; en tal caso acontecerá aquello de que "tendrá misericordia del que tendrá misericordia".

Tercero: vosotros habéis echado fuera (aún con duros esfuerzos) las convicciones que pugnaban por entrar en vosotros. El párpado se cierra instintiva y rápidamente cuando algún objeto trata de introducirse en el ojo del mismo modo que se ha cerrado violenta y duramente vuestro corazón amante de toda práctica, conducta y placer mundanos, arrojando fuera y cerrando el paso a las convicciones que del cielo os venían.

Cuarto: cuando os halléis en el infierno desearéis vivamente -si pudiese ser- no haber tenido ni sentido el asedio fuerte que las convicciones tuvieron tratando de imponerse a vuestra propia manera de pensar, porque ellas harán que vuestra condenación adquiera más terribles grados de sufrimiento.

Quisiera ahora suplicar, quisiera conseguir a fuerza de ruegos y súplicas, quisiera rogaros a todos los que habéis sentido en vuestro corazón alguna impresión de la Palabra de Dios, que no la echéis en saco roto, que no permitáis que se desvanezca. Constituye un gran privilegio vivir a la luz de un ministerio evangélico, aún lo es más grande vivir en un período de avivamiento, aún mayor sentir cómo se derrama sobre vuestros corazones el Espíritu de Dios despertando vuestra alma y despertando saludables inquietudes en vosotros. No seáis negligentes dejando que ellas no hagan mayor mella en vuestras almas, no os volváis a ellas de espaldas; "acordaos de la mujer de Lot". "Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura, escapa al monte, no sea que perezcas".

Mensaje XVIII

LO QUE PODEMOS HACER

"Ésta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepulturas" (Marcos 14:8).

Por el evangelio de Juan (11:2) sabemos que esta mujer era María, hermana de Lázaro y Marta. Sabemos también de ella que era una creyente muy aventajada y fiel, porque "sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra".

Jesús mismo dijo de ella: "María escogió la buena parte, la cual no le será quitada". Hoy será interesante ver a esta misma María, pero de forma especial en otro aspecto, no sólo como una creyente contemplativa, sino más bien como una creyente activa y diligente.

Hay muchos que creen que ser un creyente es tener ciertos sentimientos y experiencias, olvidando casi siempre que ambos no son sino sólo flores y que el fruto tiene que producirse después. El injerto de la rama es bueno, el influjo de la savia excelente, pero sólo es el fruto lo que se trata de alcanzar. Así la fe es buena, y también lo son el gozo y la paz, pero el fruto santo es el fin para el cual hemos sido salvos.

Tengo la impresión de que muchos de vosotros, el pasado domingo, fuisteis como María,

estando sentados a los pies del Redentor oyendo su palabra. Ahora quisiera persuadiros a ser como María, siendo diligentes y haciendo cuanto podáis por Cristo. Si habéis sido comprados por precio, entonces debéis glorificar a Dios en vuestro cuerpo y espíritu, que son suyos. Os lo ruego por las misericordias de Dios.

I. HE AQUÍ LAS COSAS QUE PODEMOS HACER

1. Podemos amar, orar y alabar a Cristo más, mucho más. - Lo que esta mujer hizo, es algo que lo hizo a Cristo. Jesús había salvado su alma, había salvado a su hermano y hermana y comprendía que todo lo que por Él hiciese siempre sería poco. Por eso compró un tarro de alabastro, un perfume o unguento costosísimo, y lo quebró y lo derramó en suave y delicada unción sobre la cabeza de Cristo. Nadie puede poner en duda su amor hacia los discípulos, para con el santo Juan y el sincero y franco Pedro, pero por encima de todos amaba más a Cristo.

También podemos estar ciertos que amaba a los que seguían a Cristo, los que se hacían sus discípulos y amigos, siendo muy amable y diligente con ellos, pero amaba más a Cristo. Sobre su bendita cabeza, que no mucho después sería coronado de espinas, derramó su delicado unguento. Esto era lo que ella podía, o mejor, comprendía que debía hacer. Si Cristo nos ha salvado, debemos derramar sobre Él nuestros mejores sentimientos, nuestros afectos y cariño

más profundos. Buena cosa es amar a sus discípulos, a sus ministros, amar a los pobres de Cristo -los redimidos que difícilmente pueden sustentarse-, pero es mucho mejor amarle a Él por encima de todas las cosas. Ahora no está a nuestro alcance su bendita cabeza, ni nos es dado unguir sus pies santos, pero podemos postrarnos ante el estrado de sus pies y derramar sobre Él nuestro amor, gratitud y adoración más sentidos. En aquella ocasión, no fue en el unguento en lo que se fijó Jesús; ¿qué interés podía tener el Rey de gloria en un poco de unguento? Tuvo interés en el corazón amoroso, que impulsó a María a unguirle sus pies. Hermanos, es el amor, la adoración y la alabanza que brotan del corazón contrito del creyente lo que al Señor agrada y satisface. El nuevo corazón, el corazón regenerado es el vaso de alabastro que a Jesús complace.

¡Oh, hermanos!, ¿no os es dado hacer más esta bendita obra? ¿No podéis dedicar mayor tiempo en derramar vuestro corazón ante Jesús, quebrando el vaso de vuestro corazón y llenando la habitación con la suave fragancia de su alabanza? ¿No podéis orar más de lo que lo hacéis para que seáis llenados con el Espíritu, ese Espíritu que puede ser derramado sobre los ministros y sobre todo el pueblo de Dios, e incluso sobre el mundo no convertido? A Jesús complacen las lágrimas y gemidos que brotan de un corazón quebrantado.

2. Podemos vivir vidas más santas. - He aquí cómo se describe a la iglesia en el Cantar de los Cantares: "¿Quién es esta que sube del desierto como columnita de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todos polvos aromáticos?" La santidad del creyente es como precioso perfume. Cuando un santo hijo de Dios anda por el mundo, lleno del Espíritu, hecho más que vencedor, la fragancia de su santidad llena todo su ambiente. "Es -por decirlo así, como expresa un himno- como si un ángel extendiese sus alas". Si el mundo estuviese lleno de creyentes así, se trocaría en un lecho de especies y perfumes. Pero ¡oh, cuán pocos llevan consigo mismos el olor y la fragancia del cielo! ¡Cuántos de vosotros podríais ser medios de salvación si vivieseis santamente, si vivieseis una vida cristiana consistente, si de forma bien evidente fueseis un sacrificio vivo y agradable a Dios! Sólo así las esposas podrían, sin palabras, ganar a sus maridos cuando ellos se diesen cuenta de su casta conducta en temor y reverenciarlos padres podrían, de ese modo, salvar a sus hijos cuando los vieses vivir santos y felices; los hijos a menudo ganarían a sus padres; los siervos así adornarían la doctrina de Dios, su Salvador, en todas las cosas. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres". Tal vida está al alcance de los más pobres tanto como de los más ricos, de los más jóvenes tanto como de los más viejos. ¡Oh, no

hay mayor ni más poderoso argumento que el de nuestra vida realmente santa!

3. Podéis buscar la salvación de otros. - Si realmente habéis sido traídos a Cristo y salvados, entonces sabréis íntimamente que existe un infierno. Vosotros sabéis bien que cuantos os rodean hablan del infierno con suma ligereza, dándole tan poca importancia que prácticamente evidencian que están muy lejos de creer en su triste realidad; vosotros sabéis que hay un Salvador y que su constante actitud es la de extender sus manos tratando de alcanzar y salvar a los pecadores. ¿No podéis vosotros hacer nada más de lo que hacéis para salvar a los pecadores? ¿Ya habéis hecho todo lo que podéis? Vosotros decís que ya oráis por ellos, pero ¿no es hipocresía orar por ellos y luego no hacer nada? ¿Oirá Dios tales oraciones? ¿No os arredra pensar que vuestras oraciones, si no van acompañadas de vuestra disposición para entrar en sus labores, no hacen sino provocar a Dios? Replicáis que vosotros no podéis hablar, que no sabéis... ¿Creéis que vuestra excusa de ahora tendrá algún valor en el juicio? ¿Acaso se requiere mucha ciencia para decir a los pecadores que están en un camino de condenación? Si su casa estuviese ardiendo, ¿haría falta mucha sabiduría para despertar a los que en ella estuviesen durmiendo? Quizá lo que sucede es que ni sentís su condenación, ni vosotros

mismos halláis que sea muy real la tremenda verdad del infierno.

Empecemos por el hogar. ¿No podéis hacer nada más para alcanzar la salvación de los vuestros? Si son hijos o siervos, ¿habéis hecho todo lo que podíais en pro de su salvación? ¿Os habéis esforzado cuanto podéis para presentarles la verdad o para atraerlos a oír la predicación de un fiel ministro, para que obtengan su salvación y sean rescatados de sus pecados?

Habéis hecho todo lo que podéis en favor de vuestros vecinos? ¿Habéis podido pasar muchos años con vuestros vecinos, tropezando con ellos muchas veces, sin haberles dicho ni media palabra, sin haberles avisado? ¿Habéis utilizado tantas veces como ha sido posible los tratados, entregándolos cuidadosamente a quienes los necesitaban? ¿Habéis persuadido a muchos a acudir los domingos a la casa de Dios? ¿Habéis colaborado con las Escuelas Dominicales? ¿Habéis contado a los pequeñuelos el camino de la salvación? ¿Habéis hecho todo lo posible en favor del mundo? Vuestro campo de labores es el mundo.

4. Acordaos de los pobres de Cristo. - Está lejos de mí pensar o sugeriros que no debéis cuidaros de los pobres que no son convertidos, pero lo que sí quiero decir es que debéis cuidar a los pobres de vuestras iglesias, porque son vuestros hermanos y hermanas. ¿Habéis hecho todo lo que

está a vuestro alcance por ellos? En el gran día del juicio, Cristo, dirigiéndose a los que estarán a su diestra, dirá: "Venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer". Los pobres están en lugar de Cristo. Cristo, actualmente no tiene más necesidad del unguento de María, ni de la hospitalidad de Marta o del agua que pidió de la Samaritana. Él ha dejado ya toda necesidad de tales cosas y nunca más le serán necesarias; tales necesidades ya no le alcanzarán nunca más. Pero Él ha dejado a muchos de sus hermanos y hermanas aquí en este mundo, algunos enfermos, algunos cojos, algunos como Lázaro, cubiertos de llagas y úlceras, y nos dice: "Lo que a ellos hacéis, a mí lo hacéis". Cómo vivís? ¿Modestamente para que esté a vuestro alcance ayudar más a otros? ¿Evitáis el vestir lujosamente con objeto de disponer de ropas con que cubrir al desnudo? ¿Distribuís austeramente sin derroches, vuestras posibilidades económicas para poder dar a los pobres?

II. ¿POR QUÉ DEBEMOS HACER TODO LO QUE PODAMOS?

1. Porque Cristo hizo en favor nuestro todo lo que pudo. - "¿Qué más se había de hacer a mi viña que yo no haya hecho en ella?" (Isaías 5:4). Él consideró que nada de lo que hiciese sería demasiado o le significaría demasiado sufrimiento para salvarnos. "Siendo aún pecadores, Cristo

murió por nosotros". "Nadie tiene mayor amor que éste". Toda su vida, desde el establo de Belén hasta la cruz del Calvario, la gastó trabajando y sufriendo por nosotros. Él vive (y vivió) siempre para interceder por nosotros. Él dirige todas las cosas en favor nuestro y hace que todas las cosas nos ayuden a bien. Es casi increíble que cada una de las tres personas de la Divinidad estén a nuestra disposición. El Padre dice: " Yo soy tu Dios". El Hijo: "No temas. Que yo te redimí", el Espíritu Santo nos hace su templo: "Habitaré con ellos y en ellos andaré". ¿Es acaso demasiado que lo hagamos todo por Él, que debamos darnos enteramente a Él, quien por su parte se dio a sí mismo por nosotros?

2. Porque Satanás también hace cuanto puede. - Hay veces en que aparece como un león: "Vuestro adversario, el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore". Otras veces toma la forma de una serpiente: "como la serpiente engañó a Eva". Otras veces para tentar y engañar a los santos desviándoles de su camino, trabaja por medio de falsos maestros, o directamente susurrando blasfemias y pensamientos pecaminosos que introduce en sus mentes, dirigiendo fieros dardos a sus almas, irritando e incitando al mundo a que los odie y persiga, levantando padre y madre contra su hijo, y hermano contra hermano. Actúa tan intensamente como puede, guiando cautivos a los pecadores, cegando sus mentes impidiéndoles oír el

evangelio, sumergiéndoles en groseros deseos y pasiones, conduciéndoles a desesperar. Porque sabe que su tiempo está llegando a su fin, su ira se desborda. ¡Oh!, ¿no es nuestro deber hacer cuanto nos sea posible para contrarrestar todo lo que Satanás hace?

3. Porque nosotros hicimos cuanto pudimos cuando no éramos del Señor. - Éste era uno de los grandes motivos que impulsaron a Pablo para hacer cuanto podía: "Doy gracias a Cristo Jesús que me tuvo por fiel poniéndome en el ministerio, porque yo fui blasfemo y perseguidor e injuriador". Nunca olvidó cómo había llegado a perseguir a la Iglesia de Dios y cómo la había asolado. Este pensamiento le hizo más diligente en edificar después en la obra del Señor salvando hombres y mujeres para Cristo. "Él predicaba la fe que en un tiempo destruía". Lo mismo decía Pedro: "Vivamos, el tiempo que queda en carne, no alas concupiscencias de los hombres, sino a la voluntad de Dios, porque nos debe bastar que el tiempo pasado de nuestra vida hayamos hecho la voluntad de los gentiles cuando conversábamos en lascivias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en banquetes y en abominables idolatrías". Preguntémonos con Juan Newton: "¿Cómo podrá el blasfemo poner fin a sus blasfemias?" ¿No era éste también vuestro propio caso? Vosotros corríais ansiosamente tras el pecado, vivíais en el pecado aún a costa de grandes penas y coste, no escatimando

salud, ni dinero, ni tiempo, con tal de obtener alguna satisfacción pecaminosa. ¿Cómo podíais así sentir apetencia alguna para Cristo. ¡ Oh creyentes, solamente se os pide que sirváis al Señor tan celosamente como antes servisteis al diablo!

4. Porque Cristo reconocerá y premiará lo que nosotros hagamos. - La obra que Cristo bendice es toda obra fruto de la fe. No son las palabras de sabiduría humana, sino las de fe, las que hace que se conviertan en certeros dardos. La palabra de una humilde sierva fue hecha una bendición en casa de Naamán el Siro. "Sígueme", fue la breve palabra que Dios convirtió en certera flecha que quebrantó el corazón de Mateo. No es difícil a Dios salvar, sea con poco o con mucho. Si tú hicieses todo lo que está en tu mano hacer, toda la ciudad sería llena de la fragancia de tu obra. Cristo la premiaría. Defendió la obra de amor de María y dijo que sería pregonada en todo el mundo y aún se hablará de ella en el día del juicio. Ni un vaso de agua fría quedará sin su recompensa. "Bien, buen siervo y fiel".

5. Si no haces todo lo que puedes, ¿cómo podrás tener para ti mismo evidencias de que eres cristiano? - "La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha en este mundo". Estáis completamente equivocados si creéis que ser cristiano significa tener

ciertas convicciones y delicias espirituales. Todo ello está bien, pero si no os lleva a una vida de piedad y misericordia, mucho me temo que vuestra religión es sólo una simple ilusión. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es".

III CONTESTEMOS A LAS OBJECIONES.

Tres cosas podéis objetar:

1. "El mundo se mofará de nosotros". - Es cierto. Se burló de María y tildó su acción de despilfarro y extravagancia, pero Cristo la consideró "una buena obra". Del mismo modo cuando vosotros procuréis esforzaron por Cristo, el mundo se reirá de vosotros, pero podréis contar con la sonrisa y complacencia de Cristo. Cuando veían el celo de Cristo se mofaban de Él; decían que estaba loco y que tenía demonio. También Pablo tuvo que sufrir la mofa cuando se le dijo que estaba loco; lo mismo ha de acontecer con los miembros vivos de Cristo, los creyentes. "Gozaos cuando sois hechos participantes de los sufrimientos de Cristo".

2. "¿Qué puedo hacer yo"? - "Yo soy -decís- una mujer". María era mujer, e hizo lo que podía. María Magdalena era una mujer y ella fue la primera que llegó al sepulcro. Febe era una mujer, y sin embargo ayudó a muchos y aun al mismo Pablo. Dorcas fue una mujer y, sin embargo,

confeccionó numerosos vestidos para los pobres de Joppe."Yo soy un niño solamente", dirá alguien. "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza". Dios ha utilizado a menudo a los niños para la conversión de sus padres.

3 "Es que yo tengo muy poca virtud para obrar el bien". - El que riega a otros, a sí mismo se riega. "El alma liberal será engordada". "Plugo al Padre que en Cristo habitase toda plenitud". Existen abundantes recursos en el Espíritu para enseñaron a orar; hay abundante gracia para matar vuestros pecados y vivificar vuestra virtud. Si usáis toda oportunidad de hablar a otros, Dios os dará su plenitud. Si dais mucho para los pobres de Dios, nunca padeceréis verdadera necesidad. "Poderoso es Dios, para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra". "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Malaquías, 3:10). "Honra a Jehová de tu sustancia, y de las primicias de todos tus frutos" (Proverbios, 3:9).

Mensaje XIX

AFERRADOS EN CRISTO

«Dije a los guardas que rondan la ciudad: ¿Habéis visto al que ama mi alma? Pasando de ellos un poco hallé luego al que mi alma ama.; trabé de él y no lo dejé hasta que lo meti en casa de mi madre y en la cámara de la que me engendro» (Cantar de los Cantares 3:34).

¿Habéis hallado al que ama vuestra alma? ¿Habéis visto hoy su belleza, habéis oído su voz, creído su testimonio, os habéis sentado a su sombra disfrutando de su compañía? Entonces trabad de Él y no lo dejéis marchar.

I. LOS MOTIVOS.

1. Porque en Él se halla la paz. - "Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios". No paz con nosotros mismos, no paz con el mundo, no con el pecado ni con Satanás, sino paz con Dios. La verdadera paz con Dios sólo se halla creyendo, manteniéndose cerca de Cristo. Si le dejáis marchar, perderéis vuestra justicia con Él, porque éste es su nombre. O s hallaréis sin justicia, sin escudo ni refugio que os defienda de la ira que vendrá, sin camino que os conduzca al Padre. La ley volverá a condenaros, la ira de Dios se volverá contra vosotros, volverán a asediaron los temores y los espantos de conciencia. Por tanto, trabad de Él y no le dejéis. Dondequiera que vayáis

no dejéis marchar a Cristo, porque "Él es nuestra paz". No radica nuestra paz en nuestros conocimientos, ni sentimientos, sino tan sólo en Él.

2. Porque de Él dimana la santidad. - No existe verdadera santidad, sino brota de Él. De un Cristo vivo procede la santidad de todos sus miembros. En la medida en que nos acogemos a trabarnos de Él toda fe y no le dejamos, en la misma medida tenemos asegurada nuestra santidad. Él ha sido ungido y se le ha constituido como Guardador para guardarnos sin caída. Nos ama demasiado para permitir que caigamos bajo la tiranía del pecado otra vez. Su palabra está comprometida: "Derramaré mi Espíritu en vosotros". Su honor queda empañado si alguno de los que acuden a Él se permite vivir en pecado. Si le dejáis marchar, caeréis en el pecado. Carecéis de poder, no disponéis de gracia, ni tenéis fortaleza para resistir a vuestros miles de enemigos, ni promesas de que los venceréis sino es en Cristo. "Si Cristo está con vosotros, ¿quién contra vosotros?" Pero si vosotros permitís que Él no quede con vosotros, ¿qué será de vosotros?

3. Porque la esperanza de la gloria se halla en Él - Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. Si habéis hallado a Cristo, en Él habéis encontrado el camino de la gloria. Unos pocos pasos más -podéis decir- y os encontraréis para siempre con el Señor. "Yo seré librado

de las penas y tristezas, librado del pecado y de toda flaqueza, librado de todos los enemigos. En la medida en que trabe de Cristo, en la misma medida veré abierto el camino hacia el día de juicio, abierto el camino hacia la gloria". "Hazme guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria." Esta esperanza inundará tu alma de gozo y de deseos de ser llevado al mundo nuevo, al cielo aparejado para los santos. Pero si Cristo marcha, juntamente con Él desaparecerá todo. Si Cristo se va, si lo dejas ir, ¿en qué situación y de qué forma morirás? El sepulcro se halla rodeado de amenazadoras nubes. Si no mantienes a Cristo contigo, ¿cómo te presentarás al juicio, dónde aparecerás tú?

II. LOS MEDIOS.

1. Cristo promete guardarte trabando de Él. - Si hoy realmente te hallas unido a Cristo, tu situación es muy bendita porque Cristo se compromete a mantenerte cerca de Él. "Mi alma está pegada a ti: tu diestra me ha sostenido" (Salmo 63:8). El Creador del mundo es también su sustentador y del mismo modo el que ha dado vida a un alma regenerada, la mantendrá en su bendito estado. Esto no debemos olvidarlo nunca. La Iglesia no sólo se apoya sobre Cristo, sino que además Éste coloca tiernamente su izquierda sobre su cabeza y con su derecha la abraza. "Yo enseñé a Efraín a andar, sosteniéndolo del brazo".

Es muy consolador para un niño cogerse al cuello de su mamá; ¡ah! pero ¡qué frágil resultaría su seguridad si dependiera de su débil fortaleza para trabar de su madre! Por eso la madre rodea a su hijo con su brazo y lo aprieta contra su seno. La fe es buena, pero no es nada sin la gracia del que la da. "Pondré mi temor en vuestros corazones".

2. La fe en Cristo. - El único medio para perseverar hasta el fin es la fe, es creer y confiar en Cristo más y más. Procurad un amplio conocimiento de Cristo, de su persona, de su carácter. Cada página del evangelio descubre un nuevo rasgo de su carácter, cada línea de las epístolas muestra nuevas profundidades de su obra. Procuraos más fe y obtendréis un más firme sostén, un más sólido fundamento. Una planta que tenga una simple raíz, fácilmente puede ser desarraigada con un sencillo tirón de manos, o aplastada con las patas de cualquier animal, o arrancada por el mismo viento. En cambio, una planta que tiene miles de raíces bien arraigadas en el suelo, permanece en pie. La fe es como la raíz. Muchos creen un poco acerca de Cristo; creen en algún hecho. Toda nueva verdad relativa a Cristo constituye una nueva raíz bien arraigada. Creed, además, muy intensamente. Una raíz puede tomar una dirección correcta en su acción penetradora, pero si profundiza poco, también fácilmente se puede arrancar. Pedid al Señor os conceda una fe

profunda, bien arraigada en vuestra alma y en las verdades del evangelio; pedid que sea corroborada, fortalecida, robustecida y bien arraigada. Procurad del Señor arda en vuestro corazón un deseo de mirar a Jesús, intenso y constante. Si vosotros queréis conocer bien a alguna persona y ella ha de estar con vosotros una sola vez para, en breve, marchar, contempláis sus rasgos, su carácter muy intensamente, porque intenso es vuestro deseo de conocerla. Pedid al Señor que os conceda esa intensidad de deseo de conocer a Jesús para contemplarle profunda e intensamente hasta que cada rasgo de su ser quede grabado en vuestro corazón. Tomás Scott ahuyentó su temor de la muerte mirando intensamente a su hijo que había muerto en el Señor.

3. La oración. - Jacob en Betel. "¿Tomará alguien mi fortaleza?" (Isaías 27:5). Debes comenzar a orar de otra forma de como hasta ahora lo has hecho. Haz que la oración venga a ser un pacto real con Dios, pacto como el que tuvo Ezequías, o Jacob, o Moisés.

4. EL no ofender a Cristo. - Primero: por negligencia. Cuando el alma se vuelve perezosa o descuidada, Cristo se va. No hay nada que ofenda tanto a Cristo como la pereza espiritual. El amor siempre está vivo, activo, y cuando nuestro corazón ama, siempre se mantiene despierto.

Muchas noches el amor de Cristo le mantuvo despierto. "¿Ni siquiera una hora puedes velar tú por Él y con Él?"

Segundo: por medio de nuestro amor a cualquier cosa que la hagamos nuestro ídolo. No podéis trabaros de los ídolos y de Cristo. Si hoy trabajáis de Cristo, mañana no debéis acogeros a ningún ídolo; de otro modo Él se irá. Es un Dios celoso. No podéis ser amigos de compañías mundanas y de Cristo al mismo tiempo. "El que acompaña al necio perecerá". Cuando el arca de Dios fue llevada al templo de Dagón, el ídolo se desplomó y cayó al suelo.

Tercero: El no querer ser más santificado. - Cuando Cristo nos escogió y nos atrajo hacia sí mismo, lo hizo para santificarnos. A menudo Cristo es herido por nuestro deseo de reservarnos un solo pecado, sólo uno.

Cuarto: El vivir santamente en tu hogar. - "Lo metí en casa de mi madre". No olvides que debes llevar a Cristo en tu corazón y manifestarlo en tu conducta en el hogar. Es una buena piedra de toque para que conozcas tu relación con Cristo. Si sólo te comportas cristianamente fuera de casa y nunca esa conducta se manifiesta en tu hogar, teme que incluso la primera sea falsa. Pronto Cristo dejará tu compañía y se irá de ti.

Mensaje XX

CRISTO EN VOSOTROS

entre

”A los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio los gentiles; que es Cristo en vosotros a esperanza de gloriar” (Colosenses, 1:27).

Estas

Se describe aquí el evangelio como "Cristo en vosotros la esperanza de gloria". palabras pueden entenderse en dos sentidos y no podemos positivamente determinar cuál de los dos es el más exacto. Es posible que pueda aplicarse en uno y otro. Acerquémonos a ambos para entenderlos.

I."Cristo en vosotros" significa Cristo apropiado por !a fe como nuestra justicia y fortaleza. Éste es el firme fundamento sobre el cual esperamos la gloria. Parece que se usa en este sentido "que Cristo habite en vuestros corazones por la fe" (Efesios 3:17). Cuando el corazón de un pecador es abierto por el Espíritu Santo, y la excelencia de Cristo le es mostrada, el corazón desea íntimamente a Cristo y acude a Él. Desde entonces todo nuevo descubrimiento que el alma hace de Cristo renueva este mismo acto de acercamiento al señor Jesús. Desde entonces cada oprobio que el alma le infiere, cada

tentación, cada caída en el pecado, cada aflicción lleva al alma a trabar del Señor Jesús más real y firme y plenamente. De este modo, por una fe constante y permanente (el justo vivirá -de modo continuado- por la fe), puede decirse que Cristo habita por la fe en el corazón. Cristo, así asido por la fe, se constituye en la esperanza de gloria. Es esa fe viva, ese recibimiento íntimo de Cristo que nos da una serena dulce y plena esperanza de la gloria. El alma que de verdad puede decir "Cristo es mío", puede también añadir " La gloria es mía". Porque no necesitamos nada ni nadie más que a Cristo para defendernos en el día del juicio. ¿Puedes decir tú sinceramente que Cristo es de ese modo tu esperanza de gloria? Si no tienes así a Cristo, no tienes en modo alguno la esperanza de la gloria.

II. Cristo formado en el alma por el Espíritu (Gálatas 4:19), Cristo formado en el alma es también esperanza de la gloria y es así como creo que debe entenderse el pleno significado de este versículo. De este modo, "Estad en mí y yo en vosotros" (Juan 15:4). "Yo en ellos y tu en mí" (Juan, 17:23), y "yo en ellos" (v.26).

1. La mente de Cristo es formada en el alma, " Nosotros tenemos la mente de Cristo" (1 Corintios 2:16). Por la mente comprendo los pensamientos del hombre, sus capacidades intelectuales. Ahora, todo creyente de Cristo tiene su mente formada en él. Piensa como Cristo.

Al creyente se le da una mente conforme a la mente de Cristo. No quiero significar con ello que un creyente tiene toda la omnisapientia de Cristo, ni el mismo juicio infalible que Cristo tiene de todo lo creado; lo que sí quiero decir que el creyente, yendo en la luz de Cristo, ve las cosas como las ve Cristo.

Ve el pecado del mismo modo que lo ve Cristo. Cristo sabe que el pecado es sumamente perverso y amargo; conoce su inmundicia y abominación espantosa, no le es oculto que todos sus planes son engaño e ilusión vana y ligera. Ve, además, su terrible peligro y cuán unido al pecado se halla el más intenso sufrimiento e infelicidad y desgracia. Pues bien, en menor escala, en menor grado, pero así lo ve también el creyente.

Ve el evangelio como lo ve Cristo. Cristo descubre glorias maravillosas en el Evangelio, ve el camino de salvación que Él mismo nos preparó, nuevo y vivo. Admira del evangelio lo completo de su salvación, lo libre de su ofrecimiento, cómo glorifica a Dios y hace feliz y salvo al hombre. El creyente también lo ve igual.

Ve el mundo igual que Cristo. Cristo sabe lo que hay en el hombre. Considera que este mundo es una completa vanidad, incomparable al valor de una sonrisa del Padre. Sus riquezas, honores y placeres no los considera dignos de ser tenidos en cuenta. Los vio cuando anduvo en la

tierra, pero los pasó por alto. Y el creyente ha aprendido a ver el mundo del mismo modo.

Ve el tiempo igual que lo considera Cristo. "Conviéneme obrarlas obras del que me envió, entretanto que el día dura; la noche viene cuando nadie puede obrar". "Tengo prisa" parece decir Cristo. Esa misma sensación tiene el creyente, porque ha sabido, como Cristo, apreciar en su justo valor el tiempo.

Ve la eternidad tan cierta como el mismo Cristo. Cristo contemplaba todas las cosas a la luz de la eternidad. "En la casa de mi Padre, muchas moradas hay". A los ojos de Cristo todo quedaba valorado según el valor que había de tener en la eternidad. Así sucede también con el creyente.

2. El corazón de Cristo es formado en el alma. - Al referirme al corazón estoy pensando en los afectos, a la parte que hay en nosotros que ama u odia, que confía o teme. En nosotros ha sido formado el corazón de Cristo: "Pondré mi Espíritu en vosotros". "Yo en vosotros". "Habite en vosotros mi palabra".

Primero: sentimos el mismo amor hacia Dios. ¡Cuán intensa era la delicia que Jesús tenía en el Padre! "Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido". "Pero no estoy solo; el Padre está conmigo". "¡Abba, Padre!" "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Aunque con menor integridad, es de la misma naturaleza el amor del creyente para con el Padre.

Segundo: experimentamos la misma aversión de la ira de Dios. - "Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo 22:1). " Me has puesto en el polvo de la muerte" (Salmo 22:1 y 15)."Sobre mí se ha acostado tu ira" (Sal. 88:7). "Me alzaste y me has arrojado, a causa de tu enojo y de tu ira" (Salmo 102:10). También sucede igual con los hijos de Dios. "Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?" Eso sucede a los creyentes cuando tienen la impresión de que Dios no está contento de ellos y piensan que Él está con ellos enojado.

Tercero: hay en nosotros el turismo amor para .con los santos. "A los santos que están en la tierra y a los íntegros, toda mi afición en ellos" (Salmo 16:3). "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta el fin" (Juan 13:1). "Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos" (Juan 9:4). Tal es el sentimiento de todos los verdaderos creyentes. "El que ama es nacido de Dios."

Cuarto: siente la misma compasión por los pecadores. Éste fue el rasgo más importante del carácter de Cristo: su amor para con los pecadores. Su compasión le llevó a abandonar el cielo para venir a morir, le hizo llorar sobre Jerusalén y querer juntar a sus hijos. Su compasión le hace retardar su

venida, no queriendo que ninguno perezca (II Pedro 3:9). Todos los que son de Cristo también se le parecen en su compasión por los perdidos. Dentro de ellos palpita el mismo corazón.

Quinto: manifiestan la misma delicadeza para con los despertados. "No quebrará la caña cascada". ¡Oh, qué ternura había en sus labios cuando dijo: "Venid a mí los que estáis trabajados y cargados!" Tal ternura tienen también los creyentes.

3. La vida de Cristo es formada en el alma. - Los creyentes verdaderos viven la misma vida, en sus grandes e íntimos detalles, que vivió Cristo. Aunque tienen numerosas caídas y enfriamientos espirituales, la principal corriente de vida que circulaba por Cristo riega el ser de los creyentes. "Cristo vive en mí" (Gálatas 2:20). "Habitaré y andaré en ellos" (II Corintios, 6:16).

Primeramente, soportando afrentas y burlas. "Quien, cuando le maldecían, no retornaba maldición, cuando padecía no amenazaba" (I Pedro, 2:23). Cristo sufría intensamente con el reproche: "La afrenta ha quebrantado mi corazón" (Salmo 69:20). En cambio, nunca amenazó ni maldijo, sino que oró en favor de sus afrentadores. Igual hacen los creyentes.

En segundo lugar, haciendo bienes. "Él anduvo haciendo bienes". Esta misión la convirtió en su comida y su bebida. Lo mismo hacen aquellos en quienes Cristo ha sido formado. " Y de hacer bien y de la comunicación no os olvidéis". Ellos son los encargados de ir haciendo bienes por el mundo. "Vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos" (Hechos 2:45).

En tercer lugar, apartándose de los pecadores. Cristo anduvo entre publicanos, ramera y pecadores. Pero del mismo modo que un rayo de luz atraviesa el sucio calabozo, manteniéndose puro, o como un río que al atravesar un valle lo purifica y fertiliza todo sin ensuciarse a sí mismo, así también Cristo pasó a través de este mundo, mezclándose con los pecadores, pero sin ensuciarse con ellos. Vivió, en su conducta, apartado de los pecadores, pero en su contacto, junto y entre los pecadores. Los suyos también hacen igual. "No conoceré al malvado", decía el Salmista (Salmo 101:4).

III. PERO, ¿CÓMO ES FORMADO CRISTO EN NOSOTROS, LA ESPERANZA DE GLORIA?

Primero, no legalmente. Cristo en el alma no es nuestro título de gloria. Para que fuese nuestro título de gloria habríamos de tener una: justicia completa, y es un hecho que Cristo - nuestra justicia- no ha sido aún completado en nuestra alma, no ha sido formado totalmente. La mayoría

son tristemente deficientes en muchos de los principales aspectos del carácter de Cristo. Sólo es Cristo por nosotros -que es mantenido en nuestros corazones por la fe- el que es el título de la gloria. Cristo es nuestro vestido de bodas, el Señor es nuestra justicia. Esto y sólo esto podrá darnos confianza en el día del juicio.

En segundo lugar, y sin embargo, realmente es así. Es la demostración de que hemos creído en Cristo. Todo hombre puede saber que ha creído en Cristo, aun contando sin evidencias. "El que cree tiene el testimonio en sí mismo". Pero si un hombre ha creído, los efectos pronto se verán. Cristo será formado en él y pasará entonces a tener una doble evidencia de que Cristo es suyo. "El que olvida estas cosas es ciego" (II Pedro 1:9).

Cristo es nuestro y nuestra propiedad para la gloria. Todo creyente santo siente que el cielo ya ha empezado. "El reino de Dios está en vosotros". Dice el tal creyente: "Sé que pronto estaré en el cielo porque para mí es como si ya hubiese empezado. Cristo vive en mí. Pronto estaré con el Señor para siempre".

IV. INSTRUCCIÓN.

1. Vosotros tenéis el título legal para la gloria. - ¿ Habita Cristo por la fe en vuestros corazones? Vosotros habéis oído que los que son guiados por Dios, aceptan a Cristo de

todo corazón y le tienen por suprema y celestial justicia. ¿Habéis hecho lo mismo vosotros? ¿Os habéis confiado en Cristo? Él es el único título legal para la gloria. Si vosotros no lo tenéis, vuestra esperanza es vana, es una simple ilusión.

2. ¿Estáis capacitados para la gloria? - ¿Ha sido formado Cristo en vosotros? ¿Habita y anda Cristo en vosotros? No estéis sin Cristo, porque Él es la santidad y "sin santidad, nadie verá al Señor".

Mensaje XXI

UN REPROBADO

"Así que yo de esta manera corro, no como a cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere el aire; antes hiero mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobados" (I Corintios, 9: 26-27).

Notemos cuán ansiosamente Pablo miraba el reino de los cielos. "De esta manera corro, no como a cosa incierta; (le esta manera peleo, no como quien hiere el aire" (v. 26). Pablo escribía de esta forma bastante tiempo después de su conversión. Podía, además, decir: "Para mí, el vivir es Cristo y el morir ganancia", aunque él sentía que "partir y

estar con Cristo era mucho mejor". Sabía que para él había guardada una corona, y contemplaba, además, ansiosamente cómo iba llegando el día en que pasaría a vivir eternamente con Cristo. Él era como uno de los corredores griegos en su carrera olímpica para alcanzar el premio. Éste es el modo en que todo convertido debe buscar su salvación. "Corred de manera que lo obtengáis". Es corriente que muchos, una vez convertidos, digan: " Yo ya soy salvo, ya no necesito esforzarme más". Pablo, sin embargo, no pensaba así y se apresuraba hacia la meta.

Pablo fue muy cuidadoso en someter su cuerpo en servidumbre. Había observado que los atletas griegos, cuando se preparaban para sus carreras y peleas, ponían especial cuidado en esto. "Y todo aquel que lucha, de todo se abstiene" (v.25). Pablo luchaba por conseguir una cosa, ser templado en todo, especialmente en el comer y en el beber. Así como en el descanso -no fuese a caer en la pereza- y en otras necesidades no viniese a ser caprichoso.

La razón para que mostrase tanta ansia era su temor de que viniese a ser un reprobado. No significa esto que Pablo no tuviese la certeza de su salvación, sino que sentía profundamente que su alta misión en la iglesia no le garantizaba en modo alguno su salvación, aunque él era uno de los apóstoles, el apóstol de los gentiles, uno que había trabajado más que todos los demás. Aunque muchos

se habían convertido en virtud de su ministerio, sabía bien que ello no le significaba una seguridad por la que no pudiese venir a ser un reprobado. Judas había predicado a otros y fue, sin embargo, un reprobado. Pablo, además, sentía que si vivía una vida inicua, ciertamente vendría a ser un reprobado. Conocía bien que existía una íntima relación entre el vivir en el pecado y ser un reprobado y le constituía todo ello un constante motivo a la diligencia santa. Lo que Pablo temía era ser un reprobado. La palabra reprobado se usa en el mismo sentido en que se usa referida a los metales sometidos a la prueba; la escoria que de ellos se desprende al ser ensayados, se arroja, se echa porque no sirve para nada. La escoria es reprobada.

¿Qué es ser un reprobado en el plano espiritual?

I. LOS IMPÍOS SERÁN REPROBADOS, RECHAZADOS POR DIOS.

"Apartaos de mí, malditos" (Mateo, 25:41). "Los cuales serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor y por la gloria de su potencia" (II Tesaloni censes, 1:9).

1. Arrojadados de Cristo. - En el presente los impíos se hallan a menudo cerca de Cristo. Cristo está a la puerta de su corazón y llama. Extiende a ellos sus manos todo el día. Les habla por medio de la Biblia y de la predicación del

evangelio. Les dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar". "Al que a mí viene, no le echo fuera". Pero cuando Cristo pronuncie la sentencia y diga: "Apartaos de mí", nunca más llamará, nunca más invitará, nunca más se ofrecerá a los hombres. Cristo es el único camino que va al Padre, pero entonces quedará cerrado para siempre. Cristo es la única puerta, pero después nunca más volverá a abrirse. Significará todo ello una bendición para los creyentes, porque ellos estarán así siempre con Cristo. "Hoy estarás conmigo", dijo al ladrón moribundo. "Teniendo deseo de ser ausente en el cuerpo y presente con el Señor", decía Pablo. Así estarán siempre con el Señor. Sus siervos le servirán y verán su faz. Esto es lo que mantendrá la eterna calma en el seno de los redimidos. En cambio, los impíos serán arrojados fuera y perderán todas estas ricas bendiciones. "Atado de manos y pies, echadlo a las tinieblas de afuera".

2. Arrojadados de Dios. - Ciertamente, y en otros aspectos, los impíos no pueden escapar de la presencia de Dios.

"Si en abismo hiciera mi estrado, he aquí allí tú estás" (Salmo, 139:8). Job dice: "El sepulcro es descubierto delante de él y el infierno no tiene cobertura" (26:6). Su omnipotencia lo creó, con su aliento lo sostiene. " El soplo

de Jehová, como corriente de azufre la enciende" (Isaías, 30:33). Pero los impíos serán arrojados fuera,

Primero: de la complacencia de Dios. Dios dijo a Abraham: "Yo seré tu escudo y tu galardón sobremanera grande". Dios se da a sí mismo al creyente diciéndole: "Yo seré tu Dios". David dijo: "Dios es la fortaleza de mi corazón y mi porción para siempre". ¿Quién puede medir el gozo de los que se gozan en Dios, que tienen a Dios, el Dios infinito, como su porción? De este gozo quedará excluido el no cristiano. Vosotros no tendréis ninguna porción en Dios. Dios no será vuestro Dios. Todos sus atributos estarán contra vosotros.

Segundo: del favor de Dios. "En tu favor está la vida". El favor de Dios es lo que alimenta y sustenta a los redimidos en la tierra. Un rayo de la faz de Dios es suficiente para hacer que se derrame el gozo en el corazón del redimido. Es suficiente para iluminarla pálida cara de un moribundo que muere en Cristo transformándola en angélica faz, o para hacer que salte de alegría íntima el corazón de la viuda solitaria. De todo esto se verán privados los no cristianos y, por el contrario, la ira del Señor se derramará sobre ellos. "Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo".

Tercero: de la bendición de Dios. Dios es la fuente de toda bendición. No hay nada creado que sea bueno de por sí y sí

sólo porque Dios lo hizo así. El sol nos calienta, los alimentos nos nutren, nuestros amigos nos ofrecen su buena compañía, porque Dios así lo ha dispuesto. Todos los verdaderos buenos goces del mundo no son sino rayos de aquella luz increada; separad al hombre de Dios y todo se le hará oscuro. Dios es la fuente de todo gozo. Separad a cualquier hombre de Dios y ninguna criatura podrá darle satisfacción. Esto es ser reprobado, apartado de Dios para siempre. Aunque no existiese ningún lago de fuego, ese mismo hecho bastaría para hacer horrendo el infierno.

II. LOS IMPÍOS SERÁN APARTADOS DEL ESPÍRITU SANTO.

No se habla a menudo acerca del Espíritu Santo, pero es bien cierto que ahora contiene y lucha con el hombre natural. Toda la decencia y moralidad que posea el hombre no convertido se ha de atribuir a la gracia restrictiva del Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo obra en el hombre natural por medio de los servicios, o sacramentos, o cultos religiosos. - El culto familiar ha sido un gran freno en las mentes de muchos adolescentes, en virtud del cual han evitado inmundos vicios y pasiones sin fin. La lectura, estudio y predicación de la Palabra ha sido también poderoso freno al hombre natural que ha disfrutado de su ministerio. Las terribles maldiciones de la Palabra de Dios, unido a sus

tiernas invitaciones y promesas, nunca han dejado de hacer algún impacto en el hombre no regenerado, impacto que les ha evitado extralimitarse en sus caminos de perdición y maldad. No dejan de estar perdidos, pero no se atreven a hundirse en lo más profundo de los pozos del vicio.

2. El Espíritu Santo también obra por medio de la providencia en el hombre natural. - A veces rodea a los no convertidos de circunstancias que constituyen algún freno, sin las cuales con toda certeza hubiesen caído profunda y totalmente. Hay ocasiones en que les da una naturaleza débil y enferma, que no les permita correr y precipitarse en los vicios hacia los que ya de natural se sienten tan atraídos, o grandes dosis de vergüenza y timidez, o de temor de ser descubiertos, o escasez de dinero que no les permita encontrar fácilmente las puertas abiertas. Otras veces los espanta con el temor de enfermedades y castigos que sobrevienen al pecado y son así guardados por la esclavitud del temor. No se atreven a pecar de forma tan amplia como lo harían si no fuese por su temor. Les sucede lo del refrán: "El miedo guarda la viña".

3. El Espíritu Santo usa también la conciencia haciendo sentir a los no convertidos el aguijón de las convicciones de pecado y culpa. - Existen muchos hombres con profundas heridas en la conciencia por las vivas convicciones que han tenido el privilegio de tener y, sin

embargo, no son salvos. Muchos han sido agujoneados con los certeros dardos de la Palabra de Dios de cuando en cuando; los tales se apartan un tanto de sus malas compañías y huyen del pecado abierto y cometido a las claras, aun cuando íntimamente lo siguen guardando en su corazón. La gracia restrictiva del Espíritu Santo constituye una obra asombrosa, la que, cuando nos sea dado conocer en todo su alcance, nos dejará boquiabiertos. Es maravilloso que Él mismo se constituya en un dique contra el mar del pecado con objeto de que no desborde toda la vida del hombre natural. Imaginaos el terrible infierno en que se convertirá el seno de todo condenado cuando el Espíritu de Dios deje de contender con el espíritu del hombre, lo cual de forma plena acontecerá después del juicio. ¡Todas las pasiones, odios y corrupción desbordados en el corazón de los perdidos! ¡Imaginaos también qué infierno vendría a resultar el hogar de una familia no convertida, sin ningún freno, ni restricción de clase alguna por la acción de las obras del Espíritu

Santo! ¡Cuántos odios, disputas, crímenes y parricidios habría! Ya os podéis hacer una idea del infierno que sería esta misma ciudad si los no convertidos hollasen toda imposición de la conciencia, no hallasen en ella un freno que impide en numerosas ocasiones se manifieste todo el vicio que en su corazón anida.

Esto es ser un reprobado. "No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre" (Génesis, 6:3). El Espíritu Santo creo que lucha con todos los hombres. "Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo" (Hechos, 7:51), pero Él no siempre contendrá. Cuando acabe el día de la gracia, cuando los impíos sean arrojados para siempre en el infierno, el Espíritu no contendrá más.

Primero: no contendrá más por medio de ninguna manifestación religiosa. En el infierno no existirán más cultos familiares ni la Biblia será leída, ni se cantará ningún salmo más. No habrá domingo, ni predicación del evangelio, ni ministros que os avisen del peligro del pecado. La voz del atalaya habrá cesado porque el peligro ahora anunciado habrá caído sobre vosotros; la sentencia se habrá cumplido y no habrá lugar al arrepentimiento.

Segundo: el Espíritu no contendrá con vosotros usando su sabia providencia. Allí no habrá ya más poder ni riquezas, ni restricciones de conciencia, ni temores de que vengan peores males que los que hay, sino sólo angustia y desesperación indecibles.

Tercero: habrán desaparecido allí las restrictivas convicciones que el Espíritu usó para llamaros en la tierra a arrepentimiento. Allí vuestros corazones se desenfrenarán en sus pasiones. Todo vuestro odio hacia Dios, las fuentes de contención y blasfemia que

actualmente hay en vuestro corazón se romperán y os desbordarán produciendo en vosotros una amarga experiencia. Blasfemaréis amargamente del Dios del cielo. Todas vuestras pasiones e impurezas, hasta ahora ahogadas o sofocadas a duras penas por la acción del Espíritu Santo y vuestro temor a los mismos hombres, hervirán en vuestro seno con una horrenda impetuosidad que os espantará. Vendréis a ser tan impíos, tan malignos y blasfemos como los mismos ángeles caídos que se hallarán entre vosotros. ¡Ay, amigos, qué panorama os aguarda! ¿Y no queréis ser salvos?

¡Oh, qué estado tan miserable! Amarga y triste situación. "Duro es el camino de los transgresores. "¡Ah, pecadores! Entonces sí que comprenderéis que el pecado es el más duro de los tiranos, y veréis que el pecado envilecedor es mucho peor que el gusano que nunca muere. "El que es injusto, sea injusto todavía" (Apocalipsis, 22:11).

III. LOS IMPÍOS SE VERÁN APARTADOS, REPROBADOS, DE TODAS LAS DEMÁS CRIATURAS.

El estado del inconverso, aunque es malo en el presente, no es un estado sin esperanza. Aún hay esperanza. Los ángeles miran a los no convertidos para ver si en ellos aparece alguna señal de arrepentimiento. Podemos pensar que los santos ángeles se encuentran en medio de las

congregaciones de los lugares en que se predica la Palabra. (I Timoteo, 5:21). Y si es así, no dudamos en afirmar que se hallan presentes con la intención de observar vuestros semblantes, oh pecadores sin Cristo, y ver si asoma a vuestros ojos alguna lágrima de arrepentimiento, o brota temblorosa alguna palabra o alguna oración de vuestros labios. Si fuese así, habría gozo este día entre los ángeles por el arrepentimiento de algún pecador.

Los redimidos de Dios que aún estamos en la tierra estamos muy interesados en la conversión de quienes no son del Señor. Los creyentes interceden en favor de ellos día y noche, muchos de ellos incluso con lágrimas; muchos hijos de Dios riegan con lágrimas su almohada en su intercesión en favor de las almas que perecen. Jeremías lloró secretamente por el orgullo de su pueblo. David dice en un salmo:

"Ríos de agua descendieron de mis ojos porque no guardaban tu ley" (Salmo 119:136). Buscan vuestra conversión, no algún interés o beneficio personal. Los ministros han sido apartados para buscar a los perdidos. "Id antes a las ovejas perdidas de Israel". Si los ministros son como era su Maestro, ésta es su gran misión, que salven a algunos por todos los medios. Pero cuando el día de la gracia haya pasado, todos los santos que hasta ahora han tenido algún contacto con vosotros os serán quitados y

seréis dejados solos. "Plata desechada los llamarán, porque Dios los desechó" (Jeremías, 6:30).

Nunca más tendrán interés los ángeles en vosotros.

Ellos saben que no será de ningún provecho el continuar teniendo compasión de vosotros. Y seréis arrojados a los tormentos del infierno en presencia de los santos ángeles y del Cordero.

Los redimidos ya dejarán de interesarse por vosotros y no derramarán ninguna lágrima más por vosotros. Contemplarán cómo sois condenados en el juicio pero no dirán ninguna palabra en favor vuestro. Aun viendo como seréis arrojados al fuego eterno, no orarán por vosotros. Verán alzarse el humeante fuego y, sin embargo, cantarán por siglos de siglos su ¡Aleluya!

Los siervos de Dios no buscarán más vuestra salvación. Esa obra habrá dejado de ser su misión. El número de los redimidos estará completo sin vosotros; la mesa del banquete estará completamente llena. Los ministros más bien serán testigos contra vosotros en aquel día.

Aun los mismos demonios vendrán a ser enemigos vuestros. En tanto estáis en la tierra, el demonio os rodea con su séquito; corre a vosotros y os ofrece su amistad y aprecio, pero pronto os arrojará de sí como reprobados. No

le seréis agradables; más bien constituiréis parte de su tormento, y porque os odiará os atormentará.

IV. LOS IMPÍOS SERÁN REPROBADOS PARA CONSIGO MISMOS.

La Biblia dice que desearán morir y no podrán; buscarán la muerte y la muerte huirá de ellos. Quizá algunos suicidas cometen ese atentado contra sí mismos porque han empezado a experimentar lo que es el infierno. Tal debía de ser la experiencia de Judas: no podría soportarse a sí mismo y se ahorcó, se reprobó a sí mismo; querría apartarse de él mismo. Ése será el sentimiento de las almas perdidas. Tremenda experiencia les será tener que soportarse a sí mismas, desearán que nunca hubiesen nacido. En la tierra, generalmente los no convertidos se hallan muy contentos y satisfechos de sí mismos. Les gusta hacer demostraciones -si públicas mejor- de sus facultades; la máquina de su vida -piensan- va estupendamente bien, todos sus afectos, gustos y caprichos les son agradables. Con placer vuelven sus mentes a los agradables recuerdos del pasado. ¡Cuán diferente será cuando cese el día de la gracia!

El entendimiento será esclarecido y descubrirá la verdadera naturaleza de vuestra miseria. Entonces comprenderéis la santidad, omnipotencia y majestad de Dios. Al mismo

tiempo os será clara la visión de vuestra propia y triste condenación y la profundidad de vuestro infierno.

La voluntad os aparecerá en toda su triste condición de enemistad contra Dios. Veréis que vuestra voluntad es completamente contraria a la voluntad de Dios. Comprender claramente cuál es su voluntad y estar en constante rebeldía con ella hará más intolerable vuestro infierno. Os añadirá mayor tormento odiar todo lo que Dios ama y amar todo lo que Él odia.

Vuestra conciencia es el vicegerente de Dios en el alma. Os acusará de todos vuestros pecados. Su misión será una misión de condenación.

Vuestros sentimientos también se hallarán despiertos. "Tengo cinco hermanos", diréis. Los padres terrenales, siendo malos, saben dar buenas cosas a sus hijos. En el infierno amaréis a vuestros familiares, pero ¡qué desesperación os será saber que nada podéis hacer por ellos!

Vuestra memoria será refrescada, se volverá muy clara. Recordará todas las veces que desperdiciasteis los cultos de los domingos, los sermones que hayáis oído, vuestro lugar en la casa de Dios, la cara y voz de vuestro ministro; pasados millones de edades después de que hayan ocurrido estos hechos, los recordaréis como si fuese ayer.

Tendréis conocimiento de que todo ello nunca cesará. El desespero y el crujir de dientes serán eternos. ¡Oh, cómo desearéis no haber nacido nunca! ¡Cómo desearéis desterrar vuestra memoria y la acusadora conciencia! Con toda certeza os será dado conocer que vuestra situación no acabará jamás. Buscaréis la muerte, pero huirá de vosotros. ¡Eso, eso es estar perdido! ¡Ésa es la eterna destrucción! ¡Eso es ser un reprobado!

LECCIONES:

1. Aprendamos y procuremos de la ansiosa diligencia de Pablo. - La vida del impío acabará siendo reprobada. Ambas cosas están íntimamente ligadas y nadie las podrá separar.

2. El infierno será intolerable. - No he hablado del lago de fuego que nunca se extinguirá. He señalado sólo os males morales del infierno y ellos por sí mismos son intolerables. ¡Oh, quién puede explicar lo que será cuando además de los males ya expuestos se unan los que no nos son dados conocer por el momento! ¡Oh, no continuéis lejos de Cristo ahora! Ahora dice el Señor: "Venid". Pronto, muy pronto dirá: "Apartaos"; Oh, no resistáis ahora al Espíritu Santo! Ahora el Espíritu Santo contiene con el espíritu del hombre, pero no siempre contendrá. No tardará en apartarse definitivamente de vosotros. ¡Oh, no desechéis la palabra de los ministros ni los consejos de vuestros amigos

del Señor! Ahora ellos sufren por vosotros y por vuestra situación, lloran por vosotros, y por vosotros interceden ante Dios. Pronto quedarán mudos como el sepulcro, o, aun viéndoos perdidos, cantarán; Aleluya! ¡Oh, no, no, os mantengáis en una posición de orgullo, ni estéis contentos de vosotros mismos! Pronto os maldeciréis a vosotros mismos y desearéis que nunca hubieseis nacido.

3. El maravilloso amor de Cristo que soportó los horrores del infierno para librar del mismo a los pecadores. -Cristo es el refugio para el día de la manifestación de la ira de Dios. Todo lo que significa ser un reprobado, Él lo sufrió - él fue "un maldito"- "Maldito todo aquel que es colgado en un madero". Amén.

Mensaje XXII

CULTO DE COMUNIÓN EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO

“Padre, aquéllos que me has dado, quiero que conde yo estoy, ellos estén también conmigo; para que vean mi gloria que me has dado: por cuanto me has amado desde antes de la cons2ucion del mundo” (Juan 17:21).

La oración de este capítulo es la más hermosa que se 'a elevado desde la tierra hasta el trono de Dios, y la petición

de] versículo la más maravillosa de toda la oración. Consideremos:

I. LA MANERA DE SER ELEVADA.

"Padre, quiero". Nunca antes labios humanos habían orado así. Abraham fue amigo de Dios y estuvo muy cerca ir~Dios en oración, pero se acercaba a Dios como de entre.-I polvo y la ceniza. "He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza...". Jacob, que fue un valiente luchando con Dios, que prevaleció, aun en su más atrevida petición, dice: "No te dejaré, a menos que me mendigas". Daniel, hombre muy amado, a quien fueron concedidas inmediatas respuestas a sus oraciones, clamaba a Dios como un pecador: "¡Oh, Jehová, óyeme-oh, Jehová, perdóname; oh Señor, escucha y haz!" Pablo, hombre de comunión íntima con Dios, cuando se acerca a Él dice la corma en que lo hace: "Doblo mis rodillas al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo". Sin embargo, cuando Cristo oró. Dijo: "Padre, quiero". ¿Por qué oró así? Porque era igual a Dios, era su socio, era su compañero. "Levántate, oh espada, sobre el pastor y sobre el hombre compañero mío". "No tuvo por usurpación ser igual a Dios". Él es el que dijo: "Sea la luz", y la luz fue. Del mismo modo ahora dice: "Padre, quiero".

Jesús habló como intercesor delante del Padre. Hablaba como si su obra estuviese ya completamente consumada.

"He terminado la obra que me diste que hiciese". Se dirige a Dios como si ya hubiese sufrido la cruz y ahora reclamase la corona. "Padre, quiero". Así es la intercesión que ahora se oye en el cielo.

Jesús tenía, una voluntad con el Padre. "Yo y mi Padre una cosa somos." Un Dios, un corazón y una voluntad. Desde luego, tenía un alma verdaderamente humana y una voluntad humana. Pero su voluntad humana era una con la voluntad divina. Las fibras de su corazón humano estaban en completa armonía con las del corazón de su voluntad divina.

Aprendamos cuán ciertamente será contestada esta oración, amados hijos de Dios. Es imposible que esta oración no reciba respuesta. Es la voluntad tanto del Padre como del Hijo. Si

Cristo lo quiere, y si el Padre también lo quiere, podéis estar seguros de que nada podrá impedirlo. Si la oveja está en las manos de Cristo y en las del Padre, es bien seguro que no se perderá.

II. POR QUIÉN ORA

"Aquellos que tú me has dado". Seis veces llama a los suyos de esta manera en este capítulo. "Aquellos que me has dado." Parece como si ésta fuera una de las expresiones favoritas del Señor, especialmente cuando los

presentaba en oración delante de su Padre. La razón parece ser que consiste en el hecho de que Cristo quería hacer notorio al Padre que ellos eran tanto del Padre como suyos, de Cristo mismo; que el Padre tenía en ellos tanto interés como Él mismo, habiéndoselos dado desde antes de la fundación del mundo. Así es que en el v. 10 repite: "Todas mis cosas son tus cosas y tus cosas son mis cosas". Antes de que el mundo fuese, el Padre escogió a su pueblo. Los dio a Cristo, encargándole que no perdiese ninguno y que, por ellos, cargase sobre sí en la cruz todos sus pecados y resucitase al tercer día. Y, de acuerdo con todo ello, dice: "A los que me diste, yo los guardé y ninguno de ellos se perdió".

¿Hay algo especial, alguna señal, en aquellos que son dados a Cristo No son mejores que los otros. Al contrario, algunas veces escoge aún lo peor. "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mi". Una señal segura que hay en todos los que el Padre ha dado al Hijo consiste en que todos vienen a Cristo: "Todos ellos vinieron a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre del esparcimiento". ¿Has acudido a Cristo? ¿Has abierto tu corazón para recibir a Cristo? ¿Ha sido precioso en tus ojos el Señor Jesucristo? Entonces puedes tener la completa seguridad de que tú has sido dado a Cristo desde antes de la fundación del mundo. Tu nombre se halla escrito en el Libro de la Vida del Cordero y también se halla sobre el pectoral del sumo y

verdadero pontífice, Cristo. Él, en ese caso, ora por ti. "Padre, quiero que esta alma esté conmigo." Cristo nunca te perderá. El Padre que te dio a Él es mayor que todos, y nadie podrá arrebatarte de las manos del Padre.

III. EL ARGUMENTO.

"Por cuanto me has amado." Jesús recuerda al Padre el amor que le tenía antes de que el mundo fuese. Cuando la tierra no existía, ni el sol, ni el hombre, ni los ángeles, entonces, aun entonces, "tú me amabas". ¿Quién puede comprender o imaginar este amor, el amor del Dios no creado para con su Hijo, no creado tampoco? El amor de Jonatán fue un amor muy grande que sobrepujó el de las mujeres; el amor de un creyente hacia Cristo es también muy grande, pues le ve todo codiciable y hermoso; el amor de un ángel hacia Dios es muy ferviente e intenso, como corresponde a su misma naturaleza, que es como llama de fuego. Pero todos estos son amores creados, todos ellos son solamente afluentes o ríos. El amor de Dios para con su Hijo es un océano de amor. Hay algo en el carácter de Cristo que conquista el amor de su Padre. Ahora, pues, expone su argumento: "Si me amas, haz esto por mi pueblo". Es la misma razón que le hizo decir a Saulo: "¿Por qué me persigues?", porque Jesús se sentía uno con sus miembros afligidos en la tierra, con los cristianos perseguidos. Es la misma idea que expuso cuando dijo:

"Por cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos muy pequeños, a mí lo hicisteis". Reconoce a los creyentes como parte de sí mismo; lo que a ellos se hace, se hace a ÉL Así hace aquí en su oración. Cuando los toma y los presenta a su Padre, éste es su argumento, ésta es la razón de su petición. "Si me amas, ámalos a ellos, porque son parte mía."

Fijaos bien en la seguridad que ofrece esta oración de que será oída, muy amados. No pide que seáis buenos y santos, no pide que seáis dignos. Solamente pide que a los ojos del Padre seáis muy amados. No mires a ellos, mira a mí, dice Cristo. Tú me has amado desde antes de la fundación del mundo.

Aprendamos a usar el mismo argumento cuando acudamos a Dios, queridos creyentes. Esto es orar en el nombre y por los méritos de Cristo. Ésta es la oración que nunca es rechazada. Vigilad que no os acerquéis a Dios en vuestro propio nombre, a menos que queráis ser rehusados.

Venid hoy así a su mesa. Decid al Padre: "Acéptame, porque tú le amaste a ÉL desde antes de la fundación del mundo".

IV LA ORACIÓN MISMA.

1. "Que ellos estén también conmigo." Veamos primero lo que no quiere decir con estas palabras. Él no quería decir

que fuésemos arrebatados de este mundo ahora. Algunos de vosotros que habéis venido a Cristo podéis hoy ser tan favorecidos con su presencia, con el amor del Padre, con el gozo del cielo, que sintáis temor de ir después al mundo en donde traicionéis a Cristo con caídas muy dolorosas para vosotros, que os sintáis tentados a desear que este templo fuese realmente la puerta del cielo, que quizá deseéis que de esta mesa del Señor de aquí abajo peséis trasladados a la de arriba. "Soy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor." Pero no es éste el deseo de Cristo; Cristo no lo quiere así. "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" "Donde yo voy, vosotros no me podéis seguir ahora." El creyente muchas veces siente como aquella mujer que decía: "Oh, bendito Señor, ven a mí; tómame ya, permíteme morir y partir para estar contigo. Tengo miedo de vivir, porque si vivo, sé que volveré a pecar".

Lo que ÉL quería decir. Pedía que cuando nuestra peregrinación hubiera concluido, fuésemos llevados hasta el lugar donde está ÉL Todo el que viene a Cristo, tiene un recorrido que hacer en este mundo. Algunos lo tienen largo, otros lo tienen corto. Ese camino atraviesa el desierto. Por eso Cristo pide que al final vosotros estéis con Él. Todo aquel que viene a Cristo tiene sus doce horas que llenar por Cristo. "Conviéneme obrarlas obras del que me envió entretanto que el día dura." Y una vez haya sido

realizado el trabajo, Cristo pide que seas llevado hasta Él. Él quiere que estés con Él en la casa del Padre. "En la casa de mi Padre, muchas moradas hay." Moraréis en la misma casa con Cristo, oh creyentes. Nunca habéis intimado suficientemente con una persona hasta que no habéis estado en su misma casa, hasta que no la habéis conocido en el hogar. Esto es lo que quiere concedernos Cristo, que vayamos a morar con Él en su misma casa. Quiere llevarnos al mismo seno del Padre con Él. "Voy a mi Padre y a vuestro Padre." Quiere que gocemos de la misma complacencia de que goza Él, que nos sentemos en el mismo trono que Él, que seamos bañados en el mismo océano de amor en que Él es bañado.

Aprendemos cuán ciertamente cercano está el día en que estaremos con Cristo. Es la voluntad del Padre y la del Hijo. Es la oración de Cristo. Si realmente habéis sido traídos a Cristo, no pereceréis. Podéis tener muchos enemigos que se os opongan en el camino de la gloria. Satán desea hacer presa en vosotros para examinaros y probaros a fondo. Vuestros compañeros del mundo hacen todo lo que pueden para embarazaros y estorbaros. A pesar de todo, estaréis con Cristo. Contemplaréis su rostro en la mesa celestial Aunque sentís que vuestro corazón es duro, muy duro aún, que está lleno todavía de incredulidad, que vuestro corazón es engañoso y que es desesperadamente malo más que todas las cosas, y a menudo teméis que

vuestro corazón os llevará a traicionar a Cristo, con todo, si sois de Cristo estaréis con Él. Si sois de Cristo hoy, estaréis con Él para siempre. Aunque hayáis vivido una vida impía e inmoral, aunque temáis que vuestros pecados os harán volver atrás, a pesar de todo, si realmente habéis acudido a Cristo, ésta es su promesa para vosotros: "Estarás conmigo en el Paraíso". Ciertamente Cristo os necesita, no puede estar sin vosotros. Vosotros sois sus joyas, su corona. Este pensamiento puede alentaros a acudir a la mesa del Señor. Quizá alguno de vosotros no se atreve a acudir hoy a la mesa del Señor, porque aunque ha acudido a Cristo hoy, teme que mañana le negará. No debiera temer el tal. "El que ha empezado en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo." Tú te sentarás en la mesa en el cielo cuando Cristo tomará el nuevo pan y el nuevo fruto de la vida. No debes temer y harás bien en venir confiado a la comunión si eres del Señor.

2. "Para que vean mi gloria que me has dado."

Existen tres épocas en la gloria de Cristo. Contemplarla será el dulce ministerio de los santos en el cielo.

Primero: la gloria primera, la gloria original de Cristo. Su gloria desde su origen, desde el principio, su gloria no derivada de otro, gloria no creada, por la que Cristo es igual al Padre. Se habla de ella en Proverbios 8:30: "Con él

estaba yo ordenándolo todo y fui su delicia todos los días". Y otra vez en la oración que comentamos: "...aquella gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo fuese". No puede ningún hombre hablar de esta gloria, ni ningún ángel, ni ningún arcángel. Sólo sabemos una cosa, y es que nosotros somos el honor del Hijo tanto como del Padre. Participaba Cristo con el Padre de todo su ser infinitamente perfecto cuando no existía nadie para contemplarlo, ni para adorarlo, ni ángeles para entonarle himnos, ni serafines para cantar sus alabanzas, ni querubines para aclamarle: "Santo, santo, santo". Antes que ninguna criatura fuese, Él era, Él era uno con el infinitamente perfecto, bueno y glorioso Dios. Él era entonces lo que después se ha mostrado ser. Ni la creación, ni la redención le cambiaron; no hicieron sino revelar lo que Él era antes. Ambos no hicieron sino proveer objetos sobre los cuales se posasen sus rayos de gloria, rayos que habían brillado plenamente mucho antes desde la eternidad. La eternidad será el único margen adecuado para la santa ocupación de alabar a Dios que se ha revelado a sí mismo de forma tan plena.

Segundo: la gloria que tuvo cuando se hizo carne. "El Verbo se hizo carne." No es que Cristo obtuviese más gloria cuando se hizo hombre; lo que sucedió es que su gloria se manifestó por un nuevo camino. No ganó ninguna perfección más al hacerse hombre; ya antes tenía todas las perfecciones de Dios. Pero ahora todas aquellas

perfecciones, antes encubiertas, las vemos derramadas en un corazón humano. La omnipotencia de Dios ahora se manifiesta en un brazo humano. El amor infinito de Dios ahora se manifiesta en un corazón humano. La compasión de Dios para con los pecadores se echa de ver en el ojo humano. Dios era amor antes, pero ahora Cristo en el mismo amor vestido de carne. Del mismo modo que podéis ver el sol a través de los cristales de color de una ventana, que brilla y lo hace con un suave y nuevo fulgor, así en Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente. La perfección de la divinidad brilla en cada poro, en cada acción, en cada palabra, en cada mirada. Es la misma perfección de Dios, aunque sea solamente brillando con una luminosidad suave. El velo del templo era figura de su carne, porque tapaba la radiante luz que inundaba el lugar santísimo. Pero del mismo modo que la brillante luz de la Shekina a menudo mostraba sus fulgores a través del velo, así la divinidad de Jesucristo se traslucía a través del corazón del hombre Jesús. En muchas ocasiones el brillo de su divinidad era demasiado intenso para que el velo pudiese cubrirlo completamente.

Cuando convirtió el agua en vino, "manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él". La omnipotencia divina hallaba expresión por medio de una voz humana, y el amor de Dios se reflejaba en tal poder, porque quería darnos a entender que vino a convertir nuestra agua en vino, el agua

de nuestra vida natural en el vino de su vida espiritual en nosotros.

Cuando lloró sobre Jerusalén, también manifestó su gloria a través de su velo. El hecho de que llorase constituía una gran abertura a través de la que fluyó su gloria. Había en ello algo más que sólo lo humano. Los pies que ascendieron al monte Olivete eran humanos; humanos fueron los ojos que contemplaron la ofuscada y ciega ciudad; las lágrimas que cayeron sobre el suelo también eran humanas, pero ¡oh? que además había la ternura de Dios palpitando sobre aquella ciudad. Mirad, pecadores, y vivid. Mirad y vivid. ¡He aquí el Dios vuestro! Quien haya visto el llanto de Cristo, ha visto al Padre. Cristo es Dios manifestado en carne. Algunos de vosotros pensáis que el Padre no quiere traeros a Cristo para que seáis salvos. Pero ved aquí a Dios manifestado en carne. El que ha visto al Hijo, ha visto al Padre. Contemplad cómo laten al unísono el corazón del Padre y el del Hijo. ¡Oh?, ¿por qué, pues, habéis de desconfiar? Cada una de aquellas lágrimas vertidas procedía del mismo corazón de Dios.

Cuando Cristo fue expuesto en el vituperio de la cruz, sus heridas manifestaban ampliamente la gloria infinita de su ser. Su divina gloria se magnificó más en su muerte que lo que lo había hecho en su vida toda. Entonces el velo se partió en dos y todo el corazón de Dios se derramó a través

él. Era un cuerpo humano el que agonizaba, cuerpo cálido y afligido sobre el árbol maldito de la cruz; fueron manos y pies humanos los por rudas manos traspasados; fue carne humana la hendida con mortal golpe de lanza en el costado; sangre humana fue la que brotó de las heridas de sus manos, pies y costado; los ojos que sumisos se elevaron al Padre fueron ojos humanos; el alma que se compadeció de su madre era humana. Pero ¡oh !la gloria divina se manifestaba a través de todo esto. Cada herida era una voz que hablaba de la gracia y del amor de Dios.

También manifestó en todo la santidad de Dios. ¡Qué odio tan infinito hacia el pecado hubo en Cristo que se ofreció de aquella manera a sí mismo en sacrificio inmaculado de Dios! La divina sabiduría se evidenciaba por él: ninguna inteligencia creada hubiese podido hallar un plan tan maravilloso por el cual Dios fuese justo siendo justificador del impío. El amor de Dios se mostraba a los hombres: cada gota de sangre que caía sobre el suelo era un mensajero que proclamaba el amor de Dios. Tal es el amor de Dios. El que ha visto a Cristo crucificado ha visto el amor de Dios. Contemplad el pan roto y veréis la misma gloria brotando todavía. He aquí al descubierto el corazón del Padre; Dios ha sido manifestado en carne. Hay algunos de vosotros que andáis examinándoos a vosotros mismos, vuestros sentimientos e indigencia para con Cristo. Desviad vuestros ojos de vosotros mismos. ¡ He aquí, aquí

estoy yo, heme aquí! clama Cristo. "¡ Miradme a mí y sed salvos! ¡Contemplad la gloria de Cristo! Hay demasiados obstáculos en vuestro corazón; en el de Cristo no hay tinieblas. Contemplad su amor a través de sus heridas, y creed lo que veáis en Él.

Tercero: la gloria de Cristo que se ha de manifestar. No puedo hablar de ella, pero confío en que no tardaré mucho en verla. No ha dejado la gloria que tuvo cuando estuvo en la tierra. Todavía es el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo. Pero ahora tiene más gloria. Su humanidad ahora no constituye ya ningún velo que oculte ninguno de los rayos de su divinidad. Dios brilla plenamente en Él. Cristo ha sido ya coronado, ha sido ya ungido con el óleo de la alegría y ha sido dotado del cetro de la justicia.

El cielo proveerá adecuado marco, en lo que al tiempo se refiere, para contemplar su gloria. Para contemplarla tendremos necesidad de toda la eternidad en el cielo. Veremos al Padre eternamente en Él. Contemplaremos su faz y en su ojo humano leeremos el tierno y eterno amor de Dios para con nosotros. Sus labios humanos claramente nos hablarán entonces del Padre. "La hora viene cuando ya no os hablaré por proverbios, pero claramente os anunciaré del Padre". Contemplaremos sus heridas, ya cicatrizadas, aunque un tiempo, hendidas, heridas de sus manos, pies y

costado, y a través de su fulgor celestial comprenderemos su eterno odio contra el pecado y su amor eterno que le llevó a morir por nosotros. Y quizá algunas veces nos será dado reclinar la cabeza donde Juan la reclinó. ¡Oh!, sitales han de ser las santas ocupaciones del cielo, ¿qué haréis vosotros, quienes nunca aquí en la tierra habéis visto su gloria, ni en tal contemplación halláis deleite?

Oh, muy amados, si en tan santo ministerio habéis de gastar -digámoslo así- la eternidad, ocupaos ya ahora tanto como podáis en hacerlo así. Si así habéis de acercaros a la mesa que hay en el cielo, procurad acercaros ahora de la misma manera a la de aquí en la tierra.

CUSTODIANDO LA PARTICIPACIÓN DE LA CENA DEL SEÑOR (Hechos 5:1-14).

En la iglesia de Cristo ha habido hipócritas desde el principio. Ya entre los doce discípulos hubo un Judas. Y en la iglesia apostólica hubo un Ananías y Safira. Consideremos.

1. Su pecado -una mentira-. Cuando el Espíritu de Dios fue derramado en la iglesia fueron hechos todos de un alma y un corazón. Los que tenían posesiones las vendieron y trajeron el precio y lo pusieron a los pies de los apóstoles. ¡Cuán hermoso debía de ser contemplar aquel cuadro! Entre ellos también acudió uno, Ananías, que era rico. Por

algún motivo humano se habían unido a los cristianos - marido y mujer-, ambos sin Cristo. Vendió sus posesiones para ser como los demás, trajo una parte y dijo que era todo. Pretendía ser cristiano, quería aparentar que la gracia inundaba su corazón. Obrando así no mintió al hombre, mintió al Espíritu Santo. Venía a declarar que Dios había obrado un cambio en su alma, cuando en realidad no había habido ninguno; era todavía el antiguo Ananías.

2. Su castigo. - Ambos, él y su esposa, cayeron al suelo y murieron. ¡Oh! cuán terrible es que los pecadores mueran en el acto de su pecado, con la mentira en su boca, con la blasfemia en sus labios. Tal fue la tragedia del pobre Ananías y su esposa. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, se hallaron en el lugar en que serán congregados los mentirosos.

3. Los efectos. - Gran temor invadió a la iglesia y a los demás. Nadie osaba juntarse a la compañía de los apóstoles.

Queridos amigos, estas cosas han sido escritas para nuestra enseñanza. ¿Hay alguien aquí hoy con un corazón lleno de mentira? ¿Hay alguien que no siendo cristiano se haga pasar como a tal?

El pan partido y el vino derramado representan el cuerpo roto y la sangre derramada de Cristo. ¡ Oh, contemplarlos

es suficiente para derretir el duro corazón del más inflexible pecador! Participar de aquel pan y de aquel vino es declarar pertenecer a Cristo -es declarar que le tenéis por vuestro Salvador-, es declarar que Dios ha abierto vuestro corazón para creer. En el matrimonio, el unir las diestras significa una declaración solemne, como señal de que aceptáis a la esposa o al esposo; lo mismo significa la cena del Señor. Si no es así contigo, si Cristo no es para ti tu Salvador, entonces eres un mentiroso, entonces estás mintiendo al Espíritu Santo. Ananías con su acto pretendía declarar que el Espíritu Santo había obrado en su corazón. Ocurrió todo en un tiempo en que el Espíritu Santo había sido dado abundantemente (v. 31, 32). Probablemente ambos habían tenido algunas convicciones. Pero desde luego eran falsas, desde luego ellos realmente no eran lo que pretendían ser; por esto se dice que "habían mentido al Espíritu Santo". Queridos amigos, el Espíritu Santo está de forma muy especial presente en esta ordenanza. Está para glorificar a Cristo. Ha convertido a muchos en este lugar. Mantenerse en pecado hoy en día es mentir al Espíritu Santo. Al acercares a la mesa profesáis que os halláis bajo el ministerio revelador del Espíritu, que Él es quien os enseña. Si no es así, estáis mintiendo al Espíritu Santo.

Ahora bien: ¿conocéis vosotros que no sois de Cristo porque nunca habéis acudido a Cristo? ¿habéis llegado a conocer vuestra condición de no convertidos? ¿ Y os

atreveréis asentares a la mesa del Señor para tomar así de aquel pan y de aquel vino? ¡Tened cuidado los Ananías de hoy que estáis aquí!; No estáis mintiendo al hombre, sino a Dios!

Quizá entre vosotros hay quienes son secretamente adictos a la embriaguez, a los falsos juramentos y a la obscenidad. ¿Participaréis vosotros del pan y del vino? ¡Ananías de ahora, andad con cuidado!

Quizá hay de vosotros dos, marido y mujer, que sabéis que ninguno de los dos sois convertidos. Nunca oráis juntos y, en cambio, os ponéis de acuerdo para acudir los dos aquí. ¡Ananías y Safira actuales, id con cuidado!

¿Hay entre vosotros alguien que, en muchos sentidos, es un perseguidor de los creyentes? Quizá hay algún padre cuyos hijos han acudido al Señor y cuyo cambio, en el fondo de su corazón, disgusta y odia; que se opone a ellos con duras e hirientes palabras imponiéndoles su autoridad. En cambio, con una cara que simula dulzura acude a sentarse con ellos ala misma mesa. ¡ Oh hipócritas, vuestra osadía puede sumergiros en la muerte, muerte espiritual más tremenda que la física! No tome vuestra mano de tales elementos para que no perezcaís de forma más tremenda.

En cambio, amados hijos de Dios, alentaos a acudir a su santa mesa. Ha sido dispuesta para los pecadores que han

acudido a Jesús. "¡Venid y comed!" Algunos de vosotros decís: "Yo no sé el camino a su mesa". Jesús dice: "Yo soy el camino". Algunos de vosotros decís: "Yo soy ciego; yo no puedo ver mis pecados; qué difícil me es verlos, ¡oh mi Salvador!". Id y lavaos en el estanque de Siloé. Algunos de vosotros decís: "Yo estoy desnudo". Jesús dice: "Te amonesto que de mí compres vestiduras blancas para que puedas ser vestido". Estáis contaminados en vuestra propia sangre, ¿pero no ha puesto Cristo sobre vosotros su manto de justicia?

No temáis, entonces. Venid vestidos de ÉL Venid así y seréis bien recibidos.

III SERVICIO DE COMUNIÓN.

"Mi amado es mío y yo soy suya". 1. En los brazos de mi fe Él es mío. Hubo un tiempo en que fui del mundo, frío y despreocupado de mi alma. Dios me despertó y me hizo sentir que estaba perdido. Intenté mejorarme a mí mismo, procuré enmendar mi conducta, pero hallé que me era imposible: entonces caí en la desesperación de sentirme aún más perdido que antes de intentar corregir mi vida. Y busqué creer con mi propio esfuerzo y buenos deseos. Empecé a leer libros devocionales y acerca de la fe, intenté aportar a mi alma todo argumento que me condujese a creer para obtener así el cielo, pero también fue en vano. Hallé entonces que estaba escrito que "la fe es el don de

Dios", que "nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo". En—tonces me sentí más solo y desesperado que antes; me sentí perdido completamente. Estando así, entonces, sin esperanza alguna, Jesús se acercó a mí con las vestiduras bañadas en su sangre. Mucho tiempo había estado a la puerta, aunque yo no lo sabía. "Su cabeza estaba llena de rocío y sus cabellos de las gotas de la noche" (Cantar de los Cantares 5:2). Tenía cinco heridas profundas y me decía: "Yo he sido muerto en el lugar de los pecadores y todo pecador puede tenerme por su Salvador; tú eres un perdido pecador, sin esperanza; ¿no quieres que yo sea tu Salvador?" ¿Cómo podía yo resistirme si Él era el Salvador que yo necesitaba? Trabé de Él y no le dejé marchar. "Mi amado es mío".

"Mi amado es mío y yo soy suya". 2. En los brazos de mi amor, Él es mío. Hubo un tiempo en que yo desconocía el significado de amar a Jesús y consideraba ridículo que otros dijese que le amaban. Siempre me quedaba con ganas de preguntarles cómo podía ser que amasen a uno que no habían visto. Pedro decía a los creyentes: "A quien no habiendo visto le amáis". Pero ahora que me he refugiado en Él, ahora que he sido hecho cercano a Él, ahora siento que no puedo hacer otra cosa sino amarle, y deseo verle para que pueda amarle más. Muchísimas veces caigo en pecado, y este hecho roba de mi corazón mi sentimiento de esperanza en Cristo. Las tinieblas me

rodean y densas nubes me cubren; Cristo desaparece de mi vista. Aún entonces yo me siento enfermo de amor. Cristo no es entonces luz y paz para mí, pero yo tenazmente procuro ir en su busca en medio de las tinieblas. Él es precioso para mí, aunque me halle en las tinieblas y en el valle de sombra del pecado. Todavía sigue siendo mi amado. "Éste es mi amado y mi amigo".

3. ÉL es mío en los elementos, en el pan y en el vino. En oración le he dicho muchas veces: "Tú eres mío". Muchas veces, cuando las puertas han sido cerradas y viene Jesús mostrándome sus heridas con su alentador mensaje "Paz a vosotros", mi alma acude a Él exclamando: "Señor mío y Dios mío". "Mi amado, tú eres mío". Muchas veces me ha citado a estar solo con Él, en lugares en que no hay ningún ojo humano. Muchas veces me he hallado con sólo rocas y árboles por testigos de mi clamor a Él que le aceptaba y proclamaba como mi Salvador. Él me ha dicho: "Contigo me desposaré para siempre" y le he contestado: " Mi amado es mío". Muchas veces he ido con algún amigo cristiano y juntos hemos derramado nuestros trémolos corazones consultándonos si es que tenemos o no libertad para acercarnos a Cristo; gracias a Dios hemos llegado a la misma conclusión: que si realmente somos tan pecadores y ninguna esperanza hay en nosotros mismos, entonces tenemos abierto el camino para acercarnos al Salvador de los pecadores. Nos acercamos a Él y le confesamos ser

nuestro. En cambio, ahora nos hemos congregado públicamente para trabar de Él ante todos, para testificar ante un mundo impío, para llamar como testigos cielos y tierra de que nosotros hemos aceptado a Cristo. Contempladle porta fe dándose para nosotros mismos; para recordarnos este hecho instituyó una cena y repartió el pan. ¡ Helo aquí! Realmente le aceptamos a Él y lo testificamos aceptando también su pan. Tened nuestro testimonio, hombres y ángeles, aceptad como fiel nuestro testimonio, universo todo. "Mi amado es mío" .

IV. MENSAJE AL CERRAR EL CULTO DE LA SANTA CENA

"A aquel, pues, que es poderoso para guardaros sin caída y presentaron delante de su gloria, irrepreensibles, con grande alegría, a Él sea gloria" (Judas 24).

No hay fin para las ansiedades de un pastor. Nuestro primer cuidado es ganaron para Cristo y después guardaron sin caída. Tengo la gran esperanza, muy amados en Cristo, de que un buen número de vosotros estáis hoy unidos realmente a Cristo. Pero empieza también ahora una gran ansiedad y preocupación; que viváis píamente en Cristo, que andéis según el Espíritu. Aquí hemos de declararon qué Dios, nuestro Salvador, es poderoso para: primero, guardaron sin caída en toda vuestra peregrinación; segundo, presentaron irrepreensibles al final.

A. GUARDADOS SIN CAÍDA

1. Nosotros no podemos guardaros sin caída. - Quienes se apoyan en los pastores, se apoyan sobre una caña movida por el viento. Cuando un alma ha recibido ¡a buena salvación a través de un ministro, a menudo cree será guardada de caída por el mismo medio. Piensa: "¡Oh, si tuviese a este amigo siempre a mi lado para exhortarme y para avisarme!" No, los ministros, por fieles que sean, ni los piadosos hermanos que muchas veces os han ayudado, no estarán siempre; habrán de desaparecer. "Vuestros padres ¿dónde están? y los profetas ¿han de vivir para siempre?" (Zacarías, 1:15). Podemos pronto ser quitados de vosotros y puede sobrevenir una grande hambre de pan. Y, por otro lado, a nuestras palabras ¿haréis siempre caso? Cuando las tentaciones y las pasiones sean fuertes, ¿haréis caso de nosotros y de nuestras exhortaciones?

2. Vosotros no podéis guardaros sin caída a vosotros mismos. - Hasta ahora sabéis muy poco de vuestra flaqueza y de la perversión de vuestro corazón. Nada hay más engañoso que vuestra apreciación de vuestra propia fortaleza. ¡ Oh si vieseis toda la enfermedad y flaqueza que vuestra alma padece!, ¡oh si vieseis cómo cada pecado tiene su fuente en vuestro mismo corazón, si conocieseis cuán débil y cascada caña sois!, clamaríais: "¡Señor, sostén mis pasos!" Ahora quizá podéis ser fuertes, pero dejaréis

de serlo cuando una compañía cualquiera os tienta; sólo lo seréis hasta que la oportunidad secreta os asalte. ¡Oh, cuántos caen entonces! En el momento presente se sienten fuertes, creen que sus pies son tan firmes como los del ciervo. Así de fuerte se sintió Pedro en la cena del Señor, pero su fortaleza se mantuvo hasta que este sentimiento se desvaneció. En tu caso, creyente, durará hasta que al unirse con los impíos te hagan alguna pregunta comprometedor, hasta que tengas una oportunidad secreta que nadie podrá ver, hasta que alguna provocación amarga despierte tu ira y mal genio, para que descubras que eres débil e inconsistente como la misma agua y que no existe pecado en el que tú no puedas caer.

3. Nuestro Salvador Dios es poderoso para guardarnos. - Cristo nos trata como nosotros tratamos a nuestros hijos. Ellos no pueden andar solos y vosotros los sostenéis. Lo mismo hace Cristo por medio de su Espíritu. "Yo con todo eso guiaba en pies al mismo Efraím, tomándolos de sus brazos" (Oseas 11:3). Eleva, por tanto, esta petición: "Señor, sostenme por mis brazos". Dijo Juan Newton: "Cuando una madre está enseñando a andar a su hijito sobre una suave alfombra, algunas veces lo dejará ir para que se caiga y así aprenda y conozca su debilidad, pero no hará lo mismo al borde de un precipicio". Así el Señor permitirá muchas veces que caigáis, como permitió que Pedro se hundiese en las aguas, aunque no lo permitirá

para vuestro mal. El pastor coloca sobre su hombro ala oveja; no importa, entonces, cuán enorme sea la distancia a recorrer, no importa cuán altas puedan ser las montañas, no importa cuán estrecha pueda ser la senda: nuestro Salvador Dios es un poderoso pastor. ¡Cuántas montañas hay en vuestro camino hacia el cielo! Algunos de vosotros tenéis montañas de pasiones en vuestros corazones, otros montañas de oposición; no importa, afianzaos solamente sobre su hombro. Es poderoso para guardaros; aún el valle de sombra lo podrá atravesar sin temblar.

B. PARA PRESENTAROS IRREPENSIBLES

1. Irrepensibles en justicia. - Todo el tiempo que viváis en vuestro cuerpo mortal estaréis llenos de faltas en vosotros mismos. Es mortal para el alma creer lo contrario.

Oh, si fueseis sabios, estaríais más a menudo contemplando la ropa de justicia del Redentor para contrastar vuestra propia injusticia! Si así lo hicieseis, tendríais en mayor estima sus vestiduras y con mayor fervor procuraríais acudir a la fuente de su sangre para lavar vuestras inmundicias y vestimentas viles. Ahora, cuando Cristo os presenta ante el trono de Dios os atavía con sus propios y finos atavíos de justicia y así os presenta sin falta. ¡Oh, cuán grato me es pensar cuán pronto seré investido de su justicia para ser presentado delante de Dios! ¡Cuán gloriosa es esa justicia que nos permite

permanecer a la luz de la faz de Dios! A veces un vestido parece blanco en un lugar de luz escasa; sólo cuando se sale a la clara luz del día aparecen las manchas. Tened, pues, en alta estima esa justicia, la cual es vuestro vestido.

2. Irreprensibles en santidad. - A veces mi corazón se debilita cuando pienso en los defectos de los creyentes; en los creyentes frívolos, en los dados a las vanidades y la murmuración. ¡Oh! amad el ser cristianos santos, creyentes puros e irreprensibles. El firmamento tiene mayor adorno con las constelaciones y las galaxias que con muchas, pero sueltas e insignificantes estrellas. Así Dios puede recibir mucha más honra con la conducta de un fiel cristiano que con la de miles de cristianos indiferentes. Procurad y anhelad ser ese uno que honra a Dios.

Pronto seremos sin falta, irreprensibles. "El que empezó la buena obra la perfeccionará". "Seremos como Él es porque le veremos como Él es". Cuando vuestro cuerpo sea depositado en el lugar del sueño de la muerte ya podréis decir: "Adiós, pasiones, adiós para siempre; adiós, orgullo mío; adiós, mi propia suficiencia y vanagloria; adiós, peleas y envidias; adiós para siempre, mi tendencia a avergonzarme de Cristo". ¡Cuán dulce hará ala muerte este hecho! ¿No es cierto, creyentes? ¡ Oh, "deseo partir y estar con Cristo"!

C. A ÉL SEA LA GLORIA

1. Si algo hay bueno en tu alma, dale a Él toda la gloria. No des tu alabanza a nadie más que a Él.
2. Dale a Él el poder también. Rendíos a vosotros mismos a Él, en cuerpo y alma.

Mensaje XXIII

LA VOZ DEL AMADO

“¡La voz de mi amado! He aquí él viene saltando sobre los montes, brincando sobre los collados. Mi amado es semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos. Helo aquí, está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, mostrándose por las rejas. Mi amado habló y me dijo: Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente. Porque he aquí ha pasado el invierno, hace mudado, la lluvia se fue; hanse mostrado las flores en la tierra. El tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola; la higuera ha echado sus higos, y las vides en cierne dieron olor: Levántate, ore amiga mía, hermosa mía, y vente. Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de los escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto. Cazadnos las zorras, las zorras

pequeñas, que echan a perder las viñas; pues que nuestras viñas están en cierne. Mi amado es mío, y yo suya; él apacienta entra lirios, hasta que apunte el día y huyan las sombras. Tornate, amado mío, sé semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos sobre los montes de Bether” (Cantar de los Cantares 2:&17).

No hay otro libro en la Biblia que, como el Cantar de los "untares de Salomón, aporte una más grande prueba de la profundidad del cristianismo del hombre. Si la religión del hombre hubiese de ser sólo intelectual, consistiendo en un conjunto de doctrinas sólidamente establecidas, edificadas como en edificio majestuoso, con piedra sobre piedra, pero no destinado a producir ninguna influencia en el corazón, este libro no podría hacer otra cosa que escandalizarnos. No hay en él ningún firme establecimiento de la doctrina sobre el cual construir un edificio teológico o doctrinal, que es lo que anda cascando siempre el hombre cuya religión no radica en el corazón, sino solamente en la mente.

O si la religión del hombre consiste en sólo fantasías; si, como Flexible, el personaje del conocido libro "El Peregrino", el hombre es ganado por la belleza exterior del cristianismo; si, como la simiente arrojada sobre terreno pedregoso; su religión queda fijada o establecida solamente sobre las superficiales facultades de la mente en

tanto el corazón sigue endurecido e incommovible, aunque pretenda hallar gusto en la lectura y conocimiento de este libro con todo su esfuerzo más sincero, continuará resultándole misterioso, incomprensible, lleno de afectos demasiado íntimos y, por revelados públicamente, deshonestos, todo lo cual no podrá sino turbarle y ofenderle.

Pero si la religión del hombre consiste en una religión del corazón; si el creyente no solamente tiene doctrinas en su cabeza, sino también amor en su corazón, amor no fingido a Jesús; si él no sólo oye y lee acerca del Señor Jesús, sino que además siente la necesidad de Él y se siente atraído hacia Él, a quien considera como el primero entre diez mil, como el muy amado y deseado, entonces este libro le será muy precioso. Contiene los más tiernos sentimientos que brotan del corazón del creyente para con su Salvador y los más dulces alientos del corazón del Salvador para con los creyentes.

La mayoría de los mejores intérpretes de este libro están de acuerdo en que no consiste en un solo cántico, sino en muchos; que estos cánticos se hallan expresados en forma poética, y que como las parábolas de Cristo, contienen un significado espiritual bajo el atavío y ornamento de algún incidente o narración poética.

El pasaje que hemos leído es una de estas canciones poéticas y el tema de que trata es la o súbita visita que recibe una novia oriental de su señor amante. El cuadro nos representa una esposa, sentada sola y desolada en una especie de mirador, o una glorieta occidental, es decir, un lugar de retiro y descanso situado en los jardines de nuestros países occidentales. Estas glorietas o miradores son descritos modernamente como "lugares rodeados por una pared verde, cubierta con jazmines y vides emparradas, con ventanas adornadas con enredaderas".

Los montes de Bether (o, dado que se hallan en lugares limítrofes, los montes divisorios), las montañas que la separan de su amado, parecen a la novia casi infranqueables. Las ve tan escarpadas y escabrosas que teme que él nunca podrá atravesarlas para volver a ella y visitarla. Para ella su jardín no tiene atractivo alguno que la invite a pasear por él. Toda la naturaleza le parece participar de su tristeza; reina -le parece- el invierno dentro y fuera; tiene la impresión de que no hay flores que embellezcan el lugar; los cantos de los pájaros más bien parecen tristes y apagados; la voz de la tórtola no es oída en la comarca.

Y es estando ella así, desolada y solitaria, que suena en sus oídos la voz de su amado. El amor es presto para oír y reconocer la voz del amado; por esto ella oye aquella voz

antes que cualquiera de las vírgenes que la cuidan. Pronto brota de su corazón la exclamación llena de alegría: "¡La voz de mi amado!" Cuando ella estaba sentada en su soledad le parecían infranqueables aquellas montañas que le separaban de él, muy escarpadas y de difícil acceso; ahora que ya le siente cerca, ve con cuánta ligereza y facilidad ha podido pasarlas, de modo que le compara al "gamo o al cabrito de los ciervos, saltando sobre los montes, brincando sobre los collados".

Sí, he aquí en tanto ella está todavía hablando, él ya ha llegado a la pared del jardín. "Helo aquí, está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, mostrándose por las rejas". La novia pasa ahora a relatarnos la gentil invitación amorosa que parece ser iba entonando su amado mientras venía raudo en su busca a través de los montes. Cuando estaba sentada sola y desolada, toda, toda la naturaleza parecía estar muerta, reinaba el invierno; pero hora él le dice que con su llegada se ha presentado el tiempo de la primavera. "Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente, porque he aquí ha pasado el invierno, ha mudado, la lluvia se fue; hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola; la higuera ha echado sus higos y las vides en cierne dieron olor: Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente".

Impulsada por tan tierna invitación, sale de su lugar de retiro para acudir junto a su señor y se une a él como temerosa y cándida paloma se introduce en las hendeduras de las peñas. Entonces él le dirige estas palabras de tiernísimo y delicado afecto: "Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, porque dulce es la voz tuya y hermoso tu aspecto". Llena de gozo, saliendo junto con su señor, sin embargo, ella se acuerda de que está en la estación de los grandes peligros que amenazan su viña, estación en que las zorras pueden echar a perder las viñas; por esto ella, antes de marchar con él, encarga a sus servidoras tengan cuidado de las zorras. "Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas, pues que nuestras viñas están en cierne". A continuación ella reitera nuevamente el pacto de sus esponsales con su amado manifestando tiernamente: " Mi amado es mío y yo soy suya; él apacienta entre los lirios".

Y finalmente, conociendo ella que este período feliz de íntima comunión no será indefinido, sino que habrá de interrumpirse, puesto que su amado habrá de ausentarse nuevamente y marchar más allá de las montañas, no le dejará partir sin antes rogarle que renueve a menudo aquellas visitas amorosas, hasta aquel feliz amanecer en que no habrán de separarse más . "Hasta que apunte el día, y huyan las sombras tórnate, amado mío; sé semejante al

gamo, o al cabrito de los ciervos, sobre los montes de Bether".

Bien podríamos desafiar al mundo de los genios para que, en cualquier idioma, produjese un poema semejante a éste, tan breve, tan comprensible, tan delicadamente bello. Sin embargo, sólo nos interesa, para nuestro propósito, destacar que no hay otro lugar en la Biblia que nos ofrezca un cuadro tan bello de las más íntimas experiencias de que es dado gozar al corazón del creyente.

Contemplemos, por tanto, ahora esta parábola como una descripción de una de las visitas que el Salvador depara a menudo a las almas de los creyentes, cuando a sí mismo se les manifiesta de una forma que no conoce el mundo.

I. CUANDO, HABLANDO EN UN SENTIDO, CRISTO ESTÁ AUSENTE DEL ALMA DE UN CREYENTE, ÉSTE SE SIENTE SOLO Y DESOLADO

En la parábola vemos que, estando lejos el señor, la novia se hallaba sentada desolada y solitaria. No llamó a los jóvenes, ni a los risueños para alegrar sus horas solitarias. ¡No llamó tampoco al arpa ni al trovador para entretener y hacer más pasajera su soledad. No mandó traer ningún instrumento de música, ni vino para entretenerse en fiestas que la distrajesen. No, nada de eso, se sentó sola. Las montañas le daban la sensación de ser infranqueables y le

parecía que la naturaleza toda participaba de su tristeza. Si no podía alegrarse con la visión de la faz de su señor, había resuelto no alegrarse con nada más. Prefería sentarse sola y desolada.

Lo mismo sucede con el verdadero creyente en Cristo Jesús. Cualesquiera que sean las montañas de Bether que se interpongan entre su alma y Cristo, sea que haya caído en antiguos y casi olvidados pecados -de forma que sus iniquidades le hayan nuevamente separado de su Dios habiendo sus pecados privándole de ver su faz o de oír su voz-, n sea que el Salvador le haya privado por un tiempo de la comfortable luz de su presencia para probar la fe de él, para ver si, cuando "anda en tinieblas y sin luz, sigue confiando en el nombre del Señor y sigue aguardando en su Dios". Sean cuales sean las montañas de separación, señal clara y evidente del creyente es ésta de sentarse solo y desolado. Le es imposible tomar en broma su preocupación por sus cuidados y ansias del cielo, como fácilmente puede hacer el hombre no regenerado y el hombre del mundo. No puede ahogar sus pesares por medio de practicar una conducta de excesos en muchos sentidos, como pueden hacerlos mundanos cuando, por ejemplo, beben y viven desenfrenadamente para olvidar alguna pena. Ni siquiera da alivio a sus heridas la compañía de alguna amistad humana. No, ni aun la misma comunión con los otros creyentes, con los mismos hijos de

Dios, le produce gozo; ahora le es incluso poco apetecida. No puede gozarse como pedía .hacerlo antes, cuando conversaba dulcemente con aquellos en quienes había el temor del Señor. Parecen tan gran obstáculo al alma las montañas que hay entre ella y el Salvador, que teme que

Él no le visitará más. Todo cuanto le rodea participa de su tristeza; el invierno reina interior y exteriormente. Se sienta y se siente solo y desolado. En su aflicción levanta su corazón a Dios en oración; y la carga que le oprime en tanto ora es la misma que la que sentía un anciano creyente, que decía: "Señor, si no me concedes el contentarme con la luz de tu rostro, dame que no pueda ser contento con nada más; conozco bien que el gozo sin ti es verdadera muerte".

Ah, amigos míos?, ¿sabéis algo de esta tristeza? ¿Conocéoslo que es sentarse así y sentirse desolado y solo porque Jesús está lejos? Si lo sabéis, entonces ¡regocijaos - si es, que os es posible- aun en medio de vuestro dolor! Esa misma tristeza es inequívoca señal de que sois creyentes, la tristeza que hace que sólo podáis hallar vuestra paz y gozo teniendo comunión con el Salvador.

Pero, ¡ah, cuán diferente es la experiencia de la mayoría de vosotros! Nada sabéis de esa tristeza. Sí, quizás os burláis de ella. Podéis estar contentos y felices con el mundo, aunque nunca hayáis conocido al Salvador. Podéis

fácilmente encontrar alegría con vuestras amistades, aunque la sangre de Jesús nunca haya inundado de paz vuestro corazón. ¡Ah, cuán cierto es que vosotros os apresuráis a los lugares de alegría en que no se puede hallar la verdadera paz! "No hay paz -dice Dios en su palabra- para el impío".

II. LA VISITA DE CRISTO AL ALMA DESOLADA QUE CREE EN ÉL A MENUDO ACOSTUMBRA A SER REPENTINA Y MARAVILLOSA

Notamos en la parábola que estando la novia sentada, sola y desolada, de repente oyó la voz de su amado y señor. El amor es presto para descubrir la voz amada; por esto clamó: " ¡La voz de mi amado!" Antes creía que las montañas nunca hubieran podido ser franqueadas; ahora gratamente puede comprobar que la ligereza de su amado puede compararse a la del gamo o a la del cabrito de los ciervos. He aquí que, estando aun hablando, él ya se halla junto a la pared, mirando por las ventanas, dejándose ver a través de las rejas. Justamente así le sucede a menudo al creyente. Mientras se halla sumido en su desolación y soledad espiritual, cree que los montes que le separan de su Salvador son demasiado grandes, que constituyen una barrera que el Salvador no podrá atravesar y teme que nunca más podrá gozar de su comunión. Las montañas de las provocaciones de un creyente son a menudo muy

grandes. "Que haya yo pecado otra vez, yo, que he sido lavado en la sangre de Jesús. Comparándola conmigo es poca la culpa de otros que pecan contra Él; ellos nunca le han conocido, ellos nunca le han amado como yo le he amado. Ciertamente yo soy el primero de los pecadores; sino no hubiera pecado como lo he hecho contra mi Salvador. Las montañas de mis provocaciones se han aumentado hasta los cielos, y Él ya no podrá venir a mí otra vez. "¡Ay de mí!" -gime el creyente.

Éste es el testimonio que el creyente escribe contra sí mismo, testimonio lleno de amargas confesiones. Y entonces, hallándose así afligido el creyente, a veces en ese mismo instante, oye la voz de su amado, de su amado Salvador. Algún texto de la Palabra, alguna palabra de algún amigo cristiano, alguna parte de algún sermón revela al alma otra vez a Jesús en toda su plenitud como el Salvador de los pecadores, aún del primero de ellos. O quizá se ha dado a conocer al alma desolada al ser partido el pan, cuando dice sus dulces palabras: "Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; esta copa es el nuevo pacto en mi sangre derramada para la remisión de los pecados de muchos; bebed de ella todos". Entonces el alma no puede sino exclamar llena de gozo: "¡La voz de mi amado! He aquí Él viene saltando sobre los montes, brincando sobre los collados".

¡Ah, mis amigos!, ¿sabéis algo de tan agradable sorpresa? Si sabéis algo de ello, ¿por qué, pues, permanecéis sentados, por qué continuáis desolados como si la mano del Señor se hubiese acortado para no oír? En tus horas oscuras dices: "¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te conturbas en mí? Espera a Dios, porque aún le tengo de alabar; es el salvamento delante de mí, y el Dios mío". Aguarda con esperanza a la palabra. No acudas a oír con aquella indiferencia que no quiere dar oídos, como si nada de lo que se vaya a decir te sea digno de ser oído. No es la palabra de un hombre, vil gusano como tú, sino la palabra del Dios vivo la que se te anuncia. Acudid con los lomos de vuestra expectación bien ceñidos y entonces hallaréis ser cierta la promesa de que "Dios colmará de bienes al alma hambrienta y enviará vacíos a los ricos".

III. LA VISITA DE CRISTO MUDA TODAS LAS COSAS AL CREYENTE Y SU AMOR SE MANIFIESTA MÁS TIERNAMENTE QUE NUNCA

Vemos en la parábola que la novia se sentaba sola y desolada y que toda la naturaleza participaba de su tristeza. Su jardín no poseía atractivo alguno que la invitase a pasear por él, porque el invierno reinaba dentro y fuera. Pero al presentarse su señor tan velozmente a través de las montañas, con su llegada trajo la primavera. La naturaleza y ambiente que rodeaba a la novia cambiaban a medida

que él se acercaba y la invitación de él es: "Porque ha pasado el invierno, has mudado, la lluvia se fue; levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente".

Justamente ésta es la situación del creyente cuando Cristo está fuera; para su alma todo es invierno. Pero cuando Él viene otra vez pasando por encima de las montañas de las provocaciones del creyente, llega con Él también la primavera. Cuando Él, el sol de justicia, se levanta de nuevo sobre el alma, sus rayos no sólo caen sobre el alma del creyente, sino que todo lo demás también sufre un cambio delicioso. Los montes y los collados prorrumpen delante de Él en un cántico de alabanza y todos los árboles del campo dan palmadas de aplauso. Todo constituye un verdadero cambio de estación para el alma; su experiencia puede compararse a aquellos bruscos cambios que se producen en los países donde el sol brilla con mayor fuerza que en el nuestro, cuando, aún llovizando levemente, las nubes se desvanecen rápidamente y sale un sol hermoso; la reciente lluvia parece haber dejado más limpia la tierra y el firmamento.

La naturaleza del mundo es cambiada. En vez de espinos aparecen abetos, y en vez de ortigas, arrayán. Cada árbol y campo posee una nueva belleza para el alma feliz. El mundo de la gracia también experimenta un gran cambio. La Biblia resultaba árida e incomprensible antes; ahora, en

cambio, ¡qué haces de rayos de luz despiden sus páginas sagradas! ¡Cuán cuajada de verdad, cuán refrescante resulta al alma, qué significado tan profundo contiene, qué toques tan profundos hacen en el corazón sus simples frases! La casa de oración antes triste y árida, en la que los cultos eran pobres e insatisfactorios, ahora, cuando el creyente ha visto al Salvador como si le hubiese visto en su santo templo, arranca de él la exclamación gozosa del salmista: "¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos; mejor es un día en tus atrios que diez mil fuera de ellos!" El jardín del Señor antes estaba triste y abandonado; ahora su atractivo y ternura se manifiestan nuevamente hacia los no convertidos, y el amor brota otra vez del seno del pueblo de Dios. Conversan entre sí acerca del Señor aquellos cuyos corazones están inflamados del santo temor del Señor. El tiempo decantarlas alabanzas a Jesús ha llegado, y la voz de la tórtola del amor hacia Jesús vuelve a oírse otra vez en la tierra; la viña del Señor entonces está en ciernes y los granados florecen y la voz de Cristo dice al alma: "Levántate, oh amiga mía paloma mía, y vente".

Como la tímida paloma perseguida por el ave de rapiña que casi, casi apresada, con ansiosos aletazos se esconde más profundamente que nunca lo ha hecho otras veces entre las grietas de la peña, así el creyente, a quien Satanás ha perseguido para zarandarlo como trigo, cuando ha sido

restaurado una vez más a la presencia llena de gracia de su Señor, se adhiere a Él con ardiente y ansiosa fe y se refugia más íntimamente que antes en las heridas de su Salvador.

Así sucedió con el Pedro caído, cuando tan gravemente había negado a su Señor, que cuando desde la barca le descubrió en la playa arrojóse únicamente él al mar, cubierto que hubo su desnudez para alcanzar tierra firme el primero; y así, aquel apóstol caído, cuando otra vez volvió a esconderse en las hendiduras de la roca de los siglos, halló que el amor de Jesús se le mostraba más tierno que antes a través de aquella conversación que, como no existe otra en el resto de la Biblia, combina las más tiernas reprensiones con el más cariñoso aliento. "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?" Así también todo creyente reincidente halla que, cuando otra vez vuelve a refugiarse en las frescas heridas abiertas de su Señor, la fuente de su amor fluye de nuevo, y las corrientes de su bondad y misericordia son más abundantes que antes, porque sus palabras son: "Paloma mía que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, porque dulce es la voz tuya y hermoso tu aspecto".

Oh, mis amigos!, ¿sabéis algo de esto? ¿Habéis experimentado alguna vez tal venida de Cristo sobre las

montañas de vuestras provocaciones, cambiando con su llegada la estación de vuestra alma? ¿Habéis encontrado vosotros, creyentes reincidentes, cuando os habéis refugiado más profundamente en los agujeros de la roca - del mismo modo como lo hizo Pedro-, habéis encontrado que su amor era más tierno? ¿Y no os ha enseñado ello a buscar un más rápido arrepentimiento en vuestras caídas? ¿Por qué estar un momento más sin la presencia del Salvador? ¿Estáis quizás aguardando que sean limpiadas todas las manchas de vuestro vestido? ¡Ay de vosotros! ¿cómo queréis limpiarlas si estáis despreciando la sangre que puede limpiarlas? ¿Aguardáis quizá al momento en que seáis más dignos del favor del Salvador? ¡Ay, que aunque aguardéis toda la eternidad, nunca podréis haceros más dignos! Vuestro pecado y vuestra miseria son vuestra única plegaria. Venid y veréis con cuánta ternura Él tratará vuestras provocaciones y caídas y cómo os amará abundantemente, y os dirá " paloma mía".

IV. OBSERVEMOS LA TRIPLE DISPOSICIÓN DE TEMOR, AMOR Y ESPERANZA QUE DESPIERTA EN EL SENO DEL CREYENTE ESTA VISITA DEL SALVADOR.

El temor, el amor y la esperanza forman como un fuerte lazo en el seno del creyente restaurado, y este cordón de tres hilos difícilmente puede ser roto.

1. Primeramente hay temor. - Como la novia de la parábola no acompañaba a su señor sin antes encomendar a sus vírgenes vigilasen la viña de las zorras que echan a perder las viñas, así cada creyente sabe y siente que el tiempo de más estrecha comunión es también el tiempo de mayor peligro. Cuando el Señor fue bautizado y el Espíritu Santo había descendido sobre él como paloma oyéndose una voz diciendo: "Éste es mi Hijo amado en quien tomo contentamiento", entonces fue cuando fue conducido al desierto para ser tentado del maligno.

Del mismo modo cuando el alma está recibiendo sus más altos privilegios y consuelos, Satanás, junto con sus ministros,-se halla más cerca -las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas-. 1.º El orgullo espiritual está cerca. Cuando el alma se esconde en las heridas del Salvador y recibe los grandes toques de su amor, entonces el corazón empieza a pensar: "¡Ciertamente yo soy alguien, cuánto he progresado en la carrera de los creyentes!" Ésta es una de las pequeñas zorras que carcomen la vida de la verdadera piedad. 2.º El hacer de vuestros consuelos y experiencias un Cristo, mirando a ellos y no a Cristo, apoyándoos en ellos y no en el amado. Ésta es otra de las pequeñas zorras. 3.º El tener la idea -equivocada, desde luego -de que ahora ya estáis más seguros, ya estáis a cubierto del pecado y por encima del poder de la tentación, y que ahora ya podéis resistir a todos

los enemigos. Éste es el orgullo que precede a toda caída. Ésta es otra de las zorras, las zorras pequeñas que echan a perder las viñas. No olvidéis nunca, os ruego que nunca olvidéis que ésta es otra de las señales seguras de que se es creyente, el temor. Aun cuando sintáis que es Dios mismo el que obra en vosotros, a pesar de todo, la palabra dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor"; aun cuando sobreabunde vuestro gozo, recordad que está escrito: "Alegraos con temblor" (Salmo 2:4), y otra vez: "No te ensoberbecas, antes teme" (Rom. 11:20). Acordaos de la precaución de la novia y decid: "Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas, pues que nuestras viñas están en cierne".

2. Pero si en tal época el santo temor es una señal inequívoca del creyente, aún más lo es el amor que se apropia más de Cristo. - Cuando Cristo vuelve otra vez venciendo todos los obstáculos de las montañas de provocación contra Él levantadas y se revela al alma más plena y libremente que nunca antes, de un modo que no hace al mundo ciego, entonces el alma puede decir: " Mi amado es mío y yo soy suya". Yo no digo que el creyente pueda usar estas palabras en todo tiempo. En el tiempo de las tinieblas y en el tiempo de la pecaminosidad de un creyente, la realidad de la fe de un creyente más bien debe medirse por su tristeza que por su confianza. Lo que sí digo es que, cuando Cristo se revela de nuevo al alma,

dejando que aparezcan sus rayos como los del sol medio ocultado por una nube, rayos de un amor soberano e inmerecido, entonces ningunas palabras colmarán tanto al verdadero creyente como éstas: mi amado es mío y yo soy suya". El alma descubre que Jesús es un Salvador lleno de gracia, tan lleno de ansias de salvarle que puede acudir a Él y tener vida; le ve extendiendo sus manos todo el día, no complaciéndose con la muerte del impío, clamando a los hombres: "Volveos, volveos, ¿por qué moriréis?"

El creyente descubre que Jesús es el Salvador apropiado y suficiente, el único que cubre todas las necesidades de su alma enferma. Cuando por primera vez acudió a Jesús le halló suficiente para su necesidad; Jesús venía a serle como la sombra de una gran roca en un país desértico. Pero ahora descubre en Cristo un nuevo aspecto de lo adecuado que es Cristo, como Pedro cuando se despojó de sus atavíos de pescador y se arrojó al mar. Encuentra que Jesús es el Salvador que necesita el creyente reincidente, que su sangre puede limpiar aún las manchas del que, habiendo comido pan con Él, ha levantado después su mano contra Él.

El alma ve también que Jesús es un Salvador completo, perfecto, que ofrece al pecador no sólo perdón, sino perdón abundante y sin medida; no sólo le da justicia, sino una Justicia mayor que la justicia humana, una justicia toda ella

divina; no sólo le da el Espíritu, sino ríos de agua viva e inundaciones sobre el sediento y árido terreno de su alma. El alma descubre esto en Jesús y no puede sino escogerle y deleitarse en Él con un nuevo y particular amor, que dice: "Mi amado es mío". Y si alguien le pregunta: ¿Cómo te atreves tú, vil gusano, a decir que el Salvador es tuyo? la respuesta es ésta: 'Porque yo soy suyo. Él me escogió desde antes de la fundación del mundo, aunque yo antes nunca le había escogido; Él derramó su sangre por mí, bien que yo por Él nunca había derramado ni una sola lágrima; Él clamó por mí, a pesar de que yo nunca me preocupé de Él; Él me vio a mí, aun cuando nunca yo me había preocupado de conocerle. Él me amó primero, por esto yo le amo. Él me escogió, por esto yo le he escogido para siempre. "Mi amado es mío y yo soy suyo."

3. Pero, finalmente, si el amor también es una marca del verdadero creyente en tal tiempo, no lo es menos su esperanza. - El dicho de un creyente -Pedro- en una hora de maravillosa comunión con el Señor, fue: "Señor, bueno fuera quedarnos aquí". Amigo mío, tú no eres un verdadero creyente si Jesús nunca se te ha manifestado en tus devociones secretas, o en la casa de oración, o en el partimiento del pan, de forma tan dulce como clara y poderosa que haya arrancado de tu corazón: "Señor, bueno es quedarnos aquí." Pero, aunque sea bueno y agradable, como lo es la luz del sol a los ojos, sin embargo, el Señor

sabe que no es lo más sabio ni lo mejor permanecer siempre allí. Pedro debe descender de la montaña de la transfiguración y librarla buena pelea de la fe en medio de un mundo lleno de desvergüenza y concupiscencias y oposición, frío y lleno de desprecios y odio. Y así debe ser con todo hijo de Dios. No estamos aún en el cielo, el lugar de la perfecta visión y el gozo no interrumpido. Estamos en la tierra, el lugar de la fe, y de la paciencia, y de la esperanza, que mira de forma constante hacia el cielo, como la brújula al Polo Norte. Si la estrecha e íntima comunión del creyente con su Salvador fuera continua y permanente, no habría posibilidad de que en su corazón brotara la esperanza, la tercera de las cuerdas vibrantes de la experiencia cristiana. Aún los más adelantados creyentes andan aquí en oscura noche, a lo más, en los momentos en que empieza a iluminar el crepúsculo, y las visitas de Jesús al alma no hacen sino más notorias las tinieblas que hay en derredor. Pero la noche está llegando a su fin, el día está cercano. El día de la eternidad ya empieza a aparecer por el Este. El Sol de Justicia pugna por elevarse sobre el mundo y las sombras ya se preparan para desaparecer. Hasta entonces el corazón del creyente verdadero que conoce lo sublime de una íntima comunión con el Señor, anhela y suspira en oraciones, que Jesús vuelva a menudo a visitarle, del mismo y tan agradable modo, súbita y dulcemente, para iluminarle en tanto dura su oscura

peregrinación. ¡Ah, sí, amigos míos?, cada uno de los que aman al Señor Jesucristo en sinceridad, -únase ahora a la bendita novia en su oración: "Hasta que apunte el día y huyan las sombras, tórnate, amado mío; sé semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos, sobre los montes de Bether".

Mensaje XXIV

NUESTRA DEUDA A ISRAEL

«*Al judío primeramente*» (Rom. 1:16).

Muchas personas se avergüenzan del evangelio de Cristo. Los sabios se avergüenzan porque llama a los hombres a creer y no a discutir; los poderosos lo menosprecian porque hace a todos los hombres iguales, un cuerpo; los ricos lo desechan porque ha da ser adquirido sin dinero y sin precio; los que viven disipada y alegremente se avergüenzan de él porque temen que les destrozaría su alegría. Así las buenas nuevas del glorioso Hijo de Dios venido al mundo para ser refugio de los pecadores perdidos son despreciad a., tenidas en olvido y menosprecio; los hombres se avergüenzan de ellas. ¿Quiénes no se avergüenzan del evangelio? Un pequeño

grupo, sólo unos pocos, una minoría cuyos corazones ha tocado el Espíritu de Dios. Ciertamente hubo un tiempo en que fueron como los demás y pertenecieron también al mundo. Pero Dios, despertándoles, hizoles ver su pecado y miseria, mostróles que sólo Cristo era el refugio único y fueron impulsados a clamar: "Sólo Cristo, séame sólo Él por Salvador". "Lejos sea de mí gloriarme, pino en la cruz de Cristo." Cristo es precioso a su corazón, -, ve en él; frecuentemente se halla en sus labios; Cristo es alabado en sus familias; afanosamente le proclaman a todo el mundo. Han sentido en su propia experiencia que el evangelio es la potencia de Dios para dar salvación, al judío primeramente y también al griego. Queridos amigos, ¿es ésta vuestra experiencia? ¿Habéis recibido vosotros el evangelio no sólo en palabras sino también en poder? ¿Se ha manifestado el poder de Dios en vuestras almas al mismo tiempo que se ha manifestado su palabra? En tal caso, vuestras son también sin duda las palabras de Pablo: "No me avergüenzo del evangelio de Cristo".

De este hecho quiero haceros notar una particularidad especialmente. El apóstol se gloria en el evangelio como siendo la potencia de Dios para salvación, al judío primeramente; de ello trazo la siguiente doctrina: Que el evangelio debía ser predicado primeramente a los judíos.

1. Porque también el juicio empezará primero por ellos. - "Enojo e ira... al judío primeramente" (Rom. 2: 6-10). Horrible pensamiento es éste, que el judío será el primero en ser llevado a la presencia de Dios para ser juzgado. Cuando el gran trono blanco sea aparejado y Dios se sienta en él una vez los cielos y la tierra hayan pasado; cuando los muertos, pequeños y grandes, se hallen delante de Dios y los libros sean abiertos y los muertos juzgados por las cosas escritas en los libros, ¿no es un pensamiento tremendo que Israel, el pobre y ciego Israel, será primeramente llevado al juicio delante de Dios?

Cuando en su gloria venga el Hijo del hombre y todos sus santos ángeles con Él, cuando se sienta sobre el trono de su gloria y ante Él sean congregadas todas las naciones y Él proceda a efectuar la gran separación de los unos y los otros, como el pastor separa sus ovejas de sus cabritos, cuando sus labios pronuncien la tremenda sentencia: "Apartaos, malditos"; y cuando los muchísimos condenados serán arrojados al castigo eterno, todo ello ¿no basta para que la mayoría de vosotros, descuidados y despreocupados, hagáis un alto y consideréis al ver que la indignación y la ira se derramarán primeramente sobre el judío, al ver que sus rostros palidecerán de terror, que sus rodillas chocarán entre sí y que sus corazones desfallecerán dentro de ellos, de una manera más terriblemente angustiada que en los demás?

¿Y por qué? Porque ellos habían tenido más luz que ningún otro pueblo. Dios los escogió entre el resto del mundo para que fuesen su testigo. Todos los profetas fueron enviados primeramente a ellos; todo evangelista y apóstol tuvo un mensaje para ellos. El Mesías vino a ellos. Dijo el mismo Mesías: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". La Palabra de Dios todavía está siendo dirigida a ellos. Todavía siguen teniéndola pura e inalterada en su mano. Sin embargo, han pecado contra toda la luz de ella, contra todo su amor. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste!" La copa de ira de ellos se hallaba más rebosante que la de los demás; el mar de ira contra ellos era más profundo. Contemplando sus rostros podréis leer en todos los tiempos que la maldición de Dios pesa sobre ellos.

¿No es ésta una razón, pues, por la que el evangelio debía ser predicado primeramente a los judíos? Ellos estaban aparejados para perecer, para condenarse más terriblemente que los demás hombres. La nube de enojo e ira que aún ahora se está acumulando amenazadoramente sobre los perdidos se derramará sobre la culpable, desgraciada y endurecida Israel. ¿Y en vosotros no hay nada de las entrañas del amor de Cristo que os impulse a correr primero en ayuda de aquellos que se encuentran en

uña situación tan desgraciada? En un hospital, el médico que tiene vocación corre primero a aquel lecho en que se halla postrado el enfermo que está más próximo a la muerte. Cuando un barco va a pique y los intrépidos marinos dejan la playa para ir adonde está la multitud que naufraga, ¿no extienden sus manos para ayudar primero a aquellos que se hallan en mayor peligro de perecer entre las olas? ¿Y no hacemos lo mismo por Israel? Las olas de la ira de Dios están aparejadas para abalanzarse primero sobre ellos; ¿no buscaremos, por tanto, traerlos primero a la roca que las aguas de la ira de Dios nunca cubrirán? Su caso es mucho más desesperado que el del resto de los hombres; ¿no les hacemos llegar al gran Médico, quien sólo y sólo por Él puede darles la salud y la cura? Porque el evangelio es potencia de Dios para salvación, al judío primeramente y también al griego.

No puedo dejar este punto sin dirigir una palabra a aquellos de vosotros que os halláis en una situación muy similar a la de Israel, a vosotros que tenéis la palabra de Dios en vuestras manos y, sin embargo, continuáis en vuestra incredulidad y seguís no salvos. En muchos aspectos Escocia puede ser llamada el segundo Israel de Dios. No hay ningún otro país que tenga su día del Señor como lo tiene Escocia; ningún otro país hay en el que el evangelio pueda ser predicado tan libremente. ¡Oh, entonces, pensad un momento, vosotros que os sentáis bajo

la sombra de fieles ministros y que, con todo, seguís no convertidos y no habéis sido traídos a sentaros bajo la sombra de Cristo, pensad cuán semejante será la ira que sobre vosotros se atesora a la ira que se cierne contra los impenitentes judíos! Y pensad también en la maravillosa gracia de Cristo, de ese evangelio que ha sido primeramente dado a vosotros. Por más que vuestros pecados sean rojos como el carmesí, más abundante ha sido la sangre que podía convertirlos en la blancura de la nieve. Porque ésta es todavía la palabra que Dios ha dado a todos sus ministros. "Empezad en Jerusalén".

2. Es agradable a Dios cuidarse primeramente de los judíos. - Es una gloria y gozo infinitos para el alma el ser semejante a Dios. Recordad que ésta fue la gloria de la condición en que Adán fue creado. "Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza". Su entendimiento era claro y despejado, sin nube alguna. Veía, en su medida, como veía Dios. Su voluntad discurría por el mismo canal por el que discurría la: voluntad de Dios. Sus sentimientos iban en pos de las mismas cosas que eran objeto del amor de Dios. Cuando el hombre cayó, perdimos todo esto y vinimos a ser hijos del diablo y no hijos de Dios. En cambio, cuando un alma perdida es traída a Cristo y recibe el Espíritu Santo, el viejo hombre es echado fuera y puesto en su lugar el nuevo hombre, que es, según Dios, creado en justicia y en verdadera santidad.

Es nuestro verdadero gozo en esta vida ser semejantes a Dios. Muchos hay que descansan en el hecho de haber sido perdonados, pero nuestro gozo más profundo radica en ser como Él es. ¡Oh, no descanséis, amados, hasta que seáis hechos partícipes de su naturaleza divina! Ansiemos vivamente llegue aquel día en que Cristo aparecerá y de forma plena "seremos como Él es, porque le veremos como Él es".

Ahora, en lo que yo deseo insistir es en que debemos ser como es Dios, aun en aquellas cosas que le son peculiares. Debemos ser como Él en nuestro entendimiento y comprensión viendo las cosas como las ve Él; iguales a Él en nuestra voluntad queriendo lo que Él quiere; en la santidad también semejantes a Él y, de forma especial, en nuestros afectos y sentimientos. "El amor es de Dios. Cualquiera que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor". Toda la Biblia muestra que Dios tiene un amor especial para con el pueblo de Israel. Recordaréis perfectamente que cuando los judíos estaban en Egipto, inhumanamente oprimidos por sus capataces, Dios oyó su clamor y se apareció a Moisés: "Yo he visto la aflicción de mi pueblo y he oído su clamor, porque conozco sus penas".

Y otra vez, cuando Dios los dirigió a través del desierto, Moisés les dijo por qué Dios había obrado en favor de

ellos. "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido; porque vosotros erais los más insignificantes de todos los pueblos, sino porque Jehová os amó" (Deuteronomio, 7:7). ¡Extraño, soberano y especialísimo amor! Dios los amó porque los amó. ¿No debemos ser como Dios en este peculiar afecto?

Pero vosotros decís: "Dios los ha llevado en cautividad". Ahora es cierto que Dios los ha esparcido por todos los países: "Los hijos de Sión, preciados y estimados más que el oro puro ¡cómo son tenidos por vasos de barro!" (Lamentaciones 4:2). Pero, ¿qué dice Dios acerca de esto? "He dejado mi casa, desamparé mi heredad, entregado he lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos" (Jeremías, 12:7). Verdad, es que Israel ha sido por un poco de tiempo entregado en mano de sus enemigos, pero tan cierto también es que Israel es lo que amaba su alma, el alma de Dios. ¿No debiéramos dar a ellos el primer lugar en nuestro corazón, como Dios lo da en el suyo? ¿Nos dará vergüenza tener el mismo afecto que tiene nuestro Padre celestial para con Israel? ¿Nos avergonzaremos de ser diferentes al mundo y ser iguales a Dios en nuestro afecto para con el Israel cautivo?

Pero decís: "Dios ha desechado a su pueblo". "¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera" dice Pablo. Toda la Biblia se opone a tal idea. "¿No es Efraím

hijo precioso para mí? ¿no es niño delicioso? Pues desde que hablé de él, heme acordado de él constantemente. Por eso mis entrañas se conmovieron por él: apiadado, tendré de él misericordia, dice Jehová" (Jer. 31:20). "Mas Sión dijo: Dejóme Jehová y el Señor se olvidó de mí. ¿Olvidaráse la mujer de lo que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas te tengo esculpida" (Isaías 49:14-16). "Y luego todo Israel será salvo; como está escrito: Vendrá de Sión el libertador, que quitará de Jacob la impiedad" (Rom. 11:26). Ahora la sencilla pregunta para cada uno de vosotros y para nuestra amada iglesia es: ¿No debiéramos parecernos a Dios en afecto tan especial para con Israel? Si hemos sido llenos del Espíritu Santo de Dios, ¿no es lógico que lo amemos como lo ama Él? ¿ No debemos esculpir su nombre sobre nuestro corazón y llegar a la resolución de que, a través de nuestra misericordia, también él obtenga misericordia?

3. Porque la puerta de acceso a los judíos es muy notable. - En casi todos los países que he visitado es notorio este hecho. Es curioso ciertamente, pues parece como si la única puerta que ha sido dejada abierta a las misiones cristianas fuese la de la predicación a los judíos.

Estuvimos bastante tiempo en Toscana, el estado o provincia más liberal de cuantos hay en Italia. Sin

embargo, allí no os podríais atrever a predicar el evangelio a la multitud ni al pueblo católico. En el momento en que entregaseis un tratado, o un folleto o la Biblia a un católico, seríais llevados al sacerdote y por el sacerdote a la fuerza civil o gobernador y el resultado sería vuestro inmediato destierro. En cambio, la puerta a los judíos se halla bien abierta. Nadie se preocupa por sus almas y, por tanto, nadie se opone a que se les lleve el evangelio libremente.

En Egipto y Palestina sucede lo mismo. En modo alguno podríais anunciar el evangelio a los engañados seguidores de Mahoma; sin embargo, os sorprendería la libertad con que podríais acudir a un mercado y anunciar el evangelio a los judíos; nadie os lo impediría. Visitamos numerosas ciudades en Tierra Santa, tantas como supimos que abundaban en judíos. En Jerusalén y en Hebrón hablamos a los judíos "las palabras de esta vida". En Sichar "disputamos con ellos en la Sinagoga" y en el bazar público. En Haifa, al pie del monte Carmelo, nos juntamos con ellos en la sinagoga. En Sión también "disputamos con ellos largamente" del Señor Jesús. En Tiro les visitamos a ellos primeramente en la sinagoga y después en el domicilio del rabí y, después, nos devolvieron la visita; hasta tal punto había sido despertado su interés, que cuando nos hallábamos en la fonda haciendo la siesta, acudieron a nosotros en multitud para hablar del evangelio.

La Biblia hebrea fue traída y, pasaje tras pasaje, comentada y explicada sin que nadie nos amenazara. En Safa y en Tiberias y en Acre tuvimos mucha libertad. Hay ciertamente en Tierra Santa una libertad perfecta para llevar el evangelio a los judíos.

En Constantinopla, si alguien predica el evangelio a los turcos -como alguien ha intentado-, la consecuencia inmediata es el destierro; en cambio, a los judíos se les puede anunciar libremente. En Valaquia y en Moldavia el más mínimo intento de convertir a un griego provoca la venganza inmediata del Santo Sínodo y del gobierno. Sin embargo, por todas las ciudades pudimos libremente ir a los judíos. En Bucarest, en Foscania, en Jazzio y en las más remotas aldehuelas de Valaquia, hablamos sin impedimento del mensaje a Israel. La puerta está abierta de par en par.

En Austria, en donde no se tolera a los misioneros de ningún credo, aun allí hallamos judíos dispuestos a escucharnos. En sus sinagogas siempre pudimos hallar un lugar abierto para nosotros, y, a menudo, cuando llegaban a conocer que nos exponíamos en aquel país por nuestra calidad de misioneros, se ofrecían para escondernos con tal de que estuviésemos con ellos allí más tiempo.

En la Prusia polaca la puerta está abierta a cerca de 100.000 judíos. Nadie puede atreverse a predicar los

pobres protestantes que han caído en el racionalismo. Aun en la misma Prusia protestante no es posible predicar a los protestantes, pero sí es fácil hacerlo a los judíos. Por orden del gobierno cada iglesia abierta tiene su pastor ordenado y uno de los misioneros me aseguró que frecuentemente había predicado a 400 ó 500 judíos, lo que no pueden hacer a los demás de ambos sexos en una misma reunión. También se permite allí la existencia de escuelas para los hijos de los judíos. Tuvimos el privilegio de visitar tres de ellas y vimos cómo se enseñaba a los niños el camino de la salvación por un Redentor. Todo ello en contraste con el hecho de que hace doce años los judíos no querían saber nada del cristianismo, ni se acercaban a iglesia alguna.

Si esto es así -y apelo a todo aquel que conozca alguno de los países mencionados a que lo manifieste-, si la puerta está cerrada en una dirección y ampliamente abierta para los israelitas, ¿no creéis que será porque Dios está diciendo, por su providencia como por su Palabra, "ir primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel"? ¿Pensáis que nuestra iglesia, conociendo estos hechos, será sin falta si no obedece al llamamiento? "Porque el evangelio es potencia de Dios para salvación, al judío primeramente y también al griego".

4. Porque los judíos darán vida al mundo muerto. -

Muchas veces he pensado que un viajero que pare mientes en su constante recorrer los países de este mundo, si observa la raza de Israel por todos los países puede llegar a penar, por la sola luz de su razón, que pueblo tan singular está siendo preservado en este mundo para un gran propósito. Hay en los judíos una especial idoneidad para que sean convertidos en los misioneros de todo el mundo. No tienen ni sienten tanto apego al hogar y país natal como acostumbramos a tenerlo los demás. Tienen la impresión de que son desterrados en cualquier país. Están acostumbrados a cualquier clima. Se les encuentra en medio de las estepas nevadas de Rusia y también en la cálida tierra de la India. Tienen, además, mucha familiaridad con todos los idiomas del mundo, aun cuando mantienen su lengua común, el idioma hebreo, por medio del que se entienden unos con otros. Todos estos hechos deberían, a mi entender, hacer pensar al viajero inteligente que corre y recorre incansablemente los países de este mundo. Y además, ¿que dice la Palabra de Dios?

"Y será que como fuisteis maldición entre las gentes, oh casa de Judá y casa de Israel, así os salvaré y seréis bendición" (Zacarías, 8:13). Hasta hoy ellos han sido maldición entre las gentes, por su incredulidad, por su maldad, pero viene el tiempo cuando vendrán a ser una bendición tan grande como grande ha sido su maldición. " Y será el residuo de Jacob en medio de muchos pueblos,

como el rocío de Jehová, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no esperan varón, ni aguardan a hijos de hombres" (Miqueas 5:7). Del mismo modo como nos fue dado contemplar en los resecos montes de Judá que el rocío matutino, posándose silenciosamente, daba vida a toda planta haciendo crecer la hierba y aparecer las flores con su más dulce fragancia, así será el Israel convertido cuando venga a ser como rocío a un mundo muerto y seco.

"En aquellos días acontecerá que diez hombres de todas las lenguas de las gentes trabarán de la falda de un judío diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros" (Z ac. 8:23). Esta profecía hasta ahora nunca se ha cumplido. Pero tan verdadero como la Palabra de Dios es este hecho. Quizá alguien dirá: " Si los judíos están llamados a ser los grandes misioneros del mundo, enviemos sólo a ellos nuestros misioneros". Obremos de otra manera conforme a la nueva luz que se nos manifiesta; llamemos a nuestros misioneros que están en la India. Están agotando sus preciosas vidas en llevar a cabo un ministerio que parece reservado a los judíos. "Me duele pensar que algún amante de Israel piense de tal manera. La Biblia no dice que debemos predicar al judío solamente, sino al judío primeramente. "Id y predicad el evangelio a todas las naciones", dijo el Salvador. Obedezcamos su palabra como niños. El Señor ha enviado a nuestros muy amados misioneros a aquellos climas

ardientes de la India. El Señor es poderoso para darles buen éxito y nunca permitirá que, a los que realmente son enviados por Él, una duda cruce sus mentes puras con respecto a si deben continuar o no sus labores en el campo misionero en donde tienen puesto su corazón.

Todo lo que pedimos y rogamos con esto es que al enviar a nuestros misioneros a los gentiles no olvidemos empezar por Jerusalén. Aunque Pablo fue enviado a los gentiles, sin embargo,

Pedro lo fue a las doce tribus que estaban esparcidas. No sea este asunto un asunto de poca importancia, arrinconado en vuestros corazones; no permitáis que sea un apéndice de las demás cosas en nuestra iglesia, sino que más bien quede bien grabado en parte bien visible de vuestro corazón y sea como una bandera de nuestra iglesia. "AL judío primeramente" y "empezando desde Jerusalén".

Finalmente, porque hay gran remuneración en amar al pueblo de Dios. "Bendito será quien te bendiga y maldito quien te maldiga". Pedid a Dios por la paz de Jerusalén: prosperarán quienes la aman. Hemos experimentado esto en nuestros propios corazones. Al ir de un país a otro hemos notado que había uno delante de nosotros preparando nuestro camino. Aunque hemos estado en peligros de aguas, y peligros en el desierto, peligros de

enfermedad, peligros de los gentiles, de todos ellos nos ha librado Dios.

Pero nuestras almas serán enriquecidas y nuestras iglesias también, si esta causa halla justo lugar en nuestros afectos. Tenía sobrada razón uno que daba a esta causa especial atención y afecto (quien actualmente se halla en camino hacia la India) cuando dijo que nuestra iglesia debía ser no sólo evangélica, sino también evangelística si deseaba recibir la bendición de Dios. Ella no sólo debe tener la luz, sino también esparcirla si es que ha de continuar siendo administradora de los misterios de Dios. ¿No puedo Yo tomarme la libertad de añadir a esta estricta declaración, que debemos ser no sólo evangelistas del modo como Dios quiere que lo seamos; no sólo administradores de la luz a manos llenas, sino administradores primeramente al judío?

Entonces reavivará Dios su obra en medio de los tiempos. Nuestro mismo país será entonces refrescado y reavivado como lo fue Kilsyth. Las telarañas de la controversia serán barridas de nuestros santuarios, las desaveniencias y celos de nuestra iglesia se cambiarán en la armonía de la alabanza y nuestras almas vendrán a ser como un jardín bien regado.

Mensaje XXV

BIENAVENTURADOS LOS MUERTOS QUE MUEREN EN EL SEÑOR

“Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu que descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13).

Hay dos cosas muy notables en la forma en que nos han sido legadas estas palabras.

I. SON LAS PALABRAS DEL PADRE REPETIDAS, COMO UN ECO A NOSOTROS, POR EL ESPÍRITU

"Oí una voz del cielo que me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen". El ojo de Juan había atisbado la tierna visión del ver. 1. Un cordero estaba sobre el -monte rle Sión, y con él 144.000 que le seguían por donde quiera que Él fuese, cuando de pronto una voz resonó vibrante en sus oídos diciendo: "Bienaventurados los muertos". Y entonces el Santo Espíritu clamó: "Amén". Sí, dice el Espíritu.

Está escrito en la Ley que el testimonio de dos testigos es verdadero. Ahora, he aquí, tenemos los dos testigos: el

Padre de todos y el Espíritu Santo, el Consolador, ambos testificando que es algo bueno morir en el Señor. ¿ Hay alguien de vosotros que tiemble, hijos de Dios, con el pensamiento de la muerte? La muerte ¿representa para vosotros un terrible monstruo, con su dardo dispuesto para destruirlos? He aquí a dos dulces y benditos testigos declarando que la muerte ha perdido su aguijón, que el sepulcro ha visto sorbida su victoria. Oíd y vuestro temor desaparecerá, el valle será inundado de luz. El Padre y el Espíritu Santo se unen para decir: "Bienaventurados los muertos".

II. "ESCRIBE"

Lo que se escribe es más duradero y más difícil de que se corrompa y se pierda que lo que se transmite sólo verbalmente, de boca aboca. Por esta razón Dios dio a Israel los diez mandamientos, escritos con su propio dedo sobre dos tablas de piedra. Por la misma razón el día que cruzaron el Jordán, les mandó que colocasen grandes piedras y que en ellas fuesen grabadas todas las palabras de la ley. Con el mismo objeto mandó Dios a los profetas que escribiesen sus profecías, y a los apóstoles que escribiesen el evangelio y las epístolas para que tuviésemos una Biblia permanente e inmutable, en lugar de una tradición inconsistente. Por lo mismo es que Job deseaba que sus palabras fuesen escritas. "¡Quién diese ahora que mis

palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribieran en un libro! ¡Que con un cincel de hierro y de plomo fuesen en piedra esculpida; para siempre! Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo" (Job 19:23, 25). Fue este último uno de sus dichos más preciosos y más recordados, un dicho para confortar el corazón de un creyente apenado en su hora más oscura: " Yo sé que mi Redentor vive". Por toda estola voz del cielo dijo: "Escribe", no "óyelas" solamente, sino "escríbelas", grábalas en un libro, grábalas con cincel de hierro y de plomo en piedra para siempre.

"Bienaventurados los muertos". Conozcamos el valor de esta manifestación. Es una palabra fiel, un dicho de oro; hay oro en cada una de sus sílabas. Es más dulce que la miel y que la que destila del panal, más preciada que el oro, sí, que el finísimo oro. Es una bienaventuranza preciosa en ojos de Dios. Grabadla profundamente en vuestros corazones; hará más solemne y serena vuestra vida y os guardará de descarriaron tras las vanidades. Convertirá la atractiva música de las sirenas de este mundo en música inapropiada y fuera de tono; os consolará dulcemente en la hora de vuestra adversidad; despojará ala muerte de su aguijón y al sepulcro de su victoria. Escríbela, escríbela en tu corazón muy íntimamente. "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor".

Consideremos ahora las palabras en lo que son por sí mismas.

1. "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. - El mundo dice: "Bienaventurados los vivos", pero Dios dice: "Bienaventurados los muertos". El mundo juzga las cosas por sus sentidos, tal como se le presentan exteriormente. Dios las juzga y mira en su verdadero valor y magnitud. El mundo dice: "Vale más perro vivo que león muerto". El mundo contempla algunas de sus familias como se mira a las frescas y lozanas flores en la mañana. Si sus mejillas están sonrojadas por una salud vigorosa, si su paso exhibe la soltura de la juventud, si las riquezas y los placeres parecen estar bajo su dominio, si parece que todo le es como el hermoso tiempo de la primavera, dice: "He aquí un alma feliz". Dios nos lleva, en cambio, a una oscura habitación en que no hace mucho moraba algún hijo suyo, algún creyente, nos señala su pálida faz en donde la muerte ya se ha entronizado, sus mejillas consumidas por la enfermedad prolongada, el ojo transparente de quien ya no ve, las manos colocadas sobre su seno, los amigos que lloran en su derredor y murmura en nuestros oídos: "Bienaventurados los que mueren en el Señor".

¡Ah, queridos amigos! ¡Deteneos a pensar un momento! ¿Tendrá razón Dios o vosotros? Al final de cuentas ¿quién tendrá la razón? ¡Ay, que vosotros mismos mostráis con

vuestra: conducta cuán vana y equivocadamente vivís! Todas vuestras preocupaciones son preocupaciones en vano por algo que carece de valor. "El hombre en honra que no entiende, semejante es a las bestias que perecen" (Salmo 49:20). Aun los mismos hijos de Dios dicen en ocasiones: "Bienaventurados son los vivos". Añaden: "Bienaventurada cosa es vivir en el favor de Dios, tener paz con Él, frecuentar su trono de gracia, quemar en adoración nuestro incienso de alabanza para Él, meditar en sus palabras, oír la predicación del evangelio, servirle con amor; aun sufrir y correr y luchar en su servicio es cosa dulce". Pero Dios, aún así, dice: "Bien-aventurados los muertos". Si es hermoso gozar de su sonrisa aquí, ¡cuánto más lo es allá donde no hay nube alguna que se interponga! Si es cosa dulce ser un grano de trigo que va creciendo aquí, ¡mucho más lo es el ser unido allí, a todos los demás, en su alfolí! Si es hermoso tener aquí la firme ancla que penetra hasta el velo, ¡cuánto más lo es que nosotros mismos estemos allí, donde no hay temor ninguno, donde ahora sólo está el áncora! "Hartura de alegrías hay con tu rostro y deleites para siempre a tu diestra". Aun Jesús sintió que era así. Dios lo atestigua. "Bienaventurados los muertos".

2. Bienaventurados los muertos, pero no todos los muertos, sino sólo "los que mueren en el Señor". - Es asombroso el número de personas que mueren. "Háceslos pasar como

avenidas de aguas" (Salmo 90:5). Setenta mil es el número de muertos que se da cada día; es decir, unos cincuenta por cada minuto, casi uno cada segundo que pasa . La vida es como un río de seres humanos que desemboca cada día en la orilla del gran mar de la eternidad. ¿Son todos los muertos bienaventurados? ¡Ah, no! "Bienaventurados son los que de aquí adelante mueren en el Señor". De tan enorme multitud que cada día se introduce a la eternidad, sólo una pequeña compañía tiene la fe salvadora en el Señor Jesús. "Estrecha es la senda... y pocos son los que andan por ella".

No todos los muertos son bienaventurados. No hay ninguna bendición para los que mueren sin Cristo; se introducen en una eternidad de perdición, no perdonados y en su impiedad. Podéis colocar su cuerpo en un ataúd espléndido; podéis grabar su nombre con caracteres de plata; podéis acompañar sus funerales de un hermoso coro de lamentadores seguidos de solemne luto, podéis depositar suavemente su féretro en la tumba, podéis rodearla del más verde césped y cubrirlo de las más fragantes flores; podéis esculpir un blanco mármol y grabar en él un sentido epitafio en su memoria; con todo, no deja de ser el funeral de un alma condenada. Incluso podéis escribir "bienaventurado" donde Dios ha escrito "maldito". "El que cree será salvo, mas el que no creyere ya es condenado".

Consideremos ahora lo que implican las palabras "en el Señor".

Primero, que fueron unidos al Señor. - La unión al Señor tuvo un principio. Todo aquel que es bienaventurado en su muerte ha sido convertido. Aunque la palabra os disguste, es así. Fueron todos despertados, empezaron a llorar, a orar, a llorar... y fueron poco a poco acercándose al Señor su Dios. Se dieron cuenta de que estaban perdidos, impotentes, sin esperanza; vieron que en modo alguno podían ellos ser justos delante de un Dios santo. Vinieron a volverse como niños. El Señor Jesús se les acercó y se les reveló a sí mismo. "Yo soy el pan de vida". "El que a mí viene, no le echo fuera". Creyeron y fueron felices, regocijándose en el Señor Jesús, contando todas las cosas pérdida por ser hallados en Cristo. Se dieron entonces a sí mismos al Señor. Así fue su principio, así fueron unidos a Cristo. Queridos amigos, ¿habéis tenido vosotros este principio? ¿Habéis pasado y experimentado vuestra conversión -el nuevo nacimiento-, habéis sido incorporados y unidos a Cristo? Llama a esa experiencia por el nombre que quieras, ¿pero es la tuya, tu propia experiencia? ¿Tiene algún lugar en tu historia este momento de tu unión a Cristo? Algunos dicen: "¡Y yo qué sé!". bien algún momento de vuestra vida hubieseis sido salvados de perecer ahogados, si vosotros ahora estuviéis a punto de ahogaros y fueseis rescatados por alguna mano

y vueltos de nuevo a la vida incluso por medio de la respiración artificial, siempre lo recordaríais, aún hasta la hora de vuestra muerte. Mucho más todavía al hubieseis sido salvados por Cristo de un peligro mucho peor. Si vosotros hubieseis sido ciegos y por medio de una operación complicadísima, pero coronada por el éxito, recuperaseis la vista, ¿acaso lo olvidaríais? Así, si verdaderamente habéis sido traídos a Cristo, nunca más podréis olvidarlo. Si no es así, en vuestros pecados moriréis; todavía estáis en la triste situación del hombre natural, del hombre o mujer que no ha nacido de nuevo, que no se ha convertido. Donde ha ido Cristo, vosotros no podréis ir. "Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente".

Segundo, este texto implica en sí mismo la perseverancia, - No todo lo que parecen sarmientos son sarmientos de la verdadera vid. Muchas ramas caen del árbol cuando se desencadenan los vientos; caen todas las ramas que están podridas. Del mismo modo en el tiempo de la prueba, o de la tentación, o de la persecución, muchos que falsamente profesaban creer en Cristo, se apartan de ÉL Muchos que parecen ser creyentes, vuelven atrás y no siguen más a Jesús. Muchos siguieron a Jesús, muchos le hicieron peticiones y preguntas, muchos le alabaron, pero volvieron atrás y nunca más anduvieron con ÉL Todavía sucede igual Sin duda hay muchos entre nosotros que parecen

convertidos; que empiezan bien y prometen mucho, pero que caerán tan pronto llegue el invierno. Muchos hay, me temo, que han caído ya; otros hay también que esperan seguir a los que ya han caído. Ninguno de ellos será bienaventurado en su muerte. ¡Oh, de todos los lechos de muerte sea yo guardado de tener que ver el de aquellos que han profesado falsamente ser creyentes! He tenido que ver más de uno, y ¡ojalá que no haya de ver ninguno más! No son bienaventurados en hora tan solemne. Las ramas podridas arderán más trágicamente en aquel fuego que nunca se apagará. ¡Oh, qué responsabilidad te ha traído oír el evangelio si no ha podido convertirte en una rama viva y unida a Cristo!

¡Oh, imaginaos qué tormento será pensar que habéis pesado toda la vida pretendiendo ser cristianos, pero que habéis perdido la oportunidad de serlo realmente! Vuestro infierno será más profundo, más negro, más horrendo, porque vosotros sabíais mucho de Cristo y estuvisteis muy cerca de Él, sin embargo, nunca fuisteis hallados en Él. Cuán bienaventurados son aquellos que perseveran hasta el fin, que no han sido movidos de la esperanza del evangelio, que, cuando otros cayeron y se apartaron, dijeron: "Señor, ¿a quién iremos?" En su prosperidad siguieron plenamente al Señor; en la adversidad se acercaron a Él más íntimamente, como el árbol que en las tormentas arraiga más profundamente sus raíces en el

suelo. ¿ E s éste vuestro caso? Perse—verad hasta el fin. "Si, empero, permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (Colosenses, 1:23 a). "Participantes de Cristo somos hechos, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza" (Hebreos 3:14).

Aún en el valle oscuro de la muerte podréis apoyar os más firmemente en Él. Acudid a Él como acudisteis al principio, como criaturas culpables, pero unidas estrechamente al Señor nuestro Jesucristo. Decidle: "Tu fuiste hecho mi pecado". Esto es morir en el Señor y esto es morir siendo bienaventurado.

III. POR QUE SON BIENAVENTURADOS

1. En virtud del tiempo. "De aquí adelante". - El tiempo de las persecuciones ha pasado. La iglesia perseguía a los santos del Altísimo; apareció para perseguir y matar a los seguidores del Cordero y lo hizo cuando estuvo en su mano hacerlo de la forma tan encarnizada como registra la historia de todos los países de Europa. Sin embargo, hay nuevas tribulaciones; bienaventurados son los que son quitados antes de que se desencadenen los males que han de venir. "El justo perece y no hay quien pare mientes" (Isaías 57:1). Los misericordiosos son quitados y nadie piensa que son quitados para preservarlos del mal que ha de venir. Es una razón por la que es mejor estar con Cristo.

Las persecuciones y quebrantos no son cosas de poco valor a la carne y a la sangre. Si hoy fuésemos llamados a padecerlas, deberíamos soportarlas animosamente sabiendo que hay una grande remuneración para quienes las sufren y soportan. Ved Apocalipsis 3:3: " Y has sufrido y has tenido paciencia, y has trabajado por mi nombre, y no has desfallecido". Pero si fuese la voluntad de Dios el llamarnos a su presencia antes de que viniese la prueba, debiéramos decir: "Bienaventurados los que mueren en el Señor de aquí adelante". No habrá persecución allí. Allí todos serán amigos de Jesús, cada uno depositará sus corona a los pies de Cristo, el cual será ensalzado hasta lo sumo tributándosele toda la alabanza. No habrá allí discordia alguna. Nadie ridiculizará nuestro cántico allí.

2. A causa de que reposarán de sus labores. - Lo que hace que aquí todo resulte laborioso y difícil es el pecado, la oposición de Satanás y del mundo y el peso de nuestra vieja naturaleza. Algunos creyentes tienen una pelea constante con Satanás. Siempre está a la derecha de ellos para oponérseles, constantemente trata de distraerlos de la oración, y en la oración, dirigiendo fieros dardos a sus almas, tentándoles a cometer los más horribles e inimaginables pecados. Toda su vida es una vida de trabajo y lucha. Pero cuando moriremos en el Señor, descansaremos de nuestras labores. La obra de Satanás habrá cesado. El acusador de los hermanos no aparecerá

más. No habrá león allí, ni bestia alguna que por allí ande; los redimidos andarán seguros y confiados. Pero, sobre todo, el corazón perverso y engañoso, el viejo hombre, el cuerpo de pecado es lo que hace esta vida pesada y laboriosa. Cuando seamos despertados aquella gloriosa mañana nos dará la impresión de que nos habremos quitado un gran peso de encima. Cuando antes queríamos correr en el camino de los mandamientos de Dios, un gran peso nos estorbaba. Cuando partamos de aquí, ese peso nos será quitado. Cuando deseábamos orar, ese mismo peso llenaba nuestra boca de otras muchas palabras y pensamientos, que nos impedían orar como ardientemente deseábamos."¡Oh miserable hombre de mí!", era nuestro clamor.

Partir y estar con Cristo es estar libre de todo esto. Nos desprenderemos de este cuerpo de pecado para siempre. No habrá más lo que llamamos la carne -todo será espíritu, todo el nuevo hombre; no existirá ya peso alguno que nos embarace-, descansaremos de nuestras labores. ¡Oh, todo esto hace que la muerte nos haga bienaventurados! No quiere esto decir que cesaremos en nuestra obra; seremos como los ángeles de Dios, le serviremos día y noche en su templo. No descansaremos de nuestra obra, sino de nuestras labores. No habrá fatiga, ni pena, ni cansancio en nuestra obra. Descansaremos en nuestra obra. ¡Ojalá que todas estas consideraciones despierten en vosotros el deseo

de partir para estar con Cristo y as lleven a mirar la muerte como algo no desagradable y el cielo como el hogar!

"Descansaremos de nuestras labores". La muerte nos franqueará la entrada al mundo del amor santo, donde daremos expresión libre, plena, no restringida a nuestro amor eterno.

3. Sus obras siguen, - Nuestras buenas obras hechas en el nombre de Jesús serán entonces premiadas. Primero, notemos que ellas no irán delante del alma. No es en virtud de ellas o por el valor que tengan que nosotros seremos aceptados. Debemos ser hechos aceptos primeramente en el Amado, en virtud de aquel en quien estamos firmes y permanecemos. Segundo, nuestras malas obras serán olvidadas, enterradas en lo profundo de la mar, olvidadas, nunca más serán mencionadas. Tercero, todo cuanto hayamos hecho como fruto de nuestro amor a Jesús será entonces premiado. Quizá lo habremos olvidado y diremos a Jesús: "¿cuándo te vimos enfermo, o en prisión, y te visitamos?" Pero Él no las habrá olvidado: "Por cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis". Ni un vaso de agua fría dejará de ser recompensado.

Contemplad la recompensa del premio y veréis cómo realmente el aguijón de la muerte habrá sido quitado.

IV. LO QUE SIGUE DESPUÉS

El Señor Jesús dará cumplimiento a la voz del ángel que dice: "Mete tu hoz y siega" (vs. 14,15).

1. Aprendemos que el Señor Jesús recogerá sus gavillas antes de que se desencadene la horrible tormenta de la ira de Dios, del mismo modo que los segadores recogen el trigo antes de que caiga la amenazante borrasca. Así, cuando veáis que Jesús está reuniendo a sus santos, adivinad que la tormenta está cerca.

2. Aprendemos que Jesús reúne a sus santos y los llama a sí mismo con amor. No llora sobre ellos como si su situación fuese la misma que la de aquellos que no tienen esperanza, no. Jesús los va llevando hacia sí, hacia su mismo seno, y lo hace con gozo. "Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen". Entonces brillarán como el sol en su potencia.

Mensaje XXVI

AL CERRAR UN CULTO DE COMUNIÓN

“¿Qué más tendré ya con los ídolos?” (Oseas, 14:8).

Todo aquel que realmente ha sido unido a Cristo y le ha confesado hoy delante de los hombres, debería hacer tuyas estas palabras y, delante de Dios, declarar solemnemente: "¿Qué más tendré ya con los ídolos?"

Se dan por ello dos razones.

I. DIOS OS AMA DE BUENA VOLUNTAD (v.4).

Si vosotros habéis acudido a Jesús, Dios os ama lleno de buena voluntad. Si creéis en aquel que justifica al impío, vuestra fe os es contada por justicia. Todo el tiempo que estuvisteis acudiendo a Dios por vosotros mismos, por vuestros propios méritos, fuisteis viles, aborrecibles, condenados, montañas de iniquidad cubrían vuestra alma; pero bendito, bendito sea el Espíritu Santo que os guió a Jesús. Habéis acudido al justo siervo de Dios, quien "con su conocimiento justifica a muchos", porque él llevó vuestras iniquidades. Vuestros pecados han sido cubiertos, Dios ahora no ve iniquidad en vosotros; Dios os ama de voluntad, su ira se ha apartado de vosotros. "¿Qué, pues, tenéis ya con los ídolos?" ¿No es suficiente para vosotros el amor de Dios? La amante y muy amada esposa está satisfecha con el amor de su marido; la sonrisa de él es su gozo; le preocupa poco todo lo demás. Así sucedió contigo, pues si has acudido a Cristo, tu Hacedor es tu esposo; su amor para contigo es todo lo que necesitas y todo lo que te ha de preocupar; no hay nube entre tú y

Dios, no hay velo alguno entre tú y el Padre; tienes libre acceso a aquel que es la fuente de toda bienaventuranza, de toda paz y santidad; entonces "¿qué más tiene, ya con los ídolos?" ¡Oh sí tu corazón flotase en el rayo del amor de Dios, como flota una pequeña mota en el rayo solar, no tendrías lugar en tu corazón para los ídolos!

II. EL ESPÍRITU, CUAL ESCARCHA, DESCIEENDE SOBRE VUESTRA ALMA.

"Yo seré como rocío" (v. 5). Si hoy os halláis unidos a Cristo, el Espíritu se derramará sobre vuestra alma como rocío. El Espíritu es dado a aquellos que obedecen a Jesús "Oraré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre". Cuando toda la naturaleza reposa y ninguna hoja se mueve, entonces descende el rocío, nadie, ningún ojo humano puede ver la perlada gota que descende, ni ningún oído oíría caer sobre la verde hierba; del mismo modo descende sobre vosotros, que creéis, el Espíritu Santo. Cuando el corazón descansa en Jesús, el Espíritu descende sobre vosotros, aunque el mundo no lo vea ni lo oiga, y dulcemente satisface al alma creyente despertando y dando nueva vida a todo. "Mas si yo fuere, os lo enviaré", dijo Cristo refiriéndose al Espíritu Santo. Amados hijitos, a quienes Dios ha escogido de este mundo, vosotros sois semejantes al vellón de Gedeón: el Señor os cubrirá con su rocío en tanto en derredor vuestro

todo es árido y seco. Vosotros sois su viña de rojo vino. Él dice: "Yo la regaré en todo momento" -silenciosamente, impalpablemente, cuando nadie puede verlo, pero segura y eficazmente-. Pero ¡ahí ese Espíritu es un Espíritu Santo. " Yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso." No puede tolerar que haya un ídolo en su templo. Cuando el arca de Dios fue llevada al templo de Dagón, el ídolo cayó delante de ella; mucho más cuando el Espíritu Santo viene a un corazón, quita, echa fuera a los ídolos.

Cuando Cristo fue al templo en Jerusalén, "halló en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas y a los cambiadores sentados, y, hecho un azote de cuerdas, echólos a todos del templo" (Juan 2:14, 15). Igual sucede cuando el Espíritu Santo entra en algún corazón; echa fuera los compradores y los vendedores. Si vosotros habéis recibido de veras el Espíritu, en este instante estaréis clamando en vuestro corazón: "Señor, quita estas cosas de aquí, échalas de mi corazón", "¿Qué más tengo ya con los ídolos?"

Algunos de los ídolos que deben ser echados, son:

1. EL sentimiento de propia justicia,. - Éste es el ídolo más grande que hay en el corazón del hombre; el ídolo que el hombre ama más y el que Dios odia más. Muy amados, siempre estáis yendo en pos de este ídolo. Siempre estáis procurando llegar a ser algo por y en vosotros mismos para

ganar el favor de Dios creyendo que vuestro pecado es pequeño, o mirando mucho a vuestro arrepentimiento, lágrimas, oraciones, o mirando a vuestros ejercicios religiosos, vuestros sentimientos, incluso vuestras virtudes, que son, en realidad, la obra del Espíritu en vuestros corazones. Guardaos de los falsos Cristos. Aplicaos en la santificación hasta el máximo, pero no hagáis de ella un Cristo. Dios odia este ídolo más que los demás, porque viene a ocupar el lugar que corresponde a Cristo; se sienta sobre el trono de Cristo. La propia justicia es el ídolo que Dios odia más porque ocupa el trono que sólo a Cristo corresponde. Arrojadlo de vosotros, queridos amigos; no permitáis que aparezca de nuevo. Es como la imagen esculpida de Manasés colocada en el mismo lugar santísimo. Cuando Manasés volvió recién liberado a Jerusalén, humillado y arrepentido, una vez "conoció que Jehová era Dios" (II Crón. 33), su primera visita ¿no la haría al lugar santísimo para quitar la imagen que años antes él mismo había puesto allí? Con ansiosa mano descorrería el velo y cuando hallaría la imagen esculpida, la echaría fuera del trono de Dios. Id y haced lo mismo. Si habéis experimentado por la justicia sin obras el amor de Dios, entonces ¿por qué no expulsáis este ídolo inflexible y duro? "¿Qué más tenemos ya con los ídolos?"

2. Los pecados predilectos. - Todo hombre tiene sus pecados predilectos. Luchan por guardaros lejos de Dios y

apartaros del Señor Jesús. Hoy habéis declarado que deseáis apartaros de ellos por Cristo. Volved a vuestras casas y renovad vuestros votos. Después de la pascua de Ezequías, cuando el pueblo se había alegrado mucho en el amor y Espíritu de Dios, todos los israelitas presentes regresaban a casa y rompían sus imágenes, talaban sus bosques, hasta realizar un exterminio total. Podéis verles entrar en "los bosques frondosos echando fuera las imágenes taladas." "Ve tú y haz lo mismo". Expulsa los ídolos de la familia, las prácticas no santas que has derramado en abundante sucesión con tu conducta, con tu familia. Arroja los ídolos secretos que hay en tu corazón. No dejes ni uno. No olvides que un Acham que había en el campo, en el ejército de Israel, bastó para que fuese diezmado el pueblo de Dios por los enemigos. Justamente así un solo ídolo dejado y permitido en tu corazón te traerá turbación. Acham debe perecer si tú quieres seguir tu camino con gozo. "¿Qué más tengo ya con los ídolos?" "Si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti".

3. Las amistades o relaciones ilícitas. - No hay mayor fuente de fruto de pecado y miseria que las amistades y compañías malas. ¡Cuánto de la poesía y música de nuestro país está dedicado a la adoración de los ídolos que ama el loco y no regenerado corazón! ¡Cuántos hay que adoran al hombre hecho barro, que pronto habrá de ser comido de

los gusanos á ¡Oh, mis amigos!¿ Habéis sentido el amor de Dios? ¿ Habéis experimentado los dulces rayos de su gracia brillando sobre vuestra alma? ¿Habéis recibido el rocío del Espíritu Santo? ¿Qué más tenéis ya con los ídolos? Queridos jóvenes, aborreced la idea de casaron con un inconverso. No os juntéis enyugo con los infieles. Casáos solamente en el Señor. De lo contrario, acordaos se trata de un matrimonio prohibido. Quizá no hay nada que tenga tanto atractivo como todo aquello que nos está prohibido. Los amigos del mundo pueden ser amables y sonrientes, el vínculo del matrimonio puede ser alegre y feliz, mas Dios prohíbe unirnos con los que no son suyos. Pero en ese caso ¿no será que no hay ninguna relación legítima? Creo que sí puede haberla, pero habéis de ir con cuidado no sea que se erija en un ídolo. De todas maneras, creo que son más felices quienes viven sólo para la eternidad, quienes no tienen en este mundo ningún objetivo que puede distraerles o apartar sus corazones de Cristo. "El tiempo es breve. Los que tienen esposas, sean como los que no las tienen". "¿Qué más tendré ya con los ídolos?"

4. El ministro del Señor. - Hacéis bien en amar a vuestros ministros y en tenerles en alta estima por causa de su obra. Ellos os aman, cuidan de vuestras almas como aquellos de las cuales han de rendir cuentas; os llevan en su corazón, trabajan y tienen dolores de parto hasta que Cristo sea

formado en vosotros, gastan su vida y se gastan así mismos en favor vuestro, muchas veces soportan cegadoras tentaciones, agonías y luchas por causa de vosotros.

Algunos incluso han sido espiritualmente vuestros padres. Ello constituye un vínculo santo que jamás será deshecho. Tenéis mucha razón al amar a vuestro padre espiritual. Podréis quizá tener diez mil maestros en Cristo, pero, ¡ah, no hagáis de ellos un ídolo! Quienes llegaron a adorar a Pablo fueron quienes, después, le apedrearon dejándole por muerto. ¡Oh, deseo que hoy podáis ser traídos tan cerca de Cristo y colocados tan bajo la gloriosa posición del amor de Dios y del rocío de Israel, el Espíritu Santo, que nunca más volváis a gloriaros en el hombre! "¿Qué más tendré ya con los ídolos?"

5. Los placeres terrenos. - Éste es un ídolo atractivo y hermoso que cuenta con miles de adoradores -amadores del placer más que de Dios-. ¿Qué tienes tú ya más con este ídolo? A veces es un ídolo obsceno, impuro e indecoroso. Su templo es el teatro; allí está entronizado. Otro templo es la taberna, donde sus vacilantes y tambaleantes adictos cantan su alabanza. ¿Qué tenéis vosotros con ellos? ¿Tenéis el amor de Dios en vuestra alma, el Espíritu de Dios en vosotros? ¿Cómo, pues, os habéis de atrever a pisar el umbral siquiera de un teatro o de una taberna? ¡Qué! ¡El Espíritu de Dios en medio de las extravagantes

canciones de un teatro, o entre los tempestuosos jolgorios de la taberna! ¿Lo concebís? ¡Avergonzáos de práctica tan blasfema! No; dejadlos, queridos amigos, dejad esos ídolos que habrán de ser enjaulados con los demonios y demás bestias inmundas. Vosotros no debéis cruzar su umbral nunca más. ¿Y qué diré de los juegos de dados, de naipes o del baile? Sólo quiero decir esto: que si los amáis, es señal de que nunca habéis gustado los goces de la nueva criatura. Si sentís el amor de Dios y del Espíritu en vosotros, no buscaréis el gozaros con esos goces pecaminosos, sino más bien arrojaréis de vosotros las ansiedades vanas de los naipes o el tintineo insensato de los dados. ¿Y qué diré de las superficiales reuniones de té, llenas de vanidad, de los placeres de las conversaciones y parloteos acerca de la religión con afán de discutir solamente, conversaciones sin significado, ni sinceridad, ni fin? Quiero solamente decir que los hijos de Dios más bienaventurados no gastan nunca su tiempo ni su corazón en estas cosas. Creo que poco hay del Espíritu donde hay mucho de todo esto. ¿Qué diré de la forma del vestir? A una joven creyente, llena de fe y gozo, un muchacho, para galantearla, le ofreció un adorno para su pelo, adorno que figuraba un ramo de flores. Ella no quiso aceptarlo. El joven insistió para que aceptase. Sin embargo, ella rehusó. "¿Por qué no lo quieres?" ¡Ah! -dijo ella- ¿cómo puedo llevar cosas así sobre mi frente, cuando la de Cristo tuvo que ser coronada con espinas?" El gozo

de estar en Cristo es tan dulce que convierte todos los demás goces en insípidos, áridos y sin vida. En su diestra hay riqueza y honor; en su izquierda, longitud de días; todas sus veredas son paz. ¿Qué, pues, tendré ya con los ídolos?

6. El dinero. - Queridas almas, si habéis sentido el amor de Dios, si su rocío ha sido derramado sobre vosotros, debéis echar fuera este ídolo. No debéis amar el dinero. Debéis tener un corazón más abierto y unas manos más desprendidas hacia los pobres. "El que da a los pobres, presta al Señor". "Por cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis". Debéis construir más iglesias. Dios sea alabado por las que se han edificado, pero debéis ayudar aún más. Hay tantos de esta parroquia que no van a ninguna iglesia, que fácilmente llenarían varios locales como el nuestro. Debéis dar más para las misiones, para hacer llegar el conocimiento de Jesús a los judíos y a los gentiles. ¡Oh! ¿Cómo podéis gastar vuestro dinero tan sin medida mientras cientos de millones perecen? Vosotros que dais cientos, debierais dar miles; vosotros que sois pobres, deberíais de hacer todo lo que pudieseis. Recordad a María y la ofrenda de la viuda pobre. Resolvamos dar el dinero de lo que tengamos. Dios puede hacer abundar toda gracia en vosotros para que teniendo suficiente en todas las cosas, abundéis en toda buena obra.

7. EL temor del hombre. - Idolos tremendo y amenazador; muchas almas han sido devoradas y arrojadas a la condenación por él. Sus ojos están llenos de odio y aversión hacia los discípulos de Cristo. Su mirada está colmada de mofa y escarnio. La risa de la burla y del ridículo se halla en sus desdeñosos gruñidos. Destruid este ídolo. Es el ídolo que os priva de orar, de dar culto a Dios y de hacer conocer a otros que adoráis a Dios, de confesar vuestra situación a vuestro ministro y de confesar abiertamente a Cristo. Vosotros que habéis sentido el amor y el Espíritu de Dios, destrozad este ídolo. ¿Quién eres tú para que seas atemorizado por el hombre, que ha de morir? No temas, gusano de Jacob. ¿Qué más tendré ya con los ídolos?

Muy queridos y amados y deseados hermanos: el deseo de mi corazón por vosotros es veros convertidos en un pueblo santo. El tiempo que mi ministerio durará entre vosotros, Dios sólo lo sabe, pero si Dios me da salud y gracia entre vosotros, aquí voluntariamente dedicaré mi tiempo al Señor. Ningún momento, ni placer, ni favor, ni salud, deseo para mí mismo. Siento que me ha comprado y soy suyo. ¡Oh, venid a daros al Señor conmigo! Atáos a vosotros mismos a los cuernos del altar. Nos debe bastar el tiempo pasado en que fuimos del diablo, del mundo y de nosotros mismos. Seamos ahora sólo de Cristo. ¿Deseáis serlo? Señor, acepta mi testimonio, séllalo en el cielo,

escríbelo en tu libro. ¡Oíd el testimonio, ángeles, diablos, mundo enfurecido, oíd mi testimonio, sol y luna, piedras y árboles; óyelo tú, Cordero de Dios! Soy tuyo ahora y lo seré para siempre. ¿Qué más tendré ya con los ídolos?

Mensaje XXVII

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

“Mas vosotros, oh amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando por el Espíritu Santo, conserváos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eternas” (Judas 1:20-21).

Si acudís a la mesa del Señor con la debida actitud de espíritu, si os habéis abierto paso hasta la roca y habéis alcanzado un lugar seguro, habéis logrado y puesto un buen fundamento. Hay muchos que tienen en poco esa piedra, pero para vosotros es "el único nombre dado a vosotros debajo del cielo en que podéis ser salvos". Habéis sido edificados en Cristo para alcanzar justicia. No penséis que todo está hecho; olvidad lo que queda atrás. Habéis empezado vuestra salvación; ocupaos ahora en vuestra salvación.

I. LOS QUE HAN SIDO EDIFICADOS EN CRISTO TIENEN NECESIDAD DE EDIFICARSE AUN MÁS EN Y SOBRE CRISTO

1. Edifícaos más simplemente en Cristo. - Sobre Cristo solamente, sobre su sangre y su justicia. Algunos son como una piedra que se apoya la mitad sobre el fundamento firme y la otra mitad sobre la arena. Hay muchos que toman la mitad de la paz de la obra consumada de Cristo y la mitad de la del Espíritu Santo en ellas. Sin embargo, toda nuestra salvación ha de proceder sola y exclusivamente de Cristo. "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto".

2. Edifícaos más firmemente en Cristo. - Algunas piedras no se colocan bien adheridas al fundamento, sino solamente encima y siempre amenazan desmoronarse. Buscad, hermanos, el quedar firmemente unidos sobre la piedra, unidos a Jesús con la seguridad más firme. "Si, empero, permanecéis fundados y firmes en la fe y sin moveros de la esperanza del evangelio". Es fácil hacerse a la mar cuando está en calma, pero el vendaval prueba si es buena la estabilidad de la embarcación. Es fácil creer en un día espiritualmente de sol, bueno, como el de hoy cuando el pan partido y el vino derramado es puesto en vuestras manos, pero mantenerse cuando se atraviesa el desierto, o se encuentra uno solo en medio del océano, perseverar

cuando la culpa acusa a vuestra conciencia en los vendavales de la tentación, ¡oh, entonces, entonces aún más debéis afianzaros en Cristo! Bajo una fuerte convicción de pecado, cuando Satanás pelea con vuestra alma, ¡oh, entonces mirad a la faz de Jesucristo y decid: Tú eres mi atavío, mi justicia, mi escudo. ¡Tusangre y tu obediencia me son suficientes! Esto es creer.

II. ORAD POR EL ESPÍRITU SANTO

Cuando ora un creyente, no está solo, hay tres personas con él: el Padre, viéndole en secreto, atento a su petición; el Hijo, borrando sus pecados y presentando la oración; el Espíritu Santo, despertando y dando nuevos deseos. No hay verdadera oración sin estos tres. Algunos oran como el papagayo, repitiendo las palabras, pero con el corazón lejos de Dios. Algunos oran sin el Padre; no sienten que Él esté con ellos. Hablan a su silla, sobre la que se apoyan postrados de hinojos, o al aire o a los demás que les escuchan. Otros oran sin el Hijo; acuden a Dios en su propio nombre, confiando en su propia justicia. Éste es el sacrificio de los insensatos. Otros hay que oran sin el Espíritu Santo. No hay en ellos ningún aliento de Dios. Queridos amigos, si queréis vivir, debéis orar, y si queréis orar de forma aceptable y agradable a Dios, debéis hacerlo al Padre, en el nombre de Jesús y por la acción del Espíritu Santo.

1. Tened el Espíritu Santo. - Muchos parecen ignorar si hay Espíritu Santo. Jesús, levantado por el Padre, tiene el Espíritu. Pedídselo.

2. Dejad que Él os aliente su vida y deseo, No le afrentéis.

3. Orad sin cesar. - Todo lo que necesitáis pedidlo inmediatamente. Buscaos tiempo de acercaros a Dios solemnemente. No permitáis que nada obstaculice vuestros ratos de comunión con Dios. Dedicad a la oración vuestro mejor tiempo.

III. CONSERVAOS EN EL AMOR DE DIOS

Os estáis conservando, guardando en el amor de Dios cuando os edificáis en Cristo y oráis por el Espíritu Santo. Hay un ser gloriosísimo a quien Dios ama infinitamente. " No estoy solo; el Padre está conmigo". Le ama desde la eternidad porque es su pura e inmaculada imagen. Le ama porque puso de sí mismo su misma vida. En Él halla el Padre contentamiento por causa de la justicia que halla en Él. El ojo todo perfecto reposa con complacencia perfecta sobre Él ¿Has venido hoy a Cristo, te has amparado en Él, te hallas hoy en Él? Si quieres conservarte en el amor de Dios, mantente ahí.

1. No os preocupéis por la afrenta del mundo. - Si fueseis del mundo, el mundo os amaría porque ama lo suyo. Sus mejores sonrisas sean para vosotros poco dignas. El

mundo es algo que ha de perecer, es un hombre crucificado para quienes se hallan en Cristo.

2. Anhelad el amor de Dios. - ¡Oh, es muy dulce hallarse en el jardín de las finas especies y delicados perfumes del Cantar de los Cantares, tener a Dios por refugio y saber que Dios halla contentamiento en nosotros! Primero, disfrutar de ello hace desaparecer el aguijón de la aflicción. Dios es amor para mí. La mano que me hiere sé que es muy cariñosa y está llena de bondad para mí. Segundo, quita el aguijón del reproche del mundo. Tercero, hace que aún la muerte sea no temida. Sólo es para los creyentes un salto para echarse en los brazos del Dios del amor, aunque para muchos sea un salto a la oscura eternidad. ¡Oh, mantenéos en el amor de Dios!

IV. ESPERAD MISERICORDIA

No sois cristianos completos si no esperáis vivamente la nueva venida de Cristo. Si la comunión os ha sido dulce hoy-, ¿qué será cuando Jesucristo mismo venga a recogernos a sí mismo? Si sus mensajes de amor y sus contactos llenos de amor ya resultan tan queridos y preciosos aun viviendo en un país lejano, ¿qué será el Esposo mismo cuando venga a tomarnos de la mano para presentarnos a sí mismo y nos reconozca delante de un mundo congregado para presenciarlo?

1. Obtendréis un perdón amplio en aquel día. - Ahora el Señor nos concede sus dulces absoluciones que devuelven la paz a nuestras conciencias. Ahora dice: "Paz a vosotros". Pero cuando llegue aquel día seremos investidos de aquellas blancas ropas lavadas en la sangre del Cordero inmolado. Aún en aquel día será necesaria su misericordia.

2. Obtendréis perfecta liberación del pecado. - Ahora nos da la victoria por la fe. Ahora nos concede sentir la espina que no quita, el aguijón que tolera nos continúe hiriendo, pero nos concede también mirar a su abundante y preciosa gracia. Después, aun el aguijón será quitado. Seremos como Jesucristo en cuerpo y alma. ¡Oh, dirigid abundantes miradas de amor a aquel día! Cuando un pequeño está esperando el retorno de su hermano mayor, no visto muchos años ha, cuando espera que además le traiga algún regalo, ;cuán frecuentemente se asoma a la ventana y está alerta para ver cuándo le ve llegar! Vuestro hermano mayor está viniendo con un don preciado.¡Oh, mirad a menudo más allá de las nubes, donde penetra el ojo de fe, aunque no el humano, para ver si ya trasponen el umbral del cielo sus preciosos pies! Acortad el tiempo que queda con vuestra ansiosa espera.

3. Entonces Jesús nunca será deshonrado. - Dar la honra y el imperio, y la alabanza y el poder al Señor Jesús, es una dulce misericordia que hace bendita el alma del creyente.

Un día de comunión, como el de hoy, cuando Jesús contempla cómo muchos depositan sus coronas a sus pies en su honor, es un dulce día al creyente. ¡Cuánto más cuando Jesús se ciñere su corona y cuando el Cordero que fue herido por nosotros será plenamente alabado, cuando en su venida será plenamente glorificado! ¡Él, que vino la primera vez para ser afrentado y escupido! ¡Cuán realmente disfrutará de la misericordia del Hijo nuestra pobre alma al verle y comprenderle ensalzado hasta lo sumo! Nuestra copa, a semejanza de la del Salmista, estará rebosando.

Mensaje XXVIII

LA UNIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL MINISTRO

«El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová; hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel; a promulgar año de la buena voluntad de Jehová y día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar a Sión a los enlutados, para darles gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán

llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya» (Isaías 61:13).

Hoy hace seis años que prediqué por primera vez a vosotros, en calidad de pastor, y lo hice sobre este mismo texto. Estos años han transcurrido ante nosotros como río caudaloso. Es algo muy solemne mirar atrás y contemplarlos. Al ascender a una elevada montaña es agradable, una vez coronada, hallar un lugar de reposo en el que descansar y mirar atrás. De esa manera podéis mirar el progreso que habéis hecho y observar al mismo tiempo el panorama con todo lo que le rodea. Del mismo modo, al ascender al monte de Sión e, muy agradable llegar a un lugar de reposo muy adecuado, como hoy podemos hacer, y desde allí contemplar el progreso que hemos hecho y ver si hemos adquirido una visión más clara y más amplia del panorama de la eternidad. ¡Cuántos nos han abandonado en estos seis años! Han ido a rendir cuentas a aquel mundo en el que el tiempo no se mide por años. De algunos confío que podemos decir: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor". Muchos, confío que nacieron de nuevo, pasaron de muerte a vida, empezaron una nueva vida que no tiene fin.

Otros, confío que han sido llevados a dar un gran salto, un gran paso en la escalera de Jacob, un paso que los ha llevado a la cumbre del monte Pisga, desde el que les es

dado contemplar mejor nuestra feliz tierra de Canaán. Sin embargo, otros me temo que han vuelto atrás, y ya no andan con Jesús. "Vosotros corríais bien, ¿quién os embarazó?" Pusisteis vuestra mano en el arado, pero mirasteis atrás y no fuisteis aptos para el reino de los cielos. Otros sé que se hallan seis años más cerca del infierno, su oído se ha hecho más sordo a la voz de Dios, su corazón más apegado a sus ídolos, ellos más muertos para Dios. Contemplemos solemnemente estos seis años, tanto vosotros como yo, y ¡oh! seamos avisados por los errores del pasado y enmendemos nuestra vida mejorando nuestra carrera desde hoy.

I LA UNCIÓN DEL ESPIRITU SANTO HACE FRUCTÍFERO EL MINISTERIO DEL EVANGELIO

Fue así en el ministerio de Cristo mismo. "El Espíritu del Señor es sobre mí". Así es con todo ministerio. A mayor unción del Espíritu, mayor éxito tendrá el ministerio. Acordáos de las dos ramas de olivos que estaban a ambos lados del candelero y que vertían de sí aceite como oro por medio de dos tubos de oro (Zac. 4:12). Representan y simbolizan el ministerio fructífero, representan "a los ungidos del Señor que se hallan por toda la tierra". ¡Oh, ved cuánta necesidad hay de que los ministros sean llenos del Espíritu, que, como Juan, sean llevados "en el Espíritu en el día del Señor" para que los creyentes puedan ser

encendidos "como lámpara que arde"! Acordáos de Juan el Bautista. Antes de que naciese, el ángel dijo acerca de él: "Será lleno del Espíritu Santo aún desde el seno de su madre". ¿Cuál, pues, sería su éxito? "Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, Dios de ellos." ¡Oh, dáos cuenta de cuánta necesidad hay de que los pastores sean llenos del Espíritu Santo para que puedan convertir a muchos, que, como Juan, puedan "convertir los corazones de los padres a los hijos y los rebeldes a la obediencia de los justos"!

Acordaos de los apóstoles. Antes de Pentecostés eran como árboles secos y sin savia. Fueron a las ciudades de Israel predicando las alegres nuevas del reino, pero parece ser que tenían escaso éxito o quizá nulo. No podían hablar de ningún hijo espiritual. Pero cuando el día de Pentecostés llegó, cuando el Espíritu descendió sobre ellos como poderoso y resonante viento, ¡qué cambio se operó! A la primera predicación, 3.000 varones fueron compungidos de corazón y exclamaron: "Varones y hermanos, ¿qué haremos?" ¡Oh, sí! ved cuánta necesidad hay de que tengamos otro Pentecostés que empiece en el corazón de los ministros para que nuestras palabras sean como fuego y los corazones de las personas sin Cristo, como madera en que fácilmente prende el fuego.

Mirando a mi ministerio estoy seguro que ésta ha sido su gran necesidad. No hemos sido como las ramas de olivos verdes; no hemos sido como Juan el Bautista, lleno del Espíritu Santo, no hemos sido como los apóstoles el día de Pentecostés, no hemos podido decir, como el Salvador, "el Espíritu del Señor es sobre mí", porque de haber sido así vosotros no seríais tales cuales sois hoy. No habría tantos pecadores muertos en sus delitos y pecados entre vosotros, durmiendo bajo la voz del evangelio de gracia y colocados al borde del mismo infierno. No habría tantos trabajados y cargados yendo de la montaña al collado, pero sin hallar el lugar de descanso, que es Cristo. No habría tantos hijos de luz andando en tinieblas, tristes, ofuscados. Palabra penetrante y aguda es ésta. "Si ellos hubieran estado en mi secreto, también hubieran hecho oír mis palabras a mi pueblo y les hubieran hecho volver de su mal camino y de la maldad de sus obras" (Jeremías 23:22).

El éxito es la regla en el ministerio vivo. La falta de éxito es la excepción. ¡Oh, pedid a Dios que, si nos concede otro año, podamos ser más como el sumo sacerdote, que primero entraba en el lugar santísimo y después salía y bendecía, con las manos en alto, al pueblo. Pedid que podamos ser más como los ángeles, seres que siempre contemplan la faz de nuestro Padre y por esto son como llamas de fuego. "Él hace a sus ángeles espíritus, ministros de llama de fue-go". Sabéis que el hierro candente

fácilmente puede ser atravesado, lo que es imposible de lograr ni aun con la más penetrante herramienta cuando está frío. Así sucedería con nuestros pastores si fuesen llenos del Espíritu Santo, que es como llama de fuego. Penetrarían en los más duros corazones, en donde aún el más fino ingenio y destreza no pueden abrirse paso. Así fue con Whitefield. Aquel gran hombre vivió tan cerca de Dios, vivió tan lleno de gozo celestial y del Espíritu Santo, que las almas se deshacían como la nieve en el tiempo del deshielo. John Newton menciona como un hecho que, -en una sola semana, Whitefield recibió no menos de mil cartas de personas redargüidas en su conciencia bajo su predicación. ¡Oh, pedid que no seamos "nubes sin agua, que ciertamente tienen toda la apariencia de nubes, pero que no tienen lluvia en sí mismas"! ¡Pedid que nos sea concedido venir a vosotros como Pablo fue a los corintios "en flaqueza y mucho temor y temblor", el cual decía: "y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y de poder" (I Cor. 2:3-4).

II. EL TEMA OBJETO DE TODA FIEL PREDICACIÓN.

I. EL fiel ministro predica buenas nuevas a todos los abatidos. - Éste fue el gran objeto del ministerio de Cristo: "El Señor me ha ungido para predicar buenas nuevas a los abatidos". Jesús vino al mundo para ser el Salvador de los

débiles pecadores, no para los amables y buenos que se creen justos, sino para aquellos que están angustiados acerca de sus almas. El hombre natural, que no ha llegado a estar ni siquiera despertado, dice: "Yo soy rico y no me falta nada". Por esto es orgulloso y "su lengua pasea la tierra". Pero cuando Dios empieza su obra de gracia en su corazón, Dios le redarguye y convence de pecado, le humilla hasta el polvo y le hace sentir "desdichado y miserable, y pobre, y ciego y desnudo". Jesús siempre se ofrece a sí mismo como un Salvador para los tales. Un pobre leproso le dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Jesús le contestó: "Quiero; sé limpio". He aquí que ahora extiende su invitación hasta el fin del mundo, invitación que será preciosa al alma afligida ya atormentada. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar" la fatal noticia de que cuanto él pueda hacer es pecaminoso porque sale de un corazón malo y perverso, que aún "sus justicias son como trapos de inmundicia", que "por las obras de la ley ninguna carne se justificará", entonces el corazón del pecador queda quebrantado, queda como muerto; dice entonces para sí: "Es inútil, nunca podré justificarme delante de Dios."

¿E s éste el estado de tu alma"? Entonces, tú, sin duda, tú eres el objeto de la obra de Cristo. Él justifica al impío. Él imputa la justicia sin obras; su sangre y justicia están

preparadas para los quebrantados de corazón. Tales son las almas que responden a Jesús. Él es el Señor que responde a ellas, a su clamor. En una ocasión una mujer de corazón quebrantado, que había gastado toda su hacienda en médicos y no había logrado mejoría alguna, antes le iba peor, vino a Jesús por detrás y le tocó el borde de su vestido. ¿Vino Él a ser el Salvador de la mujer de corazón quebrantado?" Sí. Le dijo: "Hija, ten buen ánimo, tu fe te ha sanado".

Jesús vino "para publicar libertad a los cautivos". El hombre natural es esclavo. Algunos están incluso atados y no saben que exista libertad, como el esclavo de las Indias Occidentales que no podía comprender lo que significaba la libertad. Están aprisionados por sus mismos pecados, aunque dicen: "Yo soy libre". Algunos están encadenados sin saberlo. Otros hay que están despertados suficientemente para sentir el ruido de las cadenas de sus pasiones; sienten que sus pies se hunden en cenagosas alegrías. Algunos de vosotros sabéis lo que es pecar y llorar y volver a pecar y llorar otra vez. "La senda de los pecadores es dura". Jesús vino para ser el Salvador de los tales. Vino no sólo para ser nuestra justicia, sino también para ser la fuente de nuestra vida. "En el Señor tengo justicia y fortaleza". Hubo un hombre que estaba poseído por una legión de demonios, tremendamente heridores, que le impulsaban a andar desnudo entre los sepulcros, pero

Jesús mandó al espíritu inmundo salir de él y "se asentó a los pies de Jesús, vestido inquietud al oír la Palabra, que sienten que sus corazones no son rectos delante de Dios, que son esclavos del pecado y que día tras día tienen sobre sí una pesada carga que los abrumba. Yo siempre he intentado hablar a tales almas. Os he enseñado claramente que vosotros no seréis salvos a causa de vuestra ansiedad, que vosotros necesitáis estar en Cristo Jesús, que esas convicciones pueden ser pasajeras. He intentado poner el lazo salvador del evangelio a vuestro alcance para que pudieseis cogeros a él. Os he mostrado que Cristo se ofrece a sí mismo de forma especial para los pecadores como vosotros. "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos".

¡Cuán a menudo Brainerd anotaba en su diario que un alma abatida había sido traída verdadera y sólidamente al consuelo de Cristo! ¿Por qué tengo yo que anotar tan pocas veces el nombre de algún alma de los que entre vosotros se convierten? Durante muchos años os he estado predicando el único fundamento de la paz del pecador. Sin embargo, ¡qué escasa ha sido la visión que habéis tenido de Cristo, qué poco viva y profunda! ¡Cuán pocos podéis decir: "Las cosas que me eran ganancia, las reputo pérdida por el eminente conocimiento de Cristo". ¡ Ah, mis amigos, la falta está en vosotros o en mí, porque Dios no se complace en que vuestras almas estén abatidas! "Ojalá que miraras tú

a mis mandamientos, fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas de la mar" (Isaías 48:18).

2. El pastor fiel consuela a los enlutados de Sión. -Éste fue otro gran objetivo en el ministerio terrenal de Cristo: "consolar a los enlutados". Hay numerosas cosas que levantan nubes sobre el seno de un cristiano. Hay las tribulaciones del exterior. "Muchos son los males del justo". Se levanta contra ellos la persecución. "Los enemigos del hombre serán los de su casa". Pronto y frecuentemente asaltan las tentaciones; son comunes a todos los hombres. La pereza y la falta de vigilancia a menudo nos arranca la exclamación: "¡Miserable hombre mí!" Pero el Señor tiene la lengua del que sabe dar la palabra oportuna a los que están trabajados y cargados. La religión de Jesús es eminentemente la religión del gozo. No se complace en ver a su Iglesia sentada sobre cenizas, lamentándose, fatigada y triste. Le agrada verla sobrevestida de su hermosa justicia, llena del Espíritu Santo del gozo, y cubierta con el manto de la alabanza y alegría moviéndose majestuosamente, como las copas de los árboles verdes, en su justicia para su gloria.

En una ocasión Pedro anduvo sobre las aguas. Cristo tenía un brazo todopoderoso para trabar del discípulo que se hundía. Otra vez dos discípulos se dirigían a un pueblo que había al

Norte de Jerusalén. Hablaban entre sí para ir entretenidos en el camino. Un extranjero se les acercó y unióse a ellos; y éste les fue exponiendo a través de todas las Escrituras las cosas concernientes a Jesús. Al romper el pan, se reveló a ellos y les dejó mientras exclamaban: "¿No ardían nuestros corazones en nosotros?" Del mismo modo se revela Jesús a sí mismo a los suyos hoy en día y convierte la tristeza de sus corazones en santo e inefable gozo. Éste ha sido uno de los principales objetivos de mi ministerio entre vosotros. Este texto ha estado grabado durante algún tiempo en mi corazón y en mi memoria. "Él dio algunos pastores y doctores para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo" y de acuerdo con él, ha sido mi preocupación guiar a los enlutados de Sión a encontrar a Cristo, el único que puede consolarles y restaurarles. ¿Cuál ha sido el resultado? ¿Dónde está nuestro éxito? Me temo que hay muy pocos entre vosotros tan felices como debierais serlo. ¿No hay muchos, como Pedro, hundiéndose? ¿No hay muchos entre vosotros tristes como los dos discípulos de Emmaús? La mayoría de los creyentes de nuestras iglesias ¿no son creyentes que están buscando descanso en vez de tenerlo ya? ¡Que poco hay entre vosotros de la belleza, para vosotros aparejada, del óleo del gozo y del manto de la alegría! ¡Qué pocos de entre vosotros pueden cantar el Salmo 23! ¡Qué pocos hay

que sienten con gran gozo que sus pecados han sido alejados tan lejos como lejos está el oriente del occidente, cuán pocos que se mantienen en el amor de Dios de forma viva, cuán pocos que rebosan de gozo porque Cristo habita en sus corazones por la fe, qué pocos que han sido llenados con la plenitud de Dios y que gozan con un gozo inefable y lleno de gloria!

Muy a menudo menciona Brainerd en su diario: "Las lágrimas sinceras de afecto que derramaban muchos de los congregados, evidenciaban la presencia del Espíritu Santo". En otra ocasión escribía: "Parecía como si los miembros desearan tener sus orejas incrustadas en los marcos de las puertas de la iglesia, para de esta manera poder oír y servir al Señor para siempre".

¡Cuán pocos hay ávidos de esta divina solemnidad por la presencia de Dios en nuestras asambleas y reuniones! Para cuantos la reunión de oración ha perdido su interés, interés que antes había tenido. ¡Ah, seguramente que la falta está en vosotros o en mí! El Emmanuel está todavía entre nosotros. Él todavía está "lleno de gracia y verdad". "Él es el mismo ayer, hoy y por siglos". ¡Oh, que el pequeño regaño de este lugar sea cubierto con su hermosura, llenado de su gozo y vestido con el manto de la alegría!

3. EL fiel siervo de Dios predica un Saltador que libremente se ofrece a todo el mundo. - Éste fue también

otro de los grandes objetivos del ministerio de Cristo: " Promulgar año de la buena voluntad de Jehová". ¡Oh, hombres, a vosotros llamo!, fue el gran móvil de su vida. En el año del jubileo se hacía sonar la trompeta en toda la tierra. Toda persona podía volver a su posesión como tú podrías quedar libre una vez los tonos de la trompeta del evangelio cesen en este culto de hoy.

Mensaje XXIX

POR QUÉ LOS ADOLESCENTES DEBEN ACUDIR A CRISTO SIN TARDANZA

«Sáclanos presto de tu misericordia y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días» (Salmo 90:14).

La última de las condesas de Huntington no sólo fue rica en este mundo, sino también en fe y una heredera del reino cuando tenía unos nueve años, vio el cuerpo inerte de un niño de su misma edad al ser conducido al sepulcro. Se añadió al cortejo y asistió al funeral, y fue así como el Espíritu Santo empezó a hacerle sentir su necesidad de un salvador.

Queridos jóvenes, cuando miréis al año que va a finalizar, quiera Dios que el Espíritu Santo produzca en vosotros ;a misma convicción, que pueda hacer oír también en

vuestros oídos su voz penetrante: "Huye de la ira que vendrá; refúgiate en Cristo sin más tardanza". "Escapa por tu vida; no mires tras tí".

I. PORQUE LA VIDA ES MUY CORTA

"Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo; porque es cortado presto y volamos" (Salmo 90:10). Aun aquellos que oven más años, cuando les llega la hora de la muerte tienen la impresión de que su vida ha sido un sueño. Y es que no en balde dice la Biblia que "es como un sueño". Mientras dormimos, las horas pasan rápidamente, tanto, que no nos damos cuenta de ello cuando nos despertamos que vemos cuánto tiempo ha, pasado. Así es la vida. Es como un "cuento, o una fábula que se cuenta". Cuando estáis escuchando la narración de un cuento agradable pasa el tiempo rápidamente y parece como si os hubiesen robado las horas. Ciertamente "acabamos nuestros años como un pensamiento".

Posiblemente habéis visto más de una vez un barco en algún río con todos los marineros a bordo, las áncoras izadas y las velas henchidas al viento, cuando dulcemente se desliza y avanza rápido entre las ondulantes aguas. Así pasan nuestros días, "se deslizan en el mar del tiempo como los navíos". O quizá habéis tenido ocasión de contemplar algún águila cuando, de su nido colocado en lo

más alto de las rocas, se abalanza volando como una flecha para apoderarse de algún ave. ¡Cuán suave, pero velozmente vuela! Así es con vuestra vida. "Se escapa rauda como el águila sobre su presa"_ Más de una vez habéis contemplado la neblina que se forma al pie de las montañas en las primeras horas de la mañana y habéis visto, cuando el sol sale con sus rayos templados, ¡cuán rápidamente se desvanecen las nieblas! Y ¿qué es la vida? Ciertamente es un vapor que se aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece (Santiago 4:14).

Algunos de vosotros habéis visto cuán corta es la vida en aquellos que os rodean. "Vuestros padres ¿dónde están? Y los profetas ¿han de vivir para siempre?" (Zac. 1:5). ¡Cuántos amigos tenéis que duermen en el sepulcro! Algunos de vosotros tenéis más amigos en el sepulcro que en este mundo. Dios los ha hecho pasar tomó avenida de aguas, como una catarata que se precipita y vosotros les vais detrás. No pasará mucho tiempo y la iglesia donde ahora os sentáis estará ocupada por otros adoradores que os habrán sucedido, una nueva voz guiará en el canto de los salmos y un nuevo hombre de Dios ocupará el púlpito. Estad completamente ciertos de que dentro de pocos años todos vosotros que oís este mensaje yaceréis en el sepulcro. ¡Oh, cuán urgente y necesario es acudir a Cristo sin demora! ¡Qué obra tan grande has de hacer, de cuánta responsabilidad! ¡Ser llevado realmente a Cristo! ¡Y con

cuán poco tiempo cuentas para hacerla! Has de huir de la ira que vendrá, has de acudir a Cristo en busca de refugio, has de nacer de nuevo, has de recibir el Espíritu Santo para ser hecho apto para la gloria. El tiempo que tienes para buscar al Señor es un tiempo solemne. Aun los muchos años de una larga vida resultan harto breves para buscar al Señor. Busca hallar la convicción de pecado y el dar interés a Cristo y a tu alma. "Sáncianos presto de tu misericordia y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días" (Sal. 90:1 14).

II. PORQUE LA VIDA ES MUY INCIERTA.

"El hombre es como la hierba, que crece en la mañana, en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada y se seca". La mayoría de los hombres son cortados sin haber llegado a la edad madura; quizá hay un 50 por 100 de la humanidad que muere antes de alcanzarla. Unicamente en la ciudad de Glasgow mueren más de la mitad de sus habitantes antes de los 20 ó 30 años de edad. De la mayoría de los hombres se puede decir: "Sale como una flor y es cortado". La muerte es muy cierta, pero el tiempo en que nos sorprenderá muy incierto. Muchos creen que aún no morirán porque disfrutan de salud inmejorable, pero no tienen en cuenta que muchos muy sanos también murieron por accidente u otras causas fortuitas. Ni los buenos alimentos y vestidos de la mejor calidad

constituyen una eficaz defensa contra la muerte. Está escrito: "El rico también murió y fue enterrado". Tampoco amables y atentos médicos o amigos pueden defenderos de la muerte. Cuando la muerte llega se burla de los esfuerzos de los más hábiles médicos y arranca al ser querido de los brazos más tiernos. Algunos hay que piensan que ellos no morirán todavía porque no están preparados para morir, pero no paran mientes en el hecho de que muchos murieron sin estar preparados, sin estar convertidos, sin ser salvados. Olvidáis que está escrito acerca de la puerta estrecha "que pocos son los que la hallan". La mayoría de las personas yace en una oscura tumba y en una eternidad más oscura todavía.

Algunos de vosotros creéis que no moriréis porque todavía sois jóvenes. Olvidáis lo que ya hemos dicho, que la mitad de la humanidad muere antes de alcanzar la edad madura. La mitad de los habitantes de esta ciudad muere antes de llegar a los veinte años. ¡Oh, si tú tuvieses que estar presente como yo en el lecho de muerte de niños y adolescentes y pudieses ver su inquieta mirada y sus movimientos espasmódicos y trémolos y oír sus agonizantes lamentos, comprenderías cuán necesario te es acudir, escaparte a Cristo ahora! Puede estar cercano tu turno. ¿Estás preparado para morir? ¿Has huido a Cristo para refugiarte a Él? ¿Has sido perdonado? "No te jactes

del día de mañana, porque no sabes qué dará de sí el día" (Proverbios 27:1).

III. LA MAYORÍA DE LOS SALVADOS ACUDIERON A CRISTO EN SU JUVENTUD.

Fue así en los días de nuestro bendito Salvador. Aquellos que eran entrados en años, eran, o mejor dicho, se consideraban demasiados sabios y prudentes para ser salvos por la sangre del

Hijo de Dios y Él así lo reveló a aquellos que eran más jóvenes y que tenían menos sabiduría. "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos y las hayas revelado a los niños" (Mateo 11:25). "Junta a los corderos con su brazo y los lleva en su seno". Ha sido así en casi todos los tiempos de avivamiento. Si preguntáis a los cristianos ya maduros, veréis cómo os contestará la mayoría de ellos que fueron despertados, y tuvieron ansiedad o inquietud por sus almas y fueron salvos siendo aún jóvenes.

¡Oh, qué razón tan poderosa para buscar un pronto y urgente verdadero acercamiento a Cristo! Si no habéis sido salvados en vuestra juventud, puede que después nunca lo lleguéis a ser. Existe un tiempo especial y adecuado, el tiempo apropiado para la salvación. Jesús dijo a los de

Jerusalén: "No has conocido el tiempo de tu visitación". Hay tiempos y períodos que bien podrían llamarse "días de conversión". Abundan especialmente y de forma inequívoca en más de un alma. El domingo es el gran día en que se reúnen las almas; el día del Señor puede ser llamado el día del mercado del Señor. Es el día de la gran cosecha de almas. Bien sé que hay una generación que se levanta contra ese día y se afana en hollarlo bajo sus pies, con su vil y nefanda conducta, pero vosotros apreciáis el día del Señor. El tiempo de aflicción es también un tiempo de conversión. Cuando Dios se lleva a algún ser amado y decís: "Esto es el dedo de Dios", recordad que Cristo con ello trata de salvaros: abridle la puerta y permitidle entrar. El tiempo en que el Espíritu Santo contiende con vuestra alma es también tiempo de conversión. Si sentís en vuestro corazón su llamamiento y su acción que os impulsa a buscar en la Biblia vuestra salvación, o a consultar a vuestro pastor, "no apaguéis el Espíritu"; "no resistáis al Espíritu Santo", "no afrentéis el Espíritu Santo de Dios". La juventud es tiempo de conversión. "Dejad a los niños venir a mí y no les impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos". ¡ Oh, vosotros que sois como ovejas, buscad ser hallados y recogidos por los brazos del Salvador y permitid que os lleve en su hombro o junto a su seno! Acudid y confiad bajo las alas potentes del Salvador. "Aún hay lugar".

IV PORQUE SE ES MÁS FELIZ ESTANDO EN CRISTO QUE FUERA DE CRISTO.

Muchos hay que al leer estas palabras dicen en su corazón: "Cosa triste es ser religioso". La juventud -piensan- es el tiempo del placer, de comer, de beber, de vivir desenfrenadamente". Yo sé que la juventud es el tiempo del placer; es en ella que los pies son más ligeros, que el ojo está más lleno de vida y brillo, que el corazón rebosa más alegría. Pero ésta es precisamente la razón que yo doy para acudir a Cristo. Se es más feliz estando en Cristo que fuera de Cristo.

1. Porque satisface el corazón. - Nunca he negado que puedan hallarse alegrías fuera de Cristo. La música y el baile, los juegos y deportes están íntimamente ligados y atraen fuertemente a los corazones de los jóvenes. Pero, ¡ah! pensad un momento. ¿No es borroso vivir felizmente no estando salvado? ¿No es trágico ver a un hombre durmiendo plácida y tranquilamente en una casa en llamas? ¿Y no es suficiente para horrorizarnos veros bailando y divirtiéndose sabiendo que Dios está enojado y su ira amenazando contra vosotros seriamente cada día?

Pensad otra vez. ¿No se hallan en Cristo placeres infinitamente más dulces? "El que beba de esta agua volverá a tener sed, mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed: mas el agua que yo le

daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:13, 14). "Hartura de alegrías hay en tu rostro y deleites a tu diestra para siempre". Ser perdonado, tener paz con Dios, tenerle a Él por Padre, contar con su complacencia y amor, disfrutar de su Espíritu Santo derramado en nuestros corazones y haciéndonos más y más santos, son todo ello placeres dignos de toda la eternidad. "Un día en tus atrios es mejor que mil fuera de ellos" (Salmo 84:10). ¡Oh, sed llenos de su favor y quedad satisfechos con la bendición del Señor! Vuestro pan de cada día se os hará más dulce. Comeréis entonces vuestro alimento "con alegría y sencillez de corazón" (Hechos 2:46). Vuestros pies se hacen más ligeros y emprendedores porque son los pies de un cuerpo redimido, de un cuerpo libertado. Vuestro sueño es más dulce "porque Jehová da a su amado el sueño". El sol brilla con un nuevo atractivo y la tierra presenta una nueva sonrisa porque conscientemente podéis decir: " Mi Padre lo ha hecho todo".

2. Porque Cristo hace felices todos los días. - Los deleites "temporales", no durarán. Pero al ser uno traído a Cristo, su experiencia se asemeja al amanecer de un día eterno; la serena alegría del cielo se extiende sobre todos los días de su peregrinación. En los días de angustia o tribulación ¿queréis decirme qué hará por vosotros el mundo?

"El que canta canciones al corazón afligido, es como el que quita la ropa en tiempo de frío, o el que sobre el jabón echa vinagre" (Prov. 25:20). Creedme que cercanos están de vosotros los días cuando diréis "a la risa: enloqueces, y al placer: ¿de qué sirve esto?" (Eclesiastés 2:2). Pero si acudís ahora a Jesucristo, Él cuidará de vuestros días malos. Cuando el viento es contrario y las olas son altas, Jesús se os acercará y os dirá alentadoramente: "No temáis, que Yo soy". Su voz dará paz al corazón aún en la hora más dolorosa. Cuando el mundo os reproche y censure y deseche vuestro nombre como malo, cuando se os cierren las puertas, Jesús se os acercará y os dirá: "Paz a vosotros". ¿Quién podrá explicar la dulzura y paz que Cristo da al corazón en tales horas? Una muchachita que en su edad temprana había sido llevada a Cristo, así lo sentía cuando fue confinada al lecho de una larga enfermedad. "No estoy triste -decía- de hallarme postergada en la cama, porque mi cama es mullida por el Señor y tengo la impresión de que está llena de un perfume de amor hacia mí. El tiempo, el día y la noche, el Señor hace que me sean dulces. La tarde me es placentera y la mañana refrescante".

Y finalmente, en el día de la muerte, ¿qué podrá hacer el mundo por vosotros? El baile, y la música, y los compañeros de diversión no podrán, estarán incapacitados para daros entonces consuelo y mucho menos alegría. Ninguna broma más os satisfará, ninguna sonrisa más os

dará aliento. "Ojalá fuerais sabios, que comprendierais esto y entendiéseris vuestra postrimería" (Deut. 32:29). En cambio, en este mismo trance el alma de uno que está en Cristo se regocija con un gozo más íntimo, tan íntimo como inexplicable, y lleno de gloria. Jesús puede hacer el lecho de muerte más suave que lo hacen las más finas almohadas. Recordad que cuando murió Esteban, su noble pecho fue golpeado con crueles piedras, pero él, arrodillándose, dijo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Juan Newton nos habla de una joven cristiana que, en el día de su muerte, dijo: "Si esto es morir, dulce cosa es morir". Otro cristiano, niño de ocho años, llegó a su casa enfermo de una dolencia de la cual murió. Su madre le preguntó si tenía miedo de morir. " No -le respondió-, yo deseo morir si es la voluntad de Dios: aquella dulce palabra de "dormir en Jesús" me hace feliz cuando pienso en el sepulcro".

"Hijitos, que vuelvo a estar de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros". Si queréis

vivir y morir felices, acudid ahora al Salvador. La puerta del arca está ampliamente abierta. Entrad ahora, no sea que después ya no os sea posible entrar.

Mensaje XXX

POR QUÉ ES DIOS UN EXTRAÑO EN LA TIERRA

«¡Oh, esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción!, ¿por qué has de ser como peregrino en la tierra y como caminante que se aparta para tener la noche?

Por qué has de ser como hombre atónito, y como valiente que no puede librar? Tú, empero, estás entre nosotros, oh Jehová, y sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares». (Jeremías 14:8-9).

En muchos lugares de Escocia hay buenas razones para creer que Dios no es un peregrino en el país, ya que el Señor Jesucristo ha sido proclamado y conocido y el Espíritu santo ha realizado, conforme a su beneplácito su obra vivificadora en muchísimos. Sin embargo, es de temer que en muchos otros lugares de nuestro país Dios es como un peregrino y como un caminante que se aparta para tener la noche.

1. ¡Cuán pocas conversiones hay en medio de nosotros! Cuando Dios está presente con su omnipotencia en algún país, entonces hay muchos que despiertan a un sentimiento de convicción de pecado y se juntan al redil de Cristo. Un ministro piadoso, hablando de tal tiempo, cuando tuvo lugar un gran avivamiento, decía: "Indicios y señales de la presencia de Dios se manifestaban en casi todos los

hogares. Era un tiempo de gozo en el círculo de toda familia por la salvación que hasta sus miembros había llevado. Los padres se regocijaban sobre sus pequeños, porque eran nacidos de nuevo; los maridos por causa de la conversión real de sus esposas y las esposas de sus maridos. La ciudad -seguía diciendo- parecía estar llena de la presencia de Dios. Nunca antes se habían visto días de tanta plenitud de amor y de gozo, aunque hubiese numerosos conflictos y quebrantos, como en realidad los había". Nada queda de todo ello ahora entre nosotros. ¡Ay, qué contraste tan aciago y triste nos ofrece la mayoría de nuestras familias ahora! ¡Cuántas familias nos rodean en las que no hay ningún miembro convertido, ningún alma salvada!

2. ¡Cuánta muerte hay aún entre los mismos verdaderos cristianos! En tiempos de avivamiento, cuando Dios está presente con todo su poder en algún país, no sólo son despertadas las personas no convertidas de forma que en tropel acuden a Cristo, sino que, aquellos que ellos mismos ya son convertidos, reciben sin medida el don del Espíritu Santo; casi se diría que experimentan un segundo nuevo nacimiento; son, diríamos, llevados al Palacio del Rey y dicen acerca de Cristo: "¡Oh, si él me besara con ósculos de su boca, porque mejor son tus amores que el vino" (Cantar de los Cantares 1:2). Un querido creyente decía en tal época: "Mi iniquidad, la que yo realmente veo en mí

mismo, se me muestra enormemente grande, indeciblemente terrible, como si fuese un diluvio o un aluvión infinito, como si fuese una inmensa cordillera de montañas que amenazan caer sobre mi cabeza. No sé cómo expresar de la manera mejor y más gráfica cómo veo mis pecados, como no sea diciendo que son infinitos montones sobre infinitos montones y multiplicados infinitamente por infinito. Muy a menudo pululan por mi mente estas expresiones, como también por mi boca -infinito sobre infinito, infinito por infinito." ¡ Q ué poco de este sentir hay entre nosotros! ¡Cuán poco parecemos sentir que el pecado sea una maldad infinita! ¡Oh, cuán evidente es que Dios es un peregrino, un extraño en la tierra!

3 ¡Cuán grande es el atrevimiento y la desvergüenza de los pecadores en su pecado! Como en los días de Isaías, así es en los nuestros, en los que parece que muchos tienen "su cerviz de duro nervio de hierro y su frente de metal" (Isaías 48:4). Cuando Dios está presente en un país con poder, los pecadores, aunque sigan permaneciendo en sus pecados, sin convertirse, andan de otra manera, no tienen una osadía tan descarada como la que ostentan ahora. Un cierto temor y reverencia pesa sobre sus cabezas. ¡Ay, que no es así entre nosotros! Las compuertas del pecado están abiertas de par en par. "Como Sodoma predicán su pecado, no lo disimulan" (Isaías 3:9). ¿ No es, pues, tiempo de clamar "oh esperanza de Israel, Guardador suyo?"

No deberíamos preguntarnos solemnemente cuáles son las causas por las que Dios es un peregrino en la tierra?

I. EN LOS MINISTROS.

Comencemos por aquellos que llevan los vasos del santuario.

1. Es de temer que abunda demasiado urea predicación no fiel a la Palabra para los no convertidos. - Jeremías se lamentaba por este hecho en sus días. "Curan el quebrantamiento de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz" (Jeremías 6:14). ¿No es ésta la misma razón que debiera movernos a lamentarnos como Jeremías en nuestros días? La mayoría de nuestras congregaciones están fuera de Cristo y se hallan expuestas noche y día a la ira del Señor Dios todopoderoso: y ello debemos atribuirlo al hecho de que gran parte de las ansias y preocupaciones de los pastores no es preocuparse por la verdadera salvación de ellos, y sus sermones no se ocupan principalmente de su caso tan desesperado. Todas las palabras de los hombres y de los ángeles no pueden describir la horrenda situación de los que están sin Cristo y aun siendo esto así, es de temer que no hablamos a los perdidos con aquella claridad, frecuencia y urgencia que fuera de desear. ¡Ay, cuán pocos ministros son como los ángeles de Sodoma, misericordiosamente osados, de forma tal que tomando a los pecadores de la mano los empujaban,

lis arrastraban fuera del peligro! (Génesis 19:16), pues los pecadores son lentos, tardos para huir por sí mismos ¡Cuán pocos obedecen aquella palabra de Judas: "haced salvos a otros por temor, arrebatándolos del fuego"!

Muchos de aquellos que cumplen todo esto fielmente, no hacen, sin embargo, tierna y dulcemente. Tenemos más de la amargura del hombre que de la ternura amorosa de Dios. No se compadecen de los hombres en las entrañas de Jesucristo. Pablo escribía acerca de "los enemigos de la cruz de Cristo" ¡con lágrimas en sus ojos! Hay muy poco de este llanto y sentir entre los ministros de Dios ahora. "Conociendo los terrores de Dios" -citando literalmente el suerte texto griego de 2 Corintios 5:11-, Pablo persuadía a los hombres. Hoy en día no es fácil ver rastro de este espíritu persuasivo en los pastores actuales. ¿Cómo podemos entrañarnos de que los huesos sean muy secos, muy secos y que Dios sea un peregrino en la tierra?

2. Es de temer que haya mucha infidelidad al manifestar a Cristo como el refugio de los pecadores. - Cuando un pecador ha sido convertido recientemente, se afana en persuadir a otro para que acuda a Cristo; el camino es tan llano, tan fácil -piensa-, tan precioso. ¡Oh si yo fuese un ministro -dice-, cómo persuadiría a los hombres! Éste es un sentimiento verdadero y un sentimiento recto. Pero ¡oh! cuán poco hay de él entre los ministros. David dijo: "Creí,

por tanto hablé". Pocos son como David en esto. Pablo dijo que él "no se propuso saber otra cosa entre los hombres, sino a Cristo, y a éste crucificado". Pocos son como Pablo en esto. Muchos no hacen el objetivo y fin de su ministerio testificar de Jesús como el refugio de los pecadores. Es de temer que muchos son como los escribas y los fariseos: "detienen la puerta con su mano, que ni ellos entran ni a los que están entrando dejan entrar". Algunos exponen a Cristo clara y fielmente, ¿pero dónde está aquella manera de rogar, de constreñir de Pablo a los hombres para que se reconciasen con Dios? No invitamos a los pecadores con ternura, no rogamos encarecidamente a los hombres que acudan a Cristo, no les pedimos con autoridad acudan a las bodas del Cordero, no les compelemos a entrar, no "estamos de parto hasta que Cristo sea formado" en ellos "la esperanza de gloria." ¡Oh! ¿Cómo puede maravillarnos que Dios sea un peregrino en la tierra?

II. EN LOS CRISTIANOS

1. Con relación a la Palabra de Dios. - Parece que hay poca sed de oír la Palabra de Dios entre los cristianos de hoy en día. Del mismo modo que un estómago delicado obliga a comer escasamente, así parece que muchos cristianos están sometidos a una verdadera dieta espiritual ahora. Muchos cristianos parece que oyen la Palabra de Dios mezclando orgullo en vez de fe. Acuden más como jueces que como

niños. Pocos se comportan como niños de pecho. La mayoría prefiere la silla de Moisés que la silla de María a los pies de Jesús. Muchos vienen a oír la palabra de un hombre que ha de morir, más bien que la palabra del Dios vivo. ¡Oh! ¿no debe enseñarse a los cristianos esta oración: "Oh esperanza de Israel"?

2. Con respecto a la oración -Abunda el trabajo de arar y sembrar, pero no, en cambio, el de remover el terreno con oración. Dios y vuestra conciencia son testigos de cuán poco oráis. Sabéis que seríais hombres de poder si fuéis hombres de oración y, sin embargo, no queréis orar. Inestables, inconstantes como las aguas, no os enorgullezcáis. Lutero dedicaba sus tres mejores horas del día a la oración. ¡Cuán pocos Luteros tenemos ahora! John Welch se pasaba siete horas diarias en oración. ¡Cuán pocos John Welch hay ahora!

Es de temer que hay poquísima oración ahora entre los cristianos. El sumo sacerdote llevaba los nombres de los hijos de Israel sobre sus espaldas y delante de su pecho cuando entraba ante la presencia de Dios en el lugar santísimo, un cuadro de lo que ahora hace Cristo y de lo que los cristianos deberían hacer. Dios y vuestras conciencias sois testigos de cuán poco intercedéis en favor de vuestros hijos y vuestros siervos, vuestros vecinos, la iglesia de vuestros padres, y los impíos que os rodean en

los ambientes en que os desenvolvéis cuán poco oráis por los ministros, por el don del Espíritu Santo, por la conversión del mundo.

Es de temer que hay poca unión en la oración. Los cristianos se avergüenzan de juntarse para orar en común. Cristo ha prometido: "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos" (Mat. 18:19). Muchos cristianos son negligentes echando en olvido esta promesa. En los Hechos encontramos que cuando los apóstoles y los discípulos oraron juntos, "vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados" (Hechos 2:2). ¡Oh, cuán a menudo y por cuánto tiempo hemos tenido en poco este camino de obtener la unción del Espíritu Santo! ¿No hablan con desprecio algunas personas de la oración unida? He aquí una razón por la que Dios manda que las nubes, cuya función normal es producir la lluvia, no lluevan sobre nosotros. Él aguarda hasta que le busquemos juntos y entonces abrirá las ventanas del cielo y derramará su bendición. ¡Oh, que todos los cristianos mirando al cielo clamasen: "Oh esperanza de Israel"!

III. EN LOS INCONVERSOS

Hay mucho que avergüenza a los ministros y mucho que avergüenza a los creyentes, pero mucho más es lo que avergüenza a los no convertidos.

1. Los pecadores hoy en día tienen una gran insensibilidad a su propia condición de perdidos. -Muchos saben que nunca se han acercado ni creído al Hijo de Dios y, no obstante, viven satisfechos y felices. Muchos saben que no han nacido de nuevo y que la Biblia dice que no verán el reino de Dios, y aunque anden por caminos de perdición se alegran como si fuesen herederos del reino de Dios en vez de herederos del infierno. Esto es lo que hace que Dios esté lejos y sea un peregrino en la tierra.

2 Los pecadores hoy en día tienen una gran insensibilidad a su propia necesidad de Jesucristo. - La Biblia le declara ser el amigo de los pecadores y, sin embargo, ¡cuántos que leen esto están contentos viviendo sin conocerle! Aunque los cristianos están hablando siempre de las excelencias de Cristo, que es "el primero entre diez mil y todo Él codiciable", ellos, sin embargo, no descubren en Él "parecer ni hermosura", no ven en Él "atractivo para desearle". Prefieren oír hablar del cielo o del infierno más que de Cristo. ¡ Ah! Éste es el pecado cumbre de Escocia, el desprecio de Cristo, el rechazamiento del libre ofrecimiento del Salvador. ¡Oh!, vosotros, víboras sordas, que no queréis oír la voz del encantador, sois vosotros

quienes hacéis que Dios sea un peregrino en la tierra y "como caminante que se aparta para tener la noche"!

3. Ha habido mucha resistencia al Espíritu Santo en nuestros días. - En algunas partes de Escocia esto ha sido muy real. Muchos han sido heridos en su corazón y sus convicciones han sido muy removidas. Algunos han sido traídos a sentir profunda inquietud por su alma, pero han mirado atrás como la mujer de Lot, y como ella, se han convertido en estatuas de sal. ¡Oh, esto mantiene a Dios fuera!

Queridos pecadores, no convertidos, vosotros sabéis bien poco cuán interesados debierais estar de que éste fuese un tiempo de avivamiento. No está en nuestro ánimo decir que vengan juicios sobre vosotros, o fuego del cielo y fuego del infierno; pero sí que os hemos de decir muy claramente que, a menos que el Espíritu Santo de Dios descienda sobre nuestras parroquias o capillas como lluvia sobre la hierba, muchas almas que están ahora en un país de paz pronto estarán en un mundo de angustia y crujir de dientes. Quizá no habrá juicios repentinos; no volverá a caer del cielo un infierno como cayó sobre Sodoma, quizá la tierra no volverá a abrirse para engullir su presa, como sucedió con el "campo de Israel"; pero los quebrantadores del día del Señor, los mentirosos, los perjuros, los borrachos, los impuros y obscenos, los formalistas religiosos, los

mundanos y las hipócritas, es decir, todos los que estáis sin Cristo, uno a uno silenciosa, pero ciertamente, ¡seréis llevados a la eternidad oscura y fatal! Venid, por tanto, y permitid que cada cristiano y, sobre todo, cada ministro derrame en llanto sobre vosotros su corazón y clame a Dios: ¡ Oh, esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción, ¿por qué has de ser como peregrino en la tierra y como caminante que se aparta para tener la noche?"

Ha sido la práctica de muchos ministros en Inglaterra y Escocia llevar a cabo cada domingo de siete a ocho de la mañana una reunión de oración. Muchos ministros de nuestra propia iglesia se han encontrado ante el trono de la gracia a esta hora. Muchas congregaciones, en diferentes partes de Escocia, han acordado orar en secreto y en familia de ocho a nueve todos los domingos por la mañana.

¿ No podrían los ministros cristianos y los creyentes de Escocia mantener su unión en oración para que la nube de bendición, ahora del tamaño de una mano humana, se engrandeciese para cubrir totalmente el firmamento y traernos tiempos del refrigerio de la presencia del Señor?

3 Recuérdese que la novia oriental antes de unirse a su marido se desposaba con él y vivía un período más o menos largo sin realizar su unión con él y cohabitar bajo el mismo techo. Véanse dos ejemplos de este período de

desposorios en Mateo 1:18 y 25:1-12. La novia de este texto es, pues, una novia ya desposada.

